NÚM. 1. VIERNES 1 DE MARZO DE 1872. AÑO I.

REVISTA SEVILLANA.

CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

EN ESPAÑA.		EN EL EXTRANJERO.		EN ULTRAMAR.	
En Sevilla un mes.	5 reales.	Un mes.	7 reales.	Un mes.	8 reales.
Fuera.	6 »	Un trimestre.	21 »	Un trimestre.	24 »

Direccion y Administracion, Espinosa 8.

ADVERTENCIA.

Rogamos encarecidamente á los señores que reciban este periódico y no quieran suscribirse, se sirvan devolverlo á la administracion plaza del Almirante Espinosa núm. 8, ó al repartidor.

NUESTRO PROGRAMA.

Desde hace algun tiempo, se nota en la juventud literaria sevillana, un noble deseo de darse á conocer modesta, pero dignamente, buscando en la prensa local el lugar que le corresponde.

Varios periódicos literarios se han fundado con este objeto y uno tras otro han ido muriendo, matados por la poca benevolencia de los unos y la indiferencia de los más.

Esas publicaciones nacieron entre risueñas esperanzas y desaparecieron con el desengaño, pero somos jóvenes y el desengaño en nuestra edad no llega á enturbiar las auroras de las ilusiones que empiezan donde los desengaños concluyen.

Al sacar hoy á la luz pública, una nueva revista, inútil es decír, que no nos anima otro deseo que el abrirnos la senda que nos conduzca á la benevolencia y á la amistad de nuestros paisanos, dando campo abierto en nuestras columnas á los nobles deseos de muchos jóvenes entusiastas de lo bello, hoy desconocidos, y que quizás un dia den obras dignas del general aprecio.

Nos presentamos sin pretensiones, pues pedimos la cooperacion del público para llevar á buen término nuestra empresa.

En Sevilla, ciudad de poetas y pintores, asiento un dia del arte, es mengua que todo lo que al arte se refiere esté hoy deprimido y casi olvidado.

La política lo ha envenenado todo y en todas las casas donde las publicaciones de este género no son rechazadas sino leidas con avidez sembrando luchas y disensiones, no hay puesto para trabajos de otra índole, mas provechosos, y que por lo menos dan esparcimiento y solaz al ánimo.

Nosotros venimos á la prensa llenos de noble orgullo y enchidos de esperanzas.

Hemos llamado á nuestro lado á todo lo notable que Sevilla encierra en artes y literatura. Los que fueron nuestros maestros, como maestros cariñosos nos prestarán su apoyo y sus luces, nuestros compañeros trabajarán con el estímulo que siempre crea una publicacion de este género.

Es inútil añadir que la política y las controversias religiosas están desterradas de nuestra Revista: nuestra conciencia las escluye completamente.

Artículos sobre artes é historia, poesias y novelas, tales son en globo las materias que llenarán nuestras páginas, desterrando todo aquello que pueda ofender á la moral y que retraiga á las madres de poner nues-

tra publicacion en manos de sus hijas.

Una vez más, la juventud literaria de Sevilla, se lanza al terreno periodístico llena de esperanzas, creemos que Sevilla esta vez no se mostrará sorda y que acojerá benevolamente esta publicacion humilde.

La Redaccion.

¡VIVA ESPAÑA!

Composicion dedicada al egército y voluntarios de la isla de Cuba.

Infame el pueblo á quien la noble España
Amparo, proteccion y vida diera,
Y llena de un amor santo y sublime
Hasta la sangre de sus propias venas.
Ese pueblo que debe á nuestra pátria
Su lengua, sus costumbres y creencias,
Hoy vibra el arma vil del asesino
Contra su madre cariñosa y tierna.
¡Y hemos de consentir tanta perfidia!
¡Y hemos de tolerar tamaña afrenta!
Mil veces no; la muerte es preferible
Cuando á tal punto las infamias llegan.
Guerra á muerte proclaman sus legiones,
Y España embrabecida grita guerra;
Que aun queda en este suelo desgraciado
Quien sangre de español sienta en sus venas.

Dignos y heróicos hijos de Pelayo,
De S. Fernando, de Isabel primera,
De aquellos que potentes dominaron
Los anchos mares, y la estensa tierra;
Vosotros que á la voz de vuestra pátria,
Que hoy os llama irritada á la pelea,
Abandonando los paternos lares
Orgullosos marchais tras su bandera;
Id á ese pueblo que os provoca airado,
Rasgad, valientes, sus azules venas,
Y que la sangre que en sus pechos hierve
Haga borrar tan ominosa afrenta.
Marchad, marchad, á defender la pátria
Alzando al viento la gloriosa enseña,
Que Hernan-Cortés al contemplar sus hijos
Dignos de sus hazañas aun los vea.
Recordad que la España entusiasmada
Su pendon y su honor hoy os entrega,
Y valen mucho más que nuestras vidas
Esas dos santas veneradas prendas.
Y al volver á las playas españolas
Do vuestras madres suspirando quedan
A admiraros saldrán desde sus tumbas
Los restos de Colon y de Isabela.

José Sanchez Arjona.

Sevilla 20 de Noviembre de 1871.

ENTRE SOMBRAS.

CUENTO FANTÁSTICO

ORIGINAL

DE D. MANUEL CANO Y CUETO.

La primera nube.

I.

Son cur est un luht suspendu
sitot q' on le touche il ressone.
De Beranger.

Teobaldo de Vargas habia nacido en Sevilla, y tenía toda la dejadez y la inquieta y viva imaginacion que caracteriza á los hijos de ese suelo privilegiado.

Era jóven y sin embargo, rara vez destellaba el esplendor de la vida en sus hermosos ojos azules.

Su mirada era vaga y melancólica. Tenía muchas veces todas las vacilaciones de una luz que no puede vencer la sombra.

En aquella sombra aparecían todas las fúnebres oscuridades del abismo.

Su frente estaba surcada de profundas arrugas, y sus mejillas tenían un color pálido enfermizo que no provenia en manera alguna de las no sentidas torturas de la orgia; parecia que un remordimiento minaba lentamente aquella débil naturaleza.

La vida se habia quizás, colocado al lado de la muerte, y se habia helado con el frio de los sepulcros.

En esa triste existencia habria quizás una

página sombría, ó una niebla que envolvia un dia sin sol y sin aurora.

¿Pero cuando se había escrito esta página? ¿Cuando la niebla había robado la luz al sol de su juventud?

Conozcamos su historia.

Teobaldo quedó huérfano en su primera infancia.

Heredero de una inmensa fortuna, fué educado por su tutor, respetable anciano, lleno de canas y de méritos y que hubiera podido pasar entre el vulgo por hombre perfecto, á no haber tenido una notable imperfeccion.

Era *demasiado* sábio.

Y este *demasiado*, que parece una desgraciada bufonería, tiene cierta triste realidad aplicado á personas como el viejo tutor de Vargas.

Habia estudiado mucho, habia encanecido en su gabinete, no habian respirado sus pulmones mas que al aire enrarecido con el polvo y el olor acre de viejos libros y roidos pergaminos, y no habia seguido un método discreto, sino que por el contrario se habia entregado á sus lecturas con una avidez loca.

Habia robado todos los minutos de su vida y los había empleado en los placeres de la ciencia, placeres que tienen sus vértigos, sus momentos de desaliento y de esperanza y que quebrantan la mente y el cuerpo con todas las misteriosas torturas que nacen á la vista del infinito, sintiendo en esos momentos toda la sed devoradora del hidrópico.

El anciano habia consumido su vida en devorar todas las filosofías, todos los sistemas; conocía su inmensa biblioteca, todos los libros eran sus amigos, con todos había platicado largamente.

Los filósofos antiguos y los filósofos modernos, todos hablando á la vez, todos gritando, todos contradiciéndose, habian abierto en su mente un palenque al orgullo, donde los mantenedores iban cayendo aniquilados uno detrás de otro.

Cuando el hombre se eleva de la sombría tierra en alas de su vanidad y pretende escalar el cielo, desentrañar los mas impenetrables arcanos, encender la antorcha que sorprenda á los misterios venerandos, ocultos entre las nubes donde resplandece el sol de la increada sabiduria, llegar arrogante hasta la cumbre donde se cree que Dios está al alcance de la mano soberbia, llega á faltarle el aire, ofuscarle la luz, sentir el vértigo con que atrae el abismo cayendo derrocado de la altura al hondo y lóbrego precipicio de la confusion, de la duda y de la demencia.

Se une á Pitágoras con Platon, á Maimonides con Plotino, Brousseais con Hegel, á Zoroastro con Patangaly, el sensualismo de los cirenaicos con la grave austeridad de los estóicos, los sublimes conceptos de San Agustin con la charlataneria de los sofistas griegos, la resurreccion cristiana con la metempsicosis brahaminica.

El filósofo se vé obligado en esos casos á valerse de ese *culteranismo* de la ciencia que se traduce en un lenguage mas que algebráico, geroglífico.

Y el filósofo llega á reirse despreciativamente de la humanidad, la cual á su vez se rie á grandes carcajadas del filósofo.

III.

El tutor de Teobaldo tenia necesidad de un discípulo en quien imbuir sus malaventuradas doctrinas. El que se resbala al borde de un abismo, agarra febrilmente cuanto encuentra al alcance de su mano.

Una madre despeñaria así á su hijo mas querido.

El viejo estudió detenidamente las dotes intelectuales de su pupilo y las halló escelentes y como preparadas de antemano para que sus nebulosas doctrinas arraigasen en su alma.

A los veinte años, Teobaldo era tan sabio y tan loco como su maestro.

Se le había arrancado esa hermosa alegría con que resplandece la primera aurora de la vida, donde las sonrisas son poemas y flores; y en cambio se le había prodigado el delirio de la ciencia ¡pero qué ciencia!

Las ruinas del saber de las viejas inteligencias, los sueños estravagantes de osados especuladores, las doctrinas nebulosas de falsos profetas, cuyos milagros tienen mucho de la supercheria de los de Apolonio y Simon el Mago, la metempsicosis ciega y degradante, el espiritismo loco; y como para completar toda esta demencia, la reencarnacion, la materia considerada inmortal... locuras en las cuales creian, fantasmas á los cuales se entregaban, desvarios en los que basaban su saber, y que despues de cerrarles los ojos á la verdadera luz, les hacian ser espiritualistas y materialistas á la vez, católicos y ateos, cuerdos y rematadamente locos.

IV.

Una flor pura y lozana crecía y esparcía su aroma entre el polvo de los viejos libros y de los rancios pergaminos, siendo el único sol que

iluminaba la eterna noche de la filosofia malaventurada.

Si tratáramos de poetas, diríamos que aquella hermosa niña era la musa que los inspiraba, pero tratándose de filósofos, Luisa parecía una azucena nacida al lado de una tumba.

Una fresca guirnalda de azahares y rosas que ceñia el cráneo marchito de dos heladas calaveras.

¿Como vino Luisa al mundo?.

¿Quien puede contar el amor de un viejo filósofo?

Un dia entre un párrafo de Descartes y un trozo de Goethe, entre las sinuosidades del conocimiento del *yo* humano y el *te amo* de unos labios de rosa, sintió aquel viejo lo que Fausto debió sentir cuando adivinó los azules ojos de Margarita.

Pobre era la doncella deseada, avara su madre, rico el pretendiente, sus años muchos; y he aqui como aquel amor que habia comenzado por una elegia, acabó por una bucólica.

La desgraciada consorte, que habia sido llevada á aquella union aborrecida, como la oveja al matadero, murió al año de desposorio, no sin dejar antes á su marido, á la hermosa Luisa, ángel que había de ser el consuelo y la alegria de su padre.

Pocos años despues le llegó al viejo la hora de despedirse de la vida.

Devolvió á Teobaldo su fortuna guardada con una providad nada comun y á la vez encomendándole el cuidado de su hija, tesoro inapreciable y por el cual debia velar con el esmero mas prolijo.

V.

Luisa era blanca y rubia y tenía los ojos azules.

A la nieve de sus mejillas había acercado el ángel de su guarda, una encarnada rosa y las habia teñido de un rosicler purísimo.

El último serafin que habia besado su boca, había dejado estampado en sus lábios de púrpura la celestial pureza de los Angeles.

Sus piececitos eran dos pedazos de nieve apretados por las manos del Amor.

El suponer un beso, unos labios posados sobre aquella nieve, es un delirio de felicidad.

En una palabra, la niña era como un ángel, y parecía que un ángel habia bajado del cielo para encarnar en el cuerpo de aquella hermosa niña.

En los ojos de una niña pura y bella se lee el santo poema de la creacion.

¿Cual era la vida de Luisa?

La de un pajarillo. Cantaba por el dia las canciones que la buena Brigida, su aya le habia enseñado y por la noche soñaba en esos idilios de la castidad que ni aun puede adivinar el materialismo de los hombres.

Cuando Luisa volaba de su jáula hermanaba con las flores de su jardin.

Abria á soplos los botones de las rosas, daba de comer á los pájaros y el non-plus-ultra de su felicidad era, cuando alguno mas travieso ó confiado se subia á sus hombros y le quitaba de sus lábios una migaja de pan.

Y he aquí de que manera resbalaba la existencia de aquel ángel.

Teobaldo y Luisa se querian con todo el cariño y la confianza fraternal.

Reian y jugaban juntos, y el filósofo no se acordaba de sus doctrinas y sistemas cuando besaba la frente de la niña y enredaba con las rubias guedejas de sus cabellos.

Luisa era el pájaro, toda la casa se alegraba con sus trinos.

Luisa correspondia á Teobaldo en su cariño.

Le prodigaba mil besos, lluvia de perlas y flores.

Una mirada, una maldíta mirada suprimió un dia aquellos besos de pureza.

Aquella mirada reveló á aquellos corazones algo desconocido para ellos.

Lo íntimo, lo desconocido de esta palabra, amor.

Y sin embargo ¿no se habian amado siempre? ¿No se habian mirado mil veces, sin sentir que sus corazones se estremecían?

Desde aquel dia jamás Teobaldo besó la frente de la niña.

Desde aquel dia jamás Luisa rió ni jugó con Teobaldo.

¿Como se obró este cambio en aquellas almas?

Una noche estaban sentados en el jardin, en un banco de cesped, el uno junto al otro. La luna resplandecía pura y brillante, el viento murmuraba entre las hojas.

No sé como sucedió, pero las manos de Teobaldo estrecharon las de Luisa, con agitacion tan dulce, tan voluptuosa, que ambos se miraron y palidecieron de rubor.

En el fluido de aquella mirada se compendiaba un poema, que nunca el hombre podrá trasladarlo dignamente al papel.

Y sin embargo todos hemos cantado ese poema.

Porque ¿qué es un alma sin amor, sino una flor cerrada?

. . . .

Eva y Adan se avergonzaron y huyeron, Luisa bajó los ojos y derramó una lágrima.

¿Porqué lloras? le preguntó Teobaldo.

Nada respondio ella.

Y él tenia tambien ansias de llorar.

VII.

Aquellas criaturas desde aquel dia supremo, conociéron todos los momentos del amor.

El rubor que se delata en la rosa de las megillas, nacido al sol de una mirada, el suspiro, único alivio de una pena, la dulce sonrisa brotada al santo calor de una esperanza, la turbacion no esplicada, la lágrima imprudente que se desborda, la intranquilidad, la duda, el insomnio.... ved ahí los cantos de ese poema que se escribe con todos los colores de la aurora y que se adorna con todos los perfumes y flores de la primavera.

Teobaldo y Luisa se amaron.

VIII.

Un dia, al levantarse Luisa de su lecho, casto nido de amante tórtola, sintió una fuerte opresion en su pecho. Se miró al espejo y se vió pálida.

Al ir á almorzar, Teobaldo la dijo: estás enferma, tu mirada es muy triste y tu pulso está calenturiento.

(Se continuará.)

ROCIO DEL ALMA.

—

No ocultes ese llanto, que piadoso
por tus mejillas pálidas resbala,
no te avergüences de llorar, el mundo,
valle es de lágrimas.

—

Como á las flores el rocio del cielo,
como las olas á la ardiente playa,
es el llanto que brota de los ojos,
rocio del alma.

—

Dichoso, sí; dichoso una y mil veces
quien tiene para todas las desgracias,
un suspiro en su pecho y en sus ojos
una bendita lágrima.

—

Triste de aquel en cuyos lábios siempre
una sonrisa vaga,
y á sus ojos jamás acude el llanto,
rocio del alma:

—

Para él el mundo es árido desierto
cuyas arenas cálidas abrasan,
y la vida es la sombra de la muerte
que entre sombras avanza.

—

No te avergüences de llorar; el llanto
es bálsamo que alivia la desgracia:
no te avergüences de llorar, bien mio;
Luzbel hizo el dolor y Dios las lágrimas.

Luis Montoto.

ANTE EL SEPULCRO DE MI HIJO.

——

A. M. S.

—

¡Hijo del alma! desolada llegó
Ante esa tumba que tu cuerpo oculta,
Y con hirvientes lágrimas hoy riego
Mis esperanzas que el dolor sepulta.

——

Perdon te pido ¡Oh Dios! si en mi locura
Reproche audaz te dirigió mi duelo,
Él formaba mi dicha, mi ventura,
Él era para mí grato consuelo.

——

Yo de la vida el áspero camino
Cruzaba alegre con la dicha suya;
Hoy, llanto solo mi fatal destino
Hace brotar á la memoria tuya.

——

Cuando del sol los vívidos fulgores
Iluminan la tierra blandamente,
Anegada en cruelísimos dolores
Riego tu fosa con mi llanto ardiente.

——

No con la angustia que en el pecho encierra
El hijo ante el sepulcro de su padre,
Mi pena es la mayor que hay en la tierra,
Es el dolor, la angustia de una madre.

——

Yo que mecí tu cuna ¡ídolo mio!
Yo que arrullé tu sueño placentero,
Cuan grande fué mi triste desvario
Cuando me distes el *adios* postrero.

——

No es el dolor quien mata, es la memoria
Que incesante refleja al ser querido
Al recordar la dulce, tierna historia
Del hijo que por siempre veo perdido.

——

¡Hijo del corazon! pídele al Cielo
Que á este dolor cruel pronto sucumba;

Dile que calme mi angustioso anhelo
Y nos junte á los dos, en esa tumba.

FRANCISCO J. DE HOYOS.

PÁGINAS DE LA CARTERA DE UN LOCO.

—

DOS PALABRAS AL LECTOR.

Lector, yo, que no conozco la adulacion, ni sé mentir, he dicho á todo el mundo sus defectos y vicios; al principio escucháronme con sonrisa burlona y despreciativa, y por último me apellidaron LOCO.

Ahora bien, este LOCO en medio de su pacífica é inofensiva LOCURA ha trazado estos pobres renglones; en ellos no hallarás bellezas de diccion, pero en cambio encontrarás un retrato de la moderna sociedad, cuyo parecido á nadie más que á tí toca juzgar.

Sé indulgente al declarar tu fallo, teniendo en cuenta que nadie es mas digno de compasion que *un demente*.

PRIMERA PARTE.

I.

EL PASEO.

Los otros por el siglo arrebatados
ó traficantes son ó mercaderes.
J. ROMEA.

Un paseo público tiene un gran parecido con una feria permanente, en donde los padres hacen el papel de vendedores, los jóvenes de compradores, y las niñas los objetos puestos á la venta.

Un ejemplo hará mas patente esta verdad. Figuraos que el jóven X. cansado de la vida de soltero ha determinado casarse; ¿qué es lo primero que debe hacer? buscar con quien, ¿no es cierto? Pues bien, para ello se dirige á un paseo público, esto es, á la tienda ó bazar en donde está seguro de encontrar lo que busca. Mi hombre dá una vuelta al paseo fijándose en todas las jóvenes en general y en cada una de ellas en particular, como si estuviese en un comercio de *entrada libre* y fuese viendo la multitud de objetos puestos á la venta, hasta encontrar uno que le conviniese. Puede acontecer, y acontece muchas veces, que nos agrade un objeto y al preguntar su precio nos dicen que está ya vendido; esto mismo sucede con algunas jóvenes que nos gustan y al ir á *ponernos en trato* nos dicen que *están comprometidas, que tienen dueño*. Pero supongamos que X. encuentra una que le agrada, y que esta se encuentra *libre*.

Cuando en un comercio vamos á comprar una corbata, por ejemplo, lo primero que hacemos es escojerla entre unas cuantas; despues vemos si nos conviene por su calidad, su duracion y su precio. Del mismo modo X. despues de escojer una jóven de entre las demás, lo primero que procura es informarse de sus cualidades intelectuales, morales y sobre todo *pecuniarias*: y si de esta informacion resulta que aquella muger le conviene, se dirige al padre, como pudiéramos hacerlo con el dicho vendedor de corbatas, y así como á este le ofrecemos un tanto por su género, el jóven X. le ofrece por su hija un capital de diez millones ó un empleo de diez mil reales, y si el padre juzga que su hija no puede *aspirar á mas*, esto es; que *no vale mas*, se la concede y *paz Cristi*.

Suele tambien suceder que á veces un padre *estima* á su hija en más de lo que vale; y entonces le acontece lo que al comerciante que pide caro por su género, que al fin ó se le estropea, ó tiene que darlo por menos de lo que antes le ofrecian, á no ser que encuentre algun caprichoso que le dé lo que no vale. Por el contrario hay otros que por *estimar* á su hija en menos de su valor ó por no hallarle salida hacen *realizacion* aprovechando entonces las gangas algunos compradores.

A las jóvenes le sucede lo que á los trajes y telas, que cuando están de moda ofrecen por ellas mucho más que valen, así como por el contrario no hay quien ofrezca nada cuando dejan de estarlo.

Acontece á menudo que los padres engañan á los pretendientes dándoles una muger que no era lo que querian, así como el comerciante nos engaña con el género; pero vállase por cuando acontece lo contrario.

La jóven que en estos momentos, de los cuales depende su porvenir es á quien correspondía obrar, queda convertida en un muñeco de movimiento. El padre cuando está delante el pretendiente hace á su hija tocar el piano, enseñar sus labores y lucir en fin, todas sus habilidades, esto ni mas ni menos hace un tendero para enseñar un niño lloron, por ejemplo, que mueva los piés y los brazos, cierre los ojos y diga papá y mamá.

El paseo tambien pudiéramos compararlo con una esposicion de pinturas.

En efecto: aquí los padres representan, ó me-

jor dicho, son los *autores* de las obras; el paseo, el salon donde están puestos de manifiesto los *cuadros*; las jóvenes, ya habreis comprendido que hacen el papel de *pinturas*. Los carruages, las alhajas, adornos, etc. son las molduras ó marcos, los cuales, dicho sea de paso, hacen que los compradores se fijen y aun adquieran obras, que sin esta circunstancia nadie se fijaría en ellas.

En los cuadros, la mayoría, y más si son modernos, están tal como su autor los hizo, y los menos están retocados; esto mismo sucede con las jóvenes, con la única diferencia que aquí sucede al contrario, ó lo que es lo mismo; son más las *retocadas*.

Si á un cuadro restaurado pudiésemos quitar la pintura dada por el restaurador encontraríamos que el cuadro primitivo en nada se parecia á el actual; así tambien si fuese posible quitar á algunas jóvenes la capa de colorete, los añadidos de pelo, las almohadillas de algodon, las aguas ó estractos que usan para mudarse de color el cabello, etc., etc.. ¡Ay lector, y qué cosas se verían! Nos encontraríamos, por ejemplo, que la que habíamos juzgado rubia y blanca como la nieve, era sumamente morena y de cabello negro; que á la que poco antes habíamos alabado su airoso talle era jorobada; que la que creíamos gruesa era delgada y al contrario.

(Se continuará.)

MELANCOLÍA.

No empaña al cielo una nube,
Ni el viento mueve las hojas;
No tienen eco los bosques,
Ni el mar columpia sus ondas.
Es la noche, en que el poeta
Cantando sus penas llora,
¡Que triste vaga la luna!
¡Que triste! ¡que triste y sola!
Parece un alma apenada,
Que vuela en pos de una sombra.
Tú, cual yo, bien de mi vida,
Amas su luz melancólica,
No tan pura cual tu frente,
Y no, cual tú, tan hermosa.
Tú, de la noche apacible
Amas la callada sombra,
Y el silencio de los bosques,
Y la quietud de las olas.
Tú, como yo, de este mundo
Desprecias las vanas pompas,
Ansiando tender tus alas
A regiones mas dichosas.
Tambien á tus ojos siempre
Una lágrima se asoma,
Y nunca alegre dibuja
Una sonrisa tu boca.
Los dos, bien mio, lloramos
Por la libertad preciosa;
Los dos soñamos, soñamos
De un nuevo dia en la aurora.
Y entre las sombras calladas
De la noche misteriosa,
Cuando el ángel de la tierra
En las soledades mora,
Entonces, lejos del mundo,
Las duras cadenas rotas,
Como ave, que aprisionada
Por una mano traidora,
Halla su cárcel abierta
Y tiende el vuelo afanosa,
Y bebe la luz y el viento
Y alegres cantos entona;
Nuestras almas, en la noche
Cantando sus penas, lloran.

LUIS MONTOTO.

SUELTOS.

Leemos en *El Anunciador*:

«Se ha acordado por la corporacion provincial el establecimiento de una imprenta en el Hospicio con el objeto de que se instruyan en el arte de la tipografía los jóvenes asilados en dicho establecimiento, hallándose tambien resuelto, segun se nos asegura, el adquirir los tipos y demás enseres necesarios para ello, en la acreditada fundicion del señor Artaloitia, único que desde hace años se dedica á la esplotacion de esta industria en esta capital. Elogiamos como es debido lo acertado de este pensamiento.»

Segun nuestras noticias aun no se ha resuelto nada en este asunto, y tenemos entendido que hay otras proposiciones presentadas, alguna de ellas mas ventajosa para el Hospicio; por tanto creemos deben examinarse todas detenidamente antes de tomar una resolucion que pueda perjudicar intereses muy sagrados.

—

El lúnes fué admitido en la academia de Buenas letras de esta capital el conocido escritor señor Guichot.

El acto tuvo lugar en la iglesia de la Universidad, con asistencia de S. M. el Emperador del Brasil.

A las dos y media se abrió la sesion leyendo el nuevo académico un largo y bien escrito trabajo encaminado á demostrar la injus-

ticia con que se le ha dado el calificativo de *cruel* á Don Pedro I de Castilla. El Sr. Asencio le contestó en un precioso discurso en el cual demostró la parcialidad del cronista P. Lopez de Ayala, y que la crónica verdadera del reinado de don Pedro, es la del obispo de Jaen D. Juan de Castro, la cual han hecho desaparecer personas interesada en ocultar la verdad.

Por último el Sr. Fernandez Espino leyó otro discurso dirijido á S. M. Imperial en el que despues de alabar su conducta y su talento demostró que no son incompatibles las letras y las armas, y terminó ofreciendo el nombramiento de sócio preeminente á S. M.; terminando la sesion á las cinco menos cuarto.

Damos la mas cordial enhorabuena á el nuevo académico.

—

A invitacion del Sr Alcalde presidente del municipio, el Sr. Arderius dará una funcion en el teatro de San Fernando, cuyos productos se destinarán para suvencionar á las cofradias que carecen de recursos para sacar en procesion sus imágenes en la próxima Semana Santa. La funcion tendrá lugar el lúnes 4 de Marzo poniéndose en escena por única vez la zarzuela *Los órganos de Móstoles*.

—

Han sido contratados para el teatro de San Fernando de Sevilla, en la próxima temporada, la distinguida tiple señora Ortolani y su esposo Sr. Tiberini.

—

El tenor Delabranche, que está escriturado en un teatro de Nueva-Orleans, ha sido víctima de una deplorable desgracia. La descarga de fusileria con que termina la ópera de los *Hugonotes* le fué disparada á boca de jarro de modo que le quemó los ojos. La desgraciada cantatriz que representaba con él el papel de Valentina sufrió la misma suerte. Así, pues M. Delabranche y su compañera, se hallan en este momento completamente ciegos. Esperamos que nuevos detalles desmentirán ó atenuarán al menos esta lamentable noticia»

—

EPÍGRAMA.

Un hombre como una malva
y más zote que un patan,
oyó un dia este refran:
la ocasion la pintan calva.
Y al punto como un leon
se echó sobre el calvo Mengo,
diciendo á voces:—Ya tengo
agarrada la ocasion.

V. R. A.

De verano una mañana
Al declararte mi amor,
Te abanicastes, tirana,
Diéndome: *¡qué calor!*

—

Llegó el invierno, y corriendo
Volví a hablarte, ídolo mio,
Y te abrigastes diciendo:
sabe usted que tengo frio.

—

Por lo que tú mas quisieres
Vengo á pedirte esta vez,
Me digas, niña, si eres
Almanaque portugués.

CHARADA.

Mi primera á cada instante
La repite el arriero,
El que segunda y tercera
Hace en estos malos tiempos,
Se queda, no hay que dudarlo,
Sin buen humor y dinero.
Mi todo tiene por nombre
En ser tan puro, y tan bello,
Que si he de decir verdad,
Con toda el alma le quiero.

(Un desconocido.)

REVISTA SEVILLANA.

—

Este periódico verá la luz pública los dias 1, 8, 16 y 23 de cada mes, en papel y tipos iguales al presente.

El precio de suscricion será de cinco rs. al mes en Sevilla y seis en el resto de España.

Las suscriciones se harán en la administracion.

No se servirá suscricion alguna de provincias cuyo importe no haya sido abonado.

Los suscritores de provincias podrán enviar el importe de la suscricion en sellos de correo ó letras de fácil cobro á nombre del administrador.

Los señores que abonen el importe de un trimestre adelantado tendrán derecho á adquirir por menos de la tercera parte de su valor ó sean tres reales la preciosa novela de nuestro amigo don Manuel Cano y Cueto titulada OLGA.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de la BIBLIOTECA, Churruca 1.

NÚM. 2. VIERNES 8 DE MARZO DE 1872. AÑO I.

REVISTA SEVILLANA.

SEMANARIO DE LITERATURA.

EN ESPAÑA.	EN EL EXTRANJERO.	EN ULTRAMAR.
En Sevilla un mes. . . . . 5 reales.	Un mes. . . . . 7 reales.	Un mes. . . . . 8 reales.
Fuera. . . . . 6 »	Un trimestre. . . . . . . 21 »	Un trimestre. . . . . . . 24 »

Direccion y Administracion, Espinosa 8.

NOTICIA

SOBRE EDGAR POE Y SUS OBRAS.

«Desespera y muere.»
CHATTERTON *(Alfr. de Vigni)*

I.

Cruzado por el rio más grande del mundo vive el pueblo emblema de la grandeza moderna; grandeza materialista que se traduce en esos portentosos adelantos materiales que nada valen, y nada significan en el mundo moral.

Para ese pueblo no hay dificultades, ni obstáculos. Se tiene amor al hombre, porque detras del hombre se ve una industria, un capital, una productiva empresa. La teología del sentimiento suprime el infierno por amor al género humano; se propone un sistema de seguros, una suscricion á cuarto por cabeza para la supresion de la guerra: la industria es una manía nacional; en la omnipotencia del taller se cifra la fé; he dicho la fé, no, Dios, el único Dios. Quemar negros encadenados, establecer la poligamia en los paraisos del Oeste, fijar en las paredes anuncios, sin duda para consagrar la libertad ilimitada, tales son algunos de los rasgos característicos, algunas ilustraciones morales del noble pais de Franklin, el inventor de la moral de mostrador, el héroe de un siglo entregado á la materia.

Es preciso convenir que los Estados-Unidos no es el pais propio para formar poetas.

Fábricas por do quiera, que encubren con su humo de carbon de piedra el azul del cielo; traficantes por todas partes; por todas partes mercaderes; iglesias frias y desnudas: ni un templo gótico, ni un monumento, ni una ruina, que eleven el pensamiento al pasado y á Dios.

¿Cómo pueden nacer poetas en los desiertos?

En esa sociedad materialista hasta la degradacion, positivista hasta la infamia, no debian nacer mas que mercaderes.

Parecen plantas exóticas, anacronismos indisculpables, esos *maravillosos hijos del génio*, colocados entre traficantes y agiotistas.

Si hoy no se oyen los nombres de los mártires, es porque el bullicio, la febril agitacion de la sociedad del tanto por ciento no tiene tiempo para ocuparse de los que bajan al sepulcro.

Chatterton! Malfilatre! Balzac! Hoffman! Edgar Poe! ¡Cuánto nombre ilustre y desventurado!

El uno, luchando contra la calumnia y la miseria; el otro contra la miseria y la opinion; este contra la fortuna; aquel contra el destino y contra la fortuna.

Lucha gigante, en que el génio cae siempre vencido, arrollado por la fatalidad!

Un biógrafo nos dirá gravemente que Poe, si hubiera querido regularizar su ingenio y aplicar sus facultades creadoras más apropiadas al suelo americano, hubierá podido llegar á ser un autor de dinero, *á money making auhtor*. Otro biógrafo, un cínico ingénio repetiria que por bueno que sea el génio de Poe, le hubiera valido más no tener más que talento, porque el talento halla más salida en la plaza que el génio.

Otro, director de periódicos y revistas, amigo del poeta, confiesa que era difícil emplearlo y que se veia obligado á pagarle menos que á los otros porque escribía en un estilo muy por debajo del vulgar. ¡*Quelle odeur de magasin!* como diría Joseph de Maistre.

Algunos se han atrevido más, y uniendo en lazo monstruoso la más tosca inteligencia á la ferocidad de la hipocresía villana, le han insultado y despues de su repentina desaparicion, han modelado rudamente un cadáver odioso, particularmente M. Rifus Griswold, que para recordar aquí la espresion vengadora de Mr. George Graham, cometió entónces una inmortal infamia.

Poe, esperimentando tal vez el siníestro presentimiento de una muerte súbita, habia designado á los M. M. Griswold y Willis, para coleccionar sus obras, escribir su vida y restaurar su memoria. Este pedagogo-vampíro ha disfamado largamente á su amigo en un enorme artículo, cobarde y odioso, colocado á la cabeza de la edicion postuma de sus obras. ¿No hay en América edictos que prohiben á los perros la entrada en los cementerios? En cuanto á M. Willis ha probado, al contrario, que la benevolencia y el decoro marchan siempre unidos con el verdadero ingénio, y que la caridad hácia nuestros compañeros, que es un deber moral, es tambíen uno de los preceptos del gusto.

Hablad de Poe con un americano, y confesará tal vez su génio; tal vez se encontrará orgulloso de tenerlo por hermano; pero en tono sardónico os hablará de la vida desarreglada del poeta, de su acoholizado aliento que hubiera podido encender un fósforo, de sus costumbres vagabundas; os dirá que era un planeta sin órbita, un ser errante y estrambótico, que andaba corriendo de Baltimore á New-York, de New-York á Philadelphia, de Philadelphia á Boston, de Boston á Baltimore, y de Baltimore á Richmond.

Y si estremecido el corazon por estos preludios de una historia lastimera, dais á entender que el indivíduo no es tal vez el solo culpable, y que debe ser difícil pensar y escribir cómodamente en un pais en que hay millares de soberanos, soberanías mercantiles, formadas trabajosamente sin sentimientos delicados, como por lo regular sucede á los hijos del tráfico, en un pais sin capital hablando propiamente, en un pais sin aristocracia, entonces vereis que los ojos del americano despiden chispas y que su boca inflamada por el patriotismo, lanza injurias sin cuento á la Europa, su vieja madre, y á la filosofía sana de los antiguos tiemros.

Edgar Poe no estaba al nivel de su pátria, ni los Estados-Unidos estaban al nivel de Poe.

Los Estados-Unidos son un pais gigantesco y niño celoso hasta la hipérbole del viejo continente. Orgulloso de su desenvolvimiento material, anormal y casi monstruoso, mira con desprecio todo lo venerando que no tiene ni puede tener.

La actívidad material, exagerada hasta las proporciones de un febril delirio, dejan bien poco lugar en los espíritus para las cosas que no son de la tierra.

Poe, naturaleza elevada, y que creia que la desgracia de su pais era no tener una aristocracia de sangre, atendiendo, como él decia, que en un pueblò sin aristocracia, el culto de lo bello no puede menos de corromperse, aminorarse y desaparecer; que acusaba en sus conciudadanos, en su lujo enfático y costoso, todos los síntomas del mal gusto característico de los

parvenus, que consideraba al progreso, la gran idea moderna, como un éxtasis de los papa-moscas; Poe, pnes, era una inteligencia singuarmente solidaria.

(Se continuará.)

Rimas del malogrado ingenio sevillano

G. A. BEQUER.

.˙.

Los invisibles átomos del aire
En derredor palpitan y se inflaman;
El cielo se deshace en rayos de oro;
La tierra se estremece alborozada;
Oigo flotando en olas de armonia
Rumor de besos y batir de álas;
Mis párpados se cierran.... ¿Qué sucede?
—¡Es el amor que pasa!

.˙.

Hoy la tierra y los cielos me sonrien;
Hoy llega al fondo de mi alma el sol;
Hoy la he visto,.. la he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!

.˙.

Sabe, si alguna vez tus lábios rojos
Quema invisible atmósfera abrasada,
Que el alma que hablar puede con los ojos,
Tambien puede besar con la mirada.

.˙.

Mi vida es un erial;
Flor que toco se deshoja;
Que en mi camino fatal,
Alguien va sembrando el mal
Para que yo lo recoja.

LA SOBRINA DEL CURA.

CUENTO VEROSIMIL.

POR DON LUIS MONTOTO.

I.

Y despues de solver un polvo, así dijo el bueno del párroco:

«Vivió bajo mi amparo desde la edad de seis años; que sus padres, tras de una vida de afanes y lágrimas, la dejaron sin otro arrimo en la tierra que este pobre viejo que pronto irá á reunirse con los pedazos de su alma.

Creció á mi lado, como esas margaritas que nacen en los cementerios, esas tristes flores para las cuales el alba no tiene rocio, ni brisas la tarde. Por las mañanas, la buena Brígida la acompañaba á la iglesia, y oia mi misa y rezaba á sus santos y pedia á Dios perdon para los pecados que no habia aun cometido; durante todo el dia se ocupaba en los quehaceres domésticos; bordaba mis álbas, zurcia el balandran, y no hay paño de altar en la parroquia, que no haya salido de sus manos: por la noche rezábamos el santo rosario y leia la vida del santo del dia.

Así pasaron diez años por su corazon, sin despertar en él las humanas pasiones, como pasan las áuras por la superficie del lago sin turbar sus criales. Si por la noche habia baile en la plaza del pueblo, y las muchachas venian por ella para que danzara en la fiesta, respondia á todas: «mas precio la dulce tranquilidad de mi casíta y la compaña de mi padre-¡me llamaba su padre!-y de mi buena Brígida, que las danzas y las músicas con que vosotras gozais tanto!»

Un profundo suspiro ahogó por algunos instantes las palabras del párroco, cuyo semblante, de dulce y tranquilo pasó en un momento á triste y sombrío; que tal es el poder del pensamiento.

«Creo, á veces, continuó, que nada está mas espuesto á las acechanzas de la maldad que la inocencia. Es un problema cuya resalucion aun no he alcanzado. ¿Debemos conocer el mal y los medios de combatirlo y vencerlo? ¿Y cuantos en ese aprendizage no son vencidos por el astuto y hábil enemígo?

Una mañana, la primera en su vida, Maria dijo, que estaba algo enferma y que no podia ir á la parroquia; y la noche de aquel dia, tambien por la primera vez, la oí suspirar, y aun creí ver en sus ojos una lágrima, indiscreta reveladora de un pesar profundo, que en vano traté de esplicarme.

—Tú sufres, hija mia, me atreví á decirle.

—No lo creais, padre, me contestó!

Aquella fué la primera mentira que salia de sus lábios.

Aquella noche no se leyó la vida del santo del dia, y la buena Brígida refunfuñó algo mas de lo ordinario.

No habia pasado un mes desde la primera lágrima de Maria.

El alba llamaba á mis balcones, y la campana de la parroqnia anunciaba á los feligreses

que el sacerdote iba á ofrecer el incruento sacrificio al Dios bueno y misericordioso.

—Señor, señor,-gritaba la pobre Brígida,-acudid, acudid al momento; qué desgracia tan grande!

Salí de mi habitacion y guiado por el eco de aquellas voces llegué á la alcoba de mi hija, al nido donde habia vivido un ángel diez años!

La anciana Brígida, hecha un mar de llanto, estaba arrodillada á los pies del lecho, que aun conservaba el calor de la que tantas noches lo habia ocupado.

La ventana sin hierros, que daba al campo, estaba abierta de par en par, y de ella pendia, ajitándolo el viento de la mañana, un lienzo, escala por donde habia bajado un ángel desde el cielo á los infiernos.

Las flores que en otro tiempo crecian lozanas en las macetas que adornaban el pretil, estaban marchitas por falta de riego; y el canario, que con sus trinos, había alegrado aquel paraiso, por falta de grano, estaba muerto en su jáula.

Recojí aquel lienzo, que tan elocuentemente me hablaba, traté de consolar á la pobre Brígida, y aquel dia, en veinte años, fué el único que no oyeron misa los habitantes de esta aldea.»

——

Y aquí volvió á suspirar el párroco; y sin advertir que no habia hecho uso de ella, sepultó en uno de los bolsillos del balandran la caja de rapé que acababa de agitar entre sus manos.

Las ideas que abismaron por algunos momentos la frente de aquel venerable anciano, no podré deciros cuales serian; sí os aseguro, que por su imaginacion pasaron cien historias de lágrimas y mil recuerdos de ángeles caidos.

II.

¿Por qué á la caida de la tarde de uno de los dias del mes de Julio, el párroco de la única parroquial del pueblo X., sentado en uno de los pocos poyos de la plaza del ayuntamiento, y teniéndome á su izquierda, me contaba la historia, cuyo primer capítulo he dado á conocer á mis lectores?

Hace cuatro años, dormia yo á pierna suelta como tengo por costumbre desde que me he propuesto alterar el órden que la naturaleza sabiamente tiene dispuesto, haciendo noches de los dias, cuando Antonia, muchacha de unos veinte mayos, que, en calidad de doncella, se ocupaba en desarreglarme los libros y papeles que tengo en mi mesa de estudio, entró en mi habitacion, llevándome una carta, que abrí soñoliento, y cuyo contenido, palabra mas ó menos, era el siguiente:

»Querido amigo: Ha una semana que llegué á este mi pueblo, y no echo de menos la animacion de la córte, ni sus espectáculos; antes al contrarío, en este desierto, como tú le llamas, tengo yo mi paraiso, y creo que tú modificarias la opinion que tienes formada de este rincon del mundo que me vió nacer, si cumpliendo la palabra que tienes empeñada, te decides á pasar en mi compañía las próximas vacaciones de Navidad.

No creas que esta carta tiene otro objeto que recordarte la promesa que hicistes de cenar conmigo la noche-buena. Tuyo etc.

Antonio.

Antonio era uno de mis compañeros de estudio, jóven de una capacidad poco comun; siempre grave y reflexivo, le conocian los estudiantes con el epíteto de *melancólico*, que, á la verdad, le cuadraba á las mil maravillas. Guardábale yo verdadero afecto, á el que él me correspondía; y hasta tal punto congeniábamos que nuestros libros se compraban á medias y nos examinábamos de las mismas asignaturas en el mismo dia, que son las mayores pruebas que dos estudiantes pueden alegar en pró de la buena voluntad que los une.

Llegadas las vacaciones, Antonio se iba á su pueblo y yo me quedaba en Madrid; pero él iba disgustado y yo no me quedaba muy contento. Ocho dias antes de recibir la carta anterior me despedia en la estacion del Norte de Antonio diciéndole estas palabras:

—Si los asuntos del periódico me lo permiten, iré á cenar contigo la noche-buena. Adios, y mis afectos á tu familia.

Antonio me recordaba mi promesa; Estábamos á veinte de Diciembre y el director del periódico, cuya gacetilla yo escribia, tuvo á bien suspender la publicacion por falta de suscritores, circunstancías que me hicieron tomar el camino hacia el nunca bien ponderado X, pueblo ilustre por ser la cuna de mi amigo Antonio, despues de haberme despedido de doña Purificacion prototipo de las patronas madrileñas.

Dos dias despues hacia yo mi triunfal entrada en el pueblo término de mi viaje; y quizás no me hubiera apercibido de ello, si unos muchachos, qne se entretenian en apedrearse, no hubieran dado en la manía de gritar á compás, como público que pide otro toro:

—¡El de la levita! ¡El de la levita!

(Se continuará.)

CIELO Y MENTIRA.

¿Qué es amor pregunté un dia,
En mi niñez sin dolor,
A un sábio... y no respondia.
Siendo sábio, no sabia
Decirme lo que es amor.

—

Jóven ya, con dulce anhelo
A una muger adoré,
Y en mi constante desvelo
¿Qué es amor? le pregunté,
Y ella me dijo: «es el cielo.»

—

Pero su amor fué mentido,
Y el cielo se ennegreció
Con las nubes del olvido.
¿Qué es amor? pregunté yo:
«¡Mentira!» me he respondido.

—

¡Ah! ya he logrado saber
Lo que preguntaba un dia.
Pues, si bien á costa mia,
Me ha enseñado una muger
Lo que un sabio no sabia.

José de Velilla y R.

ENTRE SOMBRAS.

CUENTO FANTÁSTICO

ORIGINAL

DE D. MANUEL CANO Y CUETO.

La primera nube.

(Continuacion.)

—No es nada, esclamó Luisa, tristemente, esto pasará.

—Es preciso que hagas una vida higiénica, hoy empezaremos por dar un buen paseo á caballo. El ejercicio robustecerá tu naturaleza poco á poco.

—Bien, respondió ella.

Aquella tarde atravesaron el paseo encantador de las Delicias, montados en dos corceles, magníficos ejemplares de la raza Epsom, tomaron á lo largo del rio, el llano de Tablada donde los caballos podian galopar con toda libertad, y ambos ginetes picaron espuelas.

Yorik, el hermoso bruto que montaba Teobaldo se lanzó á la carrera y Luisa quiso alcanzarle. Mas apenas su corcel rompió el viento, sintió una opresion terrible. Paró á Sakpsom, abrió la boca como para respirar con avidez y arrojó un caño de sangre.

Llamó á Teobaldo, pero este no podía oirla.

Sintió todos los tormentos de la muerte.

Cuando el jóven se apercibió que Luisa no estaba á su lado corrió á su encuentro.

La halló pálida cadavérica.

—¿Qué tienes? la preguntó sobresaltado.

—Nada, respondió ella.

Vió su pañuelo manchado de sangre y lo comprendió todo.

Retuvo á su caballo y seguía á Luisa contemplándola tristemente.

El sol moria detras de las montañas, bañando sus crestas de púrpura y oro.

Luisa paró á Sakpsom, dejó las riendas sobre su cuello, y quedó en éxtasis contemplando la última hora de la tarde.

Cuando el sol habia desaparecido, volvió su hermosa cabeza y miró á Teobaldo.

—Si muriera dentro de breves dias murmuró tristemente, me seguirias tu amando? ¿mi recuerdo se borraria en tu corazon y entregarias tu alma al amor de otra muger?

Teobaldo tomó las manos de Luisa y las cubrió de besos.

Y una lágrima que titilaba entre los párpados de Luisa, como una gota de rocío en el cáliz de una flor, resbaló por sus mejillas abrasadas por la fiebre.

IX.

Cuando la jóven llegó á su morada sintió la necesidad de la ciencia, para aliviar sus dolores.

Se llamó al médico y este dijo á Teobaldo:

—El mal no tiene cura.

—¿Por qué, cual es su enfermedad?

—La tisis.

Cuando el desgraciado oyó esta palabra creyó perder el sentido.

X.

Como una luz á quien vá faltando el aceite, así sentía Luisa que la vida huia de su corazon.

Cuando Teobaldo la mentia alguna esperanza

consoladora ella alzaba sus hermosos ojos azules y decia sentenciosamente: allá nos reuniremos.

Y parecia que el cielo se abria á su mirada.

Teobaldo la cuidaba, la mimaba, como una tierna madre á una hija enferma.

Se levantaba muy temprano y con tierna solicitud, era él quien preparaba las medicinas que bebía en su lecho la desgraciada jóven.

Si ella queria rezar, él se hincaba de rodillas y rezaba á su lado.

Adivinaba sus menores caprichos para tener el placer de servirlos.

Y cuando su enfermedad se agravó, él sin que ella lo supiese, pasaba las noches en vela; sentado junto á la puerta de su dormitorio, contando sus suspiros espiando su sueño, oyendo con fatiga indecible su respiracion desigual y débil.

Teobaldo iba enflaqueciendo, iba enfermando tambien con aquella vida, pero que le importaban aquellos desvelos, aquellos insomnios, aquellos prolijos cuidados si eran todos para la única persona á quien amaba en el mundo y si ella al fin le premiaba todos sus afanes, con una mirada, con una sonrisa, con un apreton de manos, que interpretaba todo lo que sentia su corazon y mucho más tambien.

Llegó un dia en que Luisa tubo que guardar cama.

El médico meneó tristemente la cabeza, cuando la tomó el pulso y oyó bullir bajo su pecho la sangre que se desprendia de los yá aniquilados pulmones.

Cuando se marchó el doctor, Teobaldo creyó morir. Se encerró en su gabinete y pasó todo aquel dia llorando.

Por la tarde fué al dormitorio donde moria el ángel de su vida.

Nada más poético, ni imponente, que aquel aposento en aquella hora.

La luz amortiguada penetraba débilmente por las cortinas azules de las ventanas, bañando la habitacion de un tinte vago y misterioso. Los sillones altos y negros parecian fantasmas redondos y pesados que se agrupaban alrededor del lecho. Bajo unas colgaduras inmensas de damasco azul reclinada en un ancho edredon blanco destacaba una cabeza pálida y una rubia cabellera dividida en hermosos bucles.

Sobre la colcha se veian dos manos casi trasparentes que cogian minuciosamente los hilachos mas pequeños.

Cuando Teobaldo entró en aquella habitacion, Luisa le mandó acercarse al lecho y le dijo: voy á morir, no llores, esto debia suceder, un dia ú otro. Si ves mis lágrimas no creas que las derramo por el dolor que me produce la vista de la muerte, sino por el martirio que me causa una separacion. Te amo y te pierdo. Cuando vuele al cielo pediré á Dios que me conceda ser tu ángel custodio, el que enjugue tus ojos y acaricie tu sonrisa, yo haré esto, te amaré en espíritu, si tu juras serme fiel, no olvidarme, no entregar tu amor á otra muger mas venturosa, pero si me olvidares perdóname, Teobaldo mio, pero como te amo tanto, seria el demonio del remordimiento y mis celos despedazarian tu corazon.

Y dijo con tan magestuosa entonacion estas últimas palabras, que Teobaldo creyó ver en su rostro, hasta entonces tierno y puro, algo de fantástico y terrible.

—Juro amarte, esclamó Vargas, juro no olvidarte, Luisa mia, y agarró las manos de la niña y las llevó á sus lábios.

Retrocedió espantado.

Las manos de Luisa parecian de hielo.

¡Luisa! ¡Luisa! gritó.

. . . .

Estaba muerta.

FIN DEL PROLOGO.

EL ETNA Y EL MONT-BLANC.

FANTASÍA.

I.

Nunca de un amor se olvida
quien llega una vez á amar,
porque es tan corta la vida
que no hay tiempo de olvidar.

Yo que he visto marchitada
la ilusion que fué mi encanto,
que jamás he hallado nada
habiendo soñado tanto,

Olvidar su imágen quiero
y es imposible mi afan,
que nunca puede el acero
desprenderse del iman.

Al marchitarse una flor
la arrojamos con desden,
y ¿por qué un marchito amor
no ha de arrojarse tambien?

De mi memoria he querido
su recuerdo desterrar....
y yo, que todo lo olvido,
su amor no puedo olvidar.

II.

Las crueles parcas segaron
la rubia y granada miés
¡Cuántas historias pasaron
de aquella historia despues!

—

María dice la losa
que cubre una tumba fría,
y un ciprés con voz llorosa
tambien repite *María.*

—

¿Por qué el murmullo doliente
hace brotar el destino?
Pausado é indiferente
recorre un viejo el camino.

—

En su frente lleva el sello
de grave meditacion:
nevó sobre su cabello,
y nevó en su corazon.

—

No evocan dulces memorias
ni la tumba ni el ciprés.
¡Pasaron tantas historias
de aquella historia despues!

Negros fantasmas que en mi sueño evoco,
decidme si es verdad ó lo he soñado:
si un hombre siente me parece un loco,
si piensa sin amar es un malvado.

RAFAEL ALVAREZ SURGA.

PÁGINAS DE LA CARTERA DE UN LOCO.

—

PRIMERA PARTE.

EL PASEO.

(Continuacion.)

Pero dejando á un lado ese contínuo comercio de padres y pretendientes, esa esposicion de *pinturas*, vamos á ocuparnos aunque ligeramente de los distintos personajes que á paseo vienen, y hablemos algo de su vida aunque halla algunos que nos tache de *murmuradores.*

Aquel jovencito que sobre un magnífico caballo caracolea por entre los carruajes, en donde multitud de jóvenes lucen sus encantos y gracias desciende, por línea *recta*, segun el mismo asegura, del célebre *Guzman el Bueno*; tiene bastante d inero y es marqués de....

A cada momento nos repite que su ropa se hace en una *de las mejores sastrerias de París*, á cuya capital manda tambien sus camisas para que las laven y planchen. Sus conversaciones favoritas son de *modas* y *caballos*, por ser á los animales que muestra mas prediccion.

Cuando se habla de mugeres da á entender que todas están *muertas* por él.

Su vida se reduce á levantarse á las doce de la mañana y despues de almorzar se entretiene en leer algunos *periodiquillos*, retirándose luego á su tocador, de donde sale, despues de dos horas, para ir á visitar á la Condesa de R, á la Marquesa de X etc.

Vá por la tarde á paseo con objeto de lucir su caballo y acercarse á los carruajes de sus conocidas y decirles unas cuantas necedades, que son oidas con gusto, porque al fin las pronuncia un jóven de *brillante posicion y título.*

Por la noche al café, en donde resuelve con la mayor facilidad las mas árduas cuestiones políticas, filosóficas y morales; de allí al teatro, y despues de esperar en los corredores á que estén en la mitad de la representacion, atraviesa el patio dando fuertes y ruidosos taconazos, para llamar la atencion. En los entreactos vá á los palcos y plateas de sus conocidas en donde habla del mérito de la obra que se representa y de los artistas que en ella toman parte, rebajando al autor y actores, pues cree darse importancia de este modo.

Por último terminada la representacion se *entretiene* en jugar al monte ó la ruleta hasta las dos ó las tres de la madrugada, á cuya hora se retira á su casa volviéndose á repetir al siguiente dia lo mismo.

¡Pobre nobleza Española, en que estado mas triste te van colocando!

Esa jóven que en compañia de su madre va en esa elegante carretela es la señorita de P.

Su padre tenia un pequeño capital pero suficiente para cubrir sus necesidades. Con objeto de hacer ver lo que no existe á fin de hallar *un buen partido* para su hija, tomó carruajes, casa, vestidos y abono al teatro, consiguiendo dar fin á su dinero; y recurrió entonces á pedirlo á rédito.

La niña se ha creado necesidades que no puede sostener, no habiendo aprendido mas que á tocar el piano y traducir el francés, consiguiendo que ningun muchacho, los cuales solo buscan el interés, se acerque á ella, viniendo por tierra los planes del padre, quien vé á todas horas asaltada su casa por inflecsibles acreedores.

¿No hubiese sido mejor que en lugar del francés le hubiesen enseñado á manejar la aguja, y en vez de el lujo y el boato estuviese acostumbrada á las privaciones? ¡Pero qué digo! se me olvidaba que estamos en el siglo XIX; que la sociedad, hoy dia, desprecia y escarnece la virtud si vá vestida de percal, y admira y adora el vicio si le ve engalanado de ricas joyas y luce costosos vestidos de seda; cuya sociedad solo ve en la muger un medio de aumentar sus riquezas.

Hay que desengañarse, el mundo hoy es un estenso mercado, en donde existen mas vendedores que compradores, por lo tanto los primeros tienen que presentar sus *géneros* engalanados de modo que fascinen al comprador.

(Continuará.)

SUELTOS.

Damos las gracias á los periódicos de esta capital por la benevolencia con que han acojido nuestra publicacion.

Han visitado nuestra redaccion *La Legitimidad* y *La Voz de la Juventud*; esperamos que los demas colegas no se desdeñarán en imitar su conducta.

—Un gitano que andaba diciendo la buena ventura por las calles, fué preso un dia y conducido ante un tribunal. ¿Con que tú sabes leer el porvenir, le preguntó el presidente, hombre de bastante agudeza pero demasiado chancero para ser magistrado.

—Sí, señor presidente, contestó el gitano.

—En ese caso ¿sabes cual es la sentencia que vamos á pronunciar?

—Seguramente.

—Y ¿qué te va á suceder?

—Nada.

—¿Estás seguro?....

—De que van ustedes á ponerme en libertad.

—¿A ponerte en libertad?

—Sí señor.

—¿Porqué?

—Porque si hubieran ustedes de condenarme no insultarian á la desgracia con la ironía.

Avergonzado el magistrado se volvió hácia los demás jueces y el brujo fué puesto en libertad.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

¡Ay cielos, quién lo diria!
¡Quién lo habia de pensar!
¿Conque te llegó á gustar
La encantadora SOFIA?

CHARADA.

En tiempos remotos el guerrero usaba
primera y *segunda* para pelear;
con mi antigua *tercia* sustento tomaba;
y si conseguia el *todo* alcanzar
por fin de comida, su boca endulzaba
con este esquisito sabroso manjar.

F. B.

REVISTA SEVILLANA.

Este periódico verá la luz pública los dias 1, 8, 16 y 23 de cada mes, en papel y tipos iguales al presente.

El precio de suscricion será de cinco rs. al mes en Sevilla y seis en el resto de España.

Las suscriciones se harán en la administracion.

No se servirá suscricion alguna de provincias cuyo importe no haya sido abonado.

Los suscritores de provincias podrán enviar el importe de la suscricion en sellos de correo ó letras de fácil cobro á nombre del administrador.

Los señores que abonen el importe de un trimestre adelantado tendrán derecho á adquirir por menos de la tercera parte de su valor ó sean tres reales la preciosa novela de nuestro amigo don Manuel Cano y Cueto titulada OLGA.

ADVERTENCIA.

Rogamos encarecidamente á los señores que reciban este periódico y no quieran suscribirse, se sirvan devolverlo á la administracion plaza del Almirante Espinosa núm. 8, ó al repartidor.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de la BIBLIOTECA, Churruca 1.

NÚM. 3. SÁBADO 16 DE MARZO DE 1872. AÑO I.

REVISTA SEVILLANA.

SEMANARIO DE LITERATURA.

EN ESPAÑA.		EN EL EXTRANJERO.		EN ULTRAMAR.	
En Sevilla un mes.	5 reales.	Un mes.	7 reales.	Un mes.	8 reales.
Fuera.	6 »	Un trimestre.	21 »	Un trimestre.	24 »

Direccion y Administracion, Espinosa 8.

NOTICIA

SOBRE EDGAR POE Y SUS OBRAS.

I.

(Continuacion.)

Colocad en medio de una sociedad agiotista é indiferente al sentemiento de la belleza, á un hombre como Poe, á qnien el amor de lo bello hacia sentir todas las dulzuras y todos los deseos de una pasion mórvida, de una exquisita delicadeza de gusto, de imaginacion soñadora, con todos los delirios y todas las auroras de una cabeza meridional, y acabareis por comprender que la vida para un hombre semenjate venga á ser un infierno, y cuando el mal haya concluido, os admirareis que haya podido durar tan largo tiempo.

El poeta es un enfermo, un monomaniaco.

Su enfermedad, su monomía, son el deseo y el amor de lo bello! Rara vez puede satisfacer su deseo; rara vez puede aliviar su enfermedad. Ver un cielo y hallar un infierno, soñar en laureles, y tener que trabajar para buscar pan, ennoblecer la humanidad y verse olvidado de ella, descorrer ante la vista del mundo todos los íris, todas las divinas ilusiones del génio y del amor, ser el águila caudal á quien el sol no ciega, tener el pié en la tierra y la cabeza á los piés de Dios, y en el instante que ese vértigo cesa, que ese fuego inspirador se apaga, comprender el aislamiento, el frio, las necesidades materiales que la sociedad no quiere satisfacer por ver en el poeta, las mas de las veces, un holgazan ó un loco!

El poeta llega á comprender á la sociedad y quiere luchar contra ella. Lucha inclemente, en que mil veces los que valen menos sacrifican en áras de su orgullo á los que valen más.

Publicidad! Publicidad! ¿qué eres sino un infame pilori, donde al pasar el profano, puede insultar al génio impunemente?

Al llanto de hoy contesta la esperanza con el mañana vengador; pero ay! no hubieran vendido Chatterton, Cea, y mil otros todas las glorias de la inmortalidad incierta por un presente digno y decoroso.

Hay un juego, comun en los niños, que todo el mundo conoce. Se forma un círculo de carbones encendidos, se coge un escorpion, y se pone en el centro. El animal permanece inmóvil hasta que el calor le quema; entónces se asusta y se agita; esto promueve la risa. Marcha derecho á la llama, intenta valerosamente abrirse un camino á través de las áscuas, pero el dolor es escesivo y se retira. Esto sigue promoviendo la risa. Dá vuelta lentamente al círculo y busca por todas partes un pasage imposible. Entónces vuelve al centro y entra en su primera, pero mas sombría inmovilidad.

Por fin, toma un partido estremo, vuelve contra sí mismo su dardo emponzoñado,

y cae muerto en el instante. Entónces los niños rien mas fuertemente que nunca. Esto, es sin duda, cruel y culpable; y sin embargo, los niños son buenos é inocentes.

Cuando un hombre muere de esta manera, no es él el suicida, no. Es la sociedad quien le arroja á la hoguera.

Edgar Poe, era un mártir, y si cercenó su vida con el abuso del alcohol, era para matar su inteligencia, su inteligencia humillada y deprimida, que á cada momento le gritaba como al autor de Childe-Harold, *«Desespera y muere.»*

II.

La familia de Poe era una de las más respetables de Baltimore. Su abuelo materno habia servido, como quartermaster-general, en la guerra de la Independencia, y Lafayette le tenia en grande estima y amistad. Su bisabuelo se habia casado con una hija del almirante inglés Mac-Bride, que estaba aliado con las familias más nobles de Inglaterra.

David Poe, padre de Edgar é hijo del general, se enamoró violentamente de una actriz inglesa, Elizabeth.

Arnal, célebre por su belleza, hulló con ella y se casó.

Para mezclar más íntimamente su destino con el de su amada se hizo cómico y apareció con su muger en diferetes teatros en las principales ciudades de la Union. Los dos esposos murieron en Richmond, casi al mismo tiempo, dejando en el abandono y en la miseria más completos á tres hijos pequeños, uno de ellos Edgar.

Edgar Poe habia nacido en Baltimore, en 1813.

Poe fué el verdadero hijo del amor y de la aventura.

Un rico negociante de la ciudad, Mr. Allan, se enamoró de este lindo desventurado. á quien la naturaleza habia dotado con todos sus encantos, y como no tenia hijos, le adoptó. Este se llamó desde entonces Edgar Allan Poe. Así, pues, fué educado en el lujo y en la justa esperanza de poseer un dia una legítima considerable. Sus parientes adoptivos le llevaron consigo en un viaje que hicieron á Inglaterra, Escocia é Irlanda, y habiendo de volver á su país, le dejaron en casa del doctor Biauzby, que tenia un importante colegio en Stoke-Newington, cerca de Lóndres. El mismo Poe, en *William Wilson*, describe esta estraña casa, construida en el viejo estilo de la época de la reina Isabel, y las impresiones de su vida escolar,

Volvió á Richmond en 1822, y continuó sus estudios en América, bajo la direccion de los mejores maestros de derecho. En la Universidad de Charlottewille, donde entró en 1825, se distinguió no solamente por su inteligencia casi maravillosa, sino tambien por una abundancia casi siniestra de pasiones, una precocidad verdaderamente americana, que, por último, fué la causa de su espulsion.

Es oportuno notar que Poe habia ya, en Charlottewille, manifestado una aptitud de las más notables por las ciencias físicas y matemáticas, de las cuales hizo uso frecuentemente en sus estraños cuentos.

Algunas malaventuradas déudas de juego trageron consigo una pequeña disension entre él y su padre adotivo, y Edgar, hecho de los más curiosos y que prueba la dósis de espíritu caballeresco que ardia en su cerebro impresionable, concibió el proyecto de mezclarse en la guerra de los Helenos y marchar á combatir contra los turcos. Partió para la Grecia, como Lord Byron lo habia hecho en otro tiempo, y ¿qué vino á ser de él en Oriente? Nadie lo sabe. Le encontramos en San Petersburgo, sin pasaporte, comprometido en un negocio que le obliga á llamar al ministro americano, Henry Middleton, para librarse de la penalidad rusa y volver á su casa.

De regreso en América, en 1829, manifestó el deseo de entrar en la escuela militar de West-Point; fué admitido, y allí, como en todas partes, dió muestras de una inte-

ligencia maravillosamente dotada, pero indisciplinable, y al fin de algunos meses fué espulsado del colegio.

(Se continuará.)

Á LA ESPERANZA.

Eres mágica estrella
que das consuelo con tu rayo al alma,
y si escuchas del triste la querella
das á su pecho la perdida calma.

Flor viriginal y pura
que despides dulcísimos aromas,
bello sol de ventura
que en la noche infeliz de la amargura
siempre en el cielo tu fulgor asomas.

Si alguna vez tu frente
El dolor nubla con tiniebla vaga,
lanzas despues tu fuego mas ardiente,
y aunque oscile tu luz nunca se apaga.

Eres de alivio manantial fecundo
y puerto de bonanza,
puerto que siempre á divisar alcanza,
y á donde siempre llega,
quien náufrago en el mundo
de sus dolores en el mar navega.

¿Qué fuera del mortal, si tú piadosa
no aparecieras á enjugar su llanto,
si no alumbráras con tu luz hermosa
este valle de penas y quebranto?

Esperanza feliz, tú eres la vida,
y el que vive sin tí, vida no tiene.
Esperanza querida,
el calor de tu aliento nos sostiene.

Es el vivir sin tí prado sin flores,
mañana sin aurora,
árbol sin hojas, sol sin resplandores;
fuente que en un tiempo murmuró sonora
y hoy agotada, su infortunio llora.
¿Y quien no te amará? Solo esperando
vá nuestra vida mísera pasando.
El que en prisiones gime
romper espera el hierro que le oprime.

El que vió sin sosiego
de unos serenos ojos la mirada
que en él vertió desconocido fuego,
espera que su amada
blanda se muestre á su amoroso ruego.

El que en ardiente guerra
con fuerte brazo lucha decidido,
espera oir el grito de victoria,
ó sucumbir con gloria
si en la sangrienta lid queda vencido.

El triste marinero
que en tenebrosa noche
en que no lanza su fulgor la luna
revuelve entre las aguas su barquilla,
que brille espera fúlgido lucero
y le haga ver la suspirada orilla.

Todos esperan, sí, todos te llamann
si ven su dicha convertida en luto,
y en cada corazon tienen un templo
en que te rindan sin cesar tributo.

Tú siempre al que te nombra
bálsamo das para cerrar su herida,
y de tu manto á la anhelada sombra
halla su paz quien la juzgó perdida.

Guárdame tú con paternal desvelo
la que el alma acaricia, ilusion bella,
y tú serás el trasparente cielo
en dónde asome mi escondida estrella.

No dudo, no, que escucharás clemente
la voz con que te llamo,
humilde bajo á tu poder la frente,
y de mi corazon reina te aclamo.

Y si en alguna edad lucha y se agita
y en cruda guerra de dolor se halla,
tu cetro empuña, tu corona ciñe,
y vuela á defenderlo en la batalla.

Mercedes de Velilla y Rodriguez.

LA SOBRINA DEL CURA.

CUENTO VEROSIMIL,

POR DON LUIS MONTOTO.

(Continuacion.)

La alegria con que Antonio me estrechó entre sus brazos no tuvo límites, y sus buenos padres me dieron pruebas inequívocas de un afecto, que me espliqué solamente considerando que los padres aman lo que sus hijos aman, y aborrecen lo que aquellos odian.

La habitacion que destinaron para mi dormitorio, era una salita de paredes mas blancas que la nieve y con una ventana con vistas al campo.

—Chico, me dijo Antonio, es la única habitacion desocupada que hay en la casa; es humilde; pero no tenemos otra mejor.

—Mejor, ya lo creo!-repliqué.-¡Como que es un verdadero paraiso! Desde esta ventana podré á mi sabor esparcir la vista por esos hermosos campos. ¡Ay, Antonio! Estoy ya tan cansado de no ver mas árboles que los de la calle de Alcalá y Recoletos! Si yo pudiera..... Una voz muy dulce y delicada llegó á nuestros oidos, cortando el hilo de mi entusiasmo. Escuchamos atentamente y oimos esta copla, que el viento de la tarde próxima á morir, nos trajo en sus alas:

Yo no sé qué es lo que tiene
la tarde cuando se vá,
que me causa ¡tanta pena!
¡tantas ganas de llorar!

—¡Bravo! ¡bravísimo!-esclamé.

—Oh! sí; angelical!...-añadió Antonio.

—Y no veo á la autora de esa copla; porque esa voz es de muger,-dije buscando ansioso con la vista por la arboleda y el llano el ángel de la tarde, que ángel debia ser quien cantaba con tan dulce voz y espresaba tan profundo sentimiento.

—¡Ah! mírala,-gritó Antonio,-entre aquellos álamos.

—¡Qué demonio! Es una sílfide que corre como una liebre. ¡Si volviera la cara! ¡Desearia ahora que no hubiera un árbol en todo el mundo!

—¡Ya no la veo!-esclamó mi amigo, dando á sus palabras una entonacion melo-dramática.

—La misteriosa ninfa ha desaparecido entre esas alamedas. Pero tú conocerás á todas las muchachas del pueblo?

—Sí; á todas.

—Y á la que ha cantado.

—No...

Este *no* equivalia á un *sí* vergonzante.

—Estarás cansado,-continuó Antonio,-duerme un poco: son las cinco; á las seis comeremos, y despues, si te encuentras con ánimos, daremos una vuelta por el pueblo que, á decir verdad, no es muy rico en curiosidades: tres callejas, ó callejones, una iglesia con honores de hermita y...

—Y muchachas que cantan como los ángeles.

—Sí; ¡como los ángeles!

Y Antonio, despues de ahogar un indiscreto suspiro, salió dejándome acostado en el mullido lecho de que tanto habia menester mi cuerpo.

III.

Pasaron las Navidades y los dos estudiantes regresaron á la Corte; pero Antonio no volvió tan de buen grado como en otros tiempos: al salir de su pueblo suspiró tan tristemente, que otro menos acostumbrado que yo lo estaba á sus suspiros, le hubiera tenido por el ser mas desgraciado de la tierra.

Era la caida de la tarde; de uno de los dias del mes de Abril; Antonio y yo, asomados á las ventanas de nuestra habitacion, aspirábamos ese rico tesoro de perfumes que las brisas llevan en sus álas las tardes de primavera.

—Vamos, hombre,-me atreví á decir á mi compañero, interrumpiendo quizás, algun pensamiento en que se abismaba su espíritu;-¿acabarás de decirme lo que pasa en tu corazon que de tan mal humor te tiene? Desde que vinimos del pueblo no te he visto reir una sola vez; noto con pesar, que las noches las pasas en claro, y que huyes de las gentes como quien huye de todos los demonios. Dime, ¿no soy yo tu amigo, tu verdadero amigo?

—Sí; tú eres el único á quien puedo dar tan dulce nombre,-esclamó Antonio, estrechando una de mis manos entre las suyas.

—Pues bien; cuéntame tus penas.

—¡Penas yo! No lo creas! Si pudiera comprender lo feliz que soy, no te preocuparia mi aparente tristeza. No habrá otro hombre en el mundo que se diga mas afortunado que tu amigo.

—Chico, chico; pues bien lo disimulas! Ea; sé franco; es inútil todo fingimiento. Tú sufres, y la causa es una muger.

—¡Una muger!-esclamó Antonio poniéndose pálido como la cera y fijando en los mios sus penetrantes ojos.

—Una niña,-continué,-que te ha sorvido el seso.

—Ah, no! te aseguro....

—¿Crees que se me ha olvidado la ninfa que, á la caida de la tarde, cantaba coplas llenas de poética melancolia, corriendo por entre los álamos que sombrean la casa de un amigo mio?...

—No te comprendo; pero te juro....

—Escúchame. Una tarde, una voz muy dulce llegó á nuestros oidos, cantando una copla que no he podido recordar. «Es de un ángel esa voz,» esclamé entusiasmado, y mi amigo repitió «sí; de un ángel;» y á poco un suspiro se asomó á sus lábios. «¿Conoces á esa muger?» le pregunté;» no, me respondió; pero de tal manera habia dicho aquel *no*, que yo creí haber escuchado un *sí*. La muchacha de la copla no es indiferente á mi amigo, pensé yo; pero cuando él trata de ocultar sus sentimientos, bueno es no importunarle con preguntas; pero tambien yo, que me intereso por la felicidad de mi amigo, debo averiguar quien es la que roba la paz de su alma.

Por la noche de aquella tarde, mi amigo y yo salimos á dar una vuelta por el pueblo; al pasar por delante de una casita blanca como la nieve, mi amigo suspiró como habia suspirado por la tarde, y creyendo que yo no tomaba nota de sus movimientos, antes de doblar la esquina de la calle, volvió la cabeza para mirar las ventanas de aquella casa, por las que salia un tibio rayo de luz que bajaba á alumbrar á un Cristo colocado en la pared de enfrente. «Ahí vive la dueña de sus pensamientos, pensé yo entonces» y no me equivoqué.

Quince dias estuve en el pueblo con mi amigo, y como en un pueblo todas las personas se conocen, á los pocos dias contaba ya entre mis amigos al párroco y á su sobrina, sacerdote venerable por su santidad y sus años aquel, y un ángel de inocencia y belleza, Maria; y aunque nunca ha salido de los lábios de mi amigo tan dulce nombre, es inútil que me oculte por mas tiempo que aquella niña ocupa su corazon, y que los suspiros que este vientecillo se lleva van camino de un pueblo....

No pude continuar. A nuestros oidos llegó esta copla la misma que seis meses antes, tambien á la caida de la tarde, y lejos de Madrid, habíamos escuchado.

Yo no sé qué es lo que tiene
la tarde cuando se vá,
que me causa ¡tanta pena!
¡tantas ganas de llorar!

(Continuará.)

LA INSPIRACION.

Fuego santo y sublime de los cielos
De Dios soplo divino
Y emanacion de Él;
Sentimiento que al hombre y sus desvelos,
Ofrece en su camino
Coronas de laurel.

—

Ya es volcan ardoroso que se agita
En hondas convulsiones
Y horrísono fragor,
Ya destructor alud que precipita
De las altas regiones
El Noto bramador.

—

Ya es suspiro del aura, que amorosa
Besa las gayas flores
Con ósculos de paz,
Ya murmurio de fuente caudalosa
O de los ruiseñores
El cántico fugaz.

—

Unas veces es risa placentera
Del querub que en la Gloria
Adora al Hacedor.
Otras.... lágrima triste y plañidera
Que evoca á la memoria
Recuerdos de dolor.

José Bores.

PÁGINAS DE LA CARTERA DE UN LOCO.

PRIMERA PARTE.

EL PASEO.

(Continuacion.)

Pero basta de reflexiones y volvamos á ocuparnos del paseo.

Lector, ¿no conoces á R.? No? Pues es uno de los jóvenes que empiezan á pollear. Hácia aquí viene, fíjate en sus palabras y juzga si la nueva generacion tiene algo que envidiar á la actual.

—Adios, chico, como te vá?

—Bien hombre y á tí?

—Mal. Estoy fastidiado, aburrido, desesperado.

Despues de hacer una pausa á fin de que yo le pregunte la causa de su desesperacion, y viendo que no despliego los lábios continua:—Figúrate que anoche perdí veinte duros en la banca. Pero no es eso lo peor sino que empeñé el reloj en diez duros y tambien los he perdido; y esta noche hay reunion, ¿y como voy sin reloj? imposible. Si tuviese quien me prestara los diez duros...

Segunda pausa esperando que yo se los ofrezca; pero en primer lugar hace tiempo que á consecuencia de un pequeño disgustillo que tuvimos, hemos quedado tan mal el dinero y yo, que no ha tenido á bien volver á visitarme. Ademas estoy convencido que él que presta dinero se queda sin él y sin amigo.

Viendo pues que yo no hice caso de la *indirecta* esclamó:

—Si me lo prestaras te lo agradecería infinito.

—Chico, lo siento, pero tú sabes que soy hombre de pocos fondos.

Mira, mira, quien ha pasado.

—Quién?

—Manuela.

—Ah! sí; la muger mas.... (Por respeto á la moral no trascribimos los epítetos que le tributó.)

—Pues hombre no hace una semana que me hablabas muy bien de ella.

—Entonces era otra cosa; teníamos relaciones, Y apropósito de muchachas, sabes que se casa nuestro amigo Q.

—Me alegro.

—Pues yo no; vá á ser muy desgraciado con la muger que ha elejido.

—¿No es buena?

—Dicen que sí.

—¿No es honrada?

—Tambien dicen que sí.

—¿No le quiere?

—Con delirio.

—Entonces, no comprendo...

—Figúrate que no tiene un cuarto y nuestro amigo podria haber aspirados á mas.

—¿Tú al casarte con una muger, te casas con ella ó con el capital?

—Qué pregunta! Con el capital, que el dia que yo tenga dinero, mugeres no han de faltarme.

—Y ¿crees tú que serás feliz siguiendo esa marcha?

—Claro está. Yo ni busco belleza, ni virtud en la muger; busco oro y solo oro. Aunque no sea mas que para pagar al *ladron* del sastre, necesito un capital. ¿Cuánto te parece que me ha llevado por hacerme esta levita? veinticinco duros. Y gracias que ahora lo hay, pues mi padre acaba de vender unas *veinte mil* fanegas de grano, que se han cogido en un *cortijillo* que tenemos á una legua del pueblo. (Hay que advertir, que no tiene mas que un cortijo que solo le ha producido unas mil fanegas.) Por supuesto, prosiguió, mi padre lo tiene todo abandonado, el dia que yo me encargue de la administracion, me produce el caudal sesenta mil duros anuales.

Habiendo notado que me sonreía, varió de conversacion y estuvo hablando media hora de los títulos de su familia.

En esto pasó un picador de caballos, y él que se desdeña en saludar á personas muy dignas, porque no tienen dinero, se cojió de su brazo y se marchó con él, sin duda para pedirle los diez duros que le hacian falta.

——

Oigamos ahora la conversacion de estos dos caballeros que acaban de sentarse á nuestro lado.

—No dejo, amigo Telesforo, de admirarme al verte en tan brillante posicion, y no puedo comprender como tú, que hace pocos años no tenías ni aun para comer, eres hoy millonario. Y lo que que mas me llama la atencion es, que los que antes te despreciaban y huian de tí, hoy no tan solo te saludan con escesiva amabilidad, sino que te ofrecen un asieuto en su mesa y hasta mendigan tu sonrisa.

—¡Ay, querido Manuel, veo que no conoces el mundo! Voy á esplicarte lo que te parece tan raro, y yo encuentro naturalísimo dada la condicion de nuestra sociedad.

Yo, como sabes, fuí sacado de la casa de espósitos por un honrado barbero á la edad de tres años. Mi padre adoptivo quiso enseñarme su oficio, á fin de que á su muerte pudiese ponerme al frente de su barbería, la cual pensaba dejarme. Pero yo no podía avenirme á ello, quería lucir, y en lugar de servir tener quien me sirviera; en vista de esto, el bueno del barbero se gastó cuanto tenía en darme una carrera literaria, de la cual no sabía una palabra cuando terminé, pero en cambio me habia creado muchísimas necesidades.

Viendo que el infeliz barbero habia muerto en la miseria por mi causa, y comprendiendo que la sociedad hoy dia para admitir á uno en su seno, no se fija mas que en sus riquezas, sin ver si están bien ó mal adquiridas, decidí hacerme rico á toda costa.

Entré en una fuerte casa de comercio, cuyo jefe llegó á tener tanta confianza en mí, que habiendo tenido que hacer un viaje, me encargó de la direccion de los negocios.

Habia entonces en caja unos setenta mil duros, destinados para pagar unas letras, me apoderé de este dinero, y escribí á mi principal diciendo nos habian robado, y al mismo tiempo mostré gran interés en averiguar quienes fuesen los autores del robo. Cumplieron las letras y mi jefe no tuvo mas remedio que declararse en quiebra, muriendo á poco en la mayor miseria.

Dueño ya de un buen capital, fuí á Madrid, en donde solicité un empleo, única carrera de los españoles hoy dia.

Nombráronme jefe de aduana, gracias á algunos miles de reales, que á los pocos años me habian producido algunos miles de duros, pues tuve la suerte de hacer *buenos negocios*.

Por último, habiendo llegado á reunir un casital considerable, me retiré á la vida privada; y nadie vé en mí el espósito sin padre, el disipador de la hacienda de mi bienhechor, el ladron de mis jefes y de la Nacion, sino el banquero espléndido que tiene diez carruajes, veinte caballos y un millon de renta. Las jóvenes, á pesar de mi edad, me prefieren á los pollos, los padres

me obsequian, y los jóvenes me adulan, para gozar de mi dinero.

Vé ahora con cuanta razon decia antes, que hoy dia la sociedad solo se fija en el capital de cada uno, sin volver atrás la vista, y ver si está bien ó mal adquirido.

(Se continuará.)

EL INVÁLIDO.

I.

No lloreis madre;
Dejad que parta,
Que hoy de sus hijos
Quiere la pátria.
Redobles bélicos
Los parches lanzan.
Ved, ya se alejan;
La lid nos llama,
Que Dios os guarde.
¡Cae desmallada.....!
¿Vuelvo? no, sigo:
Madres son ambas.

II.

Ven, pequeñuelo,
¡Qué veterano!
Aun no ha cumplido
Los cinco años!
En mi rodilla
Monta á caballo.
¡Firme.... á galope....!
¡Llora tu hermano!
Quiere montarse.....
¡Voto al diablo;
Si la otra pierna
Dejé en el campo!
Nunca pensara
Que aquel pedazo
Servir pudiera
A estos muchachos.
¡Maldita bala....!
Por tus estragos
Mi nietezuelo
Queda llorando....

José Gilés y Rubio.

SUELTOS.

El domingo próximo pasado á las dos de la tarde celebró junta pública la Real Academia de Buenas letras para dar posesion de plaza de número al Sr. D. Ramon de la Sota y Lastra, quien leyó un brillante trabajo tanto por las ideas en él contenidas, cuanto por las correctas formas con que fueron espresadas, sobre *la permanencia de la especie.*

Contestóle á nombre de la Academia el señor D. Fernando Santos de Castro, en un discurso lleno tambien de erudicion; terminando tan solemne acto á las tres y cuarto.

Felicitamos de todo corazon á nuestro amigo D. Ramon de la Sota, por el envidiable puesto que ha logrado alcanzar, merced á su estudio y sus brillantes dotes.

Con el título EL CALDERO DEL DIABLO, *racion de cuentos, chismes y bellaquerias propinadas á los estómagos fuertes por don José Velazquez y Sanchez*, ha dado á luz la casa editorial de los Sres. Hijos de Fé, un precioso volúmen escrito por el más cómico de los ingenios sevillanos y llamado á obtener un éxito fabuloso.

Recomendamos á nuestros lectores su adquisicion, seguros de que en la obrita del Sr. Velazquez y Sanchez encontrará un eficaz remedío contra la tristeza.

Hállase de venta al precio de cuatro reales en casa del editor, calle Tetuan, y en las principales librerias.

De *El caldero del Diablo*:

LA MARCA.

Dos sargentos marcadores,
designados por la plaza,
á un mozo gitano miden
algo dudoso de talla.
Como el gitano se encoje
los dos sargentos lo agarran
por los piés y la cabeza
para estirarlo en la marca.
La madre del mozo al ver
esta operacion esclama:
—«*¡Qué es esto! ¿El gobierno pie sordaos de goma elástica?*»

José Velazquez y Sanchez.

Nos han honrado con su visita *La Gaceta Escolar*, de Madrid. *El Radical*, de Ecija. *El Ateneo Lorquino*, de Lorca y *Semanario Católico*, de Jerez.

Damos las gracias á dichos cólegas, y pagamos con gusto su visita.

Desde el número próximo cesaremos de enviar nuestro periódico á los cólegas locales que

no han tenido á bien corresponder á nuestra visita.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Mazapan.

CHARADA.

Mi prima repetida
Es alegre y muy jovial,
Si bien segunda y tercera
Bastante de nuestra Edad.
Y sin mi todo, las jóvenes,
No pueden, lector, pasar.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE LA REVISTA SEVILLANA.

P. S. A.—Villafranca de los Barros.—Recibido el importe de la suscricion hasta el mes de mayo inclusive.

L. T.—Fuentes de Andalucía—Recibí el importe de la suscricion del presente mes.

R. V.—Segovia.—Queda V. incluido en la lista de suscritores.

I. G. de C.—Villafranca.—queda suscrita hasta fin de Mayo.

ATENEO DE LORCA.

El ateneo de Lorca que desde su instalacion ha celebrado el aniversario del escritor, *honor y gloria no solamente de su pátria, pero de todo el género humano*, deseando tributar en este año un homenaje de respeto y admiracion mas señalado á la memoria de Cervantes, y estimular, en su modesta esfera, á los ingenios de nuestra provincia y aun á los de toda la nacion para que dediquen sus nobles tareas en el cultivo de las bellas artes á un objeto tan digno, tiene el honor de invitar á un certámen literario, bajo las condiciones que siguen:

El primer premio que consistirá en un busto de Cervantes, en plata, de pequeñas dimensiones y su correspondiente diploma, se adjudicará al autor de la mejor *memoria* de regulares dimensiones y buenas formas literarias sobre este tema.

«¿Al trazar y escribir Cervantes el Quijote, se propuso imitar á alguno de los grandes modelos literarios ya publicados, y seguir las huellas de los ingenios eminentes que le habian precedido ó hizo un trabajo enteramente original?»

Como segundo premio, se adjudicará una pluma de plata sobredorada, con diploma, al autor de la mejor composicion en verso, relativa á Cervantes.

Habrá además dos *accesit* para los autores de la memoria y poesía que más se acerquen en mérito á los premiados. Estos *accesit* consistirán en un diploma, que se entregará á los autores de las composiciones que lo hayan merecido.

El jurado podrá hacer además las menciones honoríficas que estime indispensables.

Los que aspiren á estos premios dirijirán sus trabajos á la Secretaría del Ateneo de Lorca antes del 14 de Abril próximo, en cuyo dia quedará cerrado el plazo de admision definitivamente.

Como de costumbre, las composiciones vendrán sin firmar, en un pliego cerrado con un lema; y en otro, tambien cerrado con un lema igual, la firma del autor.

El jurado de calificacion se compondrá de cinco indivíduos designados con anticipacion entre los profesores de la seccion de literatura del Ateneo, asociados de las personas que estimen conveniente.

Los miembros del jurado no podrán tomar parte en el certámen.

La lectura de las composiciones laureadas y la adjudicacion de los premios se efectuará en la sesion solemne y estraordinaria que celebrará el Atenéo la noche del próximo 23 de Abril, aniversario de la muerte del escritor insigne.

Todas las composiciones presentadas quedarán de propiedad del Ateneo, sin que por los interesados pueda reclamarse su devolucion.

Los pliegos que contengan las firmas de los no premiados, se quedarán sin abrir.

Lorca 1.° de Marzo de 1872.—El Director, Julio Mellado.—El Secretario, Antonio Gayon.

ADVERTENCIA.

Rogamos encarecidamente á los señores que reciban este periódico y no quieran suscribirse, se sirvan devolverlo á la administracion plaza del Almirante Espinosa núm. 8, ó al repartidor.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de esta BIBLIOTECA, Churruca 1.

NÚM. 4. SÁBADO 23 DE MARZO DE 1872. AÑO I.

REVISTA SEVILLANA.

SEMANARIO DE LITERATURA.

EN ESPAÑA.	EN EL EXTRANJERO.	EN ULTRAMAR.
En Sevilla un mes. . . . . . 5 reales.	Un mes. . . . . 7 reales.	Un mes. . . . . 8 reales.
Fuera. . . . . 6 »	Un trimestre. . . . . 21 »	Un trimestre. . . . . 24 »

Direccion y Administracion, Espinosa 8.

ADVERTENCIA.

Este será el último número que reciban los señores de provincias que no hayan abonado el importe de la suscricion.

NOTICIA
SOBRE EDGAR POE Y SUS OBRAS.

II.

(Conclusion.)

Al mismo tiempo sucedia en su familia adoptiva un acontecimiento, que debia tener para Poe las mas graves consecuencias. Madama Allan, por la cual tuvo un cariño verdaderamente filial, murió, y Mr. Allan se casó de nuevo con una muger muy jóven.

Una disension doméstica tuvo aquí lugar, una historia tenebrosa que no puedo referir por no estar completamente esplicada por ningun biógrafo. Querella que dió tristes y notables resultados. Poe fué definitivamente separado de Mr. Allan, y habiendo este tenido sucesion de su segundo matrimonio, quedaron frustradas las esperanzas de una herencia bastante cuantiosa.

Poco tiempo despues de haber abandonado á Richmond, Poe publicó un pequeño volúmen de poesias: aquellas póesías eran una aurora resplandeciente. Tenian un acento extra-terrestre, calma melancólica, deliciosa solemnidad, esperiencia precoz, esa *esperiencia innata* que caracteriza á los grandes poetas.

La miseria le hizo algun tiempo soldado, y es probable que en los ócios de la vida de guarnicion preparase los materiales de sus futuras composiciones, composiciones estrañas que parecen haber sido creadas para demostrar que la originalidad es una de las partes integrantes de lo bello. Vuelto á la vida literaria, el solo elemento donde pueden respirar ciertos séres privilegiados, Poe moria en una estrema miseria, cuando un suceso dichoso le levantó de nuevo.

El propietario de una revista acababa de abrir un certámen, dando dos premios, uno para el mejor cuento y el otro para el mejor poema. Una letra, singularmente hermosa, atrajo la atencion de Mr. Kennedy, que presidia el comité, y le inspiró el deseo de examinar por sí mismo los manuscritos.

Se encontró que Poe habia ganado los dos premios, pero solo se le concedió uno. El presidente de la comision tuvo curiosidad de ver al incógnito.

El editor del diario le presentó á un jóven de una hermosura sorprendente. Tenia como Byron una cabeza de Apolo, con un vestido andrajoso abotonado hasta la barba, y mostraba el aire y la distincion de un gentil hombre, tan orgulloso como hambriento.

Kennedy se portó bien con él. Le presentó á Mr. Thomas White, que habia fundado en Rechmond el *Southern Literary Messenger*, Mr. White era un hombre audaz,

pero sin ningun talento literario; le faltaba un ayudante, un colaborador, un sosten.

Poe se encontró á los veinte y dos años director de una revista, cuyo destino descansaba sobre él. Él creó su prosperidad. *El Southern Literary Menssager* ha reconocido despues que á este escéntrico narrador, á este borracho incorregible, debia su clientela y su fructuosa notoriedad.

En este periódico fué donde apareció por la primera vez la *Sin igual aventura de un tal Hans Pfaall*, y muchos otros cuentos que nuestros lectores verán desfilar ante sus ojos.

Durante el trascurso de dos años, Edgar Poe con un ardor maravilloso, asombró al público con una série de composiciones de un género completamente nuevo y por artículos críticos, cuya vivacidad, precision, severidad razonada, eran muy dignos de llamar la atencion.

Es bueno que se sepa que todo este trabajo considerable se hacia por quinientos dollars.

Inmediatamente, dice Griswold, lo que quiere decir, se cría bastante rico el imbécil, se casó con una jóven, bella, encantadora, de una naturaleza amable y heróica, pero *que no tenia un cuarto*, añade el mismo Griswold con tono de desprecio. Su esposa era la señorita Virginia Clemen, su prima.

No obstante los servicios hechos á su periódico, M. White se disgustó de Poe al cabo de los dos años, en los cuales habia alcanzado su publicacion un éxito grande.

La razon de la separacion de Edgar se halla evidentemente en los accesos de hipocondría y en las crísis de embriaguez del poeta, accidentes característicos que manchaban los horizontes de su vida.

Desde entónces veremos al desgraciado transportar sus lijeros penates por las principales ciudades de la Union. Veremos por anuncios, que hieren el alma, anuncios insertos en los periódicos que Mr. Poe y su muger se encuentran peligrosamente enfermos en Fordham, y sumidos en la miseria más absoluta.

Poco tiempo despues de la mnerte de su adorada Virgia. Poe sufrió los primeros ataques del *delirium tremens*.

Desde entónces Poe sostuvo una lucha inclemente, pero gigante, contra su fortuna y contra el destino. Vencido siempre, pero quedándole siempre el valor y la esperanza para comenzar de nuevo la lucha, Edgar quiso librarse de la miseria, y empleó uno por uno todos los medios que le surgió su ingenio.

Fundó una revista, esperando tener el concurso de sus amigos de colegio y de sus colaboradores de West-Point. Hacia tiempo habia publicado en Nueva-York *Eureka*, poema cosmogónico, que habia levantado las mayores discusiones.

Visitó, pues, las principales ciudades de Virginia en busca de medios y aliados, y Richmond volvió á ver al que habia conocido tan pobre, tan desamparado.

Todos los que no habian visto á Poe desde el tiempo de su oscuridad corrieron en tropel á contemplar á su ilustre compatriota. Apareció, bello, elegante, correcto como el génio. Yo creo que desde hacía algun tiempo había llevado su condescendencia hasta hacerse admitir en una sociedad de la templanza. La buena acogida que se le hizo innundó de alegria su pobre corazon hasta el punto de pensar en establecerse definitivamente en Richmond y acabar su vida en los lugares que su infancia le habia hecho tan queridos.

Sin embargo, tenia un negocio en New-York, y partió el 4 de Octubre quejándose de temblores y desfallecimiento. Sintiéndose siempre mal, llegó á Baltimore la tarde del 6, hizo llevar su equipage al embarcadero de donde debia partir á Philadelphia y entró en una taberna para tomar allí un escitante. Allí, desgraciadamente, encontró antiguos conocimientos, y se marchó tarde á su casa.

A la mañana siguiente, á la pálida luz del indeciso amanecer, se encontró un ca-

dáver sobre la via pública. ¿Era un cadáver? No, un cuerpo vivo todavia, pero á quien la muerte había sellado con todos sus horrores. Sobre este cuerpo, cuyo nombre se ignoraba, no se hallaron ni papeles, ni dinero y fué conducido á un hospital. Allí murió Poe, la tarde del domingo 7 de Octubre de 1849, á la edad de 37 años, anonadado por el *delirium tremens*, este terrible mal que habia ya trastornado su cerebro una ó dos veces. Así desapareció de este mundo uno de los más grandes héroes literarios, el hombre de génio que habia escrito en *el Globo negro* estas palabras fatídicas:

«El mal es comparable al alcohol!»

Esta muerte es casi un suicidio, un suicidio preparado desde largo tiempo. Ay! el que habia superado, vencido en las alturas más árduas de la estética, el que se habia hundido en los abismos menos esplorados de la intelèctualidad humana, el que através de una vida semejante á una tempestad sin calma, habia encontrado medios nuevos, procedimientos desconocidos para asombrar la imaginacion, para seducir á los espíritus sedientos de lo bello, acababa de morir en un hospital, pobre, abrasado por el delirio, suicidado, valiéndose del arma más traidora y terrible ¡el alcohol!

¡Lástima que un hombre que debia despertar con su recuerdo la admiracion, solo al conocer su nombre, produzca en el alma un sentimiento de tristeza y compasion al ver esos lamentables errores del génio, que debía ser todo luz y armonia, y que muchas veces solo es degradacion y tinieblas!

Este ejemplo, unido á muchos otros desventurados, ha hecho nacer entre el vulgo el falso axioma de que el verdadero génio es desordenado. Indisculpable error. El génio, para ser tal génio, tiene que ser armonioso y claro como el sol.

Edgar Poe es el fundador sin duda de un género nuevo. Su fantasia es estraña; hay en ella algo de escalpelo, algo de matemático, por decirlo así.

No es un soñador como Hoffman.

Hoffman tenia una fantasia desarreglada, nebulosa, propiamente alemana.

Poe es el poeta de sentimiento: su *Annabel* es la inspiracion gigante, desarrollándose ámpliamente en *Eureka* y en *El Cuervo*, poema de notas misteriosas y sobrenaturales, y sobre todo en sus cuentos, el autor de una imaginacion fecundísima, que no dice una palabra que ne sea una intencion, que no tienda, directa ó indirectamente á perfeccionar un designio premeditado.

Es preciso haber contado la revuelta, la desarreglada, la fatal vida de Poe, para que sus cuentos sean comprendidos. La musa de lo Terrible ha inspirado muchos de ellos; no hay un escritor en los presentes tiempos que tenga tan grandes facultades para hacer la novela de las íntimas sensaciones del alma.

¡Edgar Poe ha muerto!

El pais de los mercaderes ha perdido á una de sus más resplandecientes auroras.

Esperemos que la posteridad haga justicia al grande hombre americano, y nosotros perdonémosle sus vicios y sus defectos, comó perdonamos á Chaterton la última dósis de ópio, que le hizo dormir el sueño de la muerte.

M. Cano y Cueto.

EL TRIUNFO DE LA CRUZ.

Densa nube cubre el Cielo
Con su velo,
De oscuridad sin igual;
Y rueda el trueno en la esfera
Cual si fuera
De la tierra el dia final.

Que en la cumbre del Gólgota sombrio
Y de afrentosa cruz en el tormento,
Su vida entrega Aquel que á su albedrio
Dispone de los mundos, ciento á ciento.

Por el hierro taladrado
Su costado
Está con fiero rigor:

Y sus sienes peregrinas
Las espinas
Despedazan con dolor.

Cárdenas sus mejillas, y apagada
De sus divinos ojos la luz pura,
Perdon para la plebe desalmada
Pide entre el sufrimiento y la amargura,

Que al estinguirse su vida
Al deicida
Pueblo conserva aun amor
Y quiere apartar clemente
De su frente
El castigo vengador.

Y en tanto en el averno enfurecido
Ruge Luzbel que sus conquistas pierde.
¡Quiso luchar con Dios! viose vencido
Y de la cruz el pié con rabia muerde.

Que ese leño sacrosanto
Donde tanto
Sufrió Dios por su bondad,
Es ya signo de victoria
Que á su gloria
Conduce á la humanidad.

José Bores.

LA SOBRINA DEL CURA.

CUENTO VEROSIMIL,

POR DON LUIS MONTOTO.

(Continuacion.)

—Ah! sí; la amo, la amo con toda mi alma, esclamó Antonio. Perdóname, amigo mio que nada te haya dicho; á qué hacerte sufrir! Este es mi secreto: tú solo lo sabes, porque has adivinado. No hablemos más de ello, olvídalo y déjame solo con mis penas. Si no hubiera sido por esa copla, que acabamos de oir y que ha hecho asomar mi corazon á mis lábios nunca te hubiera hablado de este amor, que morirá conmigo.

—Chico, chico, esclamé, no dándome cuenta de la desventura de unos amores que yo creia muy felices, estás á punto de perder el sentido. ¿Por qué me has de hacer sufrir con el relato de esa pasion? Y qué penas, más que la que la ausencia causa pueden acompañar á tus amores? La sobrina del cura es un ángel, tú no eres un diablo, y el cielo te complacerá en bendecir unos amores en tan buen hora nacidos. Porque supongo que ella corresponderá á tus afanes...

—Maria ignora que la amo, como todo el mundo, menos tú, es estraño á mi pasion.

—¡Diablo, Antonio, diablo! Sabes que veo en tí al héroe de una novela!

—Tengo el presentimiento de que su corazon jamás ha de palpitar por mí; de que sus lágrimas serán para otro y para otro sus alegrias; que quieres! serán tontos presentimientos, pero mi corazon jamás me ha engañado. ¡Y no creas, mis tristezas tienen tambien sus alegrias!

—¡Vaya, vaya...! sospecho que antes de un año el señor cura os echa las bendiciones.

Antonio sonrió tan tristemente, que mi habitual buen humor desapareció como por encanto.

La noche se adelantaba á pasos agigantados; á la brisa de la tarde habia sucedido un airecillo fresco, las nieblas de la tarde se habian cambiado en palpables tinieblas, por entre las cuales se alzaban como un escuadron de fantasmas las mil y una chimeneas de la coronada villa, y allá en el cielo brillaban pálidas las primeras estrellas.

Cerré la ventana, encendí la luz y, sin decir una palabra, abrí el primer libro que me vino á las manos y empecé á dar paseos por la habitacion, leyendo en voz baja.

Antonio tomó su sombrero de encima de una silla, encendió un cigarro y cantando la compla que acabamos de oir, salió de la habitacion, sin decir una sola palabra.

IV.

Llegó el mes de Junio, ese *bú* de los estudiantes que no estudian, y Antonio se recibió de abogado, poniendo punto final á una carrera literaria seguida con verdero aprovechamiento; pero un suceso tan satisfactorio, fué para nosotros motivo de un pesar amarguísimo. Antonio se volvía á su pueblo, á donde le llamaban los asuntos de su casa, y la ancianidad de sus padres, no teniendo que hacer nada en Madrid.

Triste, muy triste es la separacion de dos personas que por espacio de algunos años han vivido la misma vida. ¡Son tan estrechos los vínculos que contraemos en las áulas! ¡Quizás los dos estudiantes, que juntos habian recorrido los feraces campos de la ciencia, no volverian á verse más. Pasando los años, las flores de la juventud se marchitarian, y solo el recuerdo, flor de los cementerios, creceria en el desierto de nuestra vida.

Antonio marchó á su pueblo no sin exigirme que todos los años habia de ir á cenar con él la noche buena; lo que yo le prometí, á reserva de salvar el compromiso cuando no me lo permitiera el estado de mi bolsillo, que no era por aquel entonces muy halagüeño. Escusado me parece decir que nos obligamos á mantener una contínua correspondencia entre Madrid y *, en obsequio á nuestra amistad y en bien del Estado.

Quedéme, pues, en Madrid; y primero que pude acostumbrarme á vivir sin mi compañero de estudios, pasaron alguos meses. Sus frecuentes cartas me recordaban los años pasados en las áulas; y si algun dia empezaba á dormirse en mi corazon el sentimiento de la amistad, á la voz del cartero, ese Mesías que tanto se espera y tantas veces viene, despertaba nuevo Lázaro que agonizaba mil veces y resucitaba otras tantas.

Las cartas estensas en los primeros meses, se convirtieron despues en lacónicas. A todo menos á que Antonio hubiera olvidado nuestra amistad, atribuía yo el laconismo de sus cartas, reducidas á acusarme el recibo de las mias y á desearme todo género de prosperidades.

Llegó la Natividad del Señor, y me fué absolutamente imposible cumplir la palabra que habia empeñado á mi amigo. Corrieron algunos meses despues, y sin saber á qué atribuirlo, Antonio dejó de escribirme.

Todos son lo mismo, decia yo frecuentemente; mientras están á nuestro lado, protestan una amistad eterna; dejan de vernos y nuevas amistades sustituyen á las antiguas; ¡Todos ingratos!

Una noche, corría el mes de Febrero, volvia yo á mi casa, despues de haber asistido al estreno de un drama, debido á la pluma de uno de nuestros autores dramáticos más aplaudidos, dando vueltas en mi imaginacion al asunto de la obra, que me habia preocupado en extremo y que, sin esplicarme la causa, unia yo á los amores de mi amigo Antonio, amores que más de una noche me habian quitado el sueño, y de los que no habia vuelto á decirme una palabra.

Una muger muy jóven, á juzgar por el timbre de su voz, vestida de negro y cubierto el rostro con el tupido velo de una mantilla, se atravesó en mi paso, tendiéndome una mano y diciendo:

—Caballero una limosna por el amor de Dios.

¡Quien á las altas horas de la noche no ha sido saludado con estas mismas palabras al volver de un lugar consagrado al recreo y la alegria; y quién no ha sentido helársele la sangre en sus venas, y resvalar por sus mejillas una lágrima de compasion y desear, al mismo tiempo, ser un Creso para elevar á la fortuna al infeliz que gime á las puertas de los templos y de los teatros, y discurre por los paseos públicos y por las calles más concurridas, implorando una limosna por el amor dulcísimo del que vino á morir en una cruz por amor al hombre!

Yo recordaba aquella voz; á través del tejido velo creia ver un rostro que en otros dias me habia hecho soñar en el cielo unos ojos azules, dulces, tranquilos como los pensamientos de la infancia.

Dejé caer el embozo de mi capa, busqué en mis bolsillos algunas monedas, y aquella infeliz muger, al fijar en mí sus ojos suplicantes y agraciados, exhaló un grito de sorpresa, que trató de disimular envolviéndolo en un profundo suspiro.

Ah! no, imposible, pensé yo; imposible que esta muger sea aquel ángel! Deposité en sus manos el poco dinero que llevaba conmigo, y embozándome en mi capa, en esa prenda, con la que he tenido tantas y tan íntimas confianzas, continué mi interrumpido camino, revolviendo en mi imajinacion el argumento de la obra, á cuyo estreno acababa de asistir, los amores de mi amigo Antonio, y el recuerdo de la infeliz muger á quien acababa, tal vez, de proporcionar con algunos reales un dia mas de amarguras.

¡Caprichos son de la imajinacion, que jamás lograremos esplicarnos satisfactoriamente! El recuerdo de una persona á quien profesamos un verdadero afecto, nos asalta trayando como por la mano un cúmulo de accidentes, que sin razon lójica, se unen y encadenan con tan estrechos vínculos, que despues de rodar por nuestra cabeza, preséntanse á los ojos del espíritu formando una historia de lágrimas y dolores, á la que no falta el requisito más superficial. El drama que acababa de ver, seria en último término el resúmen de aquella historia; la muger que se habia interpuesto en mi camino, podia ser un personaje principal del drama. ¿Por qué habia combinado mi imaginacion todos aquellos hechos?

Solo me faltaba una esplicacion, para que el drama fuera completo, y esta no se hizo aguardar mucho.

Al dia siguiente fuíme á la redaccion del periódico, dadas las once de la mañana, á hilvanar las gacetillas que veinte y cuatro horas despues habian de leer algun desocupado.

—Chico, me dijo un compañero de redaccion, vienes á buen tiempo: vas á sentenciar en una cuestion que sostengo con el marqués.

Debo advertir á mis lectores, que el personaje á quien mi compañero llamaba marqués, era un jóven calavera de esos que en Madrid se encuentran ciento por un jóven de buena vida; uno de esos tipos dignos del lápiz de Cham ú Or-

tego, un esclavo de la corbata, que pasaba la vida burlando mugeres, un moderno Tenorio, con toda la cínica maldad del burlador de Sevilla, y sin el valor de el que convidaba á cenar á la estátua de D. Gonzalo.

(Se continuará.)

Á LA VIRGEN MARIA.

PLEGARIA,

—

Hoy vengo ante tus altares,
Pura y celestial Maria,
A contarte mis pesares
Y á suplicarte que ampares
A la pobre pátria mia.

Oye piadosa mi canto;
Ten de España compasion,
Y cobija con tu manto
A este pueblo, que entre llanto
Demanda tu proteccion.

Hoy, que ya el triste ha espiado
Su ingratitud, Madre mia;,
No le apartes de tu lado.
¿Qué hará este pueblo angustiado
Si á ser te niegas su guia?

Grandes pecadores fuimos,
Erramos por nuestro mal;
Mas si torpes te ofendimos,
Hoy á tus plantas venimos
Llenos de amor filial.

Sé que al triste arrepentido
Nunca niegas tu perdon,
Por eso amante te pido
Que á este pueblo desvalido
Concedas tu proteccion.

José Sanchez Arjona.

5 Diciembre de 71.

PÁGINAS DE LA CARTERA DE UN LOCO.

—

PRIMERA PARTE.

EL PASEO.

(Continuacion.)

¿Veis aquella jóven que va en compañía de un anciano?

Tal vez muchos creerán que ese anciano es su padre; pero se equivocan porque es su esposo.

Y es posible, esclamareis admirados, que una muger en cuyo rostro brillan aun los encantos de la juventud, se haya casado con un hombre que tal vez hizo el amor á su abuela? Pues bien, eso que á vosotros os parece un absurdo, es por desgracia lo mas natural y comun en nuestro siglo de civilizacion y progreso. El arrojarse una jóven en brazos de un octogenario por el vil oro, lo vemos todos los dias. La jóven que no quiere sacrificar sus alhagüeñas ilusiones, la jóven que se estima en más que un puñado de oro, la jóven en fin, que prefiere seguir los nobles impulsos de su corazon, en vez de dar culto á la mezquina deidad de nuestro siglo, es mirada con burla y desprecio por nuestra *ilustrada* sociedad, la cual cree dispensarle un favor con apellidarle únicamente *loca ó nécia.*

Pero se hace tarde y la gente se va ya retirando, por lo que creo conveniente, lector querido, que vayamos á vestirnos para ir al teatro, en donde te aseguro que hemos de pasar un buen rato.

EL TEATRO.

El teatro para el poeta y el artista es el templo donde se rinde culto al génio. El escenario es el palenque donde el artista esgrimiendo las armas que le dá el poeta, lucha con el indiferentismo de un público; cuando triunfa por la calidad de las armas ó su destreza, una salva de aplausos resuena en todos los ámbitos del salon; pero si por el contrario sus armas mal templadas ó su poca destreza le proporcionan la derrota, una silva fuerte y atronadora se deja oir. ¡Desgraciado del poeta ó artista que no puede vencer el indiferentismo del público!

¿Sabeis á que comparo yo el teatro? Pues os

lo voy á decir lo mas brevemente posible. El patio donde multitud de jóvenes tienen sus respectivos asientos; se me figura un tranquilo lago, cuyas ondas pocas veces ajita las auras del entusiasmo; ellos, cual atolondrados pececillos, con la mayor candidez del mundo, se tragan el anzuelo que le tendeis vosotras, desde tierra firme; esto es, desde palcos y plateas. Pero os veo volver la cara y dar señas de mal humor. No hay que enfadarse, bellísimas lectoras, pues á este mundo unos han venido para pescar y otros para ser pescados.

Pero volviendo á la cuestion, vuestros encantadores ojos, vuestras sonrisas, vuestros vestidos y adornos, son el cebo con que cubris el *anzuelo*, que como diestros pescadores le retirais por algunos momentos cuando lo juzgais oportuno, á fin de que los *peces* piquen despues con mayor insistencia. Pero á que cansarnos, cuando lo vais á ver prácticamente. Mirad, ¿no veis en aquella platea una jóven muy guapa, aunque no tanto como vosotras? Pues esa *pretende pescar* al jovencito que está en aquella butaca. Observemos sus maniobras. Primero recorre su mirada, esto es, el cebo; todo el patio, hasta que así como por casolidad, se fija en el jovencito del negro bigote, quien al principio continúa impasible, hasta que repetida esta operacion unas cuantas veces, al fin el jóven dirige sus gemelos á la platea (primera picada en el anzuelo). Entonces ella vuelve á retirar su vista por algunos momentos, durante los cuales el jóven se muerde los lábios. Esta operacion se repite, lo mismo que la anterior, unas cuantas veces, hasta que comprendiendo ella que es pez muerto, le dirige una sonrisa de triunfo y el pobre jóven traga el anzuelo.

Lo mismo le sucede á las jóvenes que á los pescadores, las más diestras se llevan los mejores peces.

Mirad en cambio aquel otro que trata de pescar á la jovencita vestida de rosa. Ese debe ser de la familia de los *atunes*. ¿No comprende que siempre el pescado ha de ser él y ella la pescadora?

(Se continuará.)

Á C.

Mi vida es la inconstancia: estos amores,
¡horrible realidad!
sueños son que el albor de la mañana
de mi abatida frente apartará.

—

Lo sé! las flores que en mi pecho nacen
viven un dia no más;
porque el destino, para mí inclemente,
me condenó á olvidar!

—

Lo sé! las ilusiones de mi vida,
olas que vienen son y olas que van;
pero soñar en que este amor no muere
¡es tan dulce soñar!

Luis Montoto y R.

Á LA MEMORIA

DE LA SRTA. DOÑA MARIA DE LA ESPERANZA GÓNGORA.

En la pendiente
De un alto monte,
Donde un torrente
Cae con fragor,
Pura y galana,
De blanco cáliz,
Una mañana
Brotó una flor.

—

El viento vago
Dejó su furia,
Y en blando alhago
Le acarició:
Y al ver sus galas,
Y al verla sola,
Sus leves álas
Dulce batió.

—

El tiempo huia
Con breve paso;
Su huella impia
Dejando atrás;
Y ella miraba
Cual á otras flores
Las deshojaba
Con impiedad.

—

Lozana en tanto,
Rica en aromas
Y en dulce encanto
Bella creció;
De virtud llena,
De gracia y vida,
Feliz, sin pena
Los dias contó.

—

Mas ¡ay! que el cielo
Cubrióse un dia
Con denso velo

De oscuridad,
Y bramó el viento,
Fulguró el rayo,
Crujió el acento
De tempestad....

—

¡Ay de la hermosa
Flor solitaria!
¡Cuán temblorosa
Se estremeció!...
Y un encendido,
Cárdeno rayo
Vibró y su tallo
Despedazó!

. . . .

—

Cual esa rosa
Nació MARIA;
Cual ella hermosa
Feliz vivió;
Y ¡ay! que la impura
Muerte sombria
Tanta hermosura
Polvo trocó.

Manuel de Sta. Cruz y Mateos.

SUELTOS.

Desde el número inmediato dedicaremos una seccion de la *Revista* á ocuparnos del teatro. Esperamos que la Empresa de S. Fernando en vista de lo que aconteció el año pasado y del gran abono que tiene para la próxima temporada, hará cuanto esté de su parte por complacer al público.

—

Han visitado nuestra redaccion *El Oriente*, de esta capital; la *Correspondencia literaria*, de Madrid; *El correo de teatros*, de Barcelona; la revista científica y literaria *O Instituto*, de Coimbra (Portugal); el *Museo* de Valladolid; la *Crónica* de Badajoz y el *Constitucional* de Sevilla.

Damos las gracias á dichos cólegas.

—

ERRATA.—En nuestro último número y en el artículo acerca de Edgar Poe olvidamos de corregir dos erratas importantes.

El párrafo que dice «David Poe, se enamoró violentamente de una actriz inglesa, Elizabeth. Arnal, célebre por su belleza, hulló con ella etc.» debe leerse, David Poe se enamoró violentamente de una actriz inglesa, *Elizabeth Arnal* célebre por su belleza, *huyó* con ella y se casó.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Modista.

CHARADA.

Mi prima y segunda existen
En los jardines y casas
Y es muy general su venta
Por las calles y las plazas.
Al pié de mi tercia lucen
Sus talles las sevillanas.
Entre las cuales mi todo
Se distingue por su gracia.

REVISTA SEVILLANA.

Este periódico verá la luz pública los dias 1, 8, 16 y 23 de cada mes, en papel y tipos iguales al presente.

El precio de suscricion será de cinco rs. al mes en Sevilla y seis en el resto de España.

Las suscriciones se harán en la administracion.

No se servirá suscricion alguna de provincias cuyo importe no haya sido abonado.

Los suscritores de provincias podrán enviar el importe de la suscricion en sellos de correo ó letras de fácil cobro á nombre del administrador.

Los señores que abonen el importe de un trimestre adelantado tendrán derecho á adquirir por menos de la tercera parte de su valor ó sean tres reales la preciosa novela de nuestro amigo don Manuel Cano y Cueto titulada OLGA.

Rogamos encarecidamente á los señores que reciban este periódico y no quieran suscribirse, se sirvan devolverlo á la administracion plaza del Almirante Espinosa núm. 8, ó al repartidor.

EVILLA.—Oficina tipográfica de esta BIBLIOTECA, Churruca

NÚM. 5. LUNES 1.º DE ABRIL DE 1872. AÑO I.

REVISTA SEVILLANA.

SEMANARIO DE LITERATURA.

EN ESPAÑA.		EN EL EXTRANJERO.		EN ULTRAMAR.	
En Sevilla un mes	5 reales.	Un mes	7 reales.	Un mes	8 reales.
Fuera	6 »	Un trimestre	21 »	Un trimestre	24 »

Direccion y Administracion, Espinosa 8.

LA MADRE.

Siento al comenzar este artículo la inquietud afanosa de la duda, el tormento de la desconfianza.

Con la pluma sobre el papel vacilo aun.

Temo desfigurar lo que es muy bello y muy grande, profanar lo que es sagrado.

Hay cosas que se ven, se sienten y no se pueden espresar.

Existen armonias que no sabe cantar el poeta, cuadros que desafian al pincel del más hábil artista.

Pero mi corazon me arrastra. El brillo de la sublimidad fascina siempre.

¡Qué he de hablaros de la *madre!*

¡No conoceis quizá ese inmenso abismo de cariño y de consuelos, ese adorable misterio de virtud y de belleza, esa humanidad casi divina!

Los que veais en el mundo de los recuerdos el astro que de plácida luz inundó los dias de vuestra infancia, el ángel que os adormia al rumor de un cantar melancólico y suave como los suspiros y los céfiros, el cielo de risueñas esperanzas que alegraba vuestro despertar; los que más dichosos conozcais aun á la que os dió todo su corazon despues de daros la vida, sabeis más de lo que puedo decir.

Identificada con el hombre desde el momento de su creacion mística y simbólica, recibió la muger el privilegio de un destino eminente, largo tiempo envilecido por el yugo y la prostitucion, manchado por los vicios de bastardas civilizaciones fanáticas de una idea, esclava siempre de una sola pasion.

El Evangelio, esa obra tan magnífica y tan santa que nace y triunfa en la grandiosa epopeya del Calvario, revindica para la muger el lugar que á la alteza de su mision correspondia.

En esa sublime escena, que á través de diez y nueve siglos nos asombra, hay una figura patética y esplendente. En María.

Figura necesaria en tan gigante drama porque representa á la naturaleza inteligente que sufre y llora en el parasismo del dolor. Es el amor humano que se abisma y se abrasa en el amor divino, el vuelo de lo mortal hácia lo inmortal, la aspiracion de lo finito hácia lo infinito, el término de enlace de esa trilogia soberana, universal, armónica y eterna cuyos estremos son Dios y la naturaleza.

¿Y quién es María? ¿Quién ha completado el cuadro? Reflexionadlo. Es la madre.

La hechura más poética del Evangelio es tambien la brillante apoteosis de la muger.

¡La Madre! Suprema sacerdotisa de esa religion universal que se llama amor, el que ella profesa á sus hijos absorve toda su actividad, todo su pensamiento.

Es su luz, su aire, su vida.

Los deseos, las esperanzas, las dichas de una madre se condensan en un solo objeto,

pueden formularse en una sola espresion: sus hijos.

Por ellos será víctima de todos los sacrificios, sufrirá los dolores más crueles y la sonrisa del triunfo lucirá radiante en su alma, lo inefable del martirio dilatará su corazon, bellísimo poema de bondad y de ternura donde no hay un solo encanto que no sea para sus hijos.

Entregad á una madre las pájinas de la Mitología y de la Historia y no comprenderá la rigidez estóica de Junio Bruto, ni la severa firmeza del tercer Filipo, ni la heróica lealtad de Guzman el Bueno. Pero maldecirá á Agrave, á Medea y á las mugeres de la belicosa Esparta con toda la energia del horror con la noble y santa indignacion de una Divinidad ultrajada.

Cualquier otro afecto, por más noble y más puro que sea no puede compararse siquiera en el de la maternidad.

Siempre tendrá en su fondo un punto oscuro: el choque de la reflexion.

Es el *yo* que se repliega. Es el mismo afecto que solicita el precio de su existencia.

El amor que se da es el primer alimento del amor que se recibe.

En el pequeño vaso de nuestro corazon la espansion no puede ser completa.

El amor de la madre es ilimitado. Vive por sus propias fuerzas. ¿Sabeis lo que únicamente pide? (Permitidme una frase vulgar.) Que le dejen vivir.

Es un sentimiento celestial y no terreno, más divino que humano. ¿Y quién lo duda?

Contemplad á la madre. Una encarnacion misteriosa se ha realizado en sus entrañas. Un espíritu de Dios ha tomado allí la vestidura mortal que ha de arrastrar en la tierra.

Y apenas despunta la aurora de su existencia, ese astro temeroso necesita un guia para atravesar las densas nubes que amenazan eclipsarle.

La madre basta. Ella infundirá en los vasos de una flor que se entreabre los fecundos jugos que la vigorizan. Ella desplegará su corola con el cuidado más tierno, con la más próvida sabiduria y recojerá los primeros virginales aromas de su cáliz para elevarlo hasta más allá de las estrellas.

Vedla sinó haciendo brotar de los infantiles y balbucientes lábios, sonidos y palabras de un encanto indefinible. ¡Sagrada y riquísima eufonia inspirada por el cielo y que hasta el cielo sube como el incienso de nuestros altares!

Es la primera ofrenda de un alma desterrada, que al influjo de la madre y á traves de la materia, ha vislumbrado su deliciosa pátria.

Son los efluvios, los perfumes de una adoracion espontánea, extática, infinita.

Es el espíritu embargado que esparce á sus fulgores más clarísimos y graba sobre la frente del hijo el estigma precioso de su divino orígen.

El corazon de una madre no se puede comprender. Su amor es inesplicable.

Los demás afectos presentan siempre un lado por donde pasa alguna luz que puede guiar nuestras investigaciones.

Pero si á la misma madre preguntais por qué ama tanto á sus hijos; os contestará con adorable sencillez: porque los amo.

La mujer se absorve, se embriaga en ese amor hasta llegar al delirio.

Es perla que corre loca y estraviada en los abismos del océano, la idea desvanecida entre los confusos laberintos de un sueño, el átomo arrebatado y perdido en la ínmensidad del espacio.

Cada beso de una madre es una bendicion del cielo que desciende sobre el hijo.

La diáfana sonrisa de un niño es un tesoro de esperanzas para la madre. Adivina en ella la mirada de Dios.

Y ahora que he dicho *un niño* me ocurre una triste reflexion.

Por un terrible contraste, por una ley dolorosa, el niño al hacerse hombre y lanzado á los placeres del mundo, olvida alguna vez á su madre, y con vil ingratitud de-

ja quizá adormecerse en el fondo de su pecho un amor con el que nunca podria pagar una déuda inmensa.

Mas no por esto se arruina el corazon de la madre.

Aquí es, por el contrario, donde se ostenta en toda su grandeza.

Sí, por un estraño acaso, la indiferencia criminal de un hijo arranca de los maternos lábios una tímida queja, una tierna reconvencion; esas palabras producirán más tarde el amargo llanto del arrepentimiento y entre la oscuridad y el silencio censurará la mujer que lo derrama lo que en el frenesí de su cariño llame ella misma *su propia intolerancia, su escesiva crueldad.*

Esta es la madre: virtud, amor y lágrimas.

La mujer que cierra el pecho á sus hijos es un móstruo que horroriza. Es una subversion bárbara, una rebelion espantosa contra todas las leyes naturales y divinas, estéticas y morales.

Me consuela el creer que todas las madres poseen el sentimiento de amor á sus hijos. Pienso que en algunos casos podrá estar dormido, embotado por vicios y desórdenes brutales; pero que despertará, tal como es, en toda su admirable intensidad, al influjo de una regeneracion bienhechora.

Hay pasiones infernales que sumerjen á los corazones, que esclavizan en las tinieblas del caos.

Cuando miro á un niño en el regazo de su madre, me parece ver dos ángeles que necesitan ir juntos para terminar su peregrinacion.

El amor de una madre es un lazo que la liga al cielo.

El cariño filial es un íris luminoso que marca al hombre el buen camino entre los precipicios de la vida.

Nada hay en el mundo más digno de compasion que un niño huérfano.

Se me figura un pájaro sin nido y sin álas. Una estrella que apenas luce trémula en una noche tempestuosa.

Pero me he equivocado.

Ninias ensangrentado y sentándose sobre el trono de Semíramis, es un espectro que maldecirán los siglos.

El hijo que no ama á su madre, es más infeliz que el huérfano.

Es un desheredado del cielo. No puede subir hasta Dios, porque le falta el corazon.

Juan Sanjuan y Cebreros.

ANA.

Fué una flor; una nvbe;
una sombra.................
....
(JOB.)

A los piés de un Crucifijo,
Entre cuatro hachas de cera,
En una alcoba enlutada,
La infeliz descansa muerta.
Muerta, cuando más la vida
Se le ofrecía risueña!
Muerta, realidad horrible
Que mi ardiente sangre hiela!
Miradla!... En vano pretende
La muerte con mano fiera
Deshacer los divinales
Encantos de su belleza.
Tendido el rubio cabello
En desmayadas guedejas;
Aún en sus lábios vagando
Esa sonrisa serena,
Última para este mundo,
Para el cielo la primera;
Aún sus entornados ojos,
Espejos de su pureza,
Brillando con esa dulce
Claridad de las estrellas,
Cuando tras la triste noche
Revive el alba risueña;
Más que el sueño de las tumbas
Duerme un sueño de inocencia:
Sus níveas manos, jazmines
De pasada primavera,
Ciñen una cruz, que guarda
Su último beso en la tierra.
Triste la luz que la alumbra,
Triste cuanto la rodea;
Que donde vive la muerte
Respira todo tristeza.

Llora el aura de la tarde
Que entre sus rizos ondea;
Llora la triste campana,
Que á Dios su plegaria eleva...
Y, hasta el Cristo que la mira
Parece llorar por ella.
Fué una flor abierta un dia
A las áuras halagüeñas;
Fué una sombra que entre luces
Fugaz pasó por la tierra;
Ola espumosa, que el viento
Llevó á morir á la arena.
Ah! no, imposible! imposible
Que lo que fué hoy no sea!
Callad! es que está dormida
Y del sueño no despierta.
Callad! Es que está soñando,
Y es en Dios en lo que sueña.

LUIS MONTOTO Y R.

LA ESCLAVITUD EN CUBA.

Mucho se ha escrito y hablado respecto del esclavo africano en América, objeto hoy de este artículo, presentándole unos como un ser embrutecido, fanático, incorregible; otros como una especie de hombre fiera, dotado de sanguinarios instintos; y por último, algunos como un ser inocente y sencillo, sumiso y obediente aunque á la vez perezoso y poseyendo todos esos detestables vicios que corroen la existencia de lo más abyecto de la sociedad.

La raza africana tal como nos la presentan los negros bozales, se encuentra en un grado muy inferior de civilizacion respecto á la nuestra, pero ellos entre sí difieren y no poco, en caracteres, costumbres, creencias, cultura é inteligencia, segun el reino ó nacion de donde proceden.

El tráfico negrero, ha importado á la Isla de Cuba hombres, mugeres y niños de diversos puntes del Golfo de Guinea, pero más principalmente, del Congo, Macuá, Lucumí, Carabolí y Arará, reinos ó naciones de Africa que más se han prestado á esta clase de comercio humano, diferenciándose notablemente unos de otros, como ya anteriormente hemos dicho, y segun podrá verse por el retrato que de cada uno damos á continuacion.

El negro Congo es de entre los de su raza el ser más inteligente, y el que con más facilidad se adapta á nuestro lenguage, usos y costumbres; pero á la vez es perezoso y muy amigo de bailes y diversiones, y de agradar á las hijas de Eva.

El Macuá es de muy limitada inteligencia, tardio en amoldarse á nuestros hábitos, de carácter arrebatado é irrascible aunque fácil de calmar, y sobre todo buen trabajador.

El Lucumí es ardiente y belicoso; duro para el trabajo, enérgico y activo, y en alto grado aficionado á las bebidas alcohólicas.

El Arará, por último, aunque dotado de medianas luces es de carácter bondadoso, sencillo y franco: descuella pronto en el trabajo á que se le dedica, porque procura adelantar para cuando sea libre; y comprende la ventajosa diferencia que hay de esta vida civilizada á la semisalvaje de su pais, prefiriendo la primera.

Vamos ahora á dar una ligera idea de las costumbres que con ellos se siguen en los cafetales, ingenios y demás fincas rurales. Sus dotaciones se componen de negros de nacion, ó sean importados del Africa, y de negros criollos ó sean los nacidos en la Isla.

Al llegar un negro bozal á una finca, se le hace entrega de un cerdo y del pedazo de tierra que él puede trabajar, al que se dá el nombre de *Conuco*. A cada uno de los antiguos ya instruidos, se les designa dos de los recien llegados para que les enseñen nuestro idioma, los principios de nuestra religion, las leyes que los protejen, y sobre todo la justicia con que el amo premia al que es bueno y castiga al que es malo.

Respecto al negro *criollo* desde qué biene al mundo ya tiene su principio de riqueza, pues el amo al presentarle la negra su hijo, le entrega una ó dos onzas para ella, y para él un cerdo y un pedazo de tierra contíguo al de la madre.

Terminada la lactancia se reune con los demás de su clase en una casa que se designa *casa de criollos*, á cargo siempre de una, dos ó tres negras que por su moralidad, instruccion y buenas costumbres merecen ocupar este puesto.

El batey en que se hallan reunidas todas las fábricas de un ingenio se compone en general de la casa-vivienda, casa administracion, casa mayordomia, casa de mayoral, casa de criollos, casa enfermeria, casa de molienda, casa de calderas, casa de brogacos, casa de purga y por último, del barracon, que es el que habita la dotacion de la finca.

Esta se divide en tres cuadrillas, á saber: La *primera* es la de *motungos* ó americanos. La *segunda* es la de los *fuertes* ó jóvenes y la *tercera* es la de los *criollos*.

Las mugeres forman tambien segun su edad las tres cuadrillas que dejamos enunciadas; pero los mayorales y contramayorales cuidan de que ellas no se ejerciten en trabajos superiores á sus fuerzas.

Las reglas de trabajo en *tiempo muerto* son las siguientes:

Al toque de *Ave María* se levantan, pasan lista y van a su trabajo. A las nueve descansan media hora para almorzar y á las once se vienen al batey para recibir su racion diaria, compuesta de 16 onzas de carne, buniatos, plátanos yuca y malanga, todo alternado y en porciones suficientes.

Desde dicha hora hasta las dos, se ocupan en cuidar sus cerdos y gallinas y en reposar en el barracon, hasta que vuelven á distribuirse, emprendiendo cada cual de nuevo su trabajo. Al oscurecer regresan por última vez al batey, y despues de pasar lista, depositan en las caballerizas el haz de yerbas que cada cual trae para los animales y de entregar en la mayordomia los machetes y demás útiles y herramientas, se recojen, con libertad de andar por la finca hasta las nueve, en que se toca la campana de silencio.

En *tiempo de zafra* ó molienda, escepto los que cortan la caña y la conducen, los demás se ocupan en la fabricacion del azúcar, y sus horas de trabajo varian algo, pues las cuadrillas se subdividen y relevan de dia y noche, en razon á que las máquinas no cesan de funcionar durante una época dada.

Los domingos descansan de las fatigas de la semana, y desde las seis de la mañana á las nueve de la noche se ocupan en trabajar su *conuco*, labar su ropa, cuidar sus gallinas, etc.

Casi todos los domingos hay algun grupo de parientes ó amigos que solicitan y obtienen permiso para pasar al pueblo inmediato á oir alguna misa mandada decir en sufragio del alma de sus difuntos.

Cada año, despues de concluida la zafra, el cura del pueblo á que pertenece la finca, pasa á ella á bautizar los nacidos y los nuevos bozales, así como á verificar los casamientos contraidos para dicha época.

Cada cuadrilla encargada de una faena, solicita indirectamente del amo, al concluirla, una gratificacion. Para ello coloca cada cual una bandera en la casa vivienda, diferentes entre sí, atando el amo en una de sus puntas una cantidad cualquiera, ó nada, si no ha quedado satisfecho de la faena.

Cuando al dia siguiente vuelve cada cuadrilla á recoger su bandera, celebran con regocijo el hallazgo, si algo encuentran; pero si no, se conforman, reconociendo que no lo habrán merecido.

Al detenernos algun tanto en ciertos detalles, se comprenderá que lo hacemos para que nuestros compatriotas de allende el océano, puedan formar un juicio aproximado de la vida y trabajos del esclavo, objeto de estas líneas.

Habana.

Ramon J. E.

EN UN ÁLBUM.

Jóven, bella, atractiva y elegante,
con feas y bobas en perenne lidia,
si oyes decir : «¡*qué polla tan cargante*!»
deja silbar la sierpe de la envidia.

Si entre el rumor de zambra bulliciosa,
donde, sin pretenderlo, sobresales,
oyes decir: «¡*qué chica tan preciosa*!»
deja zumbar los zánganos sociales.

Si tal vez al cruzar pública via,
de las gentes vulgares en el roce,
oyes decir: «¡*Jesus*! *Me la comia*;»
deja que el asno popular retoce.

Mas cuando sales, bailas ó paseas,
ensayando infalibles eficacias,
si al paso oyes decir: «¡*Bendita seas*!»
ese te quiere bien, dále las gracias.

José Velazquez y Sanchez.

PÁGINAS DE LA CARTERA DE UN LOCO.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

UN CASAMIENTO A LA MODERNA.

El baron de X. hijo de una de las principales familias de Madrid, vino á Sevilla á pasar la Semana Santa y la Feria, atraido por la celebridad de estas dos funciones.

A la siguiente tarde de su llegada á la reina de Andalucia, se dirigió en compañia de un antiguo amigo suyo, á las deliciosas márgenes del Guadalquivir, en donde multitud de sevillanas y forasteras lucian sus encantos.

Apenas entraron en el paseo lo primero que se presentó ante su vista fué una morena de hermosísimos ojos negros y muy agraciada. Al

baroncito no dejó de gustarle aquel encuentro, y mientras se paraba para verla mejor, esclamó como hablando consigo mismo.

—*Es muy guapa.* ¿Quién es esa jóven?

—¿Cual?

—Esa morenita que acaba de pasar.

—La hija de un *empleadillo.*

—*Es tal cual.*

—No tiene ni un cuarto!

—Pues ella tampoco es más que *una cosa muy mediana.*

Y siguieron el paseo adelante sin volverse á ocupar más de aquella jóven.

Mas de pronto atraviesa el arrecife una magnífica carretela tirada por cuatro fogosos caballos. El coche iba ocupado por una señora anciana y una jóven de unos veinte años, rubia, alta y más fea que bonita, la cual al ver á nuestro héroe hizo por contener la risa.

—¿Y esa quién es? preguntó el baron á su amigo.

—¿Te gusta?

—Hombre es *regular.*

—Esa es la hija única del marqués de Q.

—*Es bonita.* ¿Y qué tal posicion tiene?

—Segun he oido decir tendrá unos doce millones.

—¡Cáspita! Y es *muy guapa.* ¿Dónde vive?

—No sé.

—Pues tú le saludastes al pasar.

—Sí, la conozco de verla en una reunion á donde yo voy. Si tú quieres mañana á la noche te presento en ella y podrás hablar con Adela.

—¿Se llama Adela?

—Sí.

—Es muy bonito nombre. Y tiene cara de dispuesta.

Despues de haber dado unos cuantos paseos se retiró el baron á la fonda y el amigo á su casa, prometiéndole volver por él á la noche siguiente para presentarlo á la reunion de la señora de R.

Llegó por fin la noche del siguiente dia, y el amigo, puntual á la cita, fué á unirse con el baron, quien hacia dos horas que estaba en su tocador.

Concluida la presentacion á la señora de la casa, le presentó el amigo á varias jóvenes, entre ellas á Adela.

La primer noche que es uno presentado en una reunion, todos se fijan en él y se preguntan unos á otros quién es, lo que tiene, y con qué objeto vá á la reunion, etc. Todos dan su parecer, y mientras que unos hablan bien, otros le cortan sendos sallos. Esto sucedió tambien con nuestro baron la noche á que nos referimos.

En un corro de unas cuantas jóvenes se hablaba de él cuando pasó por delante uno de esos tipos tan indispensables en todas las reuniones, los cuales gozan en llevar y traer noticias y hablar de todos, dando á entender que conocen la vida y milagros de los concurrentes.

—Oiga V., D. Juan, dijo uno de los del corro, ¿quién es el jóven que acaban de presentar?

—Cuál, uno de vigote negro?

—Si, señor.

—Ese es el baron de X., nacido y educado en Madrid.

—Y qué tal es?

Tal vez tú, querido lector, no comprenderás el sentido verdadero de esta pregunta; pero D. Juan que estaba muy metido entre jóvenes, contestó diciendo:

—¡Es millonario!

Entonces todos dirijieron sus miradas hácia nuestro héroe, quien estaba saludando en aquel momento á Adela.

—Es muy simpático.

—Y muy elegante.

—Qué modales más finos!

—Y díganos V., ¿quién lo ha presentado?

—Su amigo D. Luis.

—Quiere V. llamarlo?

—Con mucho gusto.

D. Juan desaparece, y á poco llega al grupo Luis.

Todos le cercan y hacen mil preguntas sobre su amigo, á las que contesta como puede, y les ofrece presentarlo.

La voz de que era millonario corrió como una chispa eléctrica por el salon, y todas las jóvenes alababan su figura, sus maneras, etc., y las madres arreglaban algunas arrugas de los trajes de sus hijas, y así como el comerciante cuando llega un comprador limpia y arregla los vestidos de las muñecas, para que cause mejor impresion en él.

Por último, baste decir, que fué presentado á todas ellas, quienes se mostraron muy amables con él, si bien este con quien más bailó fué con Adela, por más, que como él mismo dijo á su amigo despues, habia visto algunas más guapas.

Al terminarse la reunion, el baroncito ayudó á bajar á la mamá, quien prendada de su galanteria (ó de su posicion) le suplicó honrase su casa, convite que no fué mal recibido, y aceptado en el acto.

Al siguiente dia fué á visitar á la familia de Adela, y el marqués de X. le recibió con una afabilidad estraordinaria, viendo en él una *buena colocacion* para su hija. Mas quiso primero convencerse por sí mismo si eran ó no exajeradas las noticias que de él tenia, para lo cual desplegó toda su diplomacia.

—Y piensa V. permanecer mucho tiempo en Sevilla?

—No, señor, únicamente la semana santa y la feria.

—Trabajo le habrá á V. costado hallar casa en estos dias; y sobre todo, le llevarán á V. un dineral.

—Tengo una buena habitacion en la fonda de Madrid, y me llevan solamente quince duros diarios.

—Dice que es poco quince duros diarios; debe ser muy rico. Este hombre me conviene. Y dígame V., esclamó en voz alta, ¿no se há traido V. ningun carruaje?

—De los seis que tengo, pensaba haberme traido uno, pero despues á última hora decidí no traérlo.

—Y cómo es que no han venido sus padres?

—Por desgracia, no los tengo.

—Bien, bueno, no tiene padres; este hombre me conviene.

Hoy espero que se dignará V. honrar nuestra mesa.

—Señor, tanta amabilidad!

(Se continuará.)

LEJOS DE TÍ.

Niña hechicera,
Prenda del alma,
Por tí la calma
Ciego perdí;
Y hoy entre llanto
Demando al cielo
Dulce consuelo
Lejos de tí.

Aquí do cantan
Los ruiseñores
Tiernos amores,
Siento ¡ay de mí!
Que amante el pecho
Lanza un suspiro,
Y es que deliro
Lejos de tí.

Si el raudo viento
Lleva á tu reja
La amante queja
Que exhalo aquí;
Ve que es de un alma,
Niña querida,
Que está sin vida
Lejos de tí.

Torna esa vista
Tan seductora
Al que te adora
Con frenesí;
Dale piadosa
Dulce consuelo
En este suelo
Lejos de tí.

José Sanchez Arjona.

9 de Octubre del 71.

SUELTOS.

Parece que se va á presentar á una de las empresas teatrales de Madrid un drama inédito de Espronceda.

Ha sido agraciado con el título de socio honorario de la sociedad de artistas de Coimbra el reputado jurisconsulto don José Hermenegildo Monfredi que reside en Madrid.

Grande ha sido la concurrencia de forasteros en los dias de Semana Santa, durante los cuales hemos visto lucir á casi todas las jóvenes, grandes peinetas ha imitacion de las damas madrileñas.

Segun se nos asegura, en la prócsima feria vestirán algunas de las jóvenes de la alta sociedad el antiguo trage español.

Leemos en nuestro estimado cólega *La Gaceta Escolar.*

No puede negarse chiste al siguiente bando que publicó el alcalde de un pueblo de Granada, y que puede competir con una carta que publicamos en el número pasado.

«D. Braz Zamones Arcarde deste lugal hace saber á todas las personas y sus vicinos:

Art. 1.° Tambien pruibo las pistolicas y almas blancas.

Art. 2.° Todos vusotros yebareis bozos puestos en güestros peros.

Art. 3.° Se arrecogeran los güelles pá que no ballan mitiendo zambra y jaciendo estrúpicio con las mosas.

Art. 4.° A las diez de la noche todas las prezonas y demas zolteros se introducirán por el rispitivu conducto de sus viviendas.

A todo el que infringiere arguna de estas mis porposiciones, se les ostigará con las penas del Tósigo perneal con toda la 'juerza de sus letras.»

Apostaríamos cualquier cosa que este señor

es enemigo acérrimo del maestro de aquel pueblo.

Hemos recibido el número 126 del periódico *La Guirnalda* cuyo sumario es el siguiente.

El sermon de diez minutos, por D. Gerónimo Moran.—La Vírgen de los Dolores, por D. Antonio F. Grilo.—La niña profesora.—Vivir mal y acabar bien, por D. J. Moran.—El suplicio de la cruz, por M.—Olga, novela, continuacion, por Emma Faucon.—Silencio, por Julio Monreal. —Miscelánea.—Enigma,—Charada.--Geroglífico. —Pliego de dibujos por Magistris.

Sin duda alguna este periódico justifica cada dia más el creciente favor que el público le dispensa y realiza el propósito de convertirse en el más útil y económico para las familias; pues á su amena é instructiva lectura, siempre adecuada al bello sexo, á quien se dedica, reune la circunstancia de ofrecer cuantas novedades se presentan en toda clase de labores de aguja y la de satisfacer cuantos caprichos en dibujos para bordar apetecen sus suscritoras. Por esto, llamamos la atencion de nuestras lectoras sobre el gran pliego de dibujos que le acompaña, tanto por ser el de mayores dimensiones que se ha dado en España, como por su oportunidad. En él se encuentra el dibujo de una casulla de tamaño natural, todos los atributos religiosos que se bordan en los ornamentos de la Iglesia, medallones para sábanas, almohadas y otras aplicaciones, enlaces de letras grandes, y pequeñas un abecedario completo para manteleria y otros dibujos y nombres que en ocasiones son tan necesarios en las casas.

El domingo próximo pasado dió principio la temporada de ópera en el coliseo de S. Fernando poniéndose en escena *Sonámbula*.

La Sra. Ortolani supo colocarse á la altura de su envidiable reputacion, especialmente en el segundo y tercer acto.

Respecto al Sr. Gayarre y demás que tomaron parte en dicha representacion, nos atenemos de hablar hasta que podamos formar un juicio más completo.

En cuanto á la concurrencia, baste decir que desde hace dos dias no se hallaban localidades sino á precios sumamente crecidos.

En dicha noche abrió tambien sus puertas al público el teatro de Variedades. Púsose en escena la zarzuela en dos actos *Marina* y la zarzuela bufa en uno, titulada *Pascual Bailon*.

Sentimos no estendernos más por falta de espacio, pero en el número inmediato lo haremos con más detencion.

Recomendamos á nuestros suscritores el semanario que bajo el título de *La Carcajada* se publica en Barcelona, y que tanta aceptacion ha tenido en España y en el estranjero.

Las suscriciones pueden hacerse en Barcelona en la litografía de D. Juan Vazquez y en las principales librerias en el resto de España.

Han visitado nuestra redaccion *La Linterna carlista*, de Madrid; el *Semanario católico*, de Alicante; *El Porvenir alavés*, de Vitoria; *Mefistófeles*, de Cádiz; *El Condenado*, de Madrid y *El Anunciador*, de Sevilla.

Damos las gracias á dichos cólegas por su amabilidad.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Rosario.

CHARADA.

Si de las otras separas
Y haces verbo á mi primera,
Que sea menos que mi todo,
Dirá á segunda y tercera.

REVISTA SEVILLANA.

Este periódico verá la luz pública los dias 1, 8, 16 y 23 de cada mes, en papel y tipos iguales al presente.

El precio de suscricion será de cinco rs. al mes en Sevilla y seis en el resto de España.

Las suscriciones se harán en la administracion.

No se servirá suscricion alguna de provincias cuyo importe no haya sido abonado.

Los suscritores de provincias podrán enviar el importe de la suscricion en sellos de correo ó letras de fácil cobro á nombre del administrador.

Los señores que abonen el importe de un trimestre adelantado tendrán derecho á adquirir por menos de la tercera parte de su valor ó sean tres reales la preciosa novela de nuestro amigo don Manuel Cano y Cueto titulada OLGA.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de esta BIBLIOTECA, Churruca 1.

NÚM. 6. LUNES 8 DE ABRIL DE 1872. AÑO I.



REVISTA SEVILLANA.

Direccion y Administracion, Espinosa 8.

LOS PEQUEÑOS POEMAS.

Tal es el título de la última obra poética de D. Ramon Campoamor, obra que como todas las que han nacido de su inimitable pluma llama la atencion de cuantos, libres de las corrientes del mal gusto, se interesan por el brillo de las Letras Españolas y estiman las producciones del ingenio en su valor verdadero. Amantes nosotros como el que más de la literatura pátria, é interesados por tanto, en que sobre las mil y una *bufonadas,* con las que tan benévola se muestra la gacetilla, se eleven las obras dignas de figurar entre aquellas que nos legaron las pasadas generaciones como modelos de la alteza y lozanía de la musa española, tenemos hoy singular complacencia en ser los primeros en esta capital que nos honramos llamando la atencion del público acerca de un libro merecedor por más de un concepto de ser leido por los que conserven en su corazon el sentimiento de lo bello.

Cuatro poemas componen la obra, poemas que por modestia llama su autor pequeños: *El tren expreso.—La novia y el nido.—Los grandes problemas.—Dulces cadenas.* En todos cuatro, Campoamor se daria á conocer, si desde hace mucho tiempo no lo hubiera acreditado, como poeta y como filósofo. Dá este autor á su pensamiento una forma tan *suya,* que puede asegurarse en este punto, sin temor á error, que sus producciones, si no fueron del todo originales en el fondo, no se confundieron con las de ningun otro, merced á la singularidad de sus formas: cierto es que el afan de originalidad que le domina le lleva á veces al amaneramiento, y no pocas á la vulgaridad; no lo es menos, que en ocasio-

nes preséntase desaliñado é incorrecto, y que abusando del concepto, la antitésis y el retruécano se hace acreedor á las censuras de la crítica; pero tambien es verdad, que estos defectos, no frecuentes, quedan oscurecidos por las muchas bellezas que derrama con mano pródiga en todos sus escritos, y bien puede decirse con uno de nuestros mas populares poetas, el señor Ruiz Aguilera, que «el retruécano, el concepto y la antítesis tres elementos esteriores de su *manera* que en otro autor serian imperdonables, yo los perdonaria en este, por el modo que tiene de usarlos, si mi perdon sirviese para que en lo sucesivo no fuera tan pródigo de ellos.»

El poema titulado *El tren expreso* llama la atencion por la verdad de las descripciones en que abunda, al par que se recrea el espíritu en los melancólicos sentimientos que en él despierta la historia de dos viageros que, buscando el olvido de unos amores triste lo hallan en otro amor aun más infortunado. Esta composicion, que nos atrevemos á llamar *sui generis*, es una acertada mezcla de idealismo y realidad, al mismo tiempo que un precioso poema descriptivo. Muchas bellezas contiene esta composicion, bellezas que daríamos á conocer á nuestros lectores, sino temiéramos hacer interminable este modesto artículo; no queriendo, de otra parte, privar á aquellos de el singular placer de apreciarlas por sí mismos sin indicacion alguna estraña; más no podemos resistir á la tentacion de copiar algunos pasages con el propósito de despertar la curiosidad de cuantos lean estas líneas.

Véase como el señor Campoamor describe la salida de un tren.

Al dejar la estacion, lanzó un gemido
la máquina que libre se veia,
y corriendo al principio solapada
cual la sierpe que sale de su nido,
ya al claro resplandor de las estrellas,
por los campos, rugiendo, parecia
un leon con melena de centellas.

La llegada del mismo tren á una estacion la pinta de la manera siguiente:

De pronto atronadora,
entre un humo que surcan llamaradas,
despide la feroz locomotora
un torrente de notas aflautadas,
para anunciar, al despuntar la aurora,
una estacion, que en feria convertia
el vulgo con su eterna gritería,
la cual susurradora y esplendente;
con las luces del gas brillaba enfrente;
y al llegar, un gemido
lanzando prolongado y lastimero,
el tren en la estacion entró seguido
cual si entrase un reptil en su agujero.

La belleza física de la heroina la describe en los siguientes versos:

Una jóven hermosa,
alta, rubia, delgada, y muy graciosa,
digna de ser morena y sevillana.

Hablando de lo rubio de sus cabellos dice,

........que brilla
cual la paja del trigo calcinada
por Agosto en los campos de Castilla;

y en otra ocasion, refiriéndose á sus diminutos pies, asegura

........que bien podrian
ocultarse en el cáliz de una rosa.

El titulado *La novia y el nido*, nos parece de alguna más importancia que el anterior, y *Los grandes problemas*, á nuestro humilde juicio, es superior en mucho á los que le anteceden y al nominado *Dulces cadenas:* si en el primero admiramos el poema descriptivo, y el segundo y cuarto nos cautivan por la dulzura y delicadeza de los sentimientos en qne están inspirados, al par que por la correccion y galanura de la forma, *Los grandes problemas*, que reune las bellezas de los demás, nos abisma por lo profundo y trascendental de su pensamiento; en él Campoamor se presenta como el más filósofo de nuestros poetas contemporáneos al par que como el más poeta de los filósofos españoles, condiciones que constituyen su especial mérito.

En la advertancia que precede al libro á guisa de prólogo, encaminada, segun de-

claracion propia, á anticipar á los lectores una ligerísima reseña de los asuntos elegidos por el poeta, leemos lo siguiente:

«Los grandes problemas es la historia de una muger que se confiesa á los diez años, á los veinte y á los treinta, y cuyas tres confesiones, reducidas á tres dudas ó preguntas, abarcan los grandes problemas hácia los cuales convergen todos los demás problemas de la vida humana. Más que la historia de una muger es la historia de todas las mugeres. ¡Cuántas al leerle, irán recordando las inocentes dudas y las tiernas emociones de su infancia! Y, cuántas tambien, sumidas en ese mar de dudas que lleva siempre consigo la lucha entre los afectos del alma y los consejos de la razon, sentirán desfallecer su ánimo al contemplar el trágico fin de la heroina de este poema!»

El amor, añadimos nosotros, lucha con el deber y este sale victorioso en la contienda. El amor á un hombre que no es el que la ha llevado á los altares, ó la muerte: hé aquí el fatal dilema que se presenta á aquella muger *vieja á los treinta años,* como la llama el poeta. Doloroso es el fin de la historia, pero grande: la infeliz Teodora muere; el sacerdote para quien han sido problemas las tres confesiones de aquella desgraciada, esclama orgulloso del desenlace:

Entre la muerte y la virtud, que muera,
que es el deber primero que la vida!

y agoviado por la titánica lucha que á su vista ha concluido y en la que tomó parte tan activa con sus consejos,

á recoger volvió su santa calma,
como recoge el gladiador su escudo.

Respecto á la forma de este poema, repetimos con el señor Souleré, que es tan distinta en los tres cantos, que parece empezado por Samaniego, seguido por Byron y terminado por Goethe. Y en prueba de ello vamos á copiar algunos pasages.

Hé aquí la pintura del sacerdote que desempeña en el drama uno de los papeles más importantes:

El cura del Pilar de la Oradada,
como todo lo da, no tiene nada.
Para él no hay mas grandeza
que el amor que se tiene á la pobreza.
. . . .
En todo el magisterio de su vida
solo ha estrenado una sotana nueva.
. . . .
Reparte á los chiquillos
las almendras que lleva en los bolsillos,
y les dá un golpecito en las mejillas
más dulce que una almendra á las chiquillas.

Imposible parece que sea uno mismo el autor de estos versos y el de los siguientes, puestos en boca de la heroina, cuando relata al cura el amor que tiene á el que está al otro lado de los mares.

Como siempre fantástico el deseo,
me arrastra á orillas de la mar, yo á solas
que me habla de él y su venida, creo
el monólogo eterno de las olas.
Siempre aguardo del cielo lo imprevisto,
siempre estoy esperando,
y hasta las áves de la mar, pasando,
parece que me dicen: «¡le hemos visto!»

Y refiriendo los juramentos de amor que el ausente le hizo, dice Teodora:

Y, perdonad, decir se me ho olvidado
que en Mayo y en Abril me lo ha jurado
por todos sus jazmines y azucenas;
por los árboles todos en estío;
por todos sus cristales, junto al rio;
cerca del mar, por todas sus arenas.

Más adelante, cuando Teodora unida á un hombre, que no es el que ama, confiesa por tercera y última vez, con el cura del Pilar, el cual se empeña en volver con la calma del espíritu la salud al cuerpo que muere, la infeliz muger, refiriéndose á el que ha sido sueño de toda su vida, esclama:

¡Lucharé hasta morir! mas ¡cosa estraña!
resistir á su encanto no podria,
¡yo que siento en mí misma una energía
capaz de levantar una montaña!
. . . .
¡O viva en el del otro, señor cura,
ó muerta en el hogar de mi marido!

¡Cuánta delicadeza de sentimientos encierra el siguiente pasage, describiendo los

últimos instantes de la infeliz esposa!
Con las manos el pecho se oprimia
queriendo hacerse el corazon pedazos.
Se incorpora despues, abre los brazos,
estrechando en silencio alguna cosa
en medio de la fiebre que le abrasa,
y dice con sonrisa voluptuosa
dejándolos creer:—«¡Es él, que pasa!»—

No ha sido nuestra intencion al escribir estas líneas hacer un juicio crítico de la última obra del autor de las *Doradas*, que de habernos propuesto tal empresa, burlados quedariamos en nuestro empeño, por la insuficiencia de nuestras fuerzas; sí, nos hemos propuesto llamar la atencion del público, tratando de despertar su curiosidad hácia la obra, cuyo título sirve de epígrafe á estos ligeros apuntes.

L. Montoto.

POESIA.

¿Qué es la vida? ¿Sufrir? ¿Lucha terrible
que sostiene cansado el corazon?
¿Perpétuo afan? ¿Interminable anhelo
de otra vida mejor?
¿Un abismo sin luz en donde el alma
confundidos miró
Los fugaces momentos de ventura
con las eternas horas de dolor?
Eso es vivir. El vaso cristalino,
que contiene engañoso la ilusion,
brinda trocado en enturbiada copa
veneno abrasador.
Esperaré. Terminará mi vida
cual la de tantos séres terminó...
¿Qué importa? Nadie sembrará en mi tumba
del recuerdo la flor.

M. de Velilla y R.

Sevilla, 25 de Marzo de 1872.

EL ESCLAVO

EN EL SERVICIO DOMÉSTICO.

En casa de un rico hacendado y propietario de esta capital, con cuya amistad nos honramos, tenian, entre otros un negro esclavo criollo, llamado Antonio y que desde su menor edad estaba dedicado al servicio doméstico.

Ya el padre del actual jefe de esta casa, persona notable por la nobleza de sus sentimientos y por hallarse dotado de un talento poco comun, de una vastísima erudicion y de un profundo conocimiento del corazon humano; había distinguido á Antonio con su afecto y adivinado que bajo aquella negra corteza, se albergaba un alma susceptible de las más bellas acciones y un corazon franco y leal.

Mantúvole á su lado por espacio de muchos años, dispensándole su confianza y colmándole de dones y de regalos; y cuando asuntos de grave interés para la pátria, le llamaron á la corte, donde habia de hacerse un lugar preferente; quiso, cono recuerdo de despedida, concederle su libertad; pero Antonio que amaba aquella casa con entrañable cariño, pidió á su amo, que le permitiera continuar siendo su esclavo; y si no ya á su inmediato servicio, puesto que se marchaba, al de uno de sus hijos, en los cuales estaba seguro de hallar el mismo afecto y consideracion.

Cuantas reflexiones le hizo su amo para convencerle á admitir la libertad fueron inútiles, y conmovido este al ver aquella inmensa prueba de adhesion y de cariño, despues de hacerle un buen regalo, le dejó en casa de uno de sus hijos, recomendándoselo muy particularmente.

Pero los hijos poseían como el padre un bellísimo corazon y además, Antonio se recomendaba dor sí solo; de suerte, que al poco tiempo ocupó en la casa de su nuevo amito, el mismo puesto de confianza que habia merecido en la del padre.

Antonio vestia decentemente y hasta con lujo; recibía sus regalos ó propinas y tenía un piquillo depositado en la *Caja de ahorros*, donde acumulaba cada año los intereses al capital, así como las nuevas imposiciones que hacia y algunos premios que habia sacado en la loteria de esta Isla; y esto lo hacía desahogadamente, puesto que para cubrir sus atenciones y necesidades, para nada le hacía falta su dinero.

En los viajes, diversiones ó cacerias, Antonio acompañaba siempre á su amo, gozando y disfrutando de todo; siempre atento y solícito al menor deseo de aquel, por quien á su vez era tratado con suavidad y con carino.

Nada faltaba á su dicha; los dias trascurrian serenos y apacibles para él; sin esa afanosa ansiedad del que viviendo con el escaso producto de su trabajo ó industria; del que, en una palabra, está sujeto esclusivamente á sus propios recursos, se desvela y apura, pensando en el *mañana* siempre nebuloso y oscuro para el pobre y á veces hasta para el rico.

Pero el diablo tentador, que siempre vá buscando sus víctimas en aquellos mortales más felices, se acordó sin duda del pobre Antonio; envidió su dicha y se propuso conquistarle, envolviéndose al efecto en las provocativas formas de una negrita libre llamada Serafina, de esbelto talle, turgente seno y chispeantes ojos.

Antonio resistió algun tiempo á las seducciones de aquella encantadora sirena de su color; pero menos fuerte que su santo en punto á tentaciones de aquel género, cedió al fin y se dejó prender incauto entre las dulces y á la vez punzadoras redes del amor.

Desde aquel momento, fatal para él, como lo fué para el primer hombre, el aspecto de su vida cambió completamente. No habia amado nunca y por lo mismo, la primera chispa de amor que penetró en su pecho, desencadenó en él una pasion vehemente, volcánica; que mató de una vez para siempre, la dulce tranquilidad de que gozaba en el eden de aquella casa.

Ya no era Antonio aquel servidor diligente, que adivinaba en la mirada de su amo su menor capricho ó sus órdenes para cumplirlas en el acto. Distraido siempre, inquieto, desasosegado, todo lo equivocaba y hacía de través; aprovechándose de cualquier recado á la calle, para ir á ver á su amada sin recordar que á veces le esperaban con urgencia.

Su amo se vió ya en la necesidad de reñirle aunque con su mesura y suavidad acostumbradas y comprendió que á Antonio le pasaba algo estraordinanio.

Llamóle un dia á capítulo, y procuró averiguar la causa que ocasionaba en él aquella repentina trasformacion, y aunque Antonio balbuceando, trató de evadir una confesion que le avergonzaba, jamás habia mentido ni ocultado nada á su amo; concluyó por confesarle que estaba enamorado perdidamente de una negrita libre llamada Serafina, hija de una lavandera que vivia por la calle de S. Rafael. Queria casarse con ella, pero que para eso necesitaba la libertad que antes habia rehusado de su amo, abandonar una casa que siempre habia considerado como suya; unos amos á quienes tanto queria, que tanto le estimaban, y al lado de los cuales habia pensado morir, cuando Dios lo llamara á sí. Que aquella lucha contínua entre su corazon y su cabeza, que le inclinaban el uno á volver á la calle de S. Rafael, y la otra á rechazar aquel amor, y á seguir viviendo como hasta entonces; le producia un contínuo malestar, que degeneraba en insomnios, angustias y delirios, que quebrantaban sus fuerzas y su espíritu.

El amo se enterneció al oir la narracion de sus tormentos, pero conociendo bien el corazon humano y la hirviente lava que circula por las venas de la raza africana, comprendió que para el pobre Antonio, no habia otro camino, que casarse con aquella negrita, que habia despertado en su alma el gérmen de sus dormidas pasiones, y al efecto escribió lo que pensaba á su padre, que era el verdadero amo de Antonio, para que él determinara.

A los dos meses se recibió de su padre el permiso para que Antonio se casara, si aun insistia en su empeño, y la autorizacion en debida forma, para que como presente de bodas por su parte, le hiciera graciosa donacion de su libertad.

Arrastrado por su fatal destino, casóse por fin Antonio, despidiéndose de su amito, haciéndole protestas de su adhesion y entrañable afecto, y fuése á gozar con su Serafina los deleites de la luna de miel.

Durante dos años, todo fué á las mil maravillas; es decir, mientras duró el dinero que Antonio tenia en la *caja de ahorros*, producto de las economias de toda su vida; pero cuando este hubo dado fin, el diablillo que se habia ocultado en el cuerpo de Serafina—permítasenos esta figura,—empezó á enseñar las uñas, y la felicidad desapareció de aquella casa.

En fin, para concluir; Serafina, aficionada en estremo á gastar y triunfar, cuando vió que Antonio ya no tenia una onza de qué disponer... buscó un amante que la tuviera, enpezando desde entonces las sospechas, los disgustos, los celos, las riñas, y por último, sorprendida aquella *infraganti* por su marido, arrebatado por los celos, la ira y el despecho, precipitóse furioso sobre los culpables, y los cosió á puñaladas.

La ley le absolvió, porque pudo probar de un modo claro y patente, el crímen de adulterio que lo habia arrastrado á cometer aquel doble crímen.

Inmediatamente que se vió libre de la justicia, fué á presentarse á su antiguo amo, curado completamente, aunque de una manera terrible, de su fatal amor, y rompiendo á su vista el documento de libertad que le habia otorgado dos años antes, le suplicó que le admitiese de nuevo como esclavo, y que dispusiera de él á su antojo; pero rogándole le enviara á algunas de las fincas en el campo, donde dedicado á los rudos trabajos de la tierra y lejos del teatro de su sangriento drama, pudiera olvidar mas pronto aquel triste episodio de su vida.

El amo accedió á sus deseos, y hoy se encuentra en uno de sus ingenios, lejos de toda poblacion, sino contento y feliz; por lo menos, tranquilo, y llevando una vida metódica y ejemplar.

Allí lo hemos conocido y por él mismo, á la

vez que por su amo, hemos sabido los tristes detalles de este suceso, que ha dejado en el pobre Antonio una profunda huella de melancolía y abatimiento y le ha robado veinte años de su existencia, por dos de escasa y mentida felicidad.

R. J. E.

Habana.

LA VIDA DEL CAMPO.

EPÍSTOLA.

A la sombra de una encina
Y tendido á la bartola,
Aquesta carta os escribe
Quien vé trascurrir sus horas
Entre el cochino *oji-tuerto*
Y la cochina *rabona*.
Gente sinó muy tratable
Al menos muy *sustanciosa*.
Aprovecho la ocasion
En que esta familia toda
Corriendo por esos cerros
Anda en busca de bellotas,
Para contaros mis penas
—Que á la verdad, no son pocas—
Y pidais al Dios del cielo
Que aplaque su justa cólera,
Y me saque de entre *puercos*,
Concediéndome su gloria.
Voy á contaros la vida,
Que en esta tierra de zorras
Pasa vuestro pobre amigo,
—Oidla bien, que es muy curiosa.—
Apenas despareciendo
Van las misteriosas sombras
Empiezan todos los gallos,
Las gallinas y las pollas
A cantar *quiquiriquí*
Y á echar flores á la aurora,
Consiguiendo despertarme
Apenas el sol asoma.
Me levanto y salgo al campo
Buscando alguna persona
Y una porcion de *cochinos*
Alzando hácia mí sus trompas
Me cercan y me fastidian
Con su maldecida solfa.
Por fin escucho *ino, ino*,
Y veo bajar por la loma
Uno, que á cierta distancia
Se parece á una persona,
Quien despues del *güenos dias*
No sabe hablar otra cosa.
Si con la escopeta salgo
A matar alguna tórtola,
Solo encuentro gorriones,
Gilgeros ó verderonas.
Por fin me aburro y me tiendo
Cual estoy, á la bartola,
Y así me paso las tardes
Contemplando las bellotas.
Por la noche, con el guarda
Y con su familia toda,
Se habla un rato de *cochinos*,
Otro rato de *lechonas*
Y por último de *cerdos*;
Y nos vamos á la alcoba
A las seis ó seis y media
—Eso sí, no se traanocha—
Y lo mismo al otro dia,
Lo mismo á todas las horas,
Oyendo el *grun* del marrano
Y el *ino* de las personas,
De lo cual está muy harto
Vuestro afectísimo *Arjona*.

J. S. A.

Dehesa del 24.

PÁGINAS DE LA CARTERA DE UN LOCO.

PRIMERA PARTE.

(Conclusion.)

UN CASAMIENTO A LA MODERNA.

—No hay más remedio, repuso la marquesa.

—Pues bien, acepto.

Durante la comida, el baron que se encontraba sentado junto á Adela, fué muy obsequiado por esta, quien á menudo le instaba para que comiera, y hasta le sirvió varias veces.

Concluida la comida entró un criado diciendo al marqués, que un caballero le esperaba en su despacho. El padre de Adela se despidió del baron, haciéndole nuevos y afectuosos ofrecimientos.

Adela y su madre se sentaron en dos butacas á los lados de la chimenea, y el baron se sentó al lado de la primera. Al principio, la conversacion era general, hasta que la madre, que era toda una *señora de mundo*, fingió quedarse dormida, y entonces Adela, que habia recibido buenas lecciones, esclamó volviéndose á su amigo:

—Qué tiene Vd., le veo pensativo?

—Nada.

—Tal vez estaria Vd. pensando en alguna jóven madrileña.

—Le juro á Vd. que no.

—Será Vd. el primer jóven que no tenga amores.

—Y quién le ha dicho á Vd. que yo no les tengo?

—Ola! Será muy guapa.

—Guapísima.

—Tendrá Vd. deseos de verla?

—No, señora.

—Que nó? Es el primer enamorado que oigo hablar así. Y por qué no desea Vd. verla?

Esta pregunta fué acompañada de una sonrisa, que hizo palidecer al baron, quien despues de fijarse en la madre y creerla dormida, esclamó:

—Porque la estoy viendo.

—No comprendo.

Nuestro héroe hizo entonces su declaracion en toda regla, á la cual le contestó Adela, pidiéndole tiempo para deliberar.

Apenas se retiró el baron, apareció el marqués, y preguntó por el jóven madrileño. Contóle la hija cuanto habia sucedidó, y padre y madre la abrazaron esclamando: *vas á ser feliz.*

Al dia siguiente Adela pronunció el deseado *sí*, y al mes tuvo lugar la boda.

Fijado el dia del casamiento, se estendieron y repartieron papeletas de convite entre los más amigos de la casa, los cuales á su vez enviaron regalos á los novios, cuyos regalos se iban colocando en una sala, y formaban una especie de esposicion, que enseñaban *como quien no quiere la cosa*, á cuantos iban á verlos.

La noche del casamiento se dispuso un magnífico baile en los salones del marqués de Q, en donde se reunió lo más escojido de la sociedad sevillana.

A la mañana siguiente salieron los nuevos esposos en el tren que habia de conducirlos á Paris.

A los pocos meses, despues de haber dado fin al capital de Adela, desapareció el baron, y el marqués tuvo que recojer á su hija, que habia quedado en la más espantosa miseria.

——

Antes de concluir esta primera parte, me creo en el deber de hacer algunas lijeras observaciones, que pueden servir de epílogo.

Desde el primer dia que empezó á ver la luz pública este humilde trabajo, las jóvenes nos llenaron de improperios, llamándonos, no solamente *loco*, sino necio y tonto, y aun algunas tuvieron á bien quitarnos la vergüenza y la educacion; los jóvenes se creian aludidos directamente, y no faltó quien viniese á pedirnos satisfacciones: los padres devolvian el periódico, incomodados hasta el estremo, y en cuanto á las señoras *respetables*, solo diremos que nos han regalado, como prueba de cariño, una coleccion de epítetos, notable por su variedad y estension.

Figúrate, lector querido, cuán grande seria la tribulacion de este pobre *loco* al verse calumniado por las niñas, perseguido por los jóvenes, despreciado por los padres, y sobre todo, sirviendo de blanco á los punzantes dardos de las señoras de cierta edad.

Y todo esto, ¿por qué? ¿Tengo yo, por ventura, la culpa de que la mayoría de las jóvenes se pinten, reyenen de algodon su cuerpo, lleven un promontorio de pelo postizo ó estopa en la cabeza, y saquen su hermosura á subasta, para entregarse en brazos del mejor postor?

¿Puedo yo remediar que los jóvenes del dia sean lo que son, y que al presentar un tipo ridículo y nécio, se crean retratados muchos de ellos?

¿Puedo yo evitar que algunos padres se rebajen, hasta el estremo de especular con las gracias de sus hijas?

Si nada de esto es culpa mia, ¿por qué se me condena?

Cuando más acostumbrada está una persona á oir lisonjas, tanto más le molesta que le digan la verdad. Por eso á las jóvenes acostumbradas á oir solo alabanzas, y rodeadas de la atmósfera de la adulacion, les ha contrariado hasta el estremo, hallar uno, que si bien admira como el que más, sus encantos y gracias, les señala los lunares que afean su hermosura.

MARCIALIDAD.

—

—«Siempre te veo con arrimos;
sanidad, infanteria,
lanceros, artilleria...»
—*Señora, todos son primos.*

—«Se va á Gerona Bailen;
viene de Asturias Granada,
y yá hay primos en la jornada.»
—*Señora, primo tambien.*

—«Para el suelo americano
vá catalana legion,
y hay primo en un batallon.»
—*Señora, primo lejano.*

—«Pués de primos ya cansada,
voy á quitarme de encima

á la intolerable prima
del ejécito y la armada.»
José Velazquez y Sanchez.

VARIEDADES.

Hace algunos dias que no recibimos *El Museo* de Valladolid, ni *La Crónica* de Badajoz.

Han visitado nuestra redaccion *El Eco de ambos mundos*, notable revista que vé la luz pública en Lóndres. *El departamento*, de San Fernando; *El Combate* y *El Magisterio Español*, ambos de Madrid; *El Magisterio aragones*, de Zaragoza; *El Porvenir*, de Jerez; *La crónica del Segura*, de Murcia y *La cooperacion*, de Madrid.

Damos las gracias á dichos colegas.

Una dama estrangera, que ama con delirio á su perrito faldero, ha hecho insertar en un periódico inglés el siguiente anuncio, que revela su ternura por el feliz animalejo.

Dice así:

«Una señora rica ofrece cien libras (10,000 reales) á un doctor que durante su ausencia en el estrangero, quiera encargarse de cuidar y mimar á su perro favorito.

Nota. Será preferido aquel que no tuviese en su casa chicos *ni otros animales*.

El beneficio de la célebre artista Porroni en el Cairo, fué una fiesta espléndida. Entre los regalos de valor de más de treinta mil francos que obtuvo la beneficiada, hay una corona de oro con la inscripcion *Aida* en brillantes. El virey le envió la reescritura para la siguiente temporada.

TRATAMIENTOS.

Anunciaba el cartel del teatro Principal de Barcelona la comedia de Breton de los Herreros, intitulada—*Muérete y verás*,—las boleras del—*Toma y toma*—y el sainete—*El Usía enamorado*—por fin de fiesta.

Un portero de la intendencia de rentas, por encargo del gefe, leia el cartel todas las mañanas dando al intendente puntual noticia de las funciones, para que tomara localidades en las de su gusto.

Llega el Intendente á su despacho; se instala ante la chimenea, fumando un rico veguero, y tira del cordon de la campanilla, acudiendo á su llamada el portero consabido.

—Buenos dias, Juan, (le dice el gefe de rentas afablemente.) ¿Qué nos dan esta noche en el Principal, chico?

—Señor, balbucea Juan, una comedia....

—¿Qué título tiene?

—*Muérase Usía y verá Usía.*»

—¡Hombre!

—Se baila el—«*Tome Usía y Tome Usía.*»

—Apéame el tratamiento y sigue.

—Y acaba con «*El tú enamorado.*»

SOLUCION A LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Sevilla.

CHARADA.

En cierta ocasion se hallaba
tercera, segunda y prima
Tomando, como acostumbra,
El *cuarta* en mi compañia.
De charla en charla llegamos
A hablar de cosas antiguas
Y él dijo:-Precisamente
Tengo una memoria escrita
Sobre la vida del *todo*
Que publicaré algun dia.

REVISTA SEVILLANA.

Este periódico verá la luz pública los dias 1, 8, 16 y 23 de cada mes, en papel y tipos iguales al presente.

El precio de suscricion será de cinco rs. al mes en Sevilla y seis en el resto de España.

Las suscriciones se harán en la administracion.

No se servirá suscricion alguna de provincias cuyo importe no haya sido abonado.

Los suscritores de provincias podrán enviar el importe de la suscricion en sellos de correo ó letras de fácil cobro á nombre del administrador.

Los señores que abonen el importe de un trimestre adelantado tendrán derecho á adquirir por menos de la tercera parte de su valor ó sean tres reales la preciosa novela de nuestro amigo don Manuel Cano y Cueto titulada OLGA.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de la BIBLIOTECA, Churruca 1.

NÚM. 7. MARTES 16 DE ABRIL DE 1872. AÑO I.



REVISTA SEVILLANA.

Direccion y Administracion, Espinosa 8.

Sumario.

EL GATO NEGRO.

POR EDGAR POE, TRADUCCION DE D. MANUEL CANO Y CUETO.

Relativamente á la más estraña y sin embargo más familiar historia, que voy á estender por escrito, no aguardo ni solicito el crédito. Verdaderamente seria insensato esperarlo en un caso en que mis sentidos arrojan su propio testimonio. Sin embargo, yo no estoy loco, y ciertamente no sueño. Pero mañana muero, y hoy querría aliviar mi alma. Mi designio inmediato es presentar ante el mundo, clara, sucintamente, y sin comentarios, una série de simples acontecimientos domésticos. Por sus consecuencias, estos acontecimientos me han aterrorizado, me han torturado, me han anonadado. Con todo, yo no trataré más que de aclararlos. Para mí no han presentado quizás más que horror, á muchas personas parecerán menos terribles que estrambóticos. Quizás, mas tarde, se encontrará una inteligencia que reducirá mi fantasma á su estado natural; inteligencia, más calmada, más lógica, y sobre todo menos escitable que la mia, que no encontrará en lás circunstancias que relato con terror más que una sucesion de cáusas y de efectos muy naturales.

En mi infancia habia sido conocido por la docilidad y humanidad de mi carácter.

Mi ternura de corazon era tan estremada que habia hecho de mí el juguete de mis camaradas.

Tenía frenesí particularmente por los animales, y mis parientes me habian permitido poseer una gran variedad de favoritos. Pasaba con ellos casi todo el tiempo y nunca me consideraba tan feliz como cuando les daba de comer ó acariciaba. Esta particularidad de mi carácter aumentó con los años y cuando llegué á ser un hombre, vino á constituir uno de los principales motivos de placer. Para los que han profesado afecto á un perro, fiel é inteligente, no tengo necesidad de esplicar la naturaleza ó la intensidad de goces que puede esto proporcionar. Hay en el desinteresado amor de un animal, en su abnegacion, alguna cosa que vá directamente al corazon del que ha tenido frecuentemente la ocasion de esperimentar la humilde amistad y la fidelidad de la envoltura del *hombre natural*. Me casé jóven, y fuí dichoso con encontrar en mi muger una disposicion simpática á la mia. Observando mi afeccion por estos favoritos domésticos, no perdió ocasion alguna de proporcionarme los de la especie más agradable. Teníamos pájaros, un pez dorado, un perro bellísimo, conejos, un pequeño mono y un *gato*.

Este último animal era notablemente robusto y hermoso, completamente negro y de una sagacidad maravillosa. Refiriéndose á su inteligencia, mi muger, que en el fondo no era poco supersticiosa, hacía frecuentes alusiones á la antigua creencia popular, que miraba en todos los gatos negros brujas disfrazadas.

No significa esto que ella hablase siempre *sériamente* sobre este punto, y si yo lo menciono, es sencillamente porque me viene á la memoria en este momento.

Pluton, este era el nombre del gato, era mi favorito, mi camarada. Yo le daba de comer y él me seguia por la casa adonde quiera que fuese.

(Se continuará.)

Á TOLEDO.

De rocas gigantescas al abrigo,
ceñida por el Tajo turbulento,
Toledo alza la frente al firmamento,
de su abandono y soledad testigo.

Deslices de Florinda y de Rodrigo
miró el lugar en que mi planta siento,
y en estos muros su pendon sangriento
clavó triunfante el árabe enemigo.

De Alfonso, de Isabel y de Fernando,
de Cárlos quinto y de Cisneros, brilla
aquí la gloria que me está cegando.

Y allá del Tajo en la escarpada orilla
surge una sombra *libertad* gritando....
¡Yo te saludo, oh sombra de Padilla!

José de Velilla y Rodriguez.

Toledo 28 de Marzo de 1872.

VANOS PROPÓSITOS.

Juré no verte más; mi juramento
humo fué que en el viento se perdió:
que olvidarte, y aun odiarte quise,
y más y más se acrecentó mi amor.

—

Amarte siempre prometí... y entonces,
¡tristes misterios del cariño son!
entonces el afan que me mataba,
humo fué, que en viento se perdió.

—

Hoy.... ni quererte ni olvidarte ansío,
¡á qué engañar el pobre corazon,
si cuanto anhela, por quererlo tanto,
es humo nada más, humo, ilusion!

Luís Montoto.

LA CRUZ DEL LLORO.

I.

Era el dia 26 de Junio del año del Señor de 1310.

El sol naciente apenas podia romper con sus fúlgidos resplandores el tupido velo de oscuras nubes que al par que él se levantában en oriente, y espesas nieblas estendiéndose por la atmósfera, cortaban en líneas orizontales las lejanas montañas, de las que solo se veian las bases ar-

rancando de la llanura, y las crestas que asomaban sobre los flotantes vapores.

Un profundo silencio reinaba al pié de la peña de Martos, aun apesar de ser la hora de esa armonia tan *sui-generis* que solo se escucha en los campos al asomar la aurora, y de estar apiñados en la llanura todos los habitantes de la villa.

No se escuchaba el balido de los ganados, no se oia el alegre canto del sencillo pastor y en los esquilones de los adoratorios esparcidos por la sierra guardaban silencio sus metálicas lenguas.

Ni una sola palabra se cruzaba tampoco entre la gente que en la llanura se encontraba, ni un solo gesto ú ademan denotaba la existencia de tantos seres reunidos en un mismo punto.

Parecian una grande agrupacion de estátuas á quienes el cincel del artífice constructor habia impreso un aire sombrio y lúgubre, pero con uniformidad tal, que ni mugeres ni niños, ni mozos, ni ancianos, dejaban de guardar un aire melancólico.

La misma regularidad se observaba en sus miradas fijas en las murallas que coronando la peña ceñian cual doble faja la villa, y el tiempo pasaba, las horas se deslizaban pausadamente, y la espera del pueblo se hacia más prolongada.

¿Qué aguardaban los Tuccitanos en la llanura?

¿Qué acontecia en Martos?

¡Ay! dos ídolos del pueblo, dos valientes caballeros, dos ilustres comendadores de Calatrava, gemian aerrojados en un oscuro calabozo, y de él debian salir aquella triste mañana para sufrir una muerte afrentosa, en espiacion de crímenes que no habian cometido.

¡Pero y Juan de Carvajal! ¡Inocentes víctimas de la obcecacion de un rey voluntarioso!

III.

Jóvenes, de imaginacion viva, de corazon entusiasta y de carácter emprendedor, Pero y Juan de Carvajal debian ser el orgullo de rey que por basallos los tuviera, y ningunas espadas estaban más prontas á la defensa de la madre pátria, que la de los dos jóvenes comendadores.

Los caballeros de su órden los amaban, el pueblo los miraban con respeto y admiracion, y los moriscos los temian.

Pero en el desconocido reló que marca la duracion de las dichas humanas, habia sonado la hora de la desgracia para los Carvajales, y la muerte se acercaba sigilosa á los dos Tuccitanos.

IV.

En Palencia al salir una noche del palacio real habia sido muerto á puñaladas por varios enmascarados, don Juan de Benavides, privado del rey don Fernando IV.

Una larga enemistad separaba á Benavides y Carvajales, y en más de una ocasion ambas familias habíanse encontrado con las armas en la mano en palenque cerrado.

Nadie sin embargo, podia sospechar que los dos jóvenes fuesen los autores de aquella villanía, porque nunca habian manchado su nombre, ni su manto, con una infamia, y la misma enemistad que tenian al de Benavides, reconocia por causa, una ofensa que creian inferida por aquel á su honor.

Pero ¡ay! Juan de Carvajal amaba á una doncella que codiciaba un poderoso magnate de la córte de don Fernando, y este amor fué la causa de su perdicion.

María premiaba el purísimo afecto del jóven comendador con un cariño sin límites, y los celos ennegrecieron el alma del cortesano que de amores la requeria.

Este que ansiaba una ocasion propicia, para deshacerse de rival tan temible, sintió una innoble alegria al escuchar al rey, que en uno de los salones del alcázar de Palencia, esclamaba con cólera.

—Acaban de asesinar á mi mejor amigo, al más firme apoyo de mi trono. ¿Y ninguno de vosotros—añadia dirigiéndose á sus caballeros—ha de saber quienes son los villanos que se han atrevido á don Juan? Sangre de mi sangre diera, por haberlos á las manos, que ejemplar castigo en ellos haria.

—No es difícil, señor,—dijo entonces el despreciado rival de Juan de Carvajal—el poder señalar los cobardes asesinos.

—Vos, vos, los conoceis?—gritó don Fernando.

—Recordad, señor, el ódio que le tenian los Carvajales—dijo con gozo el magnate.

—Sí, ellos son,—rugió el rey.—Pronto, prontо, prendedles *el cuerpo*. ¿Qué haceis inmóviles?—continuó viendo que todos los caballeros permanecian en sus puestos.

—Señor....

—Los Carvajales...

—Imposible....

—Tan nobles....

—¿Ellos? gritaron á un tiempo los cortesanos.

—Obedeced—les dijo con imperio don Fernando.—No son consejos los que os pido.

Los caballeros no obstante se mantuvieron

en sus puestos, pero hubo uno, el perseguidor de Maria, que adelantando al centro de la cámara, dijo al rey:

—Presos serán Juan y Pero de Carvajal. Yo parto á ejecutar vuestras órdenes.

. . . .

IV.

Los adarves de las murallas de Martos se erizaron de lanzas.

Escuchóse el agudo clamoreo de algunas trompas de guerra y el pueblo apiñado en la llanura al pié de la peña, pudo ver en un ángulo de ella á los dos comendadores, cubiertos con el manto capitular de la órden, entre dos filas de soldados.

Traian la cabeza descubierta, y una intensa palidez cubría sus varoniles semblantes.

Pero ni un solo músculo de estos estaba contraido.

No podia infundir pavor la muerte á los que tantas veces la habian afrontado por su rey, y solo se notaba en su ademan la indignacion que les producia su ignominioso cuanto inmerecido fin.

Precedíalos el verdugo que arrastraba pausadamente una gran caja de hierro, y cerraba el cortejo una veintena de lanzas de los tercios reales.

Puestos ya al borde del precipicio, los dos hermanos diéronse un abrazo estrecho, y en medio del profundo silencio que reinaba, elevóse clara y firme la voz de Pero Carvajal, que dijo con acento seguro:

—Rey don Fernando, injusto y cruel has sido con dos de tus mejores vasallos. Con un pié en el umbral de las eternas sombras, juro por la santa Vírgen Maria, que ninguna parte hemos tenido en el crímen que se nos imputa.

Nos condenas á morir, no creas que esto nos aflija. Pero has manchado nuestro honor, y yo ¡oh rey! te emplazo para que en el término de treinta dias comparezcas ante nuestro Señor Jesus á dar cuenta del asesinato que hoy cometes en nuestras personas.

Cayó la voz de Pero, y despues de murmurar ambos hermanos algunas oraciones, entraron con ánimo resuelto en la caja de hierro que cerró luego el verdugo.

. . . .

Un momento despues caía rebotando en los resaltes de la peña con un ruido sordo, parecido al de los truenos lejanos.

Entonces elevóse un alarido general, y el pueblo entero lloró lágrimas de sangre.

La caja en tanto habia adquirido más rapidez, y rodaba vertijinosamente, tronchando arbustos y arrancando fracmentos á las rocas, viniendo á quedar al fin inmóvil en la llanura, despues de rodar aun por ella gran trecho.

Rodearon aquel instrumento de muerte algunos caballeros de la órden, amigos de los desgraciados comendadores, y á presencia del pueblo fué abierta la caja, que mostró en su interior dos cadáveres magullados y cubiertos de sangre.

Pero cuando los freires se disponian á sacar de aquel innominioso suplicio, los destrozados restos de sus dos compañeros, cuando los Tuccitanos elevaban al cielo una fúnebre plegaria, una mujer vestida de blanco, con el cabello suelto y la mirada estraviada, se abrió paso seguida de algunos escuderos, por entre la aglomeracion de séres que rodeaban los cadáveres de los Carvajales, no parándose hasta llegar á la fatal caja de hierro.

Detúvose á algunos pasos de ella, y despues de abarcar toda la llanura con una mirada suprema, y á través de un velo de lágrimas, esclamó con un grito salido del fondo del alma, y á tiempo que se arrojaba sobre los ensangrentados restos de los comendadores.

—¡Juan, Juan! vengo á morir contigo.

Era Maria.

Los caballeros corrieron á levantarla, pero apenas lo hicieron, volvieron á soltarla con horror.

Maria solo era un cadáver.

. . . .

VI.

Treinta dias despues de acaecida la muerte de Pero y Juan de Carvajal, y al amanecer de aquel en que se cumplia el plazo impuesto por los dos hermanos al rey don Fernando IV, murió en su alcázar de Jaen.

Algun tiempo despues elevóse en el mismo sitio en que murió Maria y paró la caja de hierro, una sencilla cruz de piedra, que en memoria de tan sangriento drama se la llamó, y llama aun en la actualidad LA CRUZ DEL LLORO.

José de Vargas Machuca.

Abril de 1872.

EL CAMPO SANTO.

I.

Ved ese niño que llora,
Y triste plegaria eleva,
De hinojos ante la tumba

Que su triste llanto riega.
Dime, niño desgraciado;
¿Qué es lo que dicen tus quejas?
¿Qué es lo que esperan tus ánsias?
¿Qué es lo que la tumba encierra?
Mas ¡ay! que es mudo sepulcro
A dó su madre le espera,
La que endulzó en otro tiempo
Su candorosa existencia;
Hoy en su eterno letargo
Al hijo suyo no besa,
Ni vela su dulce sueño,
Ni en su afliccion le consuela,
Llora sí, niño inocente,
Y tierna plegaria eleva,
Que hasta el trono del Señor
Tu oracion síncera llega.

II.

Rosada el alba aparece,
Y jóven, hermosa y bella
Con paso tardo, indeciso,
Cruzando vá la pradera.
¿Por qué irá triste la jóven?
¿Por qué ocultará su pena
Bajo el manto con que cubre
La ondulante cabellera?
Mas ¡ay! la campana vibra
Acrecentando su pena,
Que es la voz de los que fueron
Y ya no son en la tierra;
Por eso triste la jóven
Cruzando vá la pradera,
A rezar sobre la tumba
Del que le dió la existencia.

III.

Lloroso marcha un anciano
Abismado en honda pena,
Y exhala un débil suspiro
Que recoge el áura leda.
¿Por qué va triste el anciano?
¿Por qué lágrimas acerbas
Vá derramando en silencio?
Nadie su pesar consuela;
Que es padre, padre de un hijo
Que allá en la tumba le espera,
Y vá á elevar su plegaria
Cabe el sepulcro de piedra.
¡Pobre padre! ¡Pobre padre!
No hay quien tu pena comprenda:
Marcha, marcha á ese sepulcro
Y en él eleva tus quejas,
Si el mundo al verte sonrie,
Dile tú con faz serena:
«Voy á la tumba de un hijo,
Que entre querubes me espera.»

IV.

El mundo es valle dó la pena anida,
Dolor tan solo en derredor miramos,
Hácia el bien se dirije nuestra vida,
Mas ese dulce bien jamás hallamos.

—

Feliz aquel que á la elevada cumbre
Dó anida la virtud subir alcanza,
Que siempre le guiará la pura lumbre
A quien el hombre llama su esperanza.

—

Feliz aquel que en mundanal desierto
Una huella dejó radiante, hermosa;
Feliz tambien el que despues de muerto
Tiene quien llore en su olvidada fosa.

José Sanchez Arjona.

Sevilla 13 de Julio de 1870.

LA SOBRINA DEL CURA.

(Continuacion.)

—Sepamos que es ello,—dije á mi compañero de redaccion—¿Tratan de hallar una de las cien mil X de la ciencia?

—Es cuestion de pareceres,—interrumpió el marquesito.—Narraba á Cárlos una de mis muchas calaveradas; y Cárlos, como periodista de oposicion, por no declinar ni un solo instante de su elevado puesto, me echaba en cara mi ingratitud hácia una muger que tuvo el buen gusto de avandonar la humilde casa en que pasó los años de su infancia para venirse en mi compañio á este *totum revolutum*, á este mar inmenso que llaman Madrid. Me hastió su cariño, la abandoné. Cuarenta mil jóvenes aficionados al género, y otros tantos viejos andan á caza de la ocasion. Acaso á estas horas, recibe en sus salones á un embajador ruso, ó á un estudiante de Farmacia.

—¡Ingrato!—esclamó Cárlos.

—Es una historia como otras muchas, es una historia de siempre.

El reloj de la redaccion dió la una.

—¡La una! Me es imposible de todo pun— continuar en vuestra amable compañia. Me aguarda impaciente el número cuatro, una morena de quien os hablaré en ocasion más oportuna! Adios, amigos mios, resolved el problema yenv iadme la solucion al café Imperial.

Y el marqués, prévia una afectuosa despedida, salió de la redaccion silvando un aire de Offembach.

—¡Nécio!—esclamó Cárlos viéndolo alejarse

—Faltan algunos artículos en el Código Penal,-dije, cojiendo una pluma y escribiendo el epígrafe de la primera gacetilla: *Perdonar nos manda Dios*, drama de don Narciso Serra.

V.

Habian pasado algunos meses, casi un año.

Las nieves de Diciembre, como un inmenso sudario, envolvian á Madrid.

Acababa yo de dejar el lecho cuando una voz gritó á la puerta de mi alcoba.

—Una carta; ahí vá.

Y bajándome á tomarla por debajo de la puerta, leia á poco lo siguiente.

«Tras la nieve del invierno llegan las templadas brisas de la Primavera; los árboles, que el viento despojó de sus hojas, se envanecen con la verde pompa con que Abril los engalana. Soy feliz, amigo mío, la veo todas las noches en el rayo de luna que, cual beso de bendicion, envian los cielos á la tierra. El viento murmura su nombre á mi oido; su sombra cruza por entre los árboles que sombrean mis ventanas. A la caida de la tarde oigo su voz tan dulce y pura como en otros tiempos. Amo. ¡Soy feliz!—Tu desgraciado amigo,

Antonio.

¿Era esto la sarcástica carcajada de un loco?

Un ruido de mil demonios interrumpió la série de ideas que abrumaron mi cabeza.

—¡Vah! son los chicos del barrio que anuncian la llegada de la Noche-buena, con sus zampoñas y tamboriles. ¡La Noche-buena! Estamos á veinte y tres! Antonio..... Yo tambien tengo presentimientos!

A la mañana del siguiente dia, en el primer descanso de la escalera infinita que mediaba entre mi habitacion y la calle, sostenia este corto diálogo con la patrona:

—No olvide usted mis encargos; que no revuelvan los papeles que hay encima de la mesa, que lleven la carta á la redaccion.

—¿Y nada más?

—Nada más. Abur.

—¿Volverá usted pronto?

—Dentro de una semana.

(Se continuará.)

PÁGINAS DE LA CARTERA DE UN LOCO.

SEGUNDA PARTE.

I.

DOÑA BRIGIDA.

Doña Brígida es una señora de unos cuarenta y cinco años de edad, baja de cuerpo, gruesa, algo cargada de hombros, muy amiga de hablar de lo que no entiende y tan sobrada de pretensiones como escasa de cuartos. Vive en compañía de su hija Clotilde, jóven de diez y seis primaveras, no mal parecida y segun malas lenguas muy aficionada á *pelar la pava*, como se dice vulgarmente, con un tal Eduardo, estudiante de leyes y de una fortuna bastante regular; cualidad muy á propósito para granjearse el aprecio de doña Brígida, quien despues de la muerte de su buen esposo, que desempeñaba el envidiable destino de cabo de serenos, no habia podido ver más cuartos que los de Luna, por lo que recibió con estremada alegría la fausta nueva de las relaciones de su hija con Eduardo, el cual regalaba á menudo á Clotilde; estos regalos pasaban á manos de la mamá, quien á su vez se encargaba de llevarlos á una casa de préstamos, y de este modo iban pasando los dias.

Cuando hubo llegado el verano, todas las noches, madre é hija, acompañadas del bueno de Eduardo, se dirigian á la Plaza Nueva, en donde se reunen todas las antigüedades y rarezas que en esta ciudad abundan; allí permanecian sentadas en las sillas, que el jóven estudiante pagaba, hasta que despues de quedar solas en la plaza, se retiraban á su casa en donde comentaban cuanto habian visto y oido.

Todo habia sido ventura y felicidad desde el dia en que Eduardo había hablado á Clotilde, pero una desgracia imprevista vino á turbar el reposo de aquella buena familia.

Fué el caso que una noche en que no pudo ir aquel á ver á su *caro tormento*, se le antojó á Doña Brígida asistir como de costumbre á la Plaza Nueva, esperando hallar en ella á su futuro yerno.

Despues de cubrir los rostros con una espesa capa de pintura se encaminaron madre é hija al *paraiso de las cursis* ó sea la Plaza Nueva.

Una vez allí dieron algunos paseos al rededor de las sillas hasta que por último esclamó Doña Brígida.

—Clotilde, quieres que nos sentemos?

—Trae V. dinero?

—No; pero Eduardo pagará cuando venga.

—Y si no viene?

—¡Pues no habia de venir!

Y sin más réplica se acomodó en una de las sillas y Clotilde siguió su ejemplo. No bien habian acabado de sentarse apareció el cobrador, entablándose el siguiente diálogo:

—Señora *tiene V. la bondad.....*

—De qué?

—Del importe de los asientos.

—El *señorito* se los pagará ahora cuando venga.

—Está bien, murmuró el cobrador, y se retiró no muy satisfecho.

En esto, la banda militar dejó oir sus melodiosos acordes y Doña Brígida y su hija Clotilde se recostaron en el respaldar de sus respectivos asientos dándose más importancia que unas princesas.

A poco pasó un chiquillo vendiendo *almendrados* y á la niña hubo de antojárseles. Llamaron al vendedor haciendo de gasto cuatro cuartos, diciéndole volviese luego para que le pagase el *señorito*. Apenas acabaron de comer los almendrados sintieron sed y á un aguador que acertó á pasar tomáronle dos vasos de agua y un par de panales, que le ofrecieron pagar despues; esto es, cuando fuese el *señorito*.

A las diez ya empezaron á impacientarse, pues Eduardo no aparecia por lado alguno.

(Se continuará.)

EN EL ALBUM
DE MI QUERIDO AMIGO
DON JUAN MORENO SUAREZ.

LAS NUBES DEL AMOR.

«Todo amor tiene un cielo
Donde se pintan
Negras ó sonrosadas
Mil nubecillas;
Unas alegran,
Y otras dan á las almas
Dolor y pena.»

I.

Dos nubes tiñen el cielo
Del amor, que siente un alma.
La una cual celage puro
Que el horizonte engalana,
Sonrie al pecho dolorido,
Como sonrie la alborada.
De rosa, záfir y oro
Estiende sus formas vagas
En el espacio, flotando
Cual íris de paz y calma.
Nubecilla del otoño,
Que entre sus pliegues de grana,
Que besa el sol de la dicha,
Lluvia de placeres guarda;
Rocío de brillantes perlas,
Que del alto cielo bajan
A dar color, vida, encanto
A una flor de ricas galas,
De semilla misteriosa,
Que en el vergel de las almas
Brota de un beso á una frase,
De una risa ó una mirada,
A la flor de los amores,
Que los corazones guardan.
. . . .
Si el dolor negro aparece
Y el cielo de amores mancha:
Si al corazon torturado
Pesares impíos desgarran,
Ella entreabre su seno,
Y el claro rocío que guarda,
Bálsamo es que cicatriza
Hondas heridas del alma.
Por los vientos de la dicha
A el espacio es empujada....
Esta es la nube serena
Del placer y de esperanza.

II.

Pasa esa nube del cielo....
Con otra sombria se mancha,
Tenebrosa, oscura, triste,
Que como negro fantasma
Al corazon amedrenta,
Y hace llorar á las almas.
No es nube, que es un turbion,
Cuyo enchido seno guarda
Lluvia, que agosta inclemente
De amores la flor tan plácida.
Con feroz, cruel aliento
Quema, envenena y desgarra
Al corazon cariñoso;
Los dorados sueños mata;
Rompe el lazo de la dicha,
Y en cambio á ventura tanta,
Deja al corazon vacio
Desesperacion y lágrimas.
Le empuja á esta nube el viento
De ingratitud é inconstancia....
Esta es la nube sombría
Del desengaño que mata.

III.

Ahora brillar en tu cielo
Ves la nube de esparanza,
Vaporosa, cual de un ángel
Las leves pupúreas álas.
Nítido sol de ventura,
De dicha serena y plácida.
Ahora gozas, ahora ries,

Que en tu cielo se destaca
Esa nube misteriosa,
Emblema de tu esperanza.
¡Quiera el cielo! ¡quiera el cielo
Que para bien de tu alma,
La nube del desengaño
No torne en quimeras vanas
Las ilusiones risueñas
De la pasion que te embarga!
¡Quiera el cielo que no soplen
Los vientos de la inconstancia!
¡Plegue al cielo no se oculte
La nube de tu esperanza!

Manuel de Santa Cruz y Mateos.

Sevilla 24 de marzo de 1872.

VARIEDADES.

Han visitado nuestra redaccion *La Independencia Estremeña*, de Mérida; *La Gaceta de instruccion primaria*, de Lérida, y *La Epoca Médica*, de esta capital.

Damos las gracias á los citados cólegas.

Parece mentira que en la tercer capital de España se abuse de un modo tan escandaloso del público.

La empresa del teatro de S. Fernando ofreció una compañía de primera y nos ha presentado una que á escepcion de dos ó tres artistas no es digna de un teatro en donde se pagan las localidades al mismo precio que en el Real de Madrid.

Nada diremos respecto á los trages, decoraciones, etc., porque nos dá vergüenza de ocuparnos de este asunto.

La Empresa ha puesto al público en la dolorosa necesidad de silvar á la mayoria de los artistas, repitiendose diariamente escenas que lamentamos de todo corazon.

La empresa como queriéndose burlar del indulgente público sevillano, ha tenido el inaudito valor de repetir óperas que habian sido silvadas las noches anteriores.

¿Qué pretenden los empresarios de S. Fernando?

¿Creen por ventura que de ese modo cumplen con lo que tienen obligacion de cumplir?

¿Piensa, por último, que el público sevillano ha de consentir tántos y tántos engaños?

Sentimos no poder estendernos más por falta de espacio, pero ya lo haremos con la detencion que reclama el asunto.

El vastísimo teatro de Tacon (en la Habana) era estrecho para contener la inmensa concurrencia que acudió deseosa de rendir un tributo de admiracion y de simpatía al gran tenor *Tamberlick* en la noche de su beneficio. Las localidades se vendieron á precios fabulosos, llegando un revendedor hasta exigir tres onzas por una luneta.

Púsose en escena la ópera española *Marina*.

La ovacion obtenida por el incomparable artista fué de las más grandes, pues el público no se cansó de aplaudirle y de arrojarle versos y coronas, haciéndole al mismo tiempo regalos de mucho valor.

A pesar de que para la mayor parte de los artistas era un inconveniente no pequeño cantar en un idioma con el que no están familiarizados, la ejecucion de *Marina* ha sido esmerada, y se ha ido perfeccionando con las representaciones sucesivas.

En el robo que se perpetró el sábado santo, en uno de los viageros, que era un gallego, no disponiendo de mas capital para el viage que de diez duros en dos monedas de oro, viendo que entraban los ladrones á saqueo con todo, para no perder aquel pequeño capital, le ocurrió la idea de tragarse las dos monedas, y al llegar á la primera estacion, donde se hizo la primera cura á los heridos del descarrilamiento, el gallego le dijo al médico:

—Mire usté, señor, usté me habrá de dar dos purgas seguidas algu fuertes, porque me he tragadu dus munedas de oro, y nu las quieru perder, que las necesitu.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Mastodonte.

CHARADA.

Es cosa que me incomodo
Cuando me dá prima y dos
Y me tomo un tercia y quinta
De sales, que un gran doctor
En tiempos que no recuerdo
Allá en Francia descubrió.
Prima y quinta es un advervio
Del habla de Ciceron,
Y quinta y cuarta la encuentro
En mi ropa siempre yo.
El todo, lector querido,
Es un animal feroz,
Que á orillas de rios en Africa
Halló todo esplorador.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de la BIBLIOTECA, Churruca 1.

MARTES 23 DE ABRIL DE 1872. AÑO I.

NÚM. 8.



REVISTA SEVILLANA.

Direccion y Administracion, Espinosa 8.

Sumario.

LA FERIA DE SEVILLA.

Con un tiempo nada agradable, han transcurrido los dias que nuestra ciudad dedica á su tan renombrada féria. Esto sin duda ha sido causa de la desanimacion que se ha notado relativamente á otros años; y si añadimos que ha sido muy corto el número de forasteros que nos han visitado en estos dias, fácilmente se comprende que no haya habido el bullicio de otras veces.

La tienda del Círculo de Labradores y Propietarios, centro de reunion de lo más escogido que Sevilla encierra, ha sido el único punto donde las bellas han encontrado agradables ratos de solaz. En ella se ha bailado por la tarde de una á cuatro, y por la noche de ocho á doce, y si bien no ha habido la afluencia de otros años, no por eso han faltado muchas y lindas jóvenes que dieron con su hermosura mayor realce á aquella reunion.

Interminables seríamos, si hubiésemos de espresar los nombres de aquellas de nuestras paisanas que tuvimos el gusto de ver allí; baste decir que hubo muchas y muy guapas. En cuanto á las forasteras las hubo tambien de notable hermosura.

Poco diremos de las demás diversiones. Los toros estuvieron bastante animados el primer dia. Lagartijo y el Gordo bien, sien-

do herido el primero de un puntazo en una mano que le impidió trabajar el segundo dia, en el cual Bocanegra mató tres toros recibiendo. ¡Bien por Bocanegra!

Las carreras de caballos del segundo dia hubo que suspenderlas por el mal tiempo. Las del primero estuvieron muy concurridas; en ellas se disputaron el premio de la primera los caballos españoles *Gijt* y *Sevilla*, ganando el primero. De la segunda se adjudicó el premio al caballo español *Piloto* del teniente Lawlor, que le fué disputado por seis en las dos primeras pruebas y por el caballo *Hermano* en la tercera. El tercer premio lo ganó *Lucero* caballo hispano-inglés del señor Sierra.

El cuarto en cuya carrera tomaron parte la yegua *Pepita* y los caballos *Nazart* y *Ascot*, todos ingleses, obtuvo el premio la primera, propiedad del señor marqués de Esquivel. Y el quinto, por último, lo ganó un caballo del mencionado señor Sierra.

Para concluir diremos que durante los dias de féria estuvieron abiertos al público por las tardes los jardines del Alcázar y del Palacio de S. Telmo. Las personas que de todas partes han venido á visitarnos han tenido pues ocasion de pasar agradablemente el tiempo que han permanecido entre nosotros.

AZULES Y NEGROS.

«Si no me quieres te mato,
nos dicen los ojos negros;
y nos dicen los azules,
si no me quieres me muero.»

Esta copla, que ha nacido
Entre los lábios del pueblo,
Supone que hablan los ojos
Á quien va á mirarse en ellos.
Oye lo que á mí me han dicho
Ojos azules y negros:
Los de una rubia, más dulces
Que del aura el blando beso;
«¿Qué hace V. que no se atreve
A preguntar si le quiero?»
Unos, negros cual la noche:
«¡Mira que se pasa el tiempo!»
Otros, envueltos en llanto:
«¿No ves que me estoy muriendo?
Sin querer mirarme algunos,
«¡A otra puerta caballero!»
Los más, *«¿qué está V. mirando?*
«En tí me miro,» los menos.—
Al fijar mis tristes ojos
En los tuyos un momento,
Tambien tus ojos me hablaron,
Más no sé qué me dijeron.
En vano sus dulces frases,
Por comprenderlas me esfuerzo;
Que solo entienden los ángeles
El lenguaje de los cielos.

Luis Montoto y R.

EL GATO NEGRO.

POR EDGAR POE, TRADUCCION DE D. MANUEL CANO Y CUETO.

Esto me tenía tan sin cuidado, que llegué á permitirle me acompañara por las calles.

Nuestra amistad subsistió así muchos años, durante los cuales el total de mi carácter, por obra del demonio de la intemperancia, me avergüenzo de confesarlo, sufrió una alteracion radicalmante mala. Me hice de dia en dia más taciturno: más irritable, más indiferente á los sentimiento de los otros.

Me permití emplear un lenguaje brutal con mi muger.

Con el tiempo aún la injurié con violencias personales. Mis pobres favoritos naturalmente debieron sentir el cambio de mi carácter. No solamente los abandoné, sino qne los maltrataba.

En cuanto á Pluton, todavía tenía para él una consideracion suficiente que me impedía pegarle, mientras que no me daba escrúpulo de maltratar á los conejos, al mono y aun al perro, cuando por acaso ó por cariño se encontraban en mi camino. Mi mal me invadía cada vez más, porque el mal es comparable al alcohol, y con el tiempo Pluton mismo que mientras tanto envejecía y que naturalmente se iba haciendo un poco desapasible, Pluton mismo empezó á conocer los efectos de mi carácter malvado.

Una noche, como yo entrase en casa muy ébrio, saliendo de una de mis habituales tabernas del barrio, imaginé que el gato evitaba mi vista. Lo agarré, mas él espantado de mi violencia, me hizo en una mano con sus dientes una herida muy leve. Mi alma original pareció que abandonaba mi cuerpo, y una rábia superdiabó-

lica, saturada de gin, penetró en cada fibra de mi sér. Saqué del bolsillo del chaleco un corta-pluma, lo abrí, agarré al pobre animal por la garganta y deliberadamente le hice saltar un ojo de su órbita.

Me avergüenzo, me abraso, me estremezco al escribir esta abominable atrocidad.

Cuando mi razon volvió con la mañana, cuando se hubieron disipado los vapores de mi crápula nocturna, esperimenté una sensacion mitad horror, mitad remordimiento, por el crímen de que me había hecho culpable; pero era todo á lo más un débil y equívoco sentimiento, y el alma no sufrió las heridas.

Me sumí en los escesos y bien pronto ahogué en vino todo recuerdo de mi accion.

Entre tanto el gato sanó lentamente. La órbita del ojo perdido presentaba, es verdad, un aspecto horroroso, pero en adelante no pareció sufrir. Iba y venía por la casa, segun su costumbre; pero como llegara á verme, huía de mi aprocsimacion con horror estremo.

Me restaba lo bastante de mi antiguo corazon para sentirme afligido por esta antipatía evidente de parte de un sér que tanto me habia amado otras veces. Pero este sentimiento dió bien pronto lugar á la irritacion. Y entónces apareció como para mi postrera é irrevocable caida, el espíritu de la *Perversidad*. De este espíritu la filosofía no dá cuenta alguna. Con todo, tan seguro como existe mi alma, yo creo que la perversidad es uno de los primitivos impulsos del corazon humano; una de las indivisibles primeras facultades ó sentimientos que dán la direccion al carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido cien veces cometiendo una accion sucia ó vil, por la sola razon que él sabia no la debia cometer? ¿No tenemos una perpétua inclinacion, no obstante la escelencia de nuestro juicio, á violar lo que es Ley, simplemente porque comprendemos que es Ley? Este espíritu de perversidad, repito, llegó á causar mi ruina completa. Es ese deseo ardiente, insondable del alma de *atormentarse á sí misma*, de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por amor al mal, quien me impulsaba á continuar y últimamente á disponer el suplicio que habia impuesto al inofensivo animal. Una mañana, á sangre fria le puse un nudo corredizo al rededor del cuello y lo ahorqué de una rama de un árbol: lo ahorqué arrasados en lágrimas mis ojos con el más amargo remordimiento en el corazon: lo ahorqué porque yo sabía que él me había amado y porque sentia que no me hubiese dado ningun motivo de cólera: lo ahorqué porque sabia que haciéndolo así cometía un pecado, un pecado mortal que comprometía mi alma inmortal, al punto de colocarla, sí tal cosa es posible, fuera de la misericordia infinita del Dios Misericordiosísimo y Terribilísimo.

En la noche que siguió al dia, en que fué concebida esta cruel accion fuí despertado á los gritos de ¡fuego! Las cortinas de mi lecho estaban convertidas en llamas. Toda la casa estaba ardiendo. No sin gran dificultad escapamos del incendio mi muger, un criado y yo. La destruccion fué completa. Fué absorvida toda mi fortuna, y entónces me entregué á la desesperacion.

No pretendo establecer una relacion de la causa con el efecto; entre la atrocidad y el desastre; estoy muy por encima de esta debilidad. Mas doy cuenta de una cadena de hechos y no quiero descuidar ni un solo eslabon. El dia que siguió al incendio visité las ruinas. Los muros habian caido á tierra esceptuando uno solo, y esta sola escepcion se encontró ser un tabique interior poco sólido situado casi en la mitad de la casa y contra el cual se apoyaba la cabecera de mi lecho. La fábrica había aquí resistido en gran parte á la accion del fuego, cosa que yo atribuí á que recientemente se habia renovado. En rededor de este muro una multitud estaba apiñada y muchas personas parecian examinar una porcion particular con minuciosa y viva atencion. Las palabras ¡estraño! ¡singular! y otras espresiones semejantes escitaron mi curiosidad. Me aproximé y ví semejante á un bajo relieve, esculpido sobre blanca superficie, la figura de un *gato* gigantesco. La imágen estaba copiada con un exactitud verdaderamente maravillosa.

Habia una cuerda al rededor del cuello del animal.

En seguida de ver esta aparicion, porque yo no podía menos de comsiderar esto como una aparicion, mi asombro y mi temor fueron estraordinarios. Pero al fin, la reflexion vino en mi ayuda.

Recordé que el gato había sido ahorcado en un jardin adyacente á la casa. A los gritos de alarma, él habia sido inmediatamente invadido por la multitud y el animal debió haber sido descolgado del árbol por alguno y arrojado en mi cuarto á través de una ventana abierta.

Esto, sin duda, había sido hecho con el fin de despertarme. La caida de los otros muros había comprimido á la víctima de mi crueldad en el yeso recientemente estendido; la cal de este muro, combinada con las llamas y el amoniaco del cadáver, habrian obrado la imágen, tal

cual yo la veía. Aunque yo satisfice así á mi razon prontamente, si no tan rápidamente á mi conciencia, relativamente al suceso sorprendente que acabo de contar, obró sobre mi imaginacion una impresion profunda.

Durante muchos méses no pude desembarazarme de la sombra del gato y durante este período envolvió á mi alma un semi-sentimiento, que parecía ser, pero que no era, el remordimiento mismo. Llegué hasta llorar la pérdida del animal y buscar en rededor mio en los tagurios miserables, que en tanto frecuentaba habitualmente, otro favorito de la misma especie, y de una figura parecida que le supliera.

Una noche, como estuviese sentado medio aturdido, en una tasca, más que infame, fué repentinamente atraida mi atencion hácia un objeto negro que reposaba en lo alto de uno de sus inmensos toneles de gin ó rom, que componian el principal mueblage de la sala.

Hacía algunos momentos que miraba á lo alto de este tonel y lo que me sorprendia era no haber notado desde luego el objeto colocado encima.

Me aproximé, tocándole con la mano.

Era un gato negro; un enorme gato, al menos tan grande como Pluton, igual á él en todo, escepto en una cosa.

Pluton no tenía ni un pelo blanco en todo el cuerpo al par que este tenia una salpicadura larga y blanca, mas de una forma indecisa, que le cubria casi toda la region del pecho.

Apenas le hube tocado cuando se levantó súbitamente, prorrumpió en ronca y continuada *carretilla*, se frotó contra mi mano y pareció encantado de mi atencion.

Era, pues, el verdadero animal que yo buscaba.

En seguida propuse al dueño de la tasca comprarlo, pero este no se dió por entendido: no le conocia; no le había visto nunca, hasta aquel momento.

Continué mis caricias y cuando me preparaba á volver á mi casa el animal se mostró dispuesto á acompañarme. Permitíle hacerlo, bajándome de cuando en cuando y acariciándole al ir andando.

Cuando llegó á mi casa, se encontró como en la suya y llegó á ser en seguida gran amigo de mi muger.

Por mi parte, bien pronto sentí nacer la antipatia contra él. Era casualmente lo contrario que yo habia esperado; pero no sé ni cómo, ni porqué sucedió esto: su evidente ternura me disgustaba, fatigándome casi. Lentamente estos sentimientos de disgusto y fastidio llegaron hasta la amargura del ódio.

Evitaba su presencia y una especie de sensacion de vergüenza y el recuerdo de mi primer acto de crueldad me impidieron maltratarle. Durante algunas semanas me abstuve de pegar al gato ó golpearle violentamente; llegué á tomarle un indecible horror, y á huir silenciosamente de su odiosa presencia, como de la peste.

Lo que aumentó, sin duda, mi ódio contra el animal, fué el descubrimiento que hice en la mañana despues de haberlo traido á casa, que como Pluton, él tambien habia sido privado de uno de sus ojos.

Esta circunstáncia no contribuyó más que á hacerle aun más querido á mi muger, que como ya he dicho, poseia en alto grado esta ternura de sentimiento que habia sido mi rasgo característico y el manantial frecuente de mis más sencillos y puros placeres.

Sin embargo, el cariño del gato para conmigo parecia acrecentarse en razon directa de mi aversion contra él.

Seguia mis pasos con una tenacidad, que seria difícil hacer comprender al lector. Cada vez que me sentaba, él se acurrucaba bajo mi silla ó saltaba sobre mis rodillas, cubriéndome de sus caricias horrorosas.

Si me levantaba para andar, él se metia entre mis piernas y casi me dejaba caer al suelo, ó bien introduciendo sus largas y agudas garras en mis vestidos, trepaba de esta manera hasta mi pecho.

En estos momentos, aunque yo deseaba matarle de un golpe, me detenia, en parte por el recuerdo de mi primer crímen, pero principalmente, debo confesarlo, por un verdadero terror que me causaba el animal.

Este terror no era positivamente el terror de un mal físico, y sin embargo, me seria muy difícil definirlo de otra manera. Estoy casi avergonzado de confesarlo. Sí; aun en este lugar de criminales, casi me avergüenzo al confesar que el terror y el horror que me inspiraba el animal se habia aumentado por una de las más grandes quimeras que es posible concebir.

Mi muger habia llamado mi atencion más de una vez sobre el carácter de la mancha blanca de que he hablado y que constituia la única diferencia visible entre el nuevo animal y el que yo habia matado. El lector recordará, sin duda, que esta marca, aunque grande, estaba primitivamente indefinida en su forma, pero lentamente, por grados, por grados imperceptibles, y que mi razon se esforzó largo tiempo en considerar como imaginarios, habia tomado á la larga una rigorosa precision de contorno.

Era, pues, la imágen de un objeto que me ha-

ce estremecer al nombrarlo: era lo que sobre todo me hacia tener al mónstruo horror y repugnancia, que me habria impulsado á librarme de él *si me hubiera atrevido*: era, pues, como digo, la imágen de una cosa horrorosa y siniestra, la imágen de la *horca*.—¡Oh! lúgubre y terrible máquina, máquina del horror y del crímen, de agonia y de muerte.

Y hé aquí que yo era un miserable, más allá de la miseria posible de la humanidad. Una bestia bruta, de la cual yo habia con desprecio destruido al hermano, *una bestia bruta* creando para mí,—para mí, hombre formado á la imágen del Dios Altísimo,—un tan grande é intolerable infortunio. Ay! yo no conocia el descanso del reposo, ni de dia ni de noche. Durante el dia el animal no me dejaba ni un instrnte, y en la noche, á cada momento, cuando salia de mis sueños llenos de angustia indefinible, era para sentir el tíbio aliento de la alimaña sobre mi rostro, y su inmenso peso, encarnacion de una pesadilla que yo era impotente para sacudir, posada eternamente sobre mi *corazon*.

Bajo la presion de tormentos semejantes, lo poco de bueno que restaba en mí, sucumbió. Pensamientos malvados vinieron á ser mis íntimos—los más sombríos y malvados de mis pensamientos. La tristeza de mi humor habitual acrecentó hasta odiar todas las cosas y toda la humanidad y sin embargo mi muger no se quejaba nunca, ay! era mi sufre-dolores ordinario, la más paciente víctima de mis repentinas, frecuentes é indomables erupciones de una furia á la cual me abandonaba ciegamente.

Un dia me acompañó, para un quehacer doméstico, al sótano del viejo edificio donde nuestra pobreza nos obligaba á habitar. El gato me seguía por los rígidos escalones de la escalera y habiéndome tirado de cabeza, me exasperó hasta la demencia.

(Se continuará.)

TRADUCCION DE E. HEINE.

Los pensamientos del sábio
son las mieses cultivadas;
pero son los del amante
las florecillas lozanas,
que entre las mieses ocultan
su belleza avergonzadas.
¡Cómo se cimbran los trigos
orgullosos con su carga!
¡Cómo se esconden las flores
temerosas de la azada!
Florecillas de los campos,
azules, rojas y blancas,
el segador implacable
ni aun en vosotras repara,
el labriego con su trillo
por inútiles os mata
y el hombre desocupado,
que sin quererlo se encanta
al herir vuestros colores
su desdeñosa mirada,
pregunta para qué sirve
tanta flor y yerba tanta;
hay hombres que son desiertos,
que nunca producen nada;
no existen flores ni frutos
en el fondo de su alma.
Florecillas de los campos,
azules, rojas y blancas,
sois el adorno más rico
de la sencilla aldeana,
que al arrancaros os besa,
cuidadosa os entrelaza
y corre luego buscando,
para lucir su guirnalda,
la música y el bullicio
de la campesina danza,
ó el murmullo sosegado
de solitaria enramada,
donde le ofrezcan unidos,
en union bendita y santa,
el amor todos su goces
y el campo todas sus galas.

R. Alvarez Surga.

LA SOBRINA DEL CURA.

CUENTO VEROSIMIL.

POR DON LUIS MONTOTO.

(Continuacion.)

Una hora despues, metido en un wagon de un tren, que no diré corria, volaba, sin mas equipaje que una maleta y una manta zamorana, me entregaba á los placeres que un viaje al vapor ofrece á manos llenas.

Y á esa hora misteriosa, mitad dia y mitad noche, en que trás rudos afanes, el trabajador marcha á comer el pan amasado con el sudor de su frente y las lágrimas de sus ojos, á la caida de la tarde llegué al pueblecito, en donde hacia algun tiempo, la amistad me habia abierto sus brazos.

En un momento caen por tierra convertidas

en polvo las torres altivas á los vientos y las tempestades; en un momento brota la idea de un cerebro; en un momento se ama y se odia. ¡Cuánto habria sucedido en dos años!

Allá á lo lejos alzábanse las primeras casas del pueblo, bañadas por los últimos resplandores del sol, sobresaliendo entre todas el campanario de la iglesia parroquial, como sobresale el palo mayor de un navío entre los mástiles de las mil embarcaciones ancladas en la vahía.

Adelantaba yo por una estrecha y tortuosa senda, á cuyos lados crecian espesos matorrales y arbustos, que Linneo no soñó en clasificar. El suelo era arenoso, los árboles, sin hojas, estendian sus secos brazos, enlazándose con las zarzas y los espinos, entre los que crecia alguna que otra margarita. Aquel camino tenia algo de la tristeza del que llevó á Dante á dar con la puerta de los Infiernos.

El sol habia traspuesto los montes más altos, y apiñados y negros nubarrones encapotaban el cielo. Bandadas de grullas volaban, formando sus caprichosos alfabetos, y á intérvalos oíase el eco de una campana.

Aceleré el paso, temeroso de que la noche me sorprendiera en parajes desconocidos para mí, y á poco divisé al término del camino las blancas tapias y la cruz de madera que anuncian la ciudad de los muertos.

Gruesas gotas de agua se desprendian de las apiñadas nubes, y precipité más el paso hasta llegar á la puerta de aquel lugar, más triste y sombrío, que la noche misma. Me cobijé bajo el arco de la entrada, puse en el suelo la maleta de viaje, que me sirvió de asiento, y empecé á dar diente con diente, aguardando á que cesara la tormenta para continuar mi camino.

La noche habia cerrado.

El ruido de unos pasos precipitados que hácia aquel lugar se encaminaban, hicieron fijar mi atencion, y á través de la lluvia y la oscuridad de la noche, distinguí un grupo de cuatro ó seis hombres, dos de los cuales traian á hombros un ataud.

La comitiva fúnebre llegó á las puertas del cementerio, y uno de los acompañantes, franqueando la verja de hierro, dió entrada á los que llevaban el ataud y á los que le seguian, que pararon á mi lado, hablando en voz tan baja, que no pude entenderles una palabra.

Siempre he tenido simpatías hácia los muertos. Cuando muchacho, que no hace mucho tiempo, ¡Dios me lo perdone! sentia un placer vivísimo cuando al pasar por una calle me detenian las cuatro pálidas luces de otros tantos blandones que custodiaban un cadáver; pasábame las horas muertas examinando atentamente todos los detalles, hasta los más insignificantes de la habitacion mortuoria; y no pocas veces, en mi infantil candidez, ambicionaba ser el muerto, para tener la satisfaccion de verme entre cuatro cirios, no tan amarillos como mi cara. Escusado me parece decir que aquel entusiasmo, como tantos otros, ha ido poco á poco apagándose en mi corazon.

Llevado de mi *aficion*, me incorporé á la comitiva, que avanzaba lentamente por una estrecha senda, que arrancando de la entrada, concluia en una pequeña plazoleta, donde se alzaba una cruz de piedra.

A uno y otro lado se elevaban llorones y cipreces, árboles de la tristeza, que no faltan en ningun cementerio, y sobre el suelo, desigual y arenoso, se veian enclavadas algunas cruces de madera.

Detuviéronse los que conducian el ataud, colocaron «la carga,» como ellos decian, en el suelo, y empezaron á cavar el hoyo que habia de servir de tumba. La operacion quedó concluida á los pocos minutos, y uno de los acompañantes rezó un *Pater noster* por el descanso del alma que habia vivido en el cuerpo encerrado en aquella caja.

Un instante despues, uno de los enterradores abrió la tapa del ataud, y todos, con los ojos preñados de lágrimas, se acercaron á contemplar por última vez aquel cuerpo, rico presente hecho á la madre tierra.

La luna, rasgando los densos nubarrones que la ocultaban, lanzó un pálido rayo de su melancólica lumbre sobre la frente, aun más pálida, del cadáver. Aquel rayo de luna, era la bendicion del cielo.

(Se continuará.)

Á MI MADRE.

—

El sol trasponiendo las altas montañas
Que ciñen del valle la estensa region
La tierra oscurece, y entre las cabañas
El viento sonoro se duerme en las cañas
Con dulce rumor.

Allá en el espacio, la luna fulgura,
Y trémula vierte su pálida luz,
Esmaltan sus rayos la verde llanura
Y aumenta del cielo la opaca hermosura
Vestida de azul.

Ni un ruido se escucha, el ave enmudece,
Tampoco la brisa susurra al pasar,
La noche entre sombras tristísima crece

Y á veces, la nube que avanza, oscurece
Del ástro el brillar.

¿Por qué de mis lábios entonces se exhalan
Suspiros dolientes que arranca el dolor?
Y blandas las brisas que al lirio regalan
No enjugan mis lágrimas que lentas resbalan
En sorda afliccion.

Es ¡ay! porque entónces mi mente afligida
Recuerda la hora en que ella espiró,
Recuerda sus besos, y el alma transida
Arroja del pecho en lágrima hervida
Su triste dolor.

¡Murió! que no pueden mis lábios cual antes
Guardar de sus lábios los besos de amor,
Y en vano la brisa suspiros amantes
Le lleva ¡no llegan! están muy distantes
Los mundos de Dios.

¡Pobre madre mia! la muerte traidora
Cortó de tu vida el curso fugaz,
Y huérfano, y triste y amante te llora
El hijo angustiado que inquieto devora
Su eterno pesar.

¿Qué importan al alma que triste suspira
Las flores, la brisa y el fúlgido sol,
La vida radiante que el mundo respira?
Si otra alma le llama, la dicha es mentira,
Verdad el dolor.

Por eso en el seno de noche callada
Que estiende en la tierra su negro capuz,
De madres que han muerto la sombra adorada
Baja hasta sus hijos, y en dulce mirada
Calma su inquietud.

Y tambien mi madre del cielo bajando
Con las otras madres á la tierra vá,
Que allí tiene un hijo que la está esperando,
Para que entre sueños, su frente besando
Calme su ansiedad.

Que el huérfano triste que cruza del mundo
El bosque sombrio do anida el dolor,
De su madre solo, el amor profundo,
Desde el cielo enjuga el llanto fecundo
Que al pesar brotó.

Y entre mis ensueños, su dulce figura
Vislumbra, entre nubes de plata y azul,
Mi mente abstraida, y su imágen pura
Disipa las sombras de negra amargura
Con divina luz.

Mas ¡ay! solo en sueños mis lábios cual antes
Imprimen tu frente con besos de amor,
Despierto, y en vano suspiros amantes
Te envio ¡no llegan! están muy distantes
Los mundos de Dios.

Por eso mi alma suspira angustiada
Cuando el sol oculta sus trenzas de luz,
Por eso dirijo mi triste mirada
Hácia esas regiones do está tu morada,
Do me llamas tú.

Madrid 13 de Abril de 1872.

E. Lopez Bago.

VARIEDADES.

Hemos visto en nuestra redaccion nuestros estimados cólegas *La Ilustracion Musical*, de Córdoba; *El Trabajo*, del Ferrol; *El Conservador*, de Córdoba, y *La Revista de caminos vecinales, canales de riego y construcciones civiles*, de Madrid.

Damos las gracias por su visita, y les deseamos larga vida y numerosas suscriciones.

—

Rabrae, siendo muy jóven, fué á visitar á una persona á quien no conocia. Por una equivocacion, en vez de entrar en el gabinete del Sr. N., empujó la puerta de un cuarto de baño en el momento en que la esposa del dueño de la casa salia del agua. El futuro autor de la *comedia humana*, no perdió la cabeza, y para salvar la situacion, fingió ser miope, y dijo inclinándose gravemente ante aquella Venus:—¿Es al Sr. N. á quien tengo el honor de hablar?

—

En el café.—¿Qué se quiere,
señores?—Pide tú, Alfredo.
—Una chica.—¿De cerveza?
—No, señor; de carne y hueso.

—

—Oye, chico, ¿á dónde vás?
—A donde me dá la real gana!
—Ya! Es realista!

—

—A la luna mis fatigas
todas las noches le cuento.
—¿Y cuándo no sale?
— Entonces....
á la luna de mi espejo.

—

La reina de las zarzuelas
le llaman á *Robinson*;
y *El Tio Carando en las Márcaras*
tal vez será emperador.

—

Errata.—En la poesía inserta en el número anterior, titulada, *Vanos propósitos*, dice el cuarto verso de la primera estrofa:

que adorarte, y aun odiarte quise,

debiendo decir:

quise adorarte, etc.

Se ha concedido la gran cruz de María Victoria á los profesores de Derecho D. Manuel Colmeiro y D. Segismundo Moret, y á los distinguidos escritores D. Ramon Campoamor y D. Adelardo Lopez de Ayala.

Un labrador de las afueras de Zaragoza entró en la ciudad á comprar un pañuelo para su mujer.

Llegado que hubo á una tienda de ropas, pidió el pañuelo y su precio.

El comerciante, hombre de buen humor le dijo:

—Ese pañuelo vale cuatrocientas milésimas, pero se lo daré en cuatrocientos céntimos de real.

—No lo quiero, dijo el labrador.

—Vamos, se lo daré en cuarenta décimas.

—Cá, si mi mujer ma dicho que estos pañuelos no valen mas que seis riales ú dos pesetas.

—Vamos, se lo daré en cuarenta céntimos de escudo.

—Quede con Dios, dijo el labrador.

—Venga Vd., hombre, que lo arreglaremos. Tómelo por una peseta.

—¡Acabáramos! Tome la peseta, y venga el pañuelo.

Apenas salió de la tienda, tropezó con otro compañero que iba á comprar.

—Chico, mira que te pedirán muchos cientos por cualquier cosa, y al fin te lo darán por media peseta; no te fies, le dijo el buen labriego.

Se examinaba un paleto de doctrina cristiana.

—¿Cuántos Dioses hay? le preguntó el cura.

—Padre, esa es una pregunta muy difícil.

—Pues vamos con otra: ¿dónde está Dios?

—Le digo á Vd. que no me meta en esas honduras.

—Pues bien, dime lo que sabes, para hacer mis preguntas.

—La letania, señor vicario.

—¡Hombre, la letania! Vamos, empieza.

—No, padre, á Vd. le toca primero, que yo ya responderé el *ora pro nobis*.

El señor Dasent dice hay 700 sordo-mudos por cada millon de habitantes; es decir, 200,000 solo en Europa. La proporcion es mayor en los paises montañosos, como la Suiza y la Saboya: en el canton de Berna hay un sordo-mudo por 195 habitantes. Se puede estimar en 700,000 el número de los de toda la tierra. Hay entre ellos más varones que hembras: en la Gran Bretaña esta relacion es de 121 á 100.

CHARADA.

De segunda con primera
ayer tarde en el paseo,
á causa de un batacazo,
me llené hasta los cabellos.
Apenas me levanté
con tercia tuve un encuentro,
y salí tan mal parado,
que el verme causaba miedo.
Cuando mi todo me vió,
fuí á saludarla atanto;
mas ella me contestó:
no os conozco, caballero.

M. B

SOLUCION A LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Hipopótamo.

REVISTA SEVILLANA.

Este periódico verá la luz pública los dias 1, 8, 16 y 23 de cada mes, en papel y tipos iguales al presente.

El precio de suscricion será de cinco rs. al mes en Sevilla y seis en el resto de España.

Las suscriciones se harán en la administracion.

No se servirá suscricion alguna de provincias cuyo importe no haya sido abonado.

Los suscritores de provincias podrán enviar el importe de la suscricion en sellos de correo ó letras de fácil cobro á nombre del administrador.

Los señores que abonen el importe de un trimestre adelantado tendrán derecho á adquirir por menos de la tercera parte de su valor ó sean tres reales la preciosa novela de nuestro amigo don Manuel Cano y Cueto titulada OLGA.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de la BIBLIOTECA, Churruca 1.

NÚM. 9. 1.º DE MAYO DE 1872. AÑO I.



REVISTA SEVILLANA.

Direccion y Administracion, Espinosa 8.

Sumario.

POESIAS Á CERVANTES,

LEIDAS ANTE LA ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS EL 23 DEL ACTUAL.

Terminados los discursos de los Sres. Caballero Infante y Feznandez-Espino, de ingreso en la Academia el del primero, y de contestacion el del segundo, leyéronse por algunos indivíduos de tan distinguida Corporacion varias poesías ya propias, ya de conocidos ingénios préviamente invitados, en honor del inmortal *Cervantes*, gloria y orgullo de las letras españolas.

No me propongo hacer un juicio estenso de aquellas: sería locura intentarlo cuando aun resuenan en mis oidos el murmullo de las áulas y la voz correctiva del profesor; muéveme sólo el constante silencio ó atencion pasagera con que suele responder la prensa política á todo acontecimiento literario.

Dió lectura el Sr. Tubino primeramente, con llena y sentida entonacion, á una poesia de la Sra. D.ª Dolores Rodriguez de Velilla, bastante buena, que agradó mucho, así como un romance de su hija, la Srta. D.ª Felisa de Velilla, que ostenta en él recomendables condiciones y bellos pensamientos.

Tres son los sonetos de que debo ocuparme principalmente, debido el primero á la pluma de la distinguida poetisa, Srta.

D.ª Mercedes de Velilla, y los dos restantes á los Sres. Escudero (D. Francisco) y D. Manuel de los Palacios.

El de la Srta. de Velilla es un breve saludo al *Príncipe de los ingenios*; notable poesía en que domina un tono caloroso, perfectamente sostenido. Dice así:

Sigue la nube al sol queriendo impía
Oscurecer su luz que el mundo adora:
Fué sol tu inteligencia, y vil, traidora,
La nube de la envidia te seguía.
¡Ah! Tú venciste, y si á la mente mia
Pudiera dar su inspiracion creadora
Tu espíritu feliz tambien ahora,
Tu esclarecido nombre cantaría.
Al homenage unánime, ferviente,
Que hoy ofrecer á tu memoria miro,
Sólo unir puedo mi entusiasmo ardiente:
Los vates que el laurel porque suspiro
Lograron alcanzar para su frente,
Canten tu gloria, mientras yo te admiro.

Lleno de enérgios y valientes conceptos, el del Sr. Escudero respondió en un todo al justo renombre que goza su autor en la república literaria y fué muy aplaudido igualmente que el del Sr. Palacios, mas correcto que conceptuoso.

El Sr. De Gabriel, académico, leyó una buena composicion, propia, en décimas facilmente versificadas, y dos romances del conocido y jóven escritor D. Luis Montoto.

Inspirados pensamientos, puro estilo y cadencia, constituyen el mayor mérito de esta composicion que termina así:

Si merced á Cárlos quinto
El nombre español, triunfante,
Recorrió la estensa tierra,
Cruzó los revueltos mares
Y ante el Leon castellano
El mundo llegó á postrarse;
Tres siglos muy altos gritan:
Eterna gloria á Cervantes,
Tambien por él, entre todos
Los pueblos, España es grande!

Fueron muy aplaudidas por la galante concurrencia tres poemas de los Sres. Almendros, Rios y Bueno pareciéndome algo impropia la del primero de dichos Sres. que es como sigue:

A CERVANTES.

—

El tiempo en que leiste, gran CERVANTES,
risa le dió, y no más, á tu *Quijote*,
y te llevó la suerte al estricote
como tu hermoso libro á los andantes.
Torna á sufrir; ya es bien que te levantes
y pluma pongas y talento á escote,
que hay mucho malandrin y mucho zote
y ruin el mundo está peor que antes.
Vá cundiendo lo malo á real la entrega,
el vicio en ruedas, la virtud encueros,
Dulcinéas verás, pero de pega,
Muchos Panzas y pocos caballeros,
el lujo que en miseria nos anega,
y llave ser de todo los dineros.

Llamaron la atencion del público que al acto concurría dos composiciones de los Sres. Fernandez San Roman y D. José de Velilla, leidas respectivamente por los académicos Sres. Espino y Asencio.

Conocidas son de todos las brillantes condiciones de poeta que reune el aplaudido autor de *Witiza* y *La expulsion de los moriscos*.

Su composicion en décimas correctas y sonoras, es un conjunto, de nobles conceptos de entusiastas arranques, de profundas y universales máximas.

Son notables las dos décimas siguientes:

Libre yá de las pasiones
que limaron su existencia,
dió á España su inteligencia
un raudal de inspiraciones.
Duras penas y aflicciones
no le dejaron un dia....
y CERVANTES se reía
cuando el mal era mayor,
¡y es que hay risa de dolor
como hay llanto de alegría!

—

Bajo tu risa hay quien note
huellas que no se borraron,
de lágrimas que rodaron
por las hojas del *Quijote*.

Aunque tu risa alborote
dice tambien tu quebranto;
mas ¿qué importa dolor tanto
si dá el triunfo á que se aspira?
¡Las obras que el mundo admira
se escriben con sangre y llanto!

Pudiera decirse de esta composicion que es la historia del génio, siempre lamentada por las naciones al perder á sus grandes hombres; siempre y siempre repetida con la misma ingratitud é indiferencia.

Dije antes, que el Sr. Fernandez-Espino dió lectura á una poesía del Sr. Fernandez San Roman, pero nada más dije de esta composicion, escrita en elevado lenguaje, versificada con naturalidad y buen gusto, y salpicada de pensamientos tan bellos como los que copio:

. . . .

Probando al par elocuente
Que alguna pluma tajada
Con el filo de una espada,
Puede ser tan escelente
Como la mejor cortada.

Y más adelante:

Aquellos héroes distantes,
Que reproduce la historia
Con proporciones gigantes,
No brillan con tanta gloria
Como en el mundo CERVANTES.
Grano yo de arena leve,
De Márte en el campo extenso,
Respuesta cortés me mueve
A quemar en tu ara incienso
Que en nube á tus plantas lleve.

Al terminar el acto, se leyeron por último, dos poesias de los Sres. baron de Fuente de Quinto y D. Miguel Tenorio de Castilla: el no estar incluidas en el libro impreso al efecto, me impide formar exacta opinion de ellas, si bien fueron, como las demás, saludadas con aplausos á su conclusion.

Digna es de elogios la conducta de la *Academia Sevillana de Buenas Letras,* al fomentar la aficion á la buena literatura, presentando á los que emprenden tan difícil senda, el noble, el grande ejemplo de aquel génio sublime, que espiraba solitario y pobre el 23 de abril de 1616, olvidado de su pátria, á la que legaba en cambio una gloria imperecedera.

He concluido mi mision, tan breve como árdua y superior á mis fuerzas: ya lo espliqué al principio: solo me ha impulsado á ello el deseo de dar un público aplauso á estimables obras, que no puden pasar desapercibidas.

Cárlos Peñaranda.

POESIA.

I.

Cuando esparce el sol naciente
Su dorada cabellera,
Iluminando los valles,
Las colinas y las sierras;
Cuando alegre el pajarillo
Sus dulces trinos eleva,
Celebrando la hermosura
de su linda compañera;
Y gime apacible el viento,
Y las flores entreabiertas
Puras gotas de rocio
Lucen cual brillantes perlas,
Y el arroyo al deslizarse
Por entre verdes praderas
Va despertando las flores
Que en su cristal se reflejan;
Cuando todo en la natura
Bello y alegre se muestra,
Tan solo yo, triste llanto
Derramo entre amarga pena,
Pues me hallo léjos, muy léjos
De mi serrana hechicera.

II.

Cuando avanza el huracan
Envuelto entre nubes densas,
Cuando triste el pajarillo
Su amante canto no eleva
Y brama furioso el viento
En torno de la flor bella,
Que amedrentada, las hojas
Sobre su cáliz replega;
Y el arroyo convertido
En torrente, se despeña
Tronchando los verdes tallos

De las flores hechiceras;
Cuando todo en la natura
Horrible y triste se muestra,
Tan solo yo alegre canto
Tiernas y amantes endechas,
Pues á la luz del relámpago
Contemplo cerca, muy cerca,
A la prenda de mi amor,
A mi serrana hechicera.

José Sanchez Arjona.

EL GATO NEGRO.

POR EDGAR-POE, TRADUCCION DE D. MANUEL CANO Y CUETO.

(Conclusion.)

Levantando el hacha y olvidando en mi furor el temor pueril que hasta entonces habia retenido mi mano, dirijí al animal un golpe que hubiera sido mortal si le hubiese alcanzado, como deseaba; pero el golpe fué detenido por la mano de mi muger. Esta intervencion me produjo una rábia más que diabólica: desembaracé mi brazo del obstáculo y le hundí mi hacha en el cráneo.

Cayó al instante muerta, sin exhalar un gemido.

Terminado este horrible asesinato, me puse inmediata y muy deliberadamente á tratar de esconder el cuerpo.

Comprendí que no podia hacerle desaparecer de la casa, ni de dia ni de noche, sin correr el peligro de ser observado por los vecinos. Muchos proyectos se cruzaron en mi mente.

Pensé un momento en dividir el cadáver en pequeños pedazos y destruirlos por el fuego.

Resolví despues cavar una fosa en el suelo de la bóveda. Luego imaginé arrojarlo al pozo del patio; más tarde meterlo en un cajon, como mercancía, en las formas usadas y encargar á un mandadero lo llevase fuera de la casa. Finalmente, me detuve ante un espediente que consideré como el mejor de todos.

Determiné emparedarlo en el sótano, como se dice que los monges de la edad media emparedaban á sus víctimas.

El sótano parecia muy bien dispuesto para semejante destino. Los muros estaban construidos descuidadamente y hacia poco habian sido cubiertos, en toda su estension, de una masa de mezcla, que la humedad habia impedido endurecer.

Además, en uno de los muros habia un bulto causado por una falsa chimenea, ó especie de hogar, que habia sido tapado y fabricado en el mismo género que el resto del sótano. No dudé que me seria fácil quitar los ladrillos de este sitio, introducir el cuerpo y emparedarlo del mismo modo, de manera que ningun ojo humano pudiera imaginar nada sospechoso.

Y no fuí engañado en mi cálculo. Con la ayuda de una palanca quité facilísimamente los ladrillos, y habiendo aplicado cuidadosamente el cuerpo contra el muro interior, lo sostuve en esta postura, hasta que restableciese, sin gran trabajo, toda la fábrica en su primitivo estado.

Habiéndome procurado una argamasa de cal y arena, con todas las precauciones imaginables, preparé una masa, una blanqueadura, que no podia distinguirse de la antigua, y cubrí con ella escrupulosamente el nuevo tabique. El muro no presentaba la más ligera señal de renovacion.

Quité todos los escombros con el esmero más prolijo, y espurgué el suelo, por decirlo así. Miré triunfalmente en rededor mio, y me dije: Aquí á lo menos, mi trabajo no ha sido perdido.

Mi primer pensamiento fué buscar al animal que habia sido causa de desgracia tan grande, porque yo al fin habia resuelto darle muerte.

Si hubiera podido encontrarle en aquel momento, su destino estaba cumplido, pero parecia que el artificioso animal se habia alarmado por la violencia de mi accion reciente y tenia cuidado de no presentarse en mi actual estado de humor.

Es imposible describir ó imaginar la profunda, la feliz sensacion de consuelo que la ausencia del detestable animal obraba en mi corazon. No se presentó en toda la noche, y así esta fué la primera buena noche, desde su entrada en la casa, en que yo dormí tranquila y profundamente: sí, *dormí* como un bienaventurado con el peso del crímen sobre el alma.

Pasaron el segundo y el tercer dia, y sin embargo no vino mi verdugo. Una vez más respiré como hombre libre. El mónstruo en su terror habia abandonado para siempre aquellos lugares. No le volveria á ver. Mi dicha era suprema. La criminalidad de mi tenebrosa accion no me inquietaba mucho.

Se habia abierto una especie de sumaria, la cual se habia dado en seguida por satisfecha. Una indagacion se habia ordenado tambien, pero naturalmente nada podia descubrirse. Al cuarto dia despues del asesinato, una porcion de agentes de policía se presentaron inopinadamente en la casa, y se procedió de nuevo á una esquisita investigacion de lugares. Confiando sin embargo en la impenetrabilidad del escondrijo, no esperimenté ninguna turbacion. Los oficia-

les me hicieron acompañarles en la pesquisa. No dejaron de ver ni un rincon, ni un ángulo. Por fin, por tarcera ó cuarta vez bajaron al sótano. Mi corazon palpitaba pacíficamente, como el de un hombre que duerme en la inocencia. Recorrí de punta en punta el sótano, crucé mis brazos sobre mi pecho y me paseé descuidadamente de un lado para otro.

La justicia estaba plenamente satisfecha, y se preparaba á marchar. La alegria de mi corazon era demasiado fuerte para ser reprimida. Me quedaba el deseo de decir una palabra, solo una palabra en señal de triunfo, y hacer duplicadamente palpable la conviccion acerca de mi inocencia.

—Caballeros, dije al fin, cuando la gente subia la escalera, estoy satisfecho por haber desvanecido vuestras sospechas. Os deseo á todos buena salud y un poco más de cortesanía. Sea dicho de paso, caballeros, ved aquí una casa singularmente bien construida (en mi rabioso deseo de decir alguna cosa con aire deliberado, entendia apenas lo que hablaba.) Yo puedo asegurar que esta es una casa admirablemente construida. Estos muros.... vais á marcharos, caballeros? estos muros están fabricados sólidamente.

Y aquí, por una fanfarronada frenética, golpeé fuertemente con un baston que tenia en la mano justamente sobre la pared del tabique, detrás del cual estaba el cadáver de la esposa de mi corazon.

Ah! que al menos Dios me proteja y me libre de las garras del Archidemonio. Apenas el eco de mis golpes turbaron el silencio, cuando una voz me respondió del fondo de la tumba: un lamento primero, velado y entrecortado como el sollozo de un niño, luego, en seguida, inflamándose en un grito prolongado, sonoro y contínuo, anormal y anti-humano, un aullido, un alarido mitad horror, mitad triunfo, como solamente puede salir del infierno, horrible armonía brotando á la vez de las gargantas de los condenados en sus torturas, y de los demonios, regocijándose en su demencia.

Contaros mis pensamientos seria insensato. Me sentí desfallecer, y caí tambaleando contra el muro opuesto.

Durante un momento los agentes colocados sobre los escalones quedaron inmóviles, estupefactos por el terror.

Un instante despues, una docena de brazos robustos caian demoledores sobre la pared, que vino á tierra de un golpe.

El cuerpo, ya muy destrozado y cubierto de sangre cuajada, estaba derecho ante los ojos de los espectadores.

Sobre su cabeza, con las rojas fáuces dilatadas y el ojo único despidiendo fuego, estaba colocada la abominable bestia, cuya astucia me habia inducido al asesinato, y cuya voz acusadora me habia entregado al verdugo.

Yo habia emparedado al mónstruo en la tumba, mi infortunada víctima.

Del libro que con el título *Hojas Secas*, verá pronto la luz pública en esta capital, escrito por el señor Mas y Prat tomamos la siguiente oda, que esperamos ha de ser bien acogida por nuestros suscritores.

EN LA CATEDRAL DE SEVILLA.

DEDICADA Á MI BUEN AMIGO

AURELIO ORDUÑA.

¿Quién es Dios? ¿Dónde está?
(ESPRONCEDA.)

Ya declina la tarde: en torno mio
se revuelven las sombras,
escalando los góticos pilares
del silencioso templo;
esparcen oscilando
las lámparas sus trémulos fulgores;
y los rayos del sol que va espirando
se quiebran en los vidrios de colores.
Larga fila de fúnebres fantasmas
que esconden sus cabezas en un cielo
de tinieblas profundo,
semejan las arcadas,
que se elevan titánicas del suelo
cual si pugnaran por dejar el mundo.
Quéjase el pavimento
del pié que hiere las heladas losas,
con punzante gemido;
y las sombrias bóvedas medrosas
repiten el ruido.
Desparecieron las purpúreas luces
que bañaron las rosas y los lirios:
ya se destacan las sombrías cruces
al fulgor misterioso de los cirios.
Las imágenes quieren desprenderse
del lazo que las une á los altares,
y veo sombras fantásticas mecerse
en cúpulas, ojivas y pilares.
No turba un solo eco
la apacible quietud de esta morada,
solo allá entre las góticas volutas
cecea la lechuza acurrucada.
Y el mónstruo engendro de la sombra
tiende en ella sus alas puntiagudas
con revueltas estrañas,
despareciendo rápido en los antros

donde sus telas urden las arañas.
El toque de oracion de la campana
en la torre no zumba,
ni apagando levítica plegaria
el órgano retumba
bajo la inmensa nave solitaria.
El silencio es el huésped misterioso
que el sacro asilo mora,
solo el reloj que gira sin reposo
lucha con él al señalar la hora;
y repitiendo el golpe compasado
con sarcasmo profundo,
vá sumiendo en el lago del pasado
las horas que desprecia el pobre mundo.

¡Tinieblas, soledad, mármoles frios,
trémulas luces que brillais lejanas
en ángulos sombrios
como estrellas livianas
que allá desparecieron,
polvos de los que fueron,
ved donde van los pensamientos mios!
¿Por qué en este recinto,
donde no llegan nunca los rumores
del mundo revoltoso,
donde el misterio á la oracion convida,
no halla siempre reposo
el viajero cansado de la vida?

Aquí estoy, á los piés de un crucifijo
envuelto en las tinieblas indecisas;
al Eterno mis súplicas dirijo
con el perfume de las sacras brisas,
y lucho aun, y vienen los recuerdos
de dichas que pasaron
á desgarrar mi pecho dolorido,
y no logro evocar en mis plegarias
la misteriosa vírgen del olvido.
¿Dónde están los placeres
que forja la ilusion? ¿dónde la dicha
tras la que corre el hombre presuroso?
¿Dónde la gloria? ¿dónde
la eterna fuente de *Verdad* se esconde?
En vano aquí rendido
llego á las puertas de la fé; mi alma
no puede hallar la calma
aunque suena su cántico en mi oido;
el árido desierto que he cruzado
mi planta ensangrentó con sus abrojos,
y tanto ¡ay! he llorado
que ya no tienen lágrimas mis ojos.
¡Quiero creer, yo ansio
la luz y la verdad; cuando en presencia
de Dios nos encontramos
siendo el único juez nuestra conciencia,
las úlceras más hondas confesamos!
Trémulo he interrogado á las estrellas,
al sol radioso que en Oriente arde,
á esas creaciones múltiples y bellas
que cubre con sus besos por la tarde;
á cuanto vive en torno,
á cuanto yace en el profundo abismo;
á esta llama increada
que siento arder espléndida en mí mismo:
Y al darme una respuesta misteriosa
cuya razon á descifrar no acierto;
he inclinado la frente fatigosa
creyendo á veces que soñé despierto.

¡Cuántas veces, al pié de esos altares
cuando el rumor del dia es más escaso,
y los rayos solares
caminan entre púrpura al Ocaso,
luchando con el Génio de la Duda
que en un ángulo oscuro se mecia,
así ante los sepulcros
tristemente decía:
—¿Qué hay detrás de la muerte?
¿Qué hay antes de la vida?
¿Qué término nos fija *allá* la suerte?
¿Cual es del alma el punto de partida?—
Y temblando esperaba
que alzándose las piedras sepulcrales,
respondieran las sombras
á estas preguntas tristes y fatales.
¡Vana esperanza! fijos
los mármoles yacian
sobre el húmedo polvo que cubrian,
y en tanto que la Duda
bajaba á darme recelosa ayuda,
la oracion escapaba
y una incrédula frase suspiraba.
Hoy no vengo á arrancar á estos sepulcros
el misterioso arcano de la muerte,
ni á implorar del Eterno
la clave ignota de la humana suerte;
hoy, tan solo, cansado, dolorido
y ansiando un puerto de segura calma,
vengo á buscar aquí, la paz del alma
y la flor sin perfumes del olvido.
¡Vano ha sido mi afan! de las pasiones
tambien aquí penetra el sordo acento,
tambien en la quietud del santuario
truena la voz del mundo turbulento.
En vano mis plegarias
al Eterno dirijo
perdido en estas naves solitarias,
arrodillado al pié de un crucifijo:
vuelvo á caer bajo la garra aguda
de la helada razon y la esperiencia,
y no deja el demonio de la Duda
reinar la fé y la paz en mi conciencia.

Emilio Mas y Prat.

PÁGINAS DE LA CARTERA DE UN LOCO.

DOÑA BRIGIDA.

—

(Continuacion.)

En esto pasaron por delante de sus asientos una anciana de unos sesenta años de edad, acompañada de su hija, que contaría unos treinta á la sazon. Al pasar hicieron un profundo saludo á Doña Brígida, la cual tocando con su antiquísimo abanico en el brazo de Clotilde, que se hallaba entretenida examinando el vestido de una militara, esclamó:

—Has visto las que acaban de pasar?

—No he reparado.

—Nuestra vecina Doña Ramona y su madre, que son las más pedantes....

—Pero, mamá no estás viendo las horas que son y Eduardo sin parecer, y lo malo es que no tenemos un cuarto para pagar las sillas?

—Ya se arreglará todo.

Doña Brígida permaneció un rato callada y de pronto apoyando una de las puntas de su abanico sobre su pintada frente, esclamó:

—Salimos del apuro.

—Cómo?

—Ahora probablemente volverán á pasar Doña Ramona y su madre, les decimos que se sienten y al irnos pagarán las sillas.

No bien habia acabado de pronunciar estas palabras, aparecieron por segunda vez las vecinas de Doña Brígida, quien se puso de pié y empezó á llamarlas, diciendo:

—¿No se sientan ustedes?

—No señora, vamos á dar algunos paseitos, murmuró doña Ramona.

—Siéntense ustedes y hablaremos un rato.

—Si usted se empeña, por no hacerle un desaire nos sentaremos.

Dieron poco despues las once y yá la gente empezó á abandonar la Plaza Nueva, hasta que á las doce solo quedaban en ella nuestras cuatro conocidas.

Por último Doña Ramona y su madre se despidieron, y al ver Doña Brígida que se marchaban sin pagar un cuarto fué tal su sorpresa que no pudo articular una sola palabra.

El cobrador, al observar que se iban Doña Ramona y su madre, las detuvo pidiéndole el importe de los asientos, á lo cual contestaron que la señora que quedaba allí sentada se los pagaría. Vuelve el cobrador á las sillas y habiéndole dicho Doña Brígida que ella no pagaba los asientos de sus vecinas, sale corriendo y vuelve á detener á Doña Ramona, la cual blandiendo su abanico se dirige á la mamá de Clotilde y con voz alterada esclama:

—Señora, usted nos dijo que nos sentásemos, sinó, como no traiamos dinero no lo hubiéramos hecho.

—De modo que usted no traia dinero? ¡Mire usted que es poca aprension sentarse sin traer un cuarto!

—Calle usted tia *cursi*.

Al oir este calificativo Doña Brígida, que como viuda de un cabo de serenos era mujer de alma, se levanta arrojándose sobre Doña Ramona y esta á su vez sobre ella. Entonces tuvo lugar una escena imposible de pintar. Solamente quien haya visto una riña de mujeres del pueblo, puede formarse una idea.

Un sereno que acudió atraido por los gritos de las dos combatientes ¡puso fin á la descomunal batalla. Doña Ramona, habia perdido un diente postizo y en cambio habia ganado unos cuantos arañones; Doña Brígida á su vez vió destrozados sus añadidos de estopa.

En esto se presentaron tambien el aguador y el chiquillo de los almendrados, quienes despues de reirse un rato del lance, pidieron á la mamá de Clotilde, que aun se deshacia en improperios contra su vecina, el dinero que les debía, pero habiendo dicho que no llevaban un cuarto, se quejaron al sereno, quien decidió que cada una pagara sus asientos y Doña Brígida además el agua y los almendrados y en caso de no tener dinero que los deudores cogiesen la prenda que más les agradase, para cobrar de este modo.

Aunque se resistieron cuanto les fué posibl e no hubo mas remedio qu e resignarse. El cobrador se quedó con el velo de Doña Ramona y los añadidos de Doña Brígida, el agu ador con el velo de Clotilde y el chiquillo de los almendrados con el collar de perlas de vidrio que llevaba la novia de Eduardo, el cual le habia llamado mucho la atencion.

Terminado este *interdicto de despojo*, salieron cada cual por su lado y Doña Brígida muy sofocada, decía á grandes voces:

—Nada hija, mañana mismo se acaban tus relaciones con Eduardo. ¡Pues no faltaba más, despues del compromiso en que nos ha puesto!

(Se continuará.)

SOMBRAS.

—

Las luces, sus galas, la música, el baile
á mí me adormieron en blando sopor:
creíla tan pura, tan pura y hermosa.....
¡Mentida esperanza! ¡Fugaz ilusion!

—

Vigor, génio, gloria, mugeres, amigos,
alfombras de flores, espléndido sol:
cual goce sin trégua la vida aparece....
¡Mentida esperanza! ¡Fugaz ilusion!

1864.

Rafael Alvarez Surga.

VARIEDADES.

¡ASI SE ESCRIBE LA HISTORIA!

Leemos en una carta dirijida á nuestro estimado cólega *El Correo de Teatros*, por su corresponsal de esta capital.

«Anoche se dió el *Fausto*, que *gustó* regularmente. La Sra. Berini fué una *escelente* Margarita, y estuvieron bien la Corsi (Siebel) y Grasii (Marta) Stagno, Pandolfini y Maini (Mefistófeles) dejaron *enteramente* SATISFECHO al público.»

Sin duda, el corresponsal de nuestro cólega juzgó que el público habia quedado *enteramente satisfecho* cuando con tanto entusiasmo..... silvaba.

Creemos que el tal corresponsal ó es un *guason* de primera, y ha querido darle un *camelo* á nuestro ilustrado cólega, ó no estuvo en S. Fernando la noche en que se dió Fausto, ni leyó los periódicos de esta ciudad al siguiente dia, pues si hubiese estado en dicho coliseo, hubiese podido notar que desde el principio hasta el fin no dejó el público de *silvar*, y hubiese leido en *La Legitimidad* del dia 11 de Abril, lo siguiente:

«*Pregunta.*—¿Están todavía actuando en el teatro de S. Fernando de esta capital los bufos Arderius? Lo decimos, porque no comprendemos que con una compañia de ópera como la que existe y las condiciones todas que reune la empresa, se den espectáculos como el de anteanoche en *Faust*. Nosotros, más inclinados por carácter á aplauidr que á censurar, no podemos dispensarnos de decir, que el martes, aciago al fin, nos pareció *Faust* PEOR que *Mefistófeles*; por consiguiente, ARDERIUS, MEJOR QUE LA ÓPERA ITALIANA, etc.»

En una revista de teatros publicada en *El Anunciador de Sevilla*, escrita por D. Manuel del Pozo, el 14 de Abril, dice al ocuparse de *Rigoletto y Fausto*:

«La Sra. Berini, que ha tenido la desgracia de presentarse por primera vez en dos obras ejecutadas inmejorablemente en años anteriores por artistas de *primísimo cartello*, NO PUDO, como es consiguiente, SALIR AIROSA EN EL DESEMPEÑO DE SU COMETIDO. En la *Gilda* de *Rigoleto* dejó mucho que desear, y MÁS AUN en la *Margarita de Fausto*. . . . .
. . . .

El Sr. *Maini*, que estuvo bien en el *Sparafiucile* del *Rigoleto*, estuvo, sin embargo, MAL en el *Mefistófeles* de *Fausto*. . . . .
. . . .

Los coros han estado MAL en *Fausto*.

El misce en scene, que en *Lucía* y *Rigoleto* estuvo bastante bien, no pudo estar MÁS ABANDONADO en la primera representacion del *Fausto*.»

Aconsejamos á *El Correo de Teatros* recomiende á su *corresponsal* que sea algo más verídico en sus cartas, aunque no sea más que para conservar el buen nombre que nuestro cólega ha logrado alcanzar.

¿Será, quizás, empresario de S. Fernando el dicho *corresponsal*?

——

Han visitado nuestra redaccion, nuestros apreciables cólegas *La Libertad*, de Madrid; *La Escuela*, de Toledo; *La Voz de iluro*, de Mataró, y el prospecto de una nueva publicacion que bajo el título *El Problema*, verá la luz pública en Madrid una vez á la semana.

A todos deseamos larga vida.

——

Hace algunos dias que no recibimos *El Combate*, y lo mismo le sucede á varias personas de esta capital.

¿Se puede saber quienes son los lectores *gratis* de dicho periódico?

——

Recomendamos á nuestros suscritores, seguros de que nos lo han de agradecer, el semanario que bajo el título de *La Carcajada* se publica en Barcelona.

CHARADA.

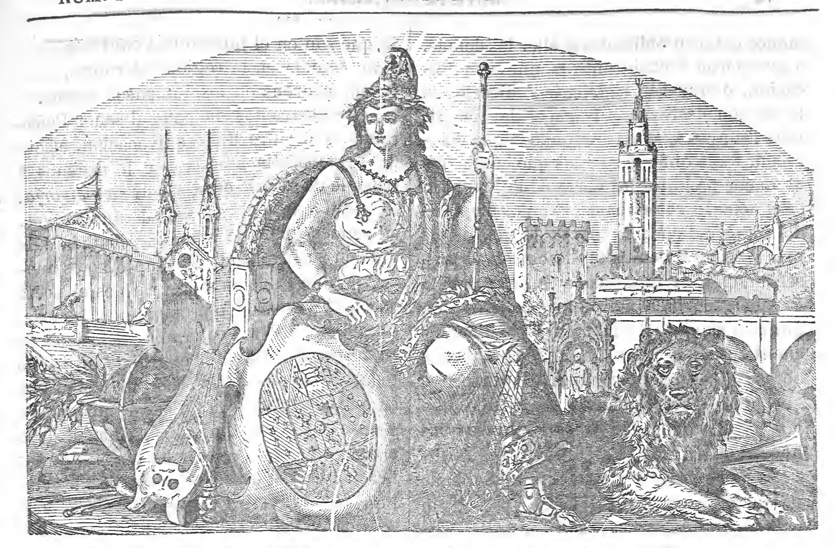
De la aceituna sale
prima y segunda
y segunda con primera
tienen las burras.
Tercera repetida
está mi abuelo
y mucho prima doble
do quier encuentro.
Siendo mi todo
un conocido mio
que es muy beodo.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Dolores.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de la BIBLIOTECA, Churruca 1.

NÚM. 10. 8 DE MAYO DE 1872. AÑO I.



REVISTA SEVILLANA.

Direccion y Administracion, Espinosa 8.

Sumario.

—

NOTAS DE UNA LIRA.

No ha mucho tiempo, llegó casualmente á nuestras manos un pequeño volúmen, á cuyo frente leíase el nombre de Cárlos Peñaranda, jóven desconocido en la república literaria y que aspiraba al alto renombre de poeta, sin más recomendacion que los *ensayos* que ofrecia al público con el título de *Presentimientos*. Abrimos con avidez el volúmen, ansiosos de encontrar mucho bueno que aplaudir, y la respetable firma de su prologuista fué para nosotros un título más de recomendacion y á la vez halagüeña sospecha de que el libro apadrinado por el señor Escudero y Peroso, seria rico fruto de una imaginacion privilegiada. Y no nos engañamos. Sevilla contaba con un poeta de grandes esperanzas: á los nombres de Velilla, Surga, Cano, Sanchez Arjona, Perez y Gonzalez, Sanchez Moguel, Escudero (D. Luis), Giles y tantos otros, que siguiendo las huellas de sus ilustrados maestros Fernandez-Espino, De Gabriel, Bueno, Lamarque, Zapata y Campillo, atestiguan con sus producciones que en la ciudad de las artes existe una juventud que pulsa las liras de Herrera y Rioja, habia que añadir un nuevo nombre, el del jóven Cárlos Peñaranda. Empero con cuanta pena vimos, que á escepcion de uno ó dos periódicos de los muchos que ven la luz pública en esta ciudad, y quizás los que

menos estaban obligados á ello, los demás, ó guardaron silencio ante la nueva publicacion, ó creyeron suficiente dedicarle, en la seccion destinada á la gacetilla, una de esas lisonjas, que más perjudican que favorecen, tema obligado de los que creen que el mejor premio á las obras de la juventud es el aplauso y la alabanza. No nos sorprendió esta conducta; las obras de uno de los más ilustres ingenios sevillanos en el presente siglo, el desgraciado Gustavo Adolfo Becquer, no merecieron un recuerdo, un anuncio siquiera de la prensa sevillana, y cuenta que un ligero anuncio de aquellas obras, al par que debido servicio al escritor que honró esta ciudad, hubiera sido una voz más implorando la caridad para sus huérfanos y viuda. La política y las *bufonadas* lo han invadido todo; un cambio de gabinete y una zarzuela bufa preocupan más las inteligencias que las inspiraciones de un poeta. Pero el genio no se arredra; tan grandes son sus alientos, que sobre las miserias é ingratitudes de los hombres, elévase gigante hasta llegar al cielo, que es su pátria.

Nuevas poesias acaba de ofrecer al público el jóven Cárlos Peñaranda, y sentimos no tener autoridad bastante á que nuestro humilde juicio encuentre eco en inteligencias superiores; pero nada importa: las inspiraciones de Peñaranda no han menester de pomposos anuncios, ni prévias alabanzas que predispongan al lector favorablemente; ellas mismas son su recomendacion más encomiástica.

Abre el libro, á guisa de prólogo, esta sentida composicion en la que el poeta, en un instante de desaliento, prevee la suerte que aguarda á sus inspiraciones.

MIS CANTARES.

—

No pregunteis al ave qué murmura
De oculto bosque en la apacible calma:
Estas hojas qne veis, son la espesura
En donde canta su dolor mi alma.
Luz ó sombra, placer ó sufrimiento,
Sé que son en el mundo mis cantares
Nota perdida en la region del viento,
Grano de arena en los inmensos mares.

Nos alegramos diciendo al señor Peñaranda, que sufre una equivocacion, efecto de su modestia escesiva, y lo decimos á trueque de herirlo en ella.—*A su memoria.* El poeta canta el recuerdo de una muger, su primer sueño de amor, arrebatada á la vida en su juventud. El asunto no es nuevo, porque es de siempre; raro es el poeta que no ha cantado lo propio: unos, los más, fingiendo verdad lo que solo fué sueño de su fantasía, y en estos el arte lo ha hecho todo; otros, los menos, cantando el drama en que desempeñaron un papel importante, y en estos el sentimiento hermanado con el arte han hecho vibrar las cuerdas de sus liras; á estos últimos pertenece el señor Peñaranda. Cuatro versos no más de esta sentida y delicada composicion vamos á ofrecer á nuestros lectores. Despues de pintar con colores brillantes la muger, que fué encanto de su vida, dice:

Y cual si fuese su existencia unida
al sol, al campo, á sus lucientes galas,
de Mayo en la risueña despedida
huyó tambien con invisibles álas.

El destino. Un desengaño, una ingratitud, un amor no correspondido, todo esto tal vez inspiró al poeta. Pregúntale una muger si el ser poeta

¿Es amar y sufrir, mostrar al mundo
de falsa risa el lábio revestido,
Y arrancar tristes ecos de la lira
En vez de ardientes y entusiastas himnos?
¿Es tan inmenso el corazon del hombre
Que el mundo acaso encontrará mezquino?

Y leed lo que responde el poeta.

Nací para el dolor, como naciste
Para encantar mi alma en tus hechizos,
Y esos mil soles que el espacio llenan
Para constante y misterioso giro
. . . .
Lloré, dudé; ví al hombre en su locura
Su mano alzando en ademan impío,
Con el hombre luchar, como Occéano
Por encontrados vientos combatido:

Ví bajar á las sombras de la muerte
La hermosura, rodar el poderío
De cien naciones, derrumbarse tronos
Tal vez al soplo de futuros siglos
. . . .
En tanto voy por ignorada senda
A perderme tal vez en el olvido.

A Emilia, *Tus ojos* y *El secreto*, son tres bellísimos madrigales en los que la dulce ingenuidad del pensamiento corre parejas con la delicadeza y correccion de la forma. Ya que no nos sea posible dar á conocer todo lo bueno que encierra este libro, porque de hacerlo nos convertiriamos en editores de su segunda edicion sin estar autorizados para ello, vamos á copiar el titulado *A Emilia*:

No es tu frente morena,
Ni la tez virginal de tu mejilla,
Ni la mirada que en tus ojos brilla
Como en la flor la gota de rocío:
No es tu riza melena
Ni tu cintura breve,
Ni el desdeñoso y singular desvio
De tu sonrisa aleve,
¡Oh niña! el resplandor de tu hermosura;
Sino el rubor que tu semblante inflama
Como encendida llama.

El pensamiento no es nuevo, pero en manos del señor Peñaranda lo parece. Tal vez esta y otras muchas poesías del jóven poeta pasen desapercibidas para muchos; y á este propósito se nos viene á las mientes unos preciosos versos que leimos no ha mucho en *El Libro de las montañas* de Trueba, el poeta de los *cantares:* dedícala al vulgo y dice así:

Vulgo que no ves nunca
flor, si no nace;
dia, si no amanece;
sol, si no sale:
Estos cantos no oigas,
que mis canciones
gustan al que las siente,
no al que las oye.

Un recuerdo. Poesía eminentemente subjetiva. A nuestro juicio, si no es la mejor del libro, está á la altura de la que la que más descuelle.

La que dedica á la señorita de Velilla es un himno entusiasta al talento de una muger, de una niña aun, pues apenas ha cumplido diez y ocho años, que ya ciñe á su frente el verde laurel, corona del génio. El señor Peñaranda que busca la inspiracion para sus versos en lo que hay de noble y grande en el mundo, al cantar el talento no puede menos de arrancar á su lira las mejores notas. Así termina esta composicion de que su autor puede ufanarse.

Génios que en vuestras sienes soberanas
Sentis la luz de inspiracion ardiente;
¡Vosotros que teneis flores lozanas,
Dadme laurel con que ceñir su frente?

La esclava y *Que nunca despierte* son dos romances orientales escritos con facilidad suma, y en los que demuestra el señor Peñaranda que su diccion es castiza y correcta. El primero encierra todo un drama hábilmente desarrollado, y cuyo final si al principio sorprende, justifícase luego más y más. El segundo, á nuestro juicio, es muy superior; el asunto está magistralmente tratado, abunda en pensamientos notables, y en todo él la entonacion es elevada.

Dos poesias dedica *á M....* y en ellas, como en todas las que el poeta canta sus sentimientos, está á una gran altura. Tenemos la íntima conviccion de que la muger á quien van dirijidas, despues de leerlas no podrá menos de volver á su corazon la calma y la tranquilidad envueltas en la segura confianza de que ella sola reina en el corazon del poeta.

A Victor Hugo. Cantar al poeta de nuestro siglo es empresa que requiere superiores fuerzas. Si lo grande basta con intentarlo, el solo hecho de elegir tan levantado asunto para inspirarse en él, es ya una recomendacion muy atendible. Termina el señor Peñaranda, diciendo:

Rayos somos del sol: ardiente y bello
Lograste tú con vívido destello
La tierra iluminar;

Fué mi destino en el espacio errante
Triste fulgor incierto y vacilante
Sin gloria derramar!

Para uno de los más inspirados poetas sevillanos, el señor don Narciso Campillo, tiene tambien notas la lira del señor Peñaranda: oigamos algunas:

Ved al poeta: señaló su frente
Quizás el dedo de invisible mano;
Lánzase al mundo de placer ufano
Tras engañosa y pérfida ilusion:
Lleva en su mente abrasadora idea
Y henchida el alma de inmortal aliento...
Humo es tan solo su inspirado acento
Del fuego que devora el corazon.

. . . .

Dadle una lira de vibrar sonoro
Que al viento leve en vaguedad iguale,
Dadle una lira que doliente exhale
Los misterios del alma y del amor,
Y cantará con inflamadas notas
El constante soñar del pensamiento,
Del corazon el vago sentimiento,
La virtud, la nobleza y el valor.

. . . .

¡Tiene el arpa sublimes armonías
Que revelan el hondo porvenir!

. . . .

Canta; el laurel que florecer contemplas
En redor de la tumba de Quintana,
Tu altiva frente ceñirá mañana
Y el viento en tu sepulcro moverá.

Vamos á terminar estos apuntes, pero no sin dar á conocer otra composicion, una de las mejores del libro. Titulada *Un libro y una ilusion* y dice así:

Para vivir sin penas ni amarguras,
Del mundo en el bullicio engañador,
Un libro necesita el pensamiento,
El alma del poeta una ilusion.
Yo en tí los hallo: tu sin par belleza
Mis sueños ambiciosos realizó....
Son mis libros tus ojos, donde leo
Todo un poema de placer y amor.

La esperanza, *La virtud*, *Humo y sombra* están á la altura de las mejores. *A Leria*, *A ella*, *A una nube* y *El olvido* son preciosos juguetes poéticos, que amenizan la coleccion.

Si Peñaranda no hubiera acreditado cumplidamente que era poeta, y poeta de grandes esperanzas, con sus composiciones *Al mar*, *En la tumba de mi padre*, y otras coleccionadas bajo el epígrafe de *Presentimientos*, justificaríala con su último libro *Notas de una lira*; libro que revela, en cada una de sus páginas, esquisito sentimiento, profundidad poco comun, diccion castiza y entonacion enérgica y valiente, y en todo él génio é inspiracion.

Sus flores de hoy, mañana serán ricos y sazonados frutos. ¡Quiera el cielo no abata su espíritu la glacial indiferencia con que en los felices tiempos que alcanzamos son acogidas las obras del ingenio por la multitud; quiera que su entusiasmo por las letras no amengue un punto, comprendiendo que, como dice el eminente literato, el pensador profundo y el orador elocuente, señor Escudero y Perosso, en el prólogo á sus *Ensayos*, la poesia no conduce hoy á las risueñas faldas del Olimpo, sino á las melancólicas orillas del Leteo.

Luis Montoto y R.

Insertamos á continuacion la preciosa poesía que en honor á Cervantes, leyó nuestro querido amigo el célebre literato don Fernando de Gabriel, en la sesion celebrada por la Real Academia de Buenas Letras el 23 de Abril.

Á LA MEMORIA DE CERVANTES.

Entre las revueltas olas
Del hondo mar de Lepanto,
Al viento el lábaro santo
Dan las naves españolas.
Flámulas y banderolas
En topes y entenas largan,
Y al par que las velas cargan
Con alegre vocería,
Retumba la artillería,
Y al Turco de horror embargan.

Súbito una trompa suena,
Y de hinojos prosternados
Alzan á Dios los soldados
Plegaria de fervor llena.

Gallarda luego y serena
Velocísima fragata,
Que la flota entera acata,
De su centro se desprende,
Y á su paso el agua enciende
Que en su cristal la retrata.

Allí vá el hijo inmortal
Del gran César Cárlos Quinto,
Cuyo acero en sangre tinto
Verá el Infiel por su mal.
De silencio hace señal:
Y hasta los más alentados
Sienten sus brios doblados
Oyendo del lábio augusto
Cuán noble, cuán grande y justo,
Es lidiar como esforzados.

Allí de nuevo la suerte
Del mundo torna á jugarse,
Y vá la Barbárie á hallarse
De España ante el muro fuerte.
Álzanse del polvo inerte
El Cid, Gonzalo, Guzman,
Y al contemplar á DON JUAN
Y aquella potente armada,
Ven su aspiracion lograda:
¡Por siempre hundido el Islam!

Tremendo estalla el combate,
Y en la galera Marquesa
Parte demanda en la empresa
Jóven que la fiebre abate.
En vano pretende acate,
El capitan, su mandato,
Que el mozo, en noble arrebato,
Dice que morir es ley
Por su Dios y por su rey,
Y fuera, no hacerlo, ingrato.

Luchando como un leon,
De propia sangre cubierto,
Cae al fin... ¿acaso ha muerto
En tan gloriosa ocasion?...
Oh, no! para admiracion
Perenne, y gozo profundo,
Su génio inmenso, fecundo,
Áun un libro ha de escribir,
Y por él ha de vivir
Cuanto España y cuanto el mundo.

Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.

LA SOBRINA DEL CURA.

CUENTO VEROSIMIL.

POR DON LUIS MONTOTO.

(Conclusion.)

Un grito de sorpresa se escapó de mis lábios. La muerte habia pretendido en vano deshacer los encantos de aquel semblante, que yo habia visto en otros tiempos rebosando alegria, mas tarde marchitado por el dolor, y en aquel momento dulce y tranquilo con el último de los sueños. ¡Pobre Maria! ¡pobre amigo mio!

VII.

Por la Primavera volví al pueblo con la esperanza de encontrar á Antonio resignado con su desgracia. Tanto es el poder del tiempo, que á su influjo las alegrias como los pesares se olvidan por una nueva alegria ó una pena mas fuerte.

Vana esperanza. Antonio habia caido en un estado de profundo abatimimiento, próximo á la monomania.

En vano procuré llevarle á Madrid, ofreciéndo á sus ojos una vida de placeres y olvido; en vano.

—¡Quien pondria una flor regada con lágrimas en su tumba!—esclamaba con una tranquilidad aterradora.

—Madrid es la ciudad de la vida,-le decia yo; ven á vivir conmigo.

—Yo vivo de mis recuerdos,—replicaba,—y los recuerdos viven aquí.

—¡Sufres, eres desgraciado!

—No. ¡Soy muy feliz!

Ni una palabra de su amor á la mujer que ya no existia; ni el mas sucinto relato de lo que había ocurrido durante todo el tiempo que habíamos estado sin vernos. ¡Tal vez conocía yo mejor que mi amigo la triste historia de sus amores!

Algunos dias despues, acompañado del párroco salí á dar un paseo por la plaza del pueblo, y aquella tarde oí de los lábios del venerable sacerdote la relacion con que he dado comienzo á este que yo llamo cuento.

Al volvernos á casa, la campana de la parroquia tocaba las oraciones.

El párroco y yo murmuramos una oracion por el eterno descanso de aquella infortunada muger, de aquella niña víctima de su inocencia.

—¡Pobre Maria!—esclamó el párroco enjugándose una lágrima.

—¡Pobre Antonio,—pensé yo.

Y á nuestros oidos llegó una voz que cantaba esta copla:

Yo no sé que es lo que tiene
La tarde cuando se vá,
Que me causa tanta pena
Tantas ganas de llorar!

Era Antonio que asomado á la ventana de su habitacion y fijos sus ojos al cielo, cantaba la copla que no he podido olvidar un solo dia, porque ella es la historia triste de un ángel caido.—

PENSAMIENTOS.

LAS RUINAS.

Cuanto es sublime
la voz de los sepulcros y ruinas.
(HEREDIA.)

I.

Hay en el alma un oculto sentimiento, una tendencia misteriosa que nos impulsa hácia los recuerdos del pasado, encontrando en ellos la fuente de la meditacion y en esta la de la filosofía.

No existe nada que tanto despierte esos mismos recuerdos, como los vestigios que dejan tras de sí los pueblos que fueron, siendo elocuente hasta el silencio de sus ruinas.

II.

Porque las ruinas, tienen algo de divino; de ese algo que rodea á todo lo grande, y que es la aureola del pensamiento.

III.

Son gigantescas hosamentas de la grandeza humana: cadáveres que envueltos en harapientos sudarios, se alzan por accion galvanica de las tumbas del olvido: esqueletos de cuyas rasgadas bocas abiertas en carcomidas-graníticas calaveras, brotan palabras sin sonidos, que hablan únicamente al alma.

IV.

El aspecto de un pueblo desierto, dice Volvey, trae á la memoria los pasados tiempos; y al compararlos con el estado actual, eleva la mente á reflexiones más sublimes.

. . . .

V.

¡Que grande es la majestad de los sepulcros! ¡Que inmortalidad tiene el polvo!

. . . .

VI.

El árabe que sobre el potente lomo de su camello, con la larga pipa en la boca, y entonando un cadencioso canto oriental, atraviesa esas inmensas soledades, esos mares de arena que en rujientes olas levanta el Simoun, y su pupila al alcanzar un interminable horizonte, constantemente enrojecido por los rayos de un sol abrasador distingue de improviso, y allá, léjos, muy léjos, una série de puntos que alteran la monotonía del paisaje, devora con la mirada la distancia que de ellos le separa, y corre á su encuentro, henchido el pecho de júbilo y consuelo.

VII.

Los ha creido en un principio una amiga caravana.

Observa luego su insistente inmovilidad, y los supone con desaliento requemados peñascos.

Pero á medida que se aproxima, y vé dibujarse sobre el bruñido campo de arena, la silueta de altísimas agujas cuyas agudas puntas parece que hieren la atmósferica techumbre, el contorno de atrevidos arcos y las correctas líneas de soberbios edificios, queda con el ánimo suspenso, ante tanta grandeza olvidada.

VIII.

Ni un solo ser humano aparece. Ni un solo grito se escucha en la vasta estension que ocupan.

IX.

El viajero refrena entonces su cabalgadura, y contempla con arrobamiento aquel cementerio de la magnificencia de otros siglos, que se presenta á sus ojos en las soledades del desierto.

X.

Porque aquellas ruinas, son las de Palmira-

De Palmira, la hermosa ciudad Asiática que destruyó Aureliano, y que aun en su destrozo y abandono se muestra grande.

XI.

Todavía se ven hoy, largas calles de magníficas columnas enhiestas. Edificios medio derruidos, pero siempre hermosos. Innumerables fracmentos de estátuas. Cornisas, capitéles, pilastras, fustes, entablamentos, y piedras con rarísimas inscripciones.

Y descollando sobre todo, las colosales ruinas del templo del Sol. De aquel templo en cuyos destrozados átrios, se agolpaba en dias mejores una multitud bulliciosa.

XII.

Todos aquellos sitios, hoy tan tristemente desiertos, y donde se revolvió un pueblo sábio y vigoroso, arrancan un suspiro al viajero que no puede resistir la influencia de tal espectáculo, sin meditar siquiera sea un momento, sobre los tiempos pasados, ocurriéndosele tristísimas comparaciones con los presentes.

XIII.

Allí, sentado sobre la derruida estátua de algun héroe, con el brazo apoyado en la rodilla, y la cabeza reclinada sobre la palma de la mano, cree ver vagar fantásticamente entre las galerias, la trasparente sombra de la reina *Zenobia*, y el golpe seco que produce rebotando entre las ruinas la piedra que se desprende de algun arco, hace brotar de la imajinacion pensamientos tan jigantes, cuanto se vé pequeño el hombre, entre tanta grandeza yacente.

. . . .

XIV.

La noche se aproxima.

Escúchase el ronco bramar de los chacales, y el árabe monta en su camello, abandonando á Palmira.

¡Qué sola queda!

Este pensamiento que cruza por su mente, y que le causa honda pena, como si entre los escombros, dejase algo querido de su alma, le hace volver la cabeza á contemplar por última vez aquellos lugares.

XV.

La luna los baña con un tinte melancólico, y el desierto parece una inmensa sábana de plata.

XVI.

El viajero lanza un suspiro; estimula á su compañero de fatigas, y parte.

Pero no canta como cuando llegó.

Parece que una tropa de invisibles espíritus, flota en derredor suyo, y que á medida que se aleja, le gritan al oido: NO NOS ABANDONES. ¡ES TAN TRISTE VAGAR ENTRE LAS TUMBAS!

. . . .

XVII.

Vuelve cien veces la cabeza para contemplar otras tantas á Palmira; hasta que vé desaparecer en lontananza, los cimborrios de los templos, las puntas de los obeliscos.

. . . .

XVIII.

Las ruinas desaparecen á sus ojos. Pero no las olvida nunca.

No es posible olvidar lo que ha hecho latir el corazon; lo que ha arrancado un suspiro al alma.

XIX.

Quien haya contemplado las ruinas de Cartago, visitado el circo y los vestigios de Itálica, y visto nuestros derruidos castillos y destrozadas abadıas, puede decir con el malogrado Gustavo Becquer. «*Entre las oscuras ruinas, al pié de las torres cubiertas de musgo, á la sombra de los arcos y de las columnas, crece oculta la flor del recuerdo.*»

José de Vargas Machuca.

Febrero de 1871.

MIS RECUERDOS.

A....

Hay una época en la vida del hombre, en la cual quedan tan profunda y misteriosamente grabados en el corazon ciertos sucesos, que ni el tiempo con su fuerte mano puede borrarlos, ni la continuada aglomeracion de otros debilitar su recuerdo. Siempre se evocan con placer, pero al mismo tiempo con melancólica tristeza. Siempre con alegria, pero tambien con dolor.

Un amor perdido deja siempre gratísimos recuerdos de lo que fué, é infinitas veces pensamos en aquellas horas dulces, en aquellos ratos de abandono, en que el hombre calla para con sus miradas espresar lo que siente. ¡Con qué placer traemos á nuestra imaginacion el retrato de aquella muger! Al recordarla, tambien recordamos todas las nimiedades, todas aquellas cosas insignificantes, pero que hacen en nosotros cierta impresion que únicamente el corazon traduce...... Yo recuerdo aquella divina niña con todo el encanto, con todo el ardor de mis primeros años; y mi imaginacion y mi deseo se lanzan á través de deliciosos bosquecillos, de risueñas campiñas y cristalinos arroyuelos, en busca de aquella palabra, de aquella mirada que por vez primera me dirigió.

. . . .

Tenía 13 años y estaba bellísima, fascinadora. Figuraos una preciosa cabecita adornada de espesísimos bucles negros, unos divinos ojos, negros tambien como el ébano, unid á esto dos pequeñas y rosadas hojas que se mueven dulcemente, y guardad entre sus pétalos menudas perlas de rocio. Los ángeles la enseñaron á sonreir.

Yo la veia en paseos, en teatros, y siempre al contemplarla, mi corazon latia presuroso; aspiraba con ánsia el perfume embriagador que la rodeaba. La amé en secreto, mi corazon la adoró..... Pasó tiempo y ella calmó mi ansiedad, me dijo ¡que me queria! y yo fuí muy feliz...... ¡Cuanto la amé! que fugaces trascurrian para mí las horas de placer. Estaba loco, yo creia que esa felicidad seria imperecedera ¡me engañaba! aquellas horas dulces habian de deslizarse rápidas, para dejar un vacio en mi alma,

una ilusion en mi corazon, y un contínuo recuerdo en mi pensamiento. Ella tuvo que emprender un viaje largo.... muy largo... y ¡no la volví á ver!... ¡Que horas tan tristes! ¡que dias tan horriblemente duraderos! Yo la amaba con frenesí, con locura; nunca mi alma sintió tan vivamente. Hoy su recuerdo me entristece, su amor me desespera.

. . . .

Aun todavía recorro silenciosamente los sitios que ella paseaba. La luna lanza sus pálidos reflejos sobre las flores que con su delicioso aroma embalsaman los campos, y al murmullo del arroyuelo que se deslizaba tranquilo entre bosques de arrayan y acacia, sucede el triste lloro de la tortolilla; todo en fin, me dice que tú no estás allí, y agolpa á mis ojos las lágrimas. Y cuando las hojas movidas por la brisa producen un rumor que se pierde en la espesura, entonces de una manera vaga, confusa, indeterminada, creo escuchar un nombre..... es el tuyo....

Mi corazon, sin embargo, se deleita recordando aquellas sonrisas, y la melodía de tu dulcísima voz encuentra un triste eco en mi alma. Todavia creo escuchar tus palabras en que yo cifraba mi existencia, mi dicha, mi felicidad. Dominado, y bajo el influjo de alguna divina ilusion, pretendo adivinar el significado misterioso de tus melancólicas miradas; esos destellos de tus rasgados ojos me hacen ver á través de trasparentes gasas y ondulantes tules, un cielo de color de rosa, un horizonte ilimitado de felicidad. Hay momentos en que mi imajinacion delira, que mi cerebro enloquece y entonces ¡sueño!

. . . .

. . . .

Conservo de tí unas prendas que son hoy mi dicha; dos preciosos talismanes que alejan de mí los tristes pensamientos, y en su lugar dan cabida á las más risueñas imágenes. Un rizo y un retrato. ¡Cuántas veces no hallando en nada lenitivo á mis sufrimientos, los estrecho contra mi corazon! ¿Qué distante estarás de pensar que mil y mil veces ébrio y loco de felicidad los sello con mis lábios? Cuando contemplo tu retrato me parece que toma cuerpo: creo que me miras, que me sonries. ¡Vanas ilusiones! aquellos dias, aquellos momentos en que te contemplaba fascinado y delirante de amor huyeron. Sin embargo tus recuerdos van unidos á mí de tal manera que mientras viva me serán gratos y dulcísimos.

Sevilla Febrero 1871.

Aben-Huz.

VARIEDADES.

REVISTA DE LA SEMANA.

En los dias que han transcurrido desde nuestro último número, poco notable ha tenido lugar, que pueda hacernos llamar de un modo preferente, la atencion de nuestros lectores. Terminadas las fiestas de Féria que tan animadas han estado este año, las carreras de caballos que hace tiempo vienen verificándose y por consiguiente habiendo regresado á sus casas los forasteros que de todas partes vienen á visitarnos, solo nos queda como puntos de recreo y diversion el teatro y el paseo de la orilla del rio. En este lucen sus encantos muchas de nuestras lindas paisanas haciendo las delicias de los que allí acudimos á admirarlas.

Despues de las terceras carreras de caballos que hemos tenido esta temporada, lo que ningun año hasta este habia sucedido, se verificó el jueves último otra de apuesta particular por los caballos *Justi* y *Baratero*, propiedad el primero del señor Soria y el segundo del señor Caro y Cárdenas. Se corrieron 4.500 varas ó sean tres vueltas al hipódromo, ganando *Justi*.

La animacion que ha reinado, lo mismo en esta como en las anteriores carreras, y las fuertes apuestas que se cruzaron á favor del uno y del otro caballo, demuestran la aficion que entre nosotros se ha despertado á esta clase de diversiones.

El teatro de S. Fernando que hace poco nos presentó por primera vez en escena el barítono señor Boccolini con la ópera *Hernani* nos ha dado á *Linda de Chamounix*. Ha tenido buen éxito; no ha sido silbada como con otras se ha hecho en esta temporada. La *Ortolani* estuvo muy feliz en el desempeño de su papel. Las demas partes como siempre. La empresa á pesar de tener cubiertos los abonos y todas las noches un lleno completo, no hace nada por mejorar sus condiciones.

Hace dos dias estuvo de paso en esta capital el célebre tenor Tamberlik, que tan buenos recuerdos dejó entre nosotros hace dos años. Se decia que la empresa nos lo dejaria oir en una ó dos funciones. Pero habiendo tenido que regresar á Madrid, no ha podido este señor complacerla.

En la semana pasada se han puesto en escena *Hernani* y *Linda de Chamounix*. El lúnes de esta *Il Trovatori*. Se preparan *Jone* y el *Barbero de Sevilla* que tendrá lugar con el beneficio de la señora *Ortolani*.

En Variedades se han ejecutado como mas notables las zarzuelas *Marina*, *el Postillon de la Rioja* y *la Coalicion*. Esta última es una buena crítica de los partidos que en política dividen actualmente á España.

Antes de concluir esta ligera Revista, llamamos la atencion de nuestros lectores acerca de la Esposicion de Pinturas de la academia de Bellas Artes en los salones del Alcázar. Recomendamos á los inteligentes no dejen de visitarla, pues allí podrán conocer el estado actual entre nosotros del difícil arte de Murillo.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de la BIBLIOTECA, Churruca 1.

NÚM. 11. 16 DE MAYO DE 1872. AÑO I.



REVISTA SEVILLANA.

Direccion y Administracion, Espinosa 8.

Sumario.

—

NOTICIA
DE LOS POETAS ALEMANES,

POR

GERARDO DE NERVAL.

Sería un error creer que la literatura alemana, tan brillante hoy, tan rica en nombres ilustres, se liga por una cadena no interrumpida á aquella vieja poesía del Norte, cuyo carácter lleva impreso. Hasta después de muchos siglos de imitaciones estrangeras ó de inspiraciones nacionales, débiles é incoloras, no constituyó la poesía alemana la hermosa escuela iniciada por Klopstock y que áun no ha cesado de producir, por más que se encuentre en decadencia, desde la muerte de Gœthe y Schiller. La verdadera gloria literaria de los paises alemanes data de la última mitad del siglo XVIII. Más allá de esta época, sólo una obra se encuentra digna de llamar la atencion, el poema de los *Niebelungen*.

Antes que esta inmensa epopeya apareciese (hácia la época de Federico I, apellidado Barbarroja), noticias bien inciertas son las que se tienen de los primeros poetas germanos. Las obras más antiguas y notables de que se guarda memoria están escritas en gótico; pero esta lengua cesó muy pronto de estar en uso, sustituyéndola la *franca*, el idioma hablado por los francos que invadieron la Galia bajo los

Merovingios. Esta última lengua se habló tambien en Francia hasta Carlomagno, que intentó libertarla del desuso en que comenzaba á caer, sobre todo en Alemania. Con este objeto mandó hacer una coleccion de leyendas y cánticos nacionales compuestos en ella; mas no por esto llegó á generalizarse, sino que su cultivo, como el del latin, quedó limitado al estrecho círculo de las córtes y conventos. El sajon ó bajo-aleman agradaba mas al pueblo; y en sajon fueron escritas las primeras poesias verdaderamente nacionales de Alemania.

Su éxito era tal que aterrorizó á Cárlomagno. Estos cantos, impregnados todos de patriotismo y de la mitología de los antiguos pueblos del Norte, eran un obstáculo á los progresos de su dominacion y de la religion cristiana, que queria estender en sus dominios. Por esta causa fueron severamente prohibidos despues de la conquista, sobre todo los que acostumbraban á entonar estos pueblos sobre la tumba de sus antepasados.

Despues de la caida del imperio de Carlomagno subsistió la proscripcion, porque los eclesiásticos tenian tambien la influencia de las ideas supersticiosas que reinaban en estos cánticos, á los cuales llamaban «poesias diabólicas» *(carmina diabólica)*. Durante muchos siglos el pueblo no fué partícipe en las grandes inspiraciones de la poesía, pues los versos latinos, únicos lícitos y fomentados, no estaban á su alcance.

En la época de las Cruzadas fué cuando reapareció el metro en la lengua vulgar. Comienza entonces un período análogo al de nuestros trovadores; pero estos poemas, compuestos para las córtes y castillos (1), tampoco llegaban al pueblo, quien comenzó muy pronto, sin embargo, á tener sus poetas y narradores propios (2), entre los

(1) Sus asuntos no se prestaban á la severidad del cláutro, quien si estudió los versos de la antiguedad, licenciosos con frecuencia, fué bajo un aspecto histórico-cientifico y sin abandonarlos jamás á la multitud. (N. T.)

(2) «Juglares» entre nosotros. (N. T.)

cuales el cordonero Hans Sachs ha sido el único que ha dejado un nombre célebre.

Se duda cómo clasificar el poema de los *Niebelungen (libro de los héroes)*, cuyos autores se ignoran; mas, aunque versificado en el siglo XIV, debe ser más remota su invencion. Lo mismo sucede con nuestras *novelas* (1) caballerescas del ciclo de Artús y del ciclo de Carlomagno (2), que fueron rehaciéndose y traduciéndose de siglo en siglo, sin que sea posible indicar con certeza la fuente y época de su composicion (3).

El poema de los *Niebelungen* se refiere tambien á los primeros tiempos semi-fabulosos de la caballería (4). El sujeto no es menos grande que el de la *Iliada*, al que con tanta frecuencia ha sido comparado (5). La pintura y la escultura alemana, van hoy mismo á inspirarse con frecuencia en este poema que es para el sentimiento nacional un título de gloria y orgullo (6).

Los *minnesinger* ó maestros cantores (7) perfeccionaron la novela caballeresca y hasta consiguieron popularizarla en cuanto era posible, por los resortes y esfuerzos de su institucion semi-religiosa, semi-feudal. Estos compañeros, pobres en su mayoria, aunque de ilustre nacimiento, como nuestros trovadores, recorrian los castillos y ciudades y luchaban en las fiestas públicas, á imitacion de los poetas de la antigüedad.

El dialecto de Suabia es el que predomina en sus obras: (8) lengua muelle y dulce,

(1) Recuérdese que babla un francés. La palabra que subrayamos es en el original «romans». (N. T.)

(2) Algunos de nuestros «romances» tratan ambos asuntos. (N. T.)

(3) En España los «romances del Cid,» escritos en diversas épocas y rehechos con frecuencia, pueden fácilmente constituir un poema. Otro tanto pudiera asegurarse de alguna otra série de romances. (N. T.)

(4) Como nuestro «Romancero del Cid:» existe en él, por lo menos una de las condiciones esenciales de lo épico. (N. T.)

(5) El pueblo es en todos los tiempos y paises el gran poeta, y no hay verdadera poesia que no haya vivido algun tiempo la vida del pueblo. Tal vez los «romances» populares («anónimos» en su mayor parte) sean nuestra mayor gloria literaria; y bajo este aspecto grande es el servicio que con su ordenada coleccion ha prestado el difunto don Agustin Duran. (N. T.)

(6) Por desgracia, no encontromos en este punto ninguna analogia en nuestro pais. (N. T.)

(7) Maestros en el «gay saber ó gaya sciencia». (N. T.)

(8) Aquí el provenzal. (N. T..)

se adaptaba perfectamente á sus asuntos caballerescos, galantes y á veces satíricos. No se puede fijar la fecha precisa de la decadencia de esta poesía, que no ha hecho brillar ningun nombre y que no ha dejado ningun monumento digno de recuerdo.

A partir de la Reforma, la imaginacion de los alemanes se volvió completamente hácia las ideas teológicas y filosóficas, siendo esta la causa de que enmudeciese la poesía. Lutero no la encontraba buena sino para componer cánticos sagrados. Sin embargo, el dialecto de Suabia iba á morir por efecto de su traduccion de la Biblia. Lutero creó el nuevo aleman, el que hoy se habla, triunfando así el Norte del Mediodía: resistiéndose á vibrar las antiguas cuerdas, hubo necesidad de añadir otras nuevas.

Fué renaciendo poco á poco la poesía lírica bajo diferente forma; pero sin ser por largo tiempo más que un pálido eco de estrañas literaturas. Mathisson, Rasuler, Blumaüer y Robener, el satírico, entonaron sucesivamente cantos épicos, líricos y didácticos; Gleim compuso fábulas; Opitz, Gottched y Bodmer brillaron tambien en esta escuela semi-francesa del siglo XVIII.

(Se continuará.)

Nuestro querido amigo, el señor don José Velilla y Rodriguez, que ha regresado de la Córte, nos facilita el siguiente autógrafo del aplaudido y reputado poeta Camprodon, escrito poco antes de su muerte. Es la primera vez que esta composicion vé la luz pública.

Á LOLA.

Cansado voy; la nieve de los años
llena de arrugas mi abatida frente,
y cuando llora el corazon doliente
de sus perdidos bríos el poder,
cual se pone una flor dentro de un vaso,
para que el lujo de su aroma exhiba,
yo pongo el alma mia á que reviva
dentro del corazon de una muger.

F. Camprodon.

En el trópico, á bordo del vapor Comillas, 24 de febrero de 1869.

Á LA LIBERTAD.

SONETO.

¿Qué importa la prision? Una cadena
atar no puede el pensamiento mio.
¡Libre, libre nací!.... ¡Silencio, impío!
¡Inclínate ante Dios, que así lo ordena!

¡No es posible callar! Mi alma está llena
y ver la luz de la verdad ansío:
tal rompe el dique desbordado el rio
por encontrar su límite de arena.

De la razon al imperioso acento,
irá mi alma en série indefinida
idea tras idea elaborando,

y aunque pretendan con traidor intento
la libertad quitarme con la vida....
soy inmortal y seguiré pensando!

Rafael Alvarez Surga.

HENDRICK HUDSON,

POR

XAVIER EYMA.

TRADUCCION LIBRE DEL FRANCES

POR

D. JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

I.

¡Ah, qué tiempo de noble entusiasmo! ¡Cuánta admiracion y cuánto respeto inspiran esos corazones ardientes que no intimidaban los peligros, peligros cuya duracion no podia medirse y que ninguno sabia donde le esperaban! Cada uno de esos navegantes de los siglos XVI y XVII, que iban á descubrir mundos, curiosos y sábios á la par, siendo á la vez poetas y soldados, y sobre todo ambiciosos, no tanto de fortuna como de gloria, conquistadores por un acaso y fundadores de reinos, sin ser esta su intencion, presenta un carácter particular en la história de esta época. Su valor asombra, su ignorancia maravilla, su candidez hace sonreir y su desinterés conmueve.

¡Buscan sueños y quimeras como Juan Cabot y Santiago Cartier, como Verrozzani, Walter Raleigh y Gilbert, como Smith y Hendrick Hudson, como el mismo Cristobal Colon y hacen riquísimos descubrimientos!

Sus nombres han quedado unidos á los nuevos países, en testimonio eterno de gloria, que

les han concedido sus contemporáneos en un fugitivo instante de reconocimiento: hé aquí todo lo que han conseguido, porque estos hombres que continuaron la pátria europea en el Nuevo-Mundo, que hubieran podido ser reyes en aquellos desconocidos desiertos, y se contentaron con su gloria por toda recompensa, murieron, casi siempre, en prisiones ó en la miseria, de un modo lastimoso, llenos de afrentas, perseguidos y olvidados.

Ya hoy están vengados de tamaña ingratitud los hombres de un tiempo que solo puede compararse al tiempo de los semidioses y de los héroes fabulosos. Si no se han escrito poemas que celebren sus grandes hechos, un continente entero habla de ellos á la posteridad: los poemas que faltan á la literatura heróica se encuentran, á cada paso, bajo la forma de rios gigantescos, de bahias profundas, de lagos inmensos, de bosques impenetrables y de ciudades populosas, obras, puede decirse, de estos aventureros que parecen haber doblado la creacion.

II.

La herencia de Hendrik Hudson no es la menos hermosa de las que la ambicion moderna ha recibido de estos heróicos desventurados.

Un sueño arrojó á Hudson en las grandes aventuras de la mar y en los viages casi fantásticos. Este sueño era el que atormentaba á todos los marinos de los siglos XVI y XVII: encontrar un paso por el Nord-Este para ir á la India. Parecia que el descubrimiento del inmenso continente americano no tuvo otro objeto que el de abrir este camino quimérico á la ambicion de los pueblos: la India era entonces el teatro de todas las fortunas fabulosas, el punto de mira de todas las codicias y especulaciones.

Tambien Hudson habia creido adivinar este paso en los ástros, en las cartas marítimas, en el equilibrio de los mundos, en la lógica de los elementos.... ¿quién sabe? Lo cierto es que él se aferró á su idea, á su sueño, con la decision de un hombre convencido y enérgico, y resolvió descubrir el famoso camino.

No faltaban, por dicha, quienes participáran de las ilusiones de estos grandes soñadores, ni quienes les favorecieran; los unos, desinteresados en verdad, como los Reyes Católicos y Francisco I, solo deseaban ilustrar sus reinados: los otros eran impulsados por la avaricia, por el demonio de las especulaciones y por la sed de riquezas: tales fueron, principalmente, los ingleses, que no acometieron empresa alguna en el Nuevo-Mundo sino por razones mercantiles.

Necesario es reconocer, sin embargo, que esta fué la causa de sus ventajas y el secreto de su fuerza en América.

Los poderosos señores, y hasta los mismos príncipes ingleses, que dirigieron sus miradas á las riberas del Atlántico, fueron, más bien que los protectores, los sócios de las empresas mercantiles y solian adjudicarse la parte del leon.

Hudson era inglés, y se dirigió, naturalmente, á una compañía de mercaderes de Lóndres, á quienes hizo participar de sus ideas con muy poco trabajo. Hudson inspiraba una absoluta confianza, era un hombre de guerra, franco y rudo, un capitan, ó un piloto, como se decia entonces, valiente y atrevido, que poseia una elocuencia irresistible hija de su propio convencimiento.

Sólo quería realizar su idea, y eran tales su honradez y desprendimiento, que dejaba á beneficio de sus patronos las utilidades que pudieran adquirirse. Aparecía tan modesto y pedía tan poco que no hubo dificultad en concedérselo. Su buen juicio y prudencia causaron asombro á los mercaderes.

—¿Cuántas naves necesitais para formar vuestra flota? le preguntaron.

—Una sola.

—Entonces... ¿quereis una gran nave...?

—No; una tan pequeña como vuestra generosidad lo permita, con tal de que pueda vencer el oleage y llevarme á donde yo quiero ir.

—¿Embarcareis, sin duda, una tripulacion numerosa?

—¿Para qué? tengo á mis órdenes algunos viejos marineros, acostumbrados, como yo, á las borrascas: diez de ellos me han prometido acompañarme á donde yo quiera conducirlos: cada uno vale por diez hombres, tal es su valor, su robustez, su disciplina, y el afecto que profesan á su capitan. Ademas, llevaré á mi hijo que tengo el honor de presentaros.

—¡Cómo! ¡Un niño!

—Tiene ocho años y ya ha cruzado dos veces los mares. Ninguna otra cosa me hace falta para acometer mi empresa.

La compañia de mercaderes de Lóndres dió á Hudson una pequeña nave de ciento cincuenta toneladas, sus diez hombres de tripulacion, y un grumete, por esceso de liberalidad, y se separaron de él gritando ¡viva Hudson! porque ya veian, descubierto el camino más corto para ir á la India.

III.

El dia primero de Mayo de 1607 se dió Hudson á la vela y partió de Gravesend: puso la proa al Norte, llegó hasta Groenlandia, tocan-

do en sus costas meridionales, y el 14 de Julio, esto es, después de setenta y cuatro dias de navegacion, entró en uno de esos golfos cuya profundidad es insondable, cuyos horizontes no tienen límites, y que son conquistas del hombre sobre lo desconocido. Fuera presciencia ó confianza en sus cálculos, Hudson dijo:

—Esto es un estrecho, una travesía: seguramente hay algo al otro lado...

—No, no, replicaron sus compañeros, esto es una bahía. Mirad las altas montañas que forman una cadena no interrumpida al rededor de este inmenso desierto de agua....

—¡Adelante! esclamó Hudson.

—Hemos llegado al fin de nuestro viage, le contestaron. Bastante se ha hecho. Volvamos á la pátria.

¿Qué remedio podía emplear Hudson contra la nostálgia de sus marineros? Desplegó las velas y volvió á Inglaterra, más convencido que nunca de que existía un paso para el polo norte y de que su entrada era el punto que él habia descubierto. La compañía le creyó bajo su palabra, hizo poner en la cárcel á los marineros sediciosos y le confió otra nave.

Hudson partió de nuevo, subió al Norte, hasta la Nueva Zelandia y allí tropezó con inmensas montañas de hielo. Detúvose delante de estas murallas invencibles, contra las cuales se estrellaban en vano la fuerza de voluntad y la energía del hombre, viéndose obligado á retroceder, á causa de las quejas y padecimientos de la tripulacion, y tornó á Inglaterra, lleno de confusiones, pero no desalentado. Este segundo viage había sido todavía más estéril que el primero, y todo el mundo volvió la espalda al desventurado Hudson, diciendo: «¡Es un loco! ¡No le hagais caso! Nada importa que se muera de hambre ó que se ahorque.»

(Se continuará.)

CENIZAS DE UNA ILUSION.

Fué mi vida su amor; nunca otras flores
Nacieron en el fondo de mi alma:
En la luz de sus ojos seductores
Brillaba el sol de mi perdida calma.

Era la imágen de ventura y gloria
Que soñó mi exaltada fantasía,
Un recuerdo tal vez, que en mi memoria
Entre sombras de olvido renacia.

Ella la inmensidad, yo cisne osado
Que desplega sus alas palpitante,
Quise al zénit de luces inundado
Tender mi vuelo, y me sentí gigante.

Y era solo mi afan, afan de un loco,
Delirio de mi mente enardecida...
¡Soñaba un cielo, y fatigado toco
La realidad odiosa de la vida!

Triunfos, gloria, placeres de un momento,
Dulces promesas de anhelada suerte...
No turbeis mi ambicioso pensamiento,
¡Yá tengo herido el corazon de muerte!

No le digais, si de sus lábios rojos
Sorprendeis la sonrisa placentera,
Cuán amargo es el llanto de mis ojos...
Que su risa en mis lágrimas muriera.

Que no sepa jamás que el pecho mio
Va su desden sin tregua devorando,
Y al par que se acrecienta su desvío
Mi ardiente corazon la sigue amando.

Decidle, sí, que de pesares lleno
Sólo aguardo temprana sepultura;
Que, arder me siento en hervidor veneno
Y aun dudo si es verdad mi desventura.

Oh! Si era cierto; si su amor ha sido
Un breve sueño de mentida gloria,
¡Venid, venid, imágenes de olvido,
Y arrancadme del alma su memoria!

Cárlos Peñaranda.

GRACIOSIDADES. (1)

—«Paquito, dí una fábula;
que este señor desea
juzgar de los progresos
de tu instruccion doméstica.»
—¿Cuál digo? ¿Las dos ranas
ó el viejo de la leña?
¿La cigarra y la hormiga?»
—«Dinos la que tú quieras.»
—«*Cantando la cigarra
pasó*.... No: que es muy fea.
¡Oh jóvenes amables....!
Tampoco digo esa.»
—«Vamos, Paquito, sigue,
que el señor se impacienta.»
—«Por decir una fábula
el domingo ¿te acuerdas?

(1) Del *Caldero del Diablo*.

tu amigo el comandante,
me dió cuatro pesetas.»
—«Los niños son discretos.
Vamos hijo: comienza.»
—«*Á la orilla de un pozo,*
sobre la fresca yerba
un mancebo... Esta vale
medio duro por buena.»
—«Paco, cuenta conmigo,
y basta de imprudencias.»
—«Pues este caballero.
no me dá nada, ea,
y fábulas de balde
no digo si me enmielan.»
—«Ah pícaro!»—«Señora,
otra vez, cuando vuelva,
para graciosidades
quizás traiga paciencia.
Yá es tarde: tengo prisa;
abur, y beso, etcétera.»
Madres, que teneis hijos,
que á Samaniego lean,
gozad en escucharles
lo *del lobo y la oveja;*
lo *del leon y el asno*;
lo *de Anarda la bella*;
pero absteneos de darles
á todos la jaqueca
con las gracias del niño,
que aunque graciosos sean,
delante de las gentes
se tornan unos pelmas,
y á Job el pacientísimo
la bílis le rebientan.

José Velazquez y Sanchez.

VARIEDADES.

REVISTA DE LA SEMANA.

La prensa toda, se ocupa en estos momentos de las recientes erupciones del Vesubio en Nápoles y de los terremotos é incendios ocurridos en diversos puntos de Europa y América.

El Vesubio, volcan de 1,195 metros de altura próximamente que desde muy antiguo aparecia apagado, nos presentó el año 79 de nuestra era aquellas horrorosas erupciones que sepultaron á las ciudades de Pompeya, Herculano y Stabies. Desde entonces se registran en la historia cuarenta convulsiones, que de mayor ó menor duracion, siempre fueron causa de grandes estragos. La última fué en 1839 presenciada y referida por Mr. Noel des Vergers en sus obras. La de este año que hasta ahora no presenta grandes proporciones, tiene aterrados á los habitantes de aquellas comarcas y cuenta más de 200 víctimas. Las piedras y materias inflamadas son arrojadas á una elevacion de más de 1,500 métros sobre el cráter.

Despues de esto, las noticias recibidas ultimamente nos inducen á creer es esta una época de catástrofes. En Antioquia hubo á principios de Abril un gran terremoto que convirtió en ruinas casi la mitad de la ciudad, ocasionando miles de víctimas. En California otro, ha hecho que la nueva ciudad de la Independencia vea completamente destruidas todas sus casas y edificios. En el Japon tambien se han sentido varios temblores de tierras.

Un huracan ha destruido gran número de edificios en Charleston (Estados-Unidos), estendiendo sus estragos hasta una larga distancia. Los daños no se han podido calcular todavia, pero se sabe perecieron varias personas.

Las últimas noticias de China dicen que el dia 3 de marzo estalló un almacen de pólvora en Tientsim, arruinando muchas casas. Un gran incendio estalló en Paris en los almacenes de forrages, pertenecientes al Estado. Las pérdidas se calculan en unos tres millones de pesetas. En el Mississipi el vapor *Océano* cuyas calderas reventaron por la noche, incendiándolo, consumió entre las llamas y casi durante el sueño á 60 de los 100 pasageros que iban á su bordo. Por último un tren en la Nueva-Jersey se sumergió en el rio Saddle por rompimiento de un puente.

Esto fuera de España. Entre nosotros bastante tenemos con la guerra civil que nos envuelve y que no sabemos cuando terminará.

Pero dejando ahora de ocuparnos de sucesos desagradables, echemos una ojeada, aunque rápida, sobre lo que toca á esta capital que como no toma parte activa en ello, se entrega á las diversiones que se ofrecen en estos dias.

En el teatro de S. Fernando, donde hace poco hizo su *debut* el señor Corsi con la ópera *Il Trovatore*, se verificó en la anterior semana el beneficio de la simpática y eminente artista Sra. Ortolani. *El Barbero de Sevilla*, que fué la obra escojida para este dia, estuvo admirablemente interpretada por dicha señora en el papel de *Rossina* siendo colmada de aplausos por el público todo que acudió á escucharla. Multitud de coronas de flores y palomas le fueron arrojadas al palco escénico, ademas de un magnífico aderezo que le fué presentado. Los demás actores que tomaron parte en la obra no lo hicieron del modo que se esperaba para contribuir á su buen éxito. Despues de esta se han ejecutado *Lucía de Lammermoor*, *Linda*, y *Jone* en el mártes último.

Variedades nos ha seguido presentando la

Coalicion, que proporciona á la empresa grandes entradas, *El Estreno de un artista*, *D. Sisenando* y el *Grumete*. En este tomó parte el director de orquesta señor Reparáz que por primera se lanza á la escena, siendo muy aplaudido por la estension de su voz y por las buenas cualidades que reune para el arte.

Tenemos entendido vá á estrenarse en este teatro una bella produccion de un jóven literato de esta capital muy conocido por sus trabajos poéticos.

Los demas teatros como siempre; el de Lope de Rueda presentando un tanto desconocidas las obras: el de Rioja dándonos los grandes dramas como *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, que con algun sainete para finalizar, hacen durar la funcion hasta la madrugada.

Para concluir diremos que el paseo de la orilla del rio sigue siendo muy concurrido, lo mismo que los jardines del Alcázar, que estarán abiertos al público todos los dias de fiesta hasta el de Córpus inclusive. V.

Nuestro querido cólega *La Legitimidad* se ocupó en pasados dias y en lugar preferente, de la reunion que tuvo lugar en casa de los señores Marqueses de Gaviria el dia 8, pero como muchas de nuestras lectoras no leerán periódico alguno, que tenga color político, en nuestras pájinas humildes quisiéramos consagrar un recuerdo á la *soirée* dramática, y al par enviar una sincera enhorabuena á los aristocráticos artistas.

Hace tiempo, que en casa del Marqués de Gaviria se viene rindiendo tributo al arte, y que sus reuniones tienen ese encanto especial, que hace que sean deseadas, por cuantos á ellas tienen la fortuna de concurrir.

En su lindo teatrito, se ven puestas en escena obras de reputado mérito, y los que comenzaron á interpretarlas como *aficionados* hoy se ven aplaudidos como *artistas* de corazon.

Hernan-Cortés y la Escuela-Normal, han sido las dos joyas últimamente puestas en escena y en verdad que nada ha dejado de desear su desempeño.

Hernan-Cortés, una obra maestra en su género, debida á la pluma del aplaudido escritor dramático D. Cárlos Jimenez-Placer, dió un triunfo merecido á la señora Marquesa de Gaviria, á sus hijas doña Luz y Artemisa, y á los señores Gaviria, Placer, Latorre y Cavestany.

La Marquesa, interpretó el difícil papel de Beatriz, con un esquisito sentimiento y una prodigiosa verdad de colorido dramático; Luz, era, lo que siempre, el ángel de la casa, y Artemisa, el lindo paje, que asombraba al auditorio por su talento, por su aplomo y por su elegante decir.

De don Manuel Gaviria, es necesario hablar, no como de un aficionado, sino como de un consumado actor. ¿Qué escuela profesa? La italiana ó la española. Es de la inspiracion ó del estudio de donde saca los efectos y las admirables emociones de voz con que realzó el magnífico tipo de Hernan-Cortés?

Un profundo estudio analítico del natural, le ha dado una riqueza grande de movimientos minuciosos y de él podría decirse lo que hace poco tiempo escribimos del actor Mata. Se equivocará en el papel, nunca en el tipo. El señor Gaviria, como escuela, profesa la realista, y hoy, es la que pueda asegurarle triunfos tan grandes como el que alcanzó el dia 8.

En la pieza la Escuela-Normal, donde tambien el señor Gaviria se distinguió notablemente, dando á conocer que para él no ha dificultad alguna en los asuntos. La señora doña Matilde Lopez-Azme de Ascarza, bordó inimitablemente su papel de gracias, y la señora doña Cármen Iscar, hizo que muchos que miran con prevencion el matrimonio, al verla, no estén pensando en otra cosa que en la epístola de san Pablo. Saludamos á la nueva aficionada que llegará á ser una *artista*, pues su talento lo puede abarcar todo y puede vencer las dificultades del arte como vence los más impenetrables corazones.

La señorita de Latorre, oportunísima en su papel de niña que empieza á vislumbrar la aurora del primer amor, dijo su papel con la inocencia de sus floridos años y coadyuvó al triunfo lo mismo que don Cárlos Cavestany, formidable coracero, que, estamos seguros, queria ponerse doble coraza, para poder resistir impunemente las lanzadas de ciertos ojos negros, que son tan negros como la fortuna de

* * *

Se nos ha remitido para su insercion el siguiente soneto, que recomendamos á la benevolencia de nuestros suscritores. Es la primera obra literaria de su jóven autor.

A LA CASA DONDE NACIÓ BENITO ARIAS MONTANO.

El tiempo audaz que alcázares derrumba
Humillando su fábrica altanera,
Ante tí se rindió con faz severa,
No dar sintiemdo á tu renombre tumba.
Si bravo el Aquilon hórrido zumba
Con espantoso estruendo aniquilando
Régias moradas, dó se alberga el mando,
Que hasta los valles se estendió de Otumba,
La casa guarda que á la ciencia diera
Varon ilustre en el saber humano,

Cuya fama en los siglos no cupiera.
Mientras que yo de su esplendor ufano,
Al duro bronce y mármol trasmitiera
La gloria del insigne ARIAS MONTANO.

Manuel Rubio y Aragon.

Sevilla 5 Mayo de 1872.

Han visitado nuestra redaccion *El hombre*, de Tortosa; *El Contribuyente*, de Madrid; *El Eco del Litoral*, de Mataró; *La Prensa*, de Madrid, y el primer número de *La Violeta*, revista dedicada al bello sexo que se publica en Murcia.

Damos las gracias á los citados cólegas y pagamos con gusto su visita.

Se espera de un momento á otro la publicacion de una nueva obra de Victor Hugo, titulada *Año Terrible*.

Este volúmen dividido en 12 meses principia por las poesias que representan el desastre de Sedan, el año 70, y termina en Julio del 71, con los consejos de guerra.

Algunos periódicos dicen que este será el epitafio de Mazzini:

«Homenaje á José Mazzini.
Su cuerpo á Génova;
Su nombre á los siglos;
Su alma á la Humanidad.

FILOSOFIA.

La propiedad es un robo:
adiciones á Prudhon,
por D. J. F. de N.
(Es propiedad de su autor.)

F. Perez.

Recomendamos á todos los amantes de las buenas letras la coleccion de poesias que bajo el título de *Notas de una lira*, ha publicado el conocido poeta don Cárlos Peñaranda, uno de los jóvenes de esta capital que con más aprovechamiento se dedica al cultivo de la literatura.

DE HISTORIA.—Diga usted. ¿De quien fué hijo el gran capitan, Fernandez de Córdoba?

—Del Papa Julio Segundo...

—¿Y de quién más?

—Y de Don Fernando el Católico.

—Muy bien! ¿Y cómo pudo nacer el buen Gonzalo de un Papa y de un Rey, que eran dos hombres?

—Porque...

—Siga usted.

—Porque era bastardo.

—¿Donde ha cursado usted la asignatura de historia?

—Privadamente.

—¡Viva la enseñanza libre!

CHARADA.

Con la primera y segunda
De mi tercera
Le puedo dar el todo
Al que lo quiera.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Borracho.

IMPORTANTE.

Esperamos que los señores suscritores de provincias se sirvan pagar lo más pronto posible, teniendo presente que apesar de ser adelantado el pago de las suscriciones de provincias, hemos tenido la deferencia de no molestarlos hasta hoy, que ya nos es imposible esperar por más tiempo, sin graves perjuicios de nuestros intereses.

El importe de la suscricion podrán mandarlo en sellos de correo ó letras de fácil cobro á nombre del administrador, plaza del Almirante Espinosa número 8.

REVISTA SEVILLANA.

Este periódico verá la luz pública los dias 1, 8, 16 y 23 de cada mes, en papel y tipos iguales al presente.

El precio de suscricion será de cinco rs. al mes en Sevilla y seis en el resto de España.

Las suscriciones se harán en la administracion.

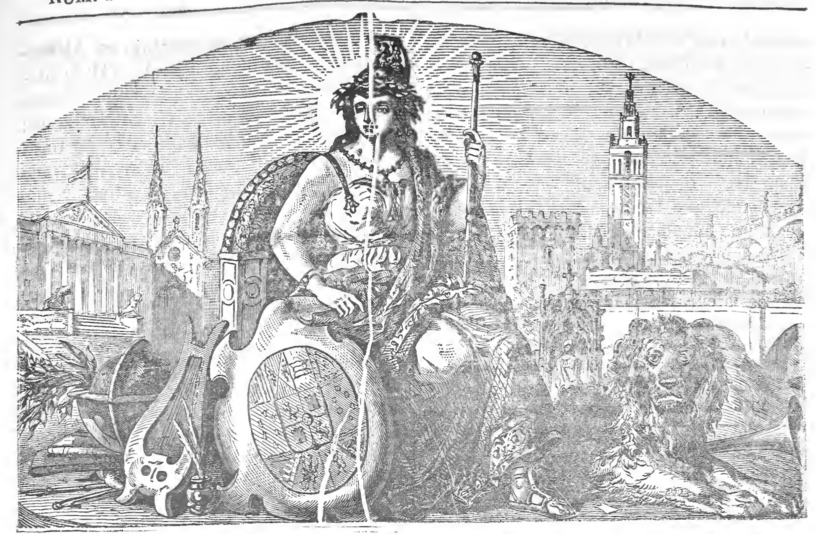
No se servirá suscricion alguna de provincias cuyo importe no haya sido abonado.

Los suscritores de provincias podrán enviar el importe de la suscricion en sellos de correo ó letras de fácil cobro á nombre del administrador.

Los señores que abonen el importe de un trimestre adelantado tendrán derecho á adquirir por menos de la tercera parte de su valor ó sean tres reales la preciosa novela de nuestro amigo don Manuel Cano y Cueto titulada OLGA.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de la BIBLIOTECA, Churruca 1.

NÚM. 12. 23 DE MAYO DE 1872. AÑO I.



REVISTA SEVILLANA.

Direccion y Administracion, Espinosa 8.

Sumario.

NOTICIA DE LOS POETAS ALEMANES,

POR

GERARDO DE NERVAL. (1)

(Continuacion.)

Klopstock comienza una nueva era é inicia, como ya hemos dicho, la série de los poetas modernos (1). Como versificador,

(1) Conviene aqui antes de continuar, deshacer un error. La palabra «Minnesinger» que E. de Nerval traducé «maestros cantores» significa «cantores de amor»: en Alemania eran llamados maestros cantores ó «Meistersanger» los poetas propiamente populares. Es curioso notar cómo éstos (Hans Sachs, Rosenplut y Hans Folz), artesanos en su mayoria, sustituyen en el teatro los «juegos de carnaval» á los «místicos»; y cómo los personages de estos juegos son antiguos númenes paganos, aunque ya modificados por el cristianismo, génios familiares representados por figurillas de madera y cuyos nombres, Kobolde, Fantasia y Polichinela, se conservan en las «marionetas» de nuestros dias. La influencia cristiana que hemos notado se reflejó en estos ensayos dramáticos y la viva lucha religiosa esplican por qué no fueron condenados y proscritos, como en España por los partidos los «juegos de escarnio», origen de nuestro teatro. (N. T.)

(1) Ya empezaba en los tiempos de Klopstock á presentirse vivamente el brillante porvenir de Alemania. Ya Spener, fundador de la escuela de los «pietistas», habia predicado con éxito la tolerancia religiosa (1635-1705); Frank habia creado un asilo de huérfanos; Leibuitz habia aparecido y el profesor Wolf propagaba con entusiasmo las doctrinas de este filósofo. Al mismo tiempo la lengua alemana, despues de varias vicisitudes, se habia fijado y era cultivada por todos. Despues que Lutero popularizó por decirlo así, la Biblia, se publicó una gramática de la lengua alemana (1525) y en ella tradujeron Jnan Fischart el «Gargantua de Rabelais y Rellenhagen la «Batrachomiomachia» de Homero; mas fué desterrada de nuevo en la reaccion de 1614 á 1648, reaccion en la cual Jacobo Bohme era una especie de «Shiboleth». segun

intentó crear una lírica á la manera de los griegos, sin rima, pero con el ritmo de la antigüedad clásica: así compuso un gran número de poesías, sin que su reforma tuviera secuaces (1). Más afortunado en sus pensamientos, dió á la poesía moderna una inspiracion á la vez religiosa y nacional, «haciendo que tocase, como dice Schlesel, «con una mano al cristianismo y con la «otra á la mitología del Norte, como los «dos elementos principales de toda cultura «y poesía europea moderna» (2). Prodigiosa fué la sensacion que produjo en Alemania la aparicion de la *Mesiada.* (1): la historia literaria de todos los pueblos ofrece pocos ejemplos de un éxito tan brillante; era una de esas obras que cada uno mira como la realizacion de todos sus votos, de todas sus esperanzas en literatura, y que sirven de modelo á todos los escritores de un siglo (2). Nada faltó al triunfador, ni áun los insultos de los esclavos: todas las escuelas literarias, cuyos principios y poética eran animados por este éxito, volviéronse enfurecidos contra el jóven estudiante, que aparecia de improviso como el primero, mejor dicho. como el único poeta de Alemania (3).

(Se continuará.)

---

la espresion de E. Heine, nó sin que Andrés Gryphius, luchara por medio de sus dramas contra la corriente general (1614-1668), acabando por salir triunfante en la lucha y creando una escuela de dramas ampulosos en demasia y de palabras y locuciones con esceso afrancesadas. Y tan grande fué esta nueva y definitiva accion que la lengua vulgar reemplazó en la enseñanza universitaria á la latina desde Thomasius, (1655-1728) y en ella se hicieron los grandes estudios filosóficos, históricos y filológicos, comenzados entonces, y en 1715 apareció el primer diario aleman y la prosa de esta lengua fué depurada por Liscov y Mosheim, el Fenelon de Alemania. Pero la poesia, con la cual florecieron, á más de los citados en el testo, los líricos Haller, Hagedorn Hermoning, Gebler y Breitinger, el epigramático Loglo y el poeta religioso Simon Dach; la poesia no se hallaba ni con mucho á la altura de la época y, especialmente desde Gottched, el Góngora aleman, muy pervertida. Hacia falta un poeta y lo hubo: Klopstock (N. T.)

(1) Se comprenderá fácilmente la razon de que adoptemos el «verso libre» al traducir más adelante algunas poesias de este autor. (N. T.)

(2) Edad de composicion y armonia la moderna ó llámese contemporánea, Klopestock la iniciaba debidamente introduciendo en sus poesias tan varios y antitéticos elementos: el elemento «clásico» antigno, que se observa desde luego en la medida de sus versos; el «patrio», por el cual se liberta Alemania de la invasion y tirania francesa entonces en el campo de la literatura y más tarde en los campos de batalla; y el «cristiano», que dá á sus obras un sentido propiamente humano. En «Las dos musas» comprendió él mismo, no sólo su mision, sino tambien cuáles eran las fuentes principales de toda verdadera poesía y cuánto habia de florecer la literatura de su pátria. Antes de copiar la hermosa inspiracion arriba citada y para su mejor inteligencia, advertimos con Mme. Stael que la encina es el símbolo de la poesia potriótica y la palmera de la poesia religiosa, indicando asi que ésta proviene del Oriente: «ab Oriente Lux.»

LAS DOS MUSAS.

He visto- ¿Realidad? ¿Presentimiento?—la Musa de mi patria y la bretona—pugnar las dos por conseguir el mismo—poético lauro.

Al final del sendero se descubren—añosa encina de apacible sombra—y palmera gentil que al hombre ofrecen ópimos frutos,

A la liza desciende del combate—la Musa de Albion con faz serena—ha luchado mil veces con la antigua—clásica Musa.

Contempla su rival: vé sus cabellos—en el aire flotar cual ondas de oro,—su rostro arder, brotar de su pupila—fúlgida llama.

Y vé que tiemblan sus purpúreos lábios y que, atento el oido, á cada instante—se inclina más y la anhelada meta—ávida mira.

—«¡Tú, pobre Musa, competir conmigo!—esclama la bretona.—Te conozco,—somos hermanas; nuestros padres fueron—célicos bardos;

«Pero escuché rumores de tu muerte;—nadie sabe hoy de tí: desconocida,—la ilusion de vencerme en esta lucha—plácida alhagas.

«¡Tú llegar á la encina y la palmera=cuando te ciega su fulgente brillo!=Tú no viste jamás el de la gloria=vivido rayo!

«Desiste, que el heraldo se aprocsima:=la musa griega y la romana juntas=me qnisieron vencer y al punto entrambas=víctimas fueron.»

El heraldo se acerca lentamente....=La hija de Thuiskon vuelve los ojos=y esclama, en tanto que con dulces labios=cándida rie:

—¡Por qué luchar cuando en la ansiada meta=hay mil coronas, en valor iguales?=Yo te amo y te admiro, hermana mia=mágica Musa.

«Pero adoro la gloria y no desisto;=y es inútil tu afan, que una corona—se hizo tan sólo para ornar mi frente:—déjame verla.

«Tú ¿qué ajeno laurel has deshojado?...—Ya la señal... ¡Oh Dioses!.... ¡Cuan brillante!....—¡Yo la primera!.... Ven, que ya remonto—rápido el vuelo.»

Aguilas son y del espacio reinas;—las envuelve de polvo densa nube...—Mis ojos, de seguirlas fatigados,—ciérranse luego.

(1) Fed. Godofr. Klopstock publicó los tres primeros cantos de la «Mesiada» en 1748 y á la edad de 23 años.

(2) El asunto de este poema es, como su mismo título indica, la redencion del Mundo por la sangre de Jesucristo. Pobre en accion, exuberante en detalles, más lírico que épico y que mantiene el espíriru en constante tension por su elevacion antinatural, es notable por su alto sentido religioso, la espontaneidad de su inspiracion y belleza de su frase y pensamientos.

(3) No es de estrañar que J. Ch. Eottsched y demás afrancesados literato levantasen su voz contra un poema lleno de originalidad e innovador de las pátrias letras; pero si á primera vista, dada su religiosa tendancia, que los ortodoxos alzasen en su contra incesante clamoreo. Entre tanto, las almas sensibles y bien templadas pedian al autor con lágrimas en los ojos qne, al continuar su poema, perdonase la defeccion de la interesante Abbadona.

EN EL ALBUM DE UNA NIÑA.

—

Allí la ví; bajo la oscura nave
Del gótico santuario arrodillada:
Sus dulces lábios al amor no abiertos
Una oracion purísima rezaban
Y el tibio sol de sus azules ojos
Nublaba su fulgor envuelto en lágrimas.
Velada por las nubes del incienso
Que el sacerdote en el altar quemaba,
Aquella niña pálida y llorosa
Fué á mis ojos el ángel de mi guarda.
El ángel de mi guarda! Yo le he visto
En el primer albor de la mañana,
En el rayo de luna que mi frente
Abatida al dolor piadoso baña:
Yo le he visto en mis sueños de ventura;
Desplega sobre mí sus níveas alas,
Vierte en mi pecho bálsamo divino.
Y con su diestra el cielo me señala.—
Tú eres aquella niña que del templo
La augusta oscuridad iluminaba,
Ángel que en sueños la inspirada mente
Para la tierra al cielo arrebatara.
¿Tal vez llorabas la ilusion que un dia
En dulce halago acarició tu alma?
Mas ¡qué digo! perdona al que navega
De la vida en el mar, sin esperanza
De ver lucir el faro que le guia
A la risueña y suspirada playa.
Es el divino amor, amor eterno,
El que tu pecho virginal inflama;
Amor que en vano á comprender aspira
Quien entre sombras la existencia pasa
¡Qué sabes tú del mundo y sus engaños,
Flor aun no abierta al beso de las auras!

Luis Montoto y R.

HENDRICK HUDSON,

POR

XAVIER EYMA.

TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS

POR

D. JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

IV.

No era Inglaterra la sola nacion que ambicionaba estender su dominio en el Nuevo-Mundo, ni la única nacion mercantil de Europa: tenía una rival poderosa en Holanda.

Hudson, rechazado por los mercaderes ingleses fué á buscar á los de Holanda, dispuestos, como aquellos, á escuchar á un hombre de tan varonil aspecto, conmovido aun por los recientes ultrages, seguro de sus convicciones y orgulloso de su esperiencia. Él les esplicó con una elocuencia arrebatadora lo que había hecho, lo que esperaba hacer y qué era lo que se proponía.

—Partid, le dijeron los holandeses, adonde os guian vuestro convencimiento y vuestra estrella.

Hudson se dió á la vela en Flessingue, llegó por el Norte hasta Finmack y se encontró de nuevo en frente de los hielos impenetrables, que eran, decididamente, sus más terribles enemigos. No quiso haber emprendido un tercer viaje estéril aun cuando sólo fuera para vengarse de Inglaterra, y cambió de rumbo, se dirigió al Sud y descubrió la embocadura de un caudaloso y magnífico rio cuyas aguas hendió arrogantemente su nave. Esta vez se apresuró á volver á Holanda traia una gran noticia.

—No he descubierto el paso del polo norte, dijo á sus patronos los mercaderes, pero, en cambio, he descubierto algo que vale más para vosotros, un rio que lleva aguas profundas del Norte á la mar. He caminado rio adentro cerca de doscientas cincuenta millas y mi embarcacion maniobraba en sus aguas como si estuviera en alta mar. Su aspecto es imponente: largas bahías se abren en sus orillas, coronadas de selvas, cuyos árboles son gigantescos, y la vegetacion es, por todas partes, espléndida. A la entrada y en otros sitios de este rio existen numerosas islas, algunas de mucha estension. En tanto que yo descubro el paso del polo norte id á tomar posesion de este vasto territorio, que todavía no ha hollado la planta de los pueblos civilizados. ¡Fundad allí otra Holanda tan rica y hermosa como la de Europa!

V.

El rio descubierto por Hudson, que celebraba sus magnificencias, era la ribera Mohegu, que se llamó El Hudson, por reconocimiento, y más tarde, por ingratitud, la ribera del Norte: aquellas soledades, cuyos esplendores le habian asombrado y conmovido, eran los terrenos donde luego se han fundado los Estados de New-Yorck y de New-Jersey, á las orillas del rio.

—Tomadlo todo, dijo el intrépido viajero. Yo tengo en mi cabeza un sueño que me impide ocuparme de la colonizacion de este país, que podría ser mio: pero os lo doy en pago de la ge-

nerosa hospitalidad que me concedisteis.

El sueño que Hudson acariciaba no era otro que el paso al polo norte, que él estimaba en más que un reino, que las riquezas y que la posesion de un fértil y vasto territorio.

Los mercaderes holandeses cogieron la palabra á Hudson, lo dejaron en su eterna quimera, y fueron á plantar la bandera de la pátria en las riberas de *su rio* donde fundaron la Nueva-Holanda.

Esto fué todo lo que sacó Hudson de su fecundo viaje y de sus amigos los holandeses; pero el éxito de su empresa hizo ruido en Europa y su nombre resonó hasta en el fondo de la celosa y vigilante Inglaterra. ¡Con que aquel loco, dos veces desgraciado en sus aventuras, no era un hombre despreciable! Acaso llegaria aquel hombre, buscando un paso que no encontraria nunca, á descubrir, por casualidad ó por despecho, algun rio y algun pais como los que acababa de regalar á Holanda.

Inglaterra reclamó á Hudson como hijo suyo, lo llamó y le ofreció cuanto quiso para emprender un cuarto viage y realizar su sueño, pero alentando la secreta esperanza de que descubriria en su lejana excursion alguna Nueva-Inglaterra, del mismo modo que había descubierto una Nueva-Holanda.

—Marcha adonde te llaman tus locos pensamientos, le dijeron. ¿Quieres ahora dos, tres, diez naves? Habla: manda en nuestros tesoros, en nuestros puertos, en nuestros marineros y oficiales.

—Sólo quiero una nave, como la otra vez, respondió Hudson.

Este loco sublime armó un barco y partió de Blockevoll á mediados del estio del año de 1610. Su brújula era una ida fija; y navegó á toda vela poniendo la proa hácia aquel estrecho que sus compañeros del primer viage habian sostenido que era una bahia.

Latió su corazon rebosando de júbilo al convencerse de que él habia tenido razon: franqueó el estrecho, al cual dió su nombre al pasarlo, y entró en una bahía, mejor dicho, en una mar que todavía se llama la mar de Hudson. ¡El loco triunfaba! Su entusiasmo, su orgullo y resignacion se habian comunicado á sus compañeros, que ahora estaban dispuestos á obedecerle y á seguirle adonde quisiera. Entre ellos se hallaban algunos de los que hicieron el primer viage, los cuales se habian arrepentido en la prision de su anterior conducta ó disimulaban sus resentimientos.

—¿Vamos á pasar al otro lado de aquellas montañas que se ven á lo léjos capitan?

—Si. ¡Adelante amigos mios!

El eterno enemigo de Hudson estaba allí para impedirle el paso y vencerlo de una vez.

VI.

Todo el invierno de 1611 estuvo Hudson prisionero de los hielos: la caza y la pesca apenas bastaron para alimentar á la tripulacion desesperada y enferma. Necesario es haber pasado por pruebas semejantes para comprender los padecimientos de aquellos desventurados.

Hudson, armado de paciencia aguardaba la vuelta á la primavera para reconquistar su libertad, y ya se consideraba emprendiendo de nuevo su derrotero á través de aquella mar que volveria á ser navegable. Pero sus compañeros, dóciles poco antes á su voz, que no tenian su paciencia ni su admirable tenacidad para realizar su sueño, se acordaban del rudo invierno que acababan de pasar.

Su desesperacion pudo más que el valor heróico del piloto. Cristóbal Colon solo había pedido tres dias de término á su tripulacion amotinada, y Hudson quizás pedía á la suya un año. El dia en que el barco estuvo á flote y mandó levar anclas, sus compañeros no le obedecieron y despreciaron sus órdenes, amenazas y súplicas.

Cuando llegó la noche, algunos marineros penetraron en el camarote de Hudson, lo sorprendieron durmiendo y lo ataron, arrastrándolo luego sobre el puente. Los culpables se convirtieron en jueces y Hudson fué sentenciado á muerte: pero encontróse allí un hombre que en este momento supremo sintió un movimiento de piedad ó de refinada ironía. Era uno de los del primer viage.

—No manchemos nuestras manos con un asesinato, dijo, y puesto que nuestro capitan se empeña en perseguir sus vanas imaginaciones, dejemos que la persiga cuanto quiera, pero solo... á no ser que haya entre nosotros quien desee acompañarlo.

Esta proposicion fué aprobada. Pusieron á Hudson en una barca, con su hijo, aquel niño que le había seguido en todos los viages, y cinco marineros que continuaban siéndole fieles en la adversidad. La tripulacion proveyó la barca con un arcabuz y víveres para dos dias, lo necesario para que aquellos infelices pudieran ir á morir un poco más léjos.

Hudson no habia dicho hasta entonces una sola palabra, pero en el instante en que el bote se alejaba de la nave, pidió una brújula... ¡Su sueño volvía á dominarlo!

Algunos instantes después la embarcacion,

sepulcro del valor y del genio, se dirigió al Norte: la idea fija de Hudson le llevaba siempre hácia el polo...

Desde los altos mástiles de la nave, se divisó, durante un momento, á aquella frágil barca, chocando contra las blancas olas de hielo, correr adonde la impulsaba la locura... Luego desapareció...

. . . .

Nunca más se volvió á oir hablar de Hendrik Hudson: nadie supo lo que había sido de él. Su historia termina en este lúgubre episodio.

La tripulacion amotinada abandonó aquellos lugares siniestros y condujo la nave á Inglaterra, adonde llegó en el mes de Setiembre de 1611.

VII.

Inglaterra padeció el justo castigo de su ingratitud para con el hombre que había despreciado y arrojado de su seno, sobre cuyo genio hizo despues una falsa especulacion, llamándolo demasiado tarde. Una nacion rival se aprovechaba del único fruto que habia producido la idea fija, el sueño, la locura de Hudson; pero Inglaterra ha sido siempre hábil y astuta para engrandecerse.

La Holanda, que había aceptado el regalo que Hudson le hizo de aquel rio y de los paises ribereños, fundó un estado en América. Inglaterra miró con envidia el establecimiento de los holandeses en una tierra que hubiera podido ser suya, é invocó la nacionalidad de Hudson como título para poseer aquel territorio. Hudson era inglés, y por consiguiente el país y el rio que pertenecian á la Gran Bretaña. Estas razones, apoyadas por una armada y un ejército, triunfaron, naturalmente, y la conquista de la Nueva-Holanda fué considerada como el recobro de un bien robado á sus legítimos dueños.

El gran rio Hudson, una de las arterias de la civilizacion moderna, ha centuplicado su importancia, merced á los inteligentes esfuerzos del pueblo que habita hoy en sus fecundas riberas. Allí existen ciudades ricas, industriales y florecientes: Troy, Albani, Hudson, Sand-Hill, New-Yorck y otras muchas.

Aquellas soledades inmensas, que asombraron y conmovieron el alma de Hudson están hoy pobladas por numeros caminos.

Mas no era bastante para los americanos que el Hudson fuera un rio caudaloso y que bañara los estados de New-Yorck y de New-Jersey, y lo agrandaron por decirlo así, poniéndolo en comunicacion, por medio de canales, con los inmensos lagos que estendian por la comarca sus llanuras de agua, y con los rios vecinos. De este modo, el Hudson ha llegado á ser la principal arteria de la riqueza, no solo del país donde corre, sino del mundo entero. El Hudson, en virtud del vapor, es la gran calle de un barrio de la Europa.

CANTARES.

Por donde quiera que voy
se me aparece tu imágen:
hay una estrella en el cielo
que guia á los navegantes.

A. Surga.

*
* *

No me miren más tus ojos,
no me miren más, por Dios;
que me han mandado los médicos
que no me dé mucho el sol.

Cano y Cueto.

*
* *

Siempre que miro tus lábios
envidio á la mariposa,
que vé la miel, pára el vuelo,
la bebe... y el vuelo toma.

Montoto.

*
* *

Cielo y tierra se sonrien
al nacer el alba hermosa:
pienso que tienes, morena,
en tu semblante la aurora.

Peñaranda.

*
* *

En el jardin de su pecho
Suspiros plantó una niña:
con lágrimas de sus ojos
los riega todos los dias.

Perez y Gonzalez.

*
* *

Dicen que el llanto es amargo
como las aguas del mar,
si habrá llorado esta niña
que vá derramando sal.

Velilla.

CARTA AL AUTOR DE UNO,
QUE TITULADO
EL LIBRO MALO, (1)
NO LO ES.

En verdad te digo, buen Felipe, que en gra-

(1) En breve verá la luz pública; su autor, don F. Perez y Gonzalez.

ve aprieto me pones encargándome escriba las primeras páginas de tu donoso *Libro malo*, que, dicho sea sin intencion de hacer mal á nadie, háme deleitado mucho y ruborizado no poco.

Costumbre inmemorial es esta de encargar el autor á un amigo de confianza el apadrinazgo de la *criatura*; y tanto y tanto se abusó de ella en otros tiempos, que nuestro maestro Miguel (Q. S. G. H.) hubo de anatematizarla llevando en sus propios brazos (y cuenta que era manco), á la pila bautismal el fruto de sus desvelos. No creo yo la tal costumbre fuera de razon; antes bien, téngola por muy legítima; pero ríome de los padrinos que llevados de su amistad con los padres, gritan sin compasion de los oidos delicados: Ved, ved que hermosa criatura; que es lo mismo que si gritaran: Este libro que van á leer vuesas mercedes es sabroso fruto del más peregrino ingenio que ha venido á la tierra, y yo, que soy el primero en publicarlo, no me chupo el dedo puesto que conozco lo que esta obra vale, mereciendo por ende el aplauso de los que aplaudan. Y no creas, buen Felipe, que estoy libre de este pecado, no lo creas; ha tiempo tentóme el enemigo de la presuncion, y con ínfulas de literato, crítico y qué sé yo cuantas cosas más, escribí el prólogo á un libro de un muy amigo nuestro; pero bien sabes que yo soy el más rígido Aristarco de mis acciones y cuan firmes son en mí los propósitos de enmienda. No esperes vuelva á pecar ahora que el diablillo tentador, por centésima vez, se dispone á catequizarme; ni llames prólogo á estas líneas, tuertas hoy y enderezadas mañana por obra y gracia del cajista, cuando no son otra cosa que amistosa carta á el autor de *El libro malo*.

Vamos á cuentas, buen Felipe; y ahora caigo, sin hacerme daño, en que llamo bueno á quien debiera llamar picaruelo, que bien deja sentada su plaza de tal el que dá á luz *picardigüelas* como las que tu librejo contiene; pero no hace esto al caso, por más que sea caso de conciencia, y sí ajustar las consabidas, que aquí para *inter nos*, serán las del Gran Capitan. ¿Fué tu propósito al escribir *El libro* hacer reir á los lectores? Pues dígote que triunfastes en la empresa; de mí puedo asegurarte, y juzgo por el propio el corazon ageno, que he reido á mandíbula batiente con tus ocurrencias, donosas y peregrinas si las hay. ¿Te propusistes otra cosa? Pues por la salvacion de mi ánima, te juro, ignoro cual sea; si bien he de advertirte que no por la mia juzgo la agena inteligencia, pues ni me tengo por avisado, ni hallo placer en chuparme el dedo.

Ahora bien, hermano Felipe, si algun desocupado, y á más envidioso, dice que desatinas, adviértele que tus *desatinos* son de aquellos que se hacen de propósito.

mostrándole el donaire su camino,

y por ende de los que agradan y satisfacen, que no era manco el manco de Lepanto y sabia lo que se decia al escribir aquel verso con otros muchos.

Ahora mal, y á mal no lo lleves; no una vez sola me han ruborizado tus *humorísticas* composiciones: dices de tu libro:

lo vé la inocencia lila,
lo vé la malicia verde;

y héme forzado á confesar que peco un tanto de malicioso, por más que me ruborice frecuentemente, cosas ambas que traducirán algunos por hipocresia, traduccion algo libre, pero exacta, y átame esos dos cabos sueltos.

Séa de ello lo que se quiera, siempre que sea lo que quiero yo, ello es que, como dice la gente de esta tierra, propiedad de Maria Santísima, *por ahí vá la cosa*, ó más en andaluz para que lo entiendas menos, *ahí está el busilis*, ó lo que vale tanto, *ni tan calvo que se le vean los sesos*. De mí sé decirte, que no me remuerde la conciencia, ancha como manga de fraile, de haber, con mis pobres trabajillos literarios, que no tienen de literarios otras cosas que las del alfabeto, no me remuerde la conciencia, digo, de haber halagado con ellos la malicia de los lectores; y ten por cosa cierta, que no es hoy la cualidad menos digna de aplauso en todo escrito, y antes bien téngola por la más merecedora de encomio, la de no hacerse cómplice de.... (me apura la palabreja), de... (¡que diablos, es la propia!) de la inmoralidad reinante.

Estimo en mucho tus felices disposiciones para dedicarte con brillantísimo éxito al cultivo de las bellas letras; la agudeza de tu imaginacion y tu especial carácter te llevan como de la mano á un género de literatura no estimado por todos en lo mucho que puede y vale. No es mi intento repetirte lo que mejor que yo sabes; por si lo has olvidado, te remito al estudio de los maestros en ese género, maestros que andan en manos y lenguas de todos, pero que no todos los estudian y, por tanto, comprenden.

El libro malo tendrá un éxito brillante precisamente por aquello que yo quisiera fracasase. Ya verás, ya verás cómo los amigos te abruman á felicitaciones; cómo los periódicos políticos é impolíticos copian páginas enteras sin decir de donde las copian, y cómo algun doctor en gacetillas te llama jóven *aventajado*, calificativo que regalan lo mismo á un literato que á un matador de toros; advirtiéndote, que los amigos envidiosos, ó lo que vale tanto, los amigos, despues de darte la enhorabuena por la obra que

has escrito y especialmente las gracias por el ejemplar que les has regalado, dirán á otros amigos, ó envidiosos, que vale tanto, aunque bien poco vale, que tu obrilla es un rosario de tonterias; demostrando conclusion tan categórica con la no menos categórica razon del *porque sí*, verdad de sentido comun entre los españoles sin sentido. Verás cómo en cinco dias, menos tiempo del que se emplea en hacer un mundo, se agota la edicion, y cómo llueven sobre tí cartas de editores en demanda de nuevos *Libros malos*; verás, verás como pasas por arte de *birlibirloque*, ó sea, por arte de tu *Libro*, de la humilde condicion de aprendiz de literato al elevado puesto de aventajado escritor. ¡Ya verás, ya verás!

No hagas caso, amigo mio, de todo eso; lo bueno de tu *Libro malo* no es lo que aplaudirá el público, y cuenta que tiene mucho bueno: no hay que fiarse hoy de la opinion pública, señora á quien respeto, pero no obedezco en muchas materias.

No quiero decirte que pares mientes en mis amonestaciones ¡quien soy yo para aconsejarte! La conducta de Fray Gerundio de Campazas al tirar los libros y meterse á predicador, no seré yo quien la imite, ni mucho menos aplauda. Tu buen juicio te aconsejará mejor que nadie lo que debes hacer y en adelante huir. No desoyendo, á más, las leales advertencias de aquellos que por sus estudios madurados con la reflexion de los años merecen nuestros respetos, llegarás muy en breve á conquistarte legítimamente un distinguido puesto en la república de las letras, suerte que te deseo y á cuantos se dedican al cultivo de la literatura. Y basta de sermonear, que no tengo hábitos, ni has menester de predicaciones.

Adios; que te guarde el cielo. A qué decirte una vez más que te profesa fraternal afecto

L. M.

LA ENVIDIA.

Una bella margarita
Nacida junto á una palma,
Así entre amargos suspiros
Al viento sus quejas daba:
—De qué vale mi hermosura
Si oculta aquí entre la grama
Lucir no me es permitido
Mis encantos y mis galas?
Dichosa tú una y mil veces,
Palmera altiva y lozana,
Qué orgullosa hasta ese cielo
Tu verde follaje alzas,
Siendo admiracion del prado
Y de todos envidiada.
Entre tus hojas las aves
Su amor y su dicha cantan,
Y el errante peregrino
Consuelo á tu sombra halla.
Contenta yó mi hermosura
Por tu grandeza trocara.

. . . .

Mientras la inocente flor
Estas quejas exhalaba,
El viento bramando fiero,
Tronchó la orgullosa palma
Al empuje poderoso
De sus invisibles alas.
Entonces, la margarita,
Que oculta entre verde grama
Vió con asombro por tierra
A la que ha poco envidiaba,
Recordando su soberbia
Ocultóse avergonzada.

José Sanchez Arjona.

18 Mayo 72.

A LA SRTA. D.ª MERCEDES DE VELILLA.

SONETO.

Canten tu gloria mientras yo te admiro
A Cervantes tu labio dijo un dia:
Tú que al cantar con dulce melodía
Al corazon arrancas un suspiro:
Te escucho con afan, y en tí me inspiro,
Y á tus sienes gozoso ceñiría,
Corona de brillante pedreria,
Ó de los astros que en el cielo miro.
Cuando resuena tu sentido acento
Abren su cáliz las fragantes flores,
Suspende su murmurio el manso viento.
Enmudecen los tiernos ruiseñores,
Y el rojo sol que admira tu talento
Dá á tu frente encendidos resplandores.

Manuel de los Palacios.

VARIEDADES.

Copiamos á continuacion la carta que Victor Hugo ha dirijido al Sr. Peñaranda, dándole las gracias por el ejemplar de las *Notas de una lira* que aquel le remitiera y especialmente, por la poesía que el jóven poeta dedica al más ilustre ingenio francés del presente siglo.

París 9 de Mayo de 1872.

Sr. D. Cárlos Peñaranda.

Doy gracias al distinguido autor de las *Notas de una lira.* Tengo á honor el ver mi nombre entre tan hermosas poesías, y me siento orgulloso de haber inspirado las enérgicas estrofas que terminan la obra. En los solemnes y terribles momentos que atravesamos, es preciso que los poetas den á los pueblos noble ejemplo de alianza y union: mucho tiempo hace que aspiro á ver en perfecta armonía el espíritu de España con el de Francia. Yo soy un antiguo amigo de la ilustre nacion, tierra de Cervantes y del Cid.

Victor Hugo.

¡AY QUE PIÉ!

Iba en un coche á montar
Y le pude ver el pié....
Qué pasó por mí no sé,
Ni me lo puedo esplicar.
Loco aquel coche seguí
Y donde paró, paré;
Bajó, volví á verle el pié....
No sé qué pasó por mí.
Ni un instante se me olvida;
Causó en mí tal estupor....
¡Yo no he visto un pié mayor.
En los dias de mi vida!

F. Perez Gonzalez.

Han visitado nuestra redaccion nuestros estimados cólegas *El Ateneo* de Vitoria, *Don Juan Tenorio* de Valencia y *El Aguijon* de Murcia.

Damos las gracias por su deferencia y pagamos su atenta visita.

La Sra. Fricci consiguió un verdadero triunfo en la noche del lunes en que hizo su debut con la ópera *Norma*; así como tambien el tenor Sr. Corsi que se supo colocar á gran altura. El público por su parte proporcionó á la empresa un gran lleno; quedando de este modo satisfecho todos, cosa rara en nuestra capital.

Segun se nos ha dicho se trata de abrir un nuevo abono de doce funciones en las que parece tomará parte la célebre artista Elisa Villar de Volpini en union de la Fricci.

Se está ensayando y se pondrá en escena dentro de breves dias en el teatro de Variedades la zarzuela en un acto *Tiró el diablo de la manta,* música y letra de un jóven escritor de esta capital.

Le deseamos buen éxito.

El jueves recibió la investidura de doctor en la facultad de Derecho, nuestro amigo don Ricardo Rasilla, el cual fué presentado al cláustro por el señor Segovia y Ardizone.

Damos la enhorabuena á nuestro amigo.

REVISTA SEVILLANA.

Este periódico verá la luz pública los dias 1, 8, 16 y 23 de cada mes, en papel y tipos iguales al presente.

El precio de suscricion será de cinco rs. al mes en Sevilla y seis en el resto de España.

Las suscriciones se harán en la administracion.

No se servirá suscricion alguna de provincias cuyo importe no haya sido abonado.

Los suscritores de provincias podrán enviar el importe de la suscricion en sellos de correo ó letras de fácil cobro á nombre del administrador.

Los señores que abonen el importe de un trimestre adelantado tendrán derecho á adquirir por menos de la tercera parte de su valor ó sean tres reales la preciosa novela de nuestro amigo don Manuel Cano y Cueto titulada OLGA.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de la BIBLIOTECA, Churruca 1.

NÚM. 13. 1.° DE JUNIO DE 1872. AÑO I.



REVISTA SEVILLANA.

Direccion y Administracion, Espinosa 8.

Sumario.

NOTICIA
DE LOS POETAS ALEMANES,

POR

GERARDO DE NERVAL.

(Continuacion.)

En medio de tanta gloria, Klopstock apenas tenía con qué vivir y se veia obligado á aceptar el ofrecimiento de uno de sus parientes, llamado Weis, quien le proponía se encargase de la educacion de sus hijos. Dirigióse, pues, á Langesalza, que era el lugar donde residia su pariente. Allí se apoderó de su alma violenta pasion por la hermana de su amigo Schmied. Esta jóven, á quien llama Janny en sus poesías, honraba á el poeta casi como á un Dios; pero lo rechazaba constantemente como esposo. Entónces, cayó Klopstock en una profunda melancolía, que duró largo tiempo (1). Sin embargo, sus trabajos literarios y sus viajes lo curaron tan por completo que en 1754 contrajo matrimonio con Margarita Moller, una de sus admiradoras más apasionadas.

(1) Durante esta peligrosa y larga enfermedad y en lo más grave de ella, escribió á su amigo Shenised una «oda» que pinta perfectamente el estado de su espíritu. Juzgamos curioso darla á conocer en su primera y más genuina version, sin las correcciones que con posterioridad y en tiempos más bonancibles introdujo Klopstock en ella: así lo haremos entre las poesias que pensamos publicar como apéndice á esta traduccion. (N. T.)

nelas avanzados servían de defensa á Sevilla; y tal fama de fiereza gozaba, que los más esforzados capitanes del rey don Fernando III, no se atrevian á entrar con sus lanzas, en la *talia* (distrito) de Josuf.

Enervado constantemente en los sombríos murallones del castillo, entregábase con ardor á ejercitar á los soldados de su *presidío* en el arte de la guerra, y las mejores taifas de ginetes de que *Axataf* disponia, eran las del voalí Hisem.

Los *faqués* (sacerdotes) relataban en las mezquitas las hazañas de Josuf, y los trovadores islamitas cantaban en rimadas estansias, la belleza de su hija Nohema.

En vano la habian requerido de amores los más principales caballeros de Sevilla.

Josuf, cuando sucedia esto, ponía la cara más torva que de costumbre, y contestaba al demandante que no pensaba dar por entonces señor á su hija.

Esto hacía crecer los deseos, irritaba al voalí, y era causa para que la murmuracion dijese, que Hisem sentía por Nohema una pasion inspirada por Satanás.

Mas llegó un dia en que las hablillas cesaron. Divulgóse que Josuf entregaba su hija á un poderoso voalí africano, y los deudos de Hisem, recibieron con júbilo la invitacion para las voalinas (comidas de bodas).

Todo parecia sonreir al caudillo del *Kovau*. Las sombrías bóvedas de su castillo repitieron sonoramente los ecos de las dulzainas, que tañian los más afamados trovadores y Nohema fué entregada al *reque* (gefe de tribu) Hajmas.

Mas ¡ay! una negra nube debía aparecer en el tranquilo horizonte de Josuf.

. . . .
. . . .

II.

Juan de Pantoja, señor de Lardero, y guardamayor del rey don Fernando, era un apuesto mancebo de veinte y seis años.

Bravo hasta rayar en temeridad fastidiábase cuando su oficio lo retenía en la corte, y aprovechaba siempre que podia la ocasion de dar al aire su bandera señorial, y lanzarse contra los enemigos de su pátria seguido de su mesnada.

Cuando esto sucedía, el señor Juan de Pantoja partía como el rayo á sorprender descuidada la guarnicion de algun castillo fronterizo, y volvía siempre victorioso, cargado de despojos, y harto de matanza.

Pero hubo un dia, en que el señor de Lardero llegó de victoria en victoria hasta la *talia* que gobernaba un deudo del voalí.

Entróla á sangre y fuego talando campos y destruyendo alquerias y deslumbrado por su fortuna no vió que el terrible voalí al frente de sus ginetes, le salía al encuentro en socorro de los vencidos.

Cuando Juan de Pantoja se vió frente á frente de Josuf, no podia ya retroceder.

En vano luchó como un héroe.

Sus *hombres de armas*, cansados de los repetidos encuentros hábidos en aquella *cabalgadura*, empezaron á cejar ante los bravíos soldados del voalí, y el mismo Pantoja, herido y cubierto de polvo y sangre entregó su espada, por primera vez vencida, á Hisem.

El señor de Lardero fué conducido en calidad de prisionero al castillo de Josuf y en él permaneció hasta que, curado de sus lesiones, pagó un crecido rescate, para volver con los suyos.

Pero ¡ay! Juan de Pantoja dejaba su alma en los muros donde habia estado durante algunas lunas prisionero. Juan de Pantoja amaba á Nohema y la hermosa niña sentía una pasion intensa por el adalid de la *Cruz*.

III.

Flanqueado por el rio *Kivir* y defendido por un estrecho é improvisado *fonsario*, alzaba las cónicas puntas de sus tiendas de campaña un pequeño campo de guerra. No pasaban de veinte las casas de lienzo que en él se veian, como no bajaban de cuatro las leguas que lo separaban del castillo de Hisem.

Allí habia sentado sus reales la mesnada del señor Juan de Pantoja.

VI.

—Vive el cielo! señor Rodrigo Alvarez—decía Pantoja recorriendo los estrechos límites de su tienda, y dirigiéndose á un caballero que en ella habia—los temores que en más de una ocasion me habeis manifestado, y que os movieron á acompañarme en esta empresa, toman forma real porque ese lobo de Josuf, entrega su hija en brazos de un maldito descreido. El escrito que acabamos de recibir lo dice claramente, pero ¡por Dios vivo! que no será mientras aliente yo.

—Veamos otra vez el pergamino—dijo lacónicamente Rodrigo Alvares.

—Teneis razon, leamos de nuevo. ¡Hola! que entre Nuño.

A la voz del señor de Lardero, presentóse en la *tienda* un anciano á quien sus años no impedian el ir armado de todas armas, y al que Juan de Pantoja entregó un pargamino que estrujaba entre su nervuda mano, diciéndole al dárselo.

—Repetidnos *maese* lo que ahí se contiene ya que entendeis de letras.

El llamado Nuño, tomó de manos de su señor el escrito y leyó lo siguiente:

«Al noble caballero Juan de Pantoja salud.

«La gacela teme, y llama en su socorro al «fiero leon, porque los fatales presentimientos «que un dia dijera al señor de su corazon, se «cumplen hoy al hundir el sol su cabellera en «los mares de Occidente.

«En mi último mensaje te pedía por Mirian «que vinieses, tu respuesta fué que á mi lado te «encontrarias. Pero ha pasado, señor, una luna «y mis ojos no han visto la fuente de su luz. Un «mensajero fiel lleva estas letras, y recorrerá «toda la *talia* hasta dar con tus corredores.»

«Que las buenas hadas velen tu sueño y la paz de Alá sea contigo.

Nohema.

—Sí, sí, no cabe duda alguna, esclamó Pantoja;—pronto, pronto, á caballo, plegad las tiendas, y á escape al castillo del voalí Hisem.

. . . .

Un momento despues el campo estaba alzado, y el sol arrancaba fúlgidos destellos en los bruñidos arneses, de una brillante tropa de ginetes que se alejaba á media rienda.

Entre las lanzas, flotaba inhiesto el estandarte del señor Juan de Pantoja.

V.

Brillaba la luna en el cénit, y vertia su pálido fulgor sobre el castillo de Josuf.

Los altos *cubos* quedaban dentro de la penumbra que descubrian, y merced á su sombra, estaban afiliados cerca de los muros un centenar de hombres de armas castellanos. Una escala pendia de los adarves, completamente desprovistos de centinelas, porque encariñados con la zambra que se celebraba en el castillo, habian confiadamente abandonado sus puestos, y en un torreon distante de aquel en que tenia lugar la fiesta, brillaba una luz á traves de la celada celosia de un agimez.

En aquel torreon estaba Nohema. Nohema que reclinaba su hermosa cabeza sobre el armado pecho del señor de Lardero, que le decia con acento enamorado.

—No temas vida de mi vida; mis soldados están dispuestos, y si pasado algun tiempo no estoy entre ellos, Rodrigo Alvarez á su frente se lanzará sobre las murallas.

—No, por Alhá, amado mio. Respeta las victorias de mi padre.

—Huyamos entonces á Castilla, ven mis gentes nos esperan; en el prócsimo encinar están enjaezados los caballos, y antes que la aurora sonria, estamos en lugar seguro.—Y el señor Juan de Pantoja como para dar más fuerza á sus palabras, rodeó con el brazo la flecsible cintura de la jóven, y la arrastró hácia la puerta.

—Miserables!-rugió entonces con voz de trueno, un atlético árabe que habia aparecido en el dintel.

—Josuf!

—Cielos!-gritaron á un tiempo los dos jóvenes.

—Miserables!-repitió Josuf arrebatando á Nohema de los brazos de Pantoja, que sobrecojido por aquel acontecimiento, no opuso resistencia.—Pensábais huir? Escucha perro descreido, escucha los gritos de agonia que lanzan tus soldados, que han sido descubiertos por mis africanos, ¡por el gran profeta! ha de dejar memoria eterna mi venganza.

Juan de Pantoja que se habia repuesto de su sorpresa, abarcó con una sombria mirada toda la estancia, y tirando de su largo *montante*, se fué sobre Josuf.

Nohema se interpuso entre su amante y el voalí; pero este último asiéndola con fuerza de un brazo, le mostró á dos dedos de su turgente seno un desnudo puñal, diciendo al mismo tiempo y con acento reconcentrado al señor de Lardero.

—Dá un solo paso, que asome uno solo de tus soldados por esa puerta, y le parto el corazon.

Nohema lanzó un grito de horror, y Juan de Pantoja dejó de oprimir la empuñadura de su espada, que cayó sobre el marmóreo pavimento.

En aquel instante, el fragor del combate que se estaba librando entre los soldados de Pantoja y los africanos de Hisem, creció. Escúchase claro y distinto el grito de guerra de los castellanos, y un resplandor rojizo dejóse ver entre la calada celosia del agimez.

Juan de Pantoja corrió frenético hácia la puerta, y el voalí arrastrando consigo á Nohema, se dirijió rugiente al agimez.

Josuf sin soltar el cuerpo de su hija, avalanzóse al alfeizar, y devoró con la vista un espectáculo sangriento. El castillo estaba incendiado, su *presidio* buscaba la salvacion en la huida y los castellanos sedientos de sangre y esterminio, perseguian á los fugitivos que caian

al filo de sus espadas, como las doradas mieses bajo la segur del labrador.

—Mira, mira, infame muger,-rugia el voalí mostrando á su hija la escena que iluminada por las llamas del incendio, pasaba ante sus ojos.- Mira la deshonra de tu padre, la muerte de los tuyos, mírala bien, porque muy en breve el arcángel *Asrrael*, vá á batir sus negras alas sobre tu frente.

. . . .

Juan de Pantoja pugnaba en tanto por forzar la puerta de la estancia. Probaba ya su último esfuerzo, cuando un grito desgarrador, seguido de una impía maldicion, lo hizo apartarse bruscamente de la puerta, y correr hácia el agimez.

Nohema yacia en tierra retorciéndose en las últimas convulsiones de la agonía, sobre un charco de sangre, y Josuf frenético salia al encuentro del señor de Lardero, con el humeante puñal en la mano.

Juan de Pantoja quedóse inmóvil, horrorizado, y el voalí aferróse á él cual un lobo hambriento.

Entonces tuvo lugar una lucha innoble.

Los adversarios asidos en estrecho abrazo, llegaron jadeantes hasta el lugar donde yacia el cadáver de Nohema, y ambos buscaban el falso de la armadura de su contrario, para sepultar en él sus respectivos puñales.

Pero en el momento en que el guarda-mayor del rey don Fernando, levantaba su armado brazo sobre Hisem, resbalóse en la sangrienta charca, y cayó sobre el cuerpo de Nohema. El voalí se precipitó sobre él, y por tres veces brilló fatídicamente su cuchillo, que fué á esconder su punta otras tantas, en la desguarnecida garganta del señor del lugar de Lardero.

. . . .

Josuf contempló con feroz alegria los ensangrentados cadáveres, y asiéndolos entre sus membrudos brazos, arrojólos por el agimez. El rio que corria mansamente al pié de la torre en que habia tenido lugar tan terrible drama, recibió en sus ondas á los desgraciados amantes, al tiempo mismo que su asesino gritaba á los soldados castellanos, que trataban de forzar la puerta de aquella estancia de muerte:

—Desgraciados, si venis á buscar á vuestro señor, y á la miserable muger causa de tanto estrago, no sigais adelante. Retroceded, y preguntad al rio que ha hecho con ellos la ira de Hisem el africano.

Y una horrible y fria carcajada, siguió á sus últimas palabras.

El voalí Josuf ben-Hisen, habia perdido la razon.

VI.

Cuando las sombras de la noche se desvanecieron, y el sol asomó por Oriente su cabeza coronada de resplandores, pudo verse que el pendon castellano, ondeaba en la torre del *Homenaje* del castillo, y que el cuerpo de Josuf pendia por una cuerda de un *matacan*.

. . . .

El señor Rodrigo Alvarez, al frente de la mesnada de Pantoja, y socorrido con un buen golpe de soldados del rey de Granada *Ebu-al-Almar* que como feudatario del de Castilla, asistia á todas las empresas de este, se habia apoderado de la fortaleza de Hisem.

VII.

Hé aquí la tradicion del castillo del rio Ira, como se le llamó desde que dentro de sus muros, tuvo lugar tan terrible acontecimiento.

A un sencillo campesino debemos este relato. Refiriónos detalladamente toda la historia que acabamos de trasladar al papel, y nos aseguraba con una candidez digna de respeto, que un nieto suyo, que acertaba á pasar por las ruinas del castillo al dar una noche las doce el reloj del pueblo que se estiende al pié de la fortaleza, «vió á un caballero, muy pálido, vestido de blan«co, salir á caballo de aquellos lugares, y á una «*mora*, que estaba de pié sobre uno de los tor«reones que aun ecsisten.»

Abril de 1872.

José de Vargas Machuca.

LAS DOS TUMBAS.

I.

Bajo ese altivo sepulcro
De blanca y bruñida piedra,
Duerme el sueño de la muerte
Aquel que en vida tubiera
Por escabel de su trono
Cien naciones altaneras;
Aquel que á reyes y pueblos
Ató con duras cadenas,
Llevando doquier el luto
La afliccion y la miseria.
. . . .
Mirad, al pié de su tumba
Las infelices doncellas
Piden al cielo venganza

Y cien ancianas envueltas
En largos y negros mantos
Esclaman con honda pena:
—«Nuestros hijos, como buenos,
Murieron en la contienda,
Por libertar á su pátria
De esta sanguinaria fiera;
Su sangre pide venganza,
Señor, que venganza tenga.»
Y mas allá el pueblo entero
Grita con ruda fiereza:
—«Maldicion para el tirano,
Que desvastó nuestra tierra.»

II.

En esa modesta fosa
Bajo una cruz de madera,
Que estiende amante sus brazos
Sobre la menuda yerba,
Reposa aquel que al cruzar
El desierto de la tierra,
Predicando la virtud
Y el amor á la pobreza,
Su capital dió á los pobres,
Sentó al mendigo á su mesa
Y calmó siempre amoroso
Del desgraciado la pena.
¡Y en pago de tantos bienes,
Ni una lápida siquiera
Pusieron sobre la tumba
Del que murió en la miseria!
Mas si su nombre grabado
No está sobre dura piedra,
Por la gratitud impreso
En los corazones queda.
Mirad, mirad; á su tumba
Se dirigen las doncellas,
Que depositan llorando
Cabe la cruz de madera
Coronas de siempre vivas,
De mirtos y de azucenas.
Y todo un pueblo afligido,
Dobla la rodilla y reza
Por el alma del que en vida
Su amparo y consuelo fuera.

III.

¡Qué vale del mundo ser
Dueño absoluto y señor,
Y á las naciones hacer
Víctimas de su furor;

Si al morir nadie en su fosa
Humilde flor deposita!...,
Hizo su memoria odiosa
Y está su tumba maldita.

¡Qué importa pobre cruzar
Este valle de dolores,
Y en él tan solo encontrar
Desprecio y sinsabores;

Si al dejar el triste suelo
Vé que sobre su ataud,
Tierna plegaria hasta el cielo
Eleva la gratitud!

—

Más que un trono ensangrentado
Vale una choza olvidada,
Y más que un sepulcro olvidado
Pobre fosa venerada.

Sevilla 8 de mayo 72.

José Sanchez Arjona.

VARIEDADES.

Está ya en prensa, y verá dentro de breve tiempo la luz pública una coleccion de poesias líricas debidas á la pluma de nuestro amigo y compañero don José Sanchez Arjona.

Se pondrá á la venta en la redaccion de este periódico y en las principales librerias al precio de cuatro reales.

Recomendamos al público dicha obra.

—

La empresa del teatro de S. Fernando ha abierto un nuevo abono por ocho representaciones en seis de las cuales tomará parte la célebre artista Elisa Villar de Volpini en union de las Sras. Bianchi, Corsi y Grassi, y de los señores Corsi, Boccolini, Maini, Reduzzi y Fabris. Dará principio dicho abono el mártes 4 del presente.

—

Se ha estrenado en el teatro de Variedades la zarzuela en un acto *Tiró el diablo de la manta,* música y letra de don Francisco Lafita, habiendo tenido buen éxito.

—

Hemos recibido el número primero de un nuevo periódico satírico que bajo el título de *Angel I,* ha empezado á ver la luz pública en Madrid.

Le deseamos larga vida y numerosas suscriciones.

—

Han visitado nuestra redaccion nuestros estimados cólegas *La Reconquista*, *La revista de procuradores*, *El eco de la verdad*, *El periódico para todos*, de Madrid, *El recreo de las familias*, de Valencia y *El clamor de la caridad*, de esta capital.

Damos las gracias á dichos cólegas, y pagamos con gusto su atenta visita.

Copiamos de nuestro cólega *La Lejitimidad.*

TRASCONEJO.—Trasconejado hemos hallado en nuestra gaveta, el siguiente soneto, cuya insercion se nos ha rogado repetidas veces:

REMITIDO.

SONETO.

Al autor de otro que en las columnas de EL ANUNCIADOR DE SEVILLA *ha salido á la vergüenza pública.*

(Piés forzados).

Sólo tu alma venenosa y *fria*,
oyendo de la envidia los *clamores*
á entusiastas é insignes *trovadores*
osó, menguada, censurar un *dia*.
Sólo pudo escribir tu pluma *impia*
que abrojos eran las lozanas *flores*:
sentiste de un aborto los *dolores*
y diste á luz villana *tonteria*.
Tú, no de almendro, de alcornoque *rama*,
fruto dás, que no sirve de *regalo*
y rastrero se oculta entre la *grama*;
Mereces por tu obra *enorme palo*,
que te obligue á guardar un mes de *cama*.
¡Qué autor tan *mulo*, digo, no, tan *malo*!

A. B. C. E. F. G. M. P. V.

Copiamos de *El Anunciador de Sevilla:*

Se nos remite para su insercion el siguiente soneto, contestacion á otro, que tambien remitido, insertamos hace algunos dias.

SONETO.

AL AUTOR DE OTRO, QUE SE FIRMA
A. H. DE LA J.

El cobarde follon que honras difama
y el nombre oculta tras del Hache y Jota
por no sufrir con la cabeza rota
castigo justo en la molesta cama.
El coplero ramplon, que insulsos llama
á dignos vates de intachable nota,
y en verso sucio en su cantar de idiota
hiel y ponzoña, mísero, derrama;
Mo merece la mofa, ni la ira,
ni siquiera el desden, ni el menosprecio,
que al pecho noble el envidioso inspira.
Merece malandrin tan sándio y nécio
su propio parto, en el que, pobre, aspira
á lograr entre infames triste aprecio.

Demetrio de los Rios.

En la India los animales feroces han devorado en los tres años de 1868, 1869 y 1870, 12,554 personas; y las víctimas por mordeduras de serpientes se elevan á una cifra de 25,664; total: 38,218.

CHARADA.

Vino de remoto clima,
Prima.
Es negacion bien rotunda,
Segunda.
Y puede ahogar á cualquiera,
Tercera.
Es cosa muy verdadera
Que alcanzó fama y renombre
El que llevaba por nombre
Prima, segunda y tercera.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Puntapié.

REVISTA SEVILLANA.

Este periódico verá la luz pública los dias 1, 8, 16 y 23 de cada mes, en papel y tipos iguales al presente.

El precio de suscricion será de cinco rs. al mes en Sevilla y seis en el resto de España.

Las suscriciones se harán en la administracion.

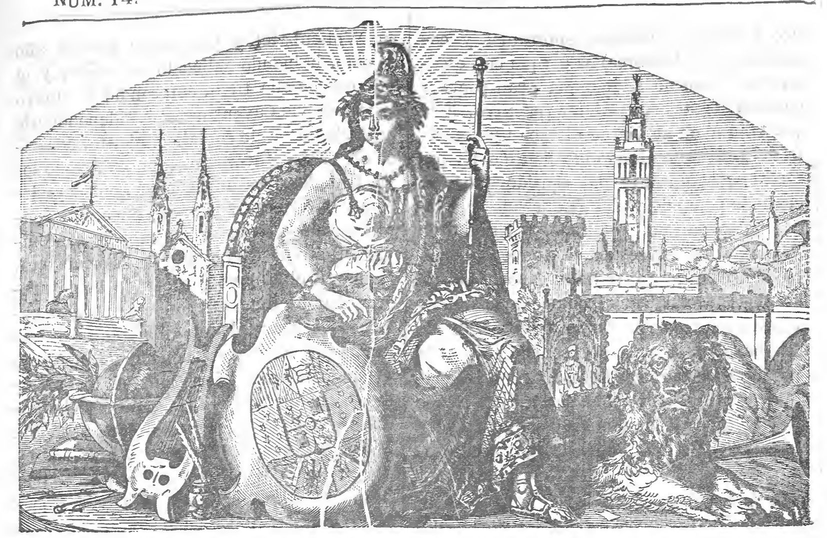
No se servirá suscricion alguna de provincias cuyo importe no haya sido abonado.

Los suscritores de provincias podrán enviar el importe de la suscricion en sellos de correo ó letras de fácil cobro á nombre del administrador.

Los señores que abonen el importe de un trimestre adelantado tendrán derecho á adquirir por menos de la tercera parte de su valor ó sean tres reales la preciosa novela de nuestro amigo don Manuel Cano y Cueto titulada OLGA.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de la BIBLIOTECA, Churruca 1.

NÚM. 14. 8 DE JUNIO DE 1872. AÑO I.



REVISTA SEVILLANA.

Direccion y Administracion, Espinosa 8.

Sumario.

NOTICIA

DE LOS POETAS ALEMANES,

POR

GERARDO DE NERVAL.

(Continuacion.)

En efecto él fué quien dió el golpe de gracia á la servil imitacion francesa y al esclusivismo en materia de arte con su *Dramaturgia de Hamburgo*, trazando al par el rumbo que aquellas circunstancias historicas exigían con sus dramas *Miuna de Baruhelm*, *Nathan el Sabio*, *Emilia Galotti* y *Mis Sara Sampson*; mas por el pronto solo dió orígen á una série de dramáticos llorones, muy en breve convertídos en predicadores de indigesta moral, cuyos nombres fueron Engel, Junger, Schrœder, Vezel y Liuz; y es que no comprendieron éstos que solo es verdadero génio el que se inspira en sí mismo y no sigue á ciegas el sendero trillado, ni tampoco que el objeto único del arte es la produccion de la belleza y nunca es su fin directo la moral ni ningun otro, sin que todos ellos dejen de producirse indirectamente si la obra es en realidad artística y bella. No comprendieron tampoco que Lessing solo condenaba en las obras de arte el olvido completo de la realidad y de la vida y que si él no cultivó mas que géneros de escaso vuelo poé-

tico y fantasía (fábulas, epígramas y comedias de costumbres) es porque con escesiva modestia no se juzgaba gran poeta y conocía ademas su carácter reflexivo. Este era tal que en su virtud distaba igualmente del sentimentalismo idealista de Klopstock, representante del sentido que aun era más popular, y del epicurismo ecléctico, acomodaticio, profundo y risueño de Wieland, que espresaba el nuevo detestable sentido que ya se habia apoderado de las clases acomodadas; podemos, pues, dentro de este esplendoroso nacimiento de Alemania á la vida del sentimiento y la poesía, considerar á Leseing como el primer representante en el órden cronológico de este gigante movimiento armonizador y afirmativo de lo que hay de esencial en todo impregnado además en severa moral y rectitud, que, preparado ya de muy atrás por una ordenada sucesion de hechos y filósofos que hoy nos hallamos privados de indicar, vá creciendo de dia en dia y adquiriendo cada vez más conciencia y clara vista, para prepararse dignamente á llenar su fin y mis on, que es regenerar al mundo y transformar la sociedad ó perecer con ambos. Este alto sentido de Lesing (que se irá precisando más en cada una de las grandes lumbreras poéticas subsiguientes), por el cual consigue hacer intérprete lo más árido é inteligible lo más abstracto, brilla con viva luz en sus *Escritos polémicos, teológicos y arqueológicos*, en sus *Tratados filosóficos* y en su admirable estudio de las artes poéticas titulado *Laoconte*, con el cual conviene en criterio la *Historia del Arte* de Winkelmaun, muerto en 1768. Lessing nació en Camenz, ciudad de la Lusacia, (1729) y fué hijo de un predicador, estudió primero en Meissen y más tarde en la universidad de Leipzig: enemistado con sus padres, marchó á Berlin, donde alcanzó la amistad de Nicolai, Moisés Mendelsohn y otros y se dió á conocer en las *Cartas literarias;* viajó sucesivamente por Wittemberg, Breslan, Hamburgo y otras ciudades, se le vé luego como bibliotecario en Wolfenbatel y ya casado; pero al año de esto, habiendo fallecido su muger y el hijo que de ella tuvo, emprendió de nuevo la misma vida aventurera é independiente hasta la época de su fallecimiento, acaecido en 1771.—Citaremos (aunque, como los ya tratados, sea auperónico considerarlos como anteriores á Burger pues son contemporáneos suyos y algunos le sobrevivieron) á Kleist, el cantor de la primavera, Hamann, el filólogo y poeta de la naturaleza, Lafontaine, más conocido por sus novelas, Schubart, de imaginacion, tan revolucionaria como desordenada su conducta y que cual hacia Weckerlin en los periódicos, encabezaba el más anárquico individualismo en política y religion, Stolberg, Maseus, Werner, Iffland y Wass; dejando el ocuparnos de Kotzebue y Herder para despues que traduzcamos de G. de Nerval lo referente á Burger, por juzgar que este es el órden lógico en atencion á la importancia que tiene en el desenvolvimiento literario aleman, pues por lo demás casi todos los que componen esta ilustre pléyade son como ya dijimos contemporáneos (1).*

Burger llevó el análisis íntimo á la poesía; y su vida fué un manantial fecundo donde inspirarse dignamente. Rompiendo por completo con el género didáctico, admirativo y de imitacion griega ó latina, se atrevió á cantar sus propios sentimientos, sus impresiones, su vida, sus amores. Estos le suministraron un contínuo alimento é inumerables contrastes. Despues de una juventud disipada, Burger, ya célebre, pensó en casarse; pero el mismo dia de su casamiento, vió por primera vez á su cuñada Molly, de diez y siete años de edad, é involuntariamente esclamó:–¡Desgraciado de mí, que me he equivocado!

Todos sus cantos eran á Molly, la cual estaba tambien perdidamente enamorada de Burger.

(1) No debemos olvidar en esta enumeracion, más rápida tal vez de lo que convendria, á Gessner (nacido en Zurich, 1730), que fué á la vez pintor, poeta, prosista y librero y que debe la reputacion europea que alcanzó á sus «Pastorales» (églogas) y su «Muerte de Abel». (N. T.)

Ninguna ofensa recibió, sin embargo, la moral con esta mútua simpatía, pues Molly era virtuosa; pero murió á poco la muger del poeta y, á creer ciertas suposiciones, de muerte voluntaria, para ceder el corazon de Burger á Molly su hermana.

Se desposaron entrambos y vivieron dichosos, aunque en la pobreza; y de esta época datan los cantos de la libertad, de la alegria de Burger. Pero ¡ay! Molly murió en su primer parto: inmensa fué la desesperacion de nuestro poeta. Erraba sin cesar de un lugar en otro, encontrándose enfermo del pecho, cuando una viuda de Francfort, diciéndose enamorada de sus poesias le hizo por escrito proposiciones de casamiento. Ella era rica y él aceptó; pero, al año de su tercer matrimonio, se divorció y solo y triste encaminóse á morir cerca de su querida Molly y á buscar en la sepultura un pequeño hueco á su lado. Tal fué Burger, que, en verdad, había ya tenido un modelo en Hœtly, profesor en diferentes lenguas y el primero en encontrar el tono natural y propio de los cantos populares.

Burger, muerto en 1794, ha dejado canciones, baladas, cuentos, epígramas y su célebre balada de *Leonora*, que apareció en 1772, dos años antes de sus primeras nupcias (1).

* Poco interesante y de escasos accidentes es la vida de Juan Godofr. Herder. Nació en Mohrungen, pequeña ciudad de la Prusia oriental, el 25 de Agosto de 1744; concluidos sus estudios de teología, fué primero profesor en Riga y luego sucesivamente predicador del duque de Holstein-Entin y del conde de Buckeburgo y por último, consejero consistorial en Weimar, donde, despues de haber sido elevado á la nobleza en 1801, falleció el 18 de Diciembre de 1803. Todo el interés de que su vida carece se encuentra en sus escritos, muy numerosos, y quizás esto y el gran número de ramos que abrazó motiven los defectos que en él se notan: fué orador sagrado, y bajo este aspecto se le llama el Fenelon de Alemania; poeta original que, al par que cantaba la Naturaleza, armonizaba en sus rimas distintos gustos poéticos, y sobre todo el oriental y el bíblico *(El espíritu de la poesía hebrea* 1782*)*, sin despreciar otros, sino llegando, por el contrario, á reproducirlos fielmente *(El Cid etc.)* y pensando al par que la más rica fuente de poesia es el sentimiento popular y espontáneo, libre del estudiado artificio *(Las voces de los pueblos* en varios cantos); traductor de tradiciones históricas, poesías y proverbios orientales y de mitos y parábolas griegas *(Paramihtos)*, en cuyos trabajos supo unir al arte del traductor la originalidad de su génio poético; crítico que mantuvo en obras didácticas lo mismo que enseñaba con su ejemplo y tan bien se avenía con su espíritu cosmopolita *(Fragmentos de literatura, Selvas críticas, Hojas sobre el arte y poesia alemanas etc.)*; filólogo, como en los trabajos enunciados se demuestra; historiador tan notable que aun hoy es por todos consultada su *Filosofia de la historia*, la cual es reputada como su obra maestra; y filósofo, apegado á la doctrina de Manuel Kant, pero con cierta tendencia platónica al mismo tiempo, y llegando en filosofía, como en literatura, á concebir la idea del Humanismo, fin último, en su entender, de la historia humana. Segun esta idea y pensando que la Iglesia debia ser universal, los dogmas escasos y sencillos y el amor y la virtud principales fines de la vida del hombre, trabajó una Biblia para la juventud, escogiendo solo algunos pasages, á los que llamó *fin y fruto* y á lo restante *cáscara*. Demuestran más que nada su brillante fantasía y atrevido pensamiento los planes indicados en el diario que escribió durante su viaje marítimo de Riga á Francfort (1769).

(Se continuará.)

(1) Nada añadimos acerca de Burger por temor de desvirtuar la pintura animada, interesante y breve que de él hace Nerval; pero habiendo omitido ocuparse de Kotzebue y Herder, lo hacemos á continuacion por nuestra propia cuenta y entre dos asteriscos, como anteriormente ofrecimos. (N. T.)

LOS DOS ARROYOS.

Dos brillantes arroyuelos
Brotan de una misma fuente;
Son entrambos de los cielos
Limpio espejo trasparente.
Y con plácida sonrisa,
Ambos al par bullidores,
Frescura dan á la brisa
Sávia y vigor á las flores.
Mas diverso es el destino
Que en breve á los dos espera,
Que por distinto camino
Su marcha emprenden ligera.
Halla el uno mano digna
Que su curso dirigiendo,
Ancho cáuce le designa
Fecunda su linfa haciendo.
Y auméntase la hermosura
Del fresco raudal de plata,
Que por la extensa llanura
Espléndido se dilata.
De eterno verdor cubiertos
Por él se miran los prados,
Y contémplanse los huertos
De ricos frutos colmados.
Ya en hondo lecho florido
Es tesoro de la vega,
Yá en brazos cien dividido
La alegre alquería riega.
Aquí en plácido remanso,
Entre sáuces tembladores,
Lento convida al descanso
A los vecinos pastores.
Allí su corriente undosa
Con vivo esfuerzo impelida.
Precipítase ruidosa
A la industria dando vida.
Suave, puro, trasparente,
Dichas en torno brindando,
Se desliza mansamente
Siempre el cielo retratando.
Y dicen á toda hora
Por las cercanas aldeas:
«Agua dulce y bienhechora,
¡Bendita, bendita seas!»

—

En tanto su compañero
Por incultos arenales,
Precipítase ligero
Entre abrojos y zarzales.
Sin encantos se desliza,
Solo al acaso obedece:
Ni los huertos fertiliza,
Ni impulso á la industria ofrece.
Sin rumbo fijo, sin guias,
Ya salta de breña en breña,
Ora por quebrada umbría
Atronador se despeña.
En turbio raudal en breve
El campo anega iracundo,
Mas aun es rico, y ser debe
En su carrera fecundo.
Y es fecundo... pero en males:
Por él de estéril llanura
Brotan rudos matorrales
Que en selva truécanse oscura.
Únense por él y crecen
Árboles cien, que, traidores,
Gruta á las fieras ofrecen,
Abrigo á los malhechores.
Ráudo luego se desata,
Los diques rompe furioso;
Lodo y piedras arrebata
En su curso impetuoso.
Y en hondo valle quedando
A su pesar detenido,
Vese, anchas quiebras llenando
En lagunas convertido.
No es arroyo trasparente
Que al cielo copia en su seno;
Ya es triste lago imponente
De revuelto, inmundo cieno.
Horror de aquellas regiones
Yerbas ponzoñosas cria;
Fétidas emanaciones
Mortífero en torno envía,
Y exclaman á toda hora
Por las cercanas aldeas:
«Agua turbia y malhechora,
¡Maldita, maldita seas!»

—

Ambos arroyos nacieron
De una misma fuente pura,
Mas distintos los hicieron
La direccion, la cultura.
Desigualdad tan cumplida
A los dos dando la suerte,
Que uno en su curso dá vida
Y otro en su curso dá muerte.

—

Dulce, bullente arroyuelo
De apacible transparencia,
Es la clara inteligencia
Que en la infancia otorga el Cielo.
Raudal que el Inmenso envía,
¡Mísero el que mal te emplea!
¡Bendita la mano sea
Que próvida al bien te guia!

Antonia Díaz de Lamarque.

OMEGA Y ALPHA.

Y fuí arrebatado en espíritu y me pareció que recorría las profundidades de la inmensidad acompañado de dos guias. Pasábamos todos tres en medio de una muchedumbre sin número que seguía el mismo camino que nosotros; pero como todo estaba oscuro al rededor mio, no distinguía claramente entre todos los cuerpos que me rodeaban mas que los dos hombres entre los cuales me había echado la casualidad.

El uno era un anciano hermoso. Su vida mortal habia sido tan larga, que había visto cuatro j·neraciones, de las cuales, él era el padre, agruparse á su alrededor. En su rostro enflaquecido se veía un valor estóico, una resignacion sobrenatural y en la tierra debia haber servido de pasto á todos los dolores y á todas las miserias segun la tristeza profunda é iuvencible que se encontraba aun en él. Sus ojos sin embargo, examinaban la oscuridad, y hubiera podido decirse que trataba de penetrar los tesoros de la ciencia divina. Era el poeta árabe de la tierra de Hus; era el viejo Job.

El otro era un hombre lleno de fuerza y de salud. En su traje se veía el monje, el sábio, el clérigo y el médico, y en su conversacion á Sócrates y á Diógenes. Sirviéndose á cada paso de un idioma diferente, dirigía sarcasmos amargos á todos los hombres que pasaban cerca de nosotros cualquiera que fuese su lengua, su pais ó su siglo. Reía sin cesar dirigiendo sus miradas alrededor y nunca una risa más inteligente y más implacable, había grabado en el rostro de un hombre una espresion de ironía más desdeñosa y más cruel. Era Rabelais.

Nos detuvimos. Un valle profundo, inmenso, iluminado con un pequeño crepúsculo en donde la vista descubría sin cesar nuevos horizontes que huian los unos tras los otros en una lontananza indecible, se estendía á nuestro alrededor.

Y en el valle estaban amontonadas, silenciosas, y heladas por el terror, todas las generaciones que se habían sucedido en la tierra, para despreciarse y maldecirse, una en pos de otra.

Comenzaba á creer que la muerte reinaba allí con esclusion absoluta de la vida, cuando comenzó á salir de algunos grupos un ruido sordo de palabras semejante al que hace un gran número de personas rezando despacio.

Y el ruido crecía de momento en momento.

Y habiendo visto y oido me volví al anciano, y le dije:—¿Qué es esto padre mio?

Y me respondió:—Son los bordes de la eternidad, hijo mio. Los humanos debían reunirse aquí para dar cuenta á su Dios y Señor de la libertad que les ha dado en la tierra, lo mismo que los cadáveres de los reyes de Egipto se detenian á la orilla de la laguna Maerís, para dar cuenta de sus reinados.

Pero el mas jóven de mis guías, sin que yo le hubiera preguntado, me cojió por el brazo y me dijo:

—Voacé no entenderá nada de la trajicomedia que va á representarse, si escucha la lengua oriental de su compañero de la izquierda. Mucho hace que duerme para poder esplicar bien muchas bufonadas que vá á presenciar vuesa merced.

Y despues, estendiendo el brazo añadió:—Este es el valle de Josafat. Una autoridad maliciosa ha amontonado aquí todos los hombres que han vivido, todos los hombres que han existido para dejar ver á todos las acciones más ocultas de cada uno, y los motivos más secretos de aquellas acciones. Poniendo así en claro toda la fealdad humana, ha querido esa autoridad, antes de reducirnos acaso á la nada, divertirse y felicitarse de vernos por última vez ruborizados los unos delante de los otros. Ya habrá aquí de qué reir. Y para comenzar, ¡ved allí abajo aquel carbon en forma humana! Es Empedocles, tal cual lo ha puesto el betun abrasador del Etna. Espero que pasará, con sus sandalias de bronce colgadas al cuello, delante de sus contemporáneos y delante de la posteridad, que ha querido engañar, y estoy seguro que en medio de las angustias del terror, sentirá renacer su alegria al acercarse la dividad inmortal de Agrigento, ¡futilidad del espíritu humano! El nombre del gran músico, del poeta, del filósofo, del historiador, se acabó con su siglo; y el del loco atraviesa todas las edades.... Pero ved y escuchad.

Una voz que salia de enmedio de un gran pueblo decia:—Yo soy el que los hombres llamaban Amin, el hombre seguro, antes que Dios por la boca de Gabriel me hubiese llamado Mohammed. El Génesis, el Deuteronomio, Isaías, Habacuco y Juan anunciaron uno despues de otro mi gloriosa venida, y las naciones me conocian. ¡Oh creyentes, habeis oido desde el fondo de vuestros sepulcros, el segundo *Koun* de Allah, *fiat* todopoderoso que acaba de despertaros del sueño de la muerte, lo mismo que el primero que pronunció os hizo salir de la nada! Aqui estamos en la Elgemaa universal, en la última asamblea. Allah, el Dios de Ahmed, va á presentarse en medio de las nubes. ¡A los de la derecha los jardines de delicias, las sombras, los lechos de seda, las copas de oro, los bananeros, y sobre todo las huris, vírgenes inmortales! ¡A los de la izquierda, el fruto del árbol zacoum, y el agua hirviendo que

beberán como camellos sedientos!

—¡Mentís!—esclamó en otro punto del valle un hombre que tenia un rostro alucinado,—¡yo soy Juan, que os anuncio el gran juez fiel y verdadero delante del que desaparecen el cielo y la tierra, pues solo su magestad lo llena todo!

Y otros mil pueblos, en mil otras direcciones, cubriendo su voz llamaban á otros dioses desconocidos.

—¡Oh, hombres!—dijo Rabelais;—¿no habrá entre vosotros algunos que invoquen en sus esperanzas ó en sus terrores divinidades dignas de ellos?... Por ejemplo, Estereo y Crepito.

—Acaso teneis razon en medio de nuestra eterna y terrible ironía, hijo mio,—dijo Job á Rabelais.—Casi estoy movido á aprobaros, viendo cuan falsos y viles son los hombres. ¡Miserables! ¡Cuán pocas veces han llamado á su socorro al Dios de bondad, cualquiera que sea el nombre con que lo llamasen, Ishy, Jodhar, Achgnaya, Xerax, Pacha-Camac, Ukouma....

Mientras que tienen siempre en la boca el del demonio, ¿no es verdad? ¿Ois? Chouy, Touquoa, Angat, Ganga y Gournatha, Cupai, Aguyan Toia, Ouikan...

Spectatum admissi risum teneatis, amici.

Un rey de Loango proponia en aquel momento despues de haber invocado los Mokissos, y arrojado una flecha al aire, se hiciera caer del cielo tal lluvia en el infierno que todo el fuego se apagase.

Un sacerdote indiano lo trató de impostor, y dijo que en nombre de Brama tocaria á todos los hombres con un ramo del arbolito Toulouschi, y que con aquel simple contacto los libraria de todas sus manchas, y les abriria las puertas del paraiso.

Y una multitud ávida se precipitaba hácia él.

Y el delirio humano aparecía en todos los rostros.

Pero he aquí que de repente se presentaron dos formas bellas y luminosas que parecían dos figuras de muger si no fuesen más severas, y más grandes en su majestad divina.

—Son la Verdad y la Justicia,—dijo el profeta.

—La Verdad y la Justicia,—respondió el otro,—y ¿cómo lo sabeis? ¿En dónde las habeis visto ántes de ahora? ¿En la tierra? ¿Por ventura en el corazon de vuestros amigos que iban á injuriaros hasta vuestro muladar?

Job decía la verdad. Todo el espacio se inundó de una luz penetrante que iluminó y dejó ver hasta los pensamientos más misteriosos de los hijos de Adan.

Salió entonces de todos los pechos un gemido semejante al que arranca la vista impensada de un reptil. El amigo entónces hizo un movimiento para separarse del amigo; el hermano rechazó al hermano; y el hijo se volvió para no ver á su padre, y ¡cosa espantosa! la madre tuvo horror de su hijo y de su hija... ¡Y esto porque las almas sin velo se presentaron entonces cubiertas de una lepra inmunda, que me pareció no era otra cosa que lo que los hombres llaman egoismo é hipocresia!

El silencio, la inmovilidad y el terror, que habíamos notado al principio, y que el orgullo había hecho desaparecer, se presentaron de nuevo.

Una risa estraordinaria apareció en los lábios de Rabelais. Aquella risa en semejante momento me espantó. Me acordé de la risa de los franceses al ver la muerte, y conocí que el jénio de aquel hombre era el padre que le había enjendrado.

—¡Jente de bien, Dios os salve y os guarde! —dijo,—¿Pero dónde estamos? No puedo ver. Dejadme poner mis espuelas. ¡Pero válganme 78 000 carretas de diablos! Argos con cien catalejos no descubriria aquí un alma sin mancha!

Dejando despues el tono irónico y volviéndose hácia Job ¡ved,-le dijo,-ved como la vanidad es capa de su «nada» ha desaparecido delante de la cobardia y de la torpeza! Buscad con la vista á esos hombres que, no hace mas que un instante, desconocidos y ocultos á sus amigos más íntimos, se dejaban ver con tanta insolencia! ¿Donde están? ¡Con la frente en el polvo, y sin tener cualquiera que sea la lengua que antes hablaban, mas que una sola esclamacion, única y sorda, que quiere decir «piedad y misericordia!» ¡Buscad aun los hombres que han muerto en actitud académica, y ved cuan comun y trivial es ahora su inmovilidad! ¡Cuánta vergüenza, cuánta estupidez y cuánto terror encubierto manifiestan! ¡Oh, ojo del ciego! ¡oh pié del cojo! Vosotros habeis querido hacerles ver el bien, y ellos han visto el mal y han caminado al mal!... ¡Mas hubiera valido dejarlos cojos y ciegos, y tendrían entonces una disculpa de no haber cojido los pedazos de vuestra olla, ¡oh poeta sombrío! para conservar y limpiar las úlceras de sus almas!

La Verdad se levantó y dijo: Cada hombre á su vez vá á pasar delante de los demás hombres y si hay uno solo que no se ruborice á la vista de algun otro ese será glorificado delante de la Justicia y de la Verdad y bañándose en los manantiales eternos de la ciencia, nadará en el seno de Dios. Sea todo hombre durante la prueba libre de todo terror. Vos Adan, que habeis dejado

á la raza humana un cuerpo perecedero y una alma inmortal, creada del soplo del Eterno, tomad á Eva por la mano y comenzad.

Así habló la verdad.

Adan obedeció.

VERSOS.

I.

Gracias, vida del alma; lo he escuchado
y de placer palpito.
—Tú eres mi mundo, mi ilusion, mi todo
dijistes entre suspiros.
Tú de mí has hecho un poderoso Númen.
Tengo para tu alma,
el dulce ambiente de la flor que nace
y el murmurar del áura.
De la nieve el rigor, el ronco acento
de la airada tormenta,
el fuego que devora las entrañas
del abrasado Etna.

II.

Si mis ojos cerrados por la angustia
no contemplan tus ojos,
Si no entonan mis lábios á tu alma
un himno misterioso,
Si tus manos, mis manos temblorosas
no estrechan blandamente
y airada nube por mis ojos cruza....
tus ojos se estremecen:
y buscando un asilo, allá en mi pecho
me enlazas con tus brazos
reprimiendo el dolor de tus suspiros
de mi furor los rayos.

III.

Cuando yo abandonado á mis dolores
no tengo una respuesta
á tus dulces palabras.... tú sollozas
y suspiras y tiemblas.
La nieve de mi pecho hiela al tuyo
tu pecho tiene frio
y llamando á las puertas de mi alma
buscas en ella abrigo.

IV.

Mas, vida de mi vida, en los instantes
en que brotan mil soles,
cuando dos almas, por el cielo cruzan
cantando sus amores,
cuando el Amor en lánguido desmayo
abraza á la Esperanza
y el corazon desprende embebecido
una bendita lágrima,
Cuando surgen auroras esplendentes,
cuando el mundo es un cielo,
y se escuchan sonrisas y murmullos
de celestiales besos....
Entonces, vida mia, no hay volcanes
de mas ardiente lava,
que el fuego abrasador con que mis labios
tu dulce boca inflaman.

Yo para tí soy rayo, y nieve y fuego...
¡oh dulce bien querido!
¡Pero tu eres... ¡mi amor! y de tu mano
todo el poder recibo

28 Mayo 1872.

Manuel Cano y Cueto

AL SOL.

SONETO.

Rey de los ástros, sol resplandeciente,
Que al brillar en la plácida mañana
Envuelto entre celajes de oro y grana,
Abres el cáliz de la flor naciente.
Cuando te miro en el rosado Oriente
Mi voz esclama con fé cristiana:
Tu destello ilumina y engalana
La morada de un Dios Omnipotente.
¡Quién pudiera tu luz y tu hermosura
De cerca contemplar sólo un momento,
Huyendo de este suelo de amargura
Veloz cual pluma que arrebata el viento,
Y mirar á ese Dios, que allá en su altura
Te encendió con un soplo de su aliento!

Manuel de los Palacios.

VARIEDADES.

Ante un escojido y numeroso público, compuesto en su mayor parte de americanos, tuvo lugar, el sábado 25 del pasado en el teatro de Variedades, el estreno de la zarzuela de costumbres cubanas, en un acto y en verso, letra y música del señor don Francisco de Asis Lafita titulada «Tiró el diablo de la manta,» la que arrancó á la concurrencia nutridos aplausos é hizo salir á la escena á su autor al concluirse la inspirada romanza de tenor y al final de la obra. El argumento, si bien es sencillo, presenta escenas en que resaltan brillantes trozos de poe-

sía, caracteres delicados y sostenidos, y la música, especialmente, que es donde más su autor se ha esmerado, ofrece una originalidad que el público supo apreciar á cada instante, tanto por su melodía é instrumentacion, como por lo bien comprendidas que estaban las situaciones musicales.

El señor Lafita, que no es la primera vez que recibe ovasiones de este género, debe estar complacido del éxito que ha obtenido su obra, por el que le damos nuestra más cumplida enhorabueña.

*
* *

Cuando murió, pusieron sus amigas
Entre sus blancas manos una flor,
Que mi mano ajitada y temblorosa
De las suyas despues arrebató:
Y al prenderla en mi pecho suspirando
Contemplándola dije con dolor:
¡Ay! ¡Es igual que esté sobre un cadáver
O esté sobre mi yerto corazon!

Mercedes de Velilla.

*
* *

EL PERIÓDICO PARA TODOS.

Semanario ilustrado escrito por don Manuel Fernandez y Gonzalez, don Ramon Ortega y don Torcuato Tárrago y Mateos, con una completísima historia y láminas de la actual insurreccion carlista.

Se reparte un número semanal con magníficas láminas y 48 grandes columnas de impresion al precio de un real y medio en provincias y dos reales en América.

Se suscribe en todas las librerias, ó bien remitiendo el importe de diez números á su editor don Jesús Gracia, Encomienda núm. 19, principal, Madrid.

Se ha publicado el número 4.°

*
* *

CANTARES.

Luce la violeta poco
y huele aun despues de seca,
luce la amapola mucho
y se deshoja al cojerla.

A. Surga.

*
* *

Tienes tú dentro del cuerpo
todita una fortaleza;
tus ojos son los cañones
que hacen á mis ojos guerra.

Cano y Cueto.

*
* *

No bebas en la fuente
de la esperanza,
que sus aguas tranquilas
son muy amargas;
Bebe, bien mio,
Hasta apurarlas todas,
las del olvido.

Montoto.

*
* *

No levantes la mirada
al cielo cuando el sol brilla,
que son tus ojos de fuego
y el mismo sol arderia.

Peñaranda.

*
* *

Al marcharse los franceses
una bala me encontré,
llorando estaba la pobre
porque no mató un francés.

Perez y Gonzalez.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Tenorio.

REVISTA SEVILLANA.

Este periódico verá la luz pública los dias 1, 8, 16 y 23 de cada mes, en papel y tipos iguales al presente.

El precio de suscricion será de cinco rs. al mes en Sevilla y seis en el resto de España.

Las suscriciones se harán en la administracion.

No se servirá suscricion alguna de provincias cuyo importe no haya sido abonado.

Los suscritores de provincias podrán enviar el importe de la suscricion en sellos de correo ó letras de fácil cobro á nombre del administrador.

Los señores que abonen el importe de un trimestre adelantado tendrán derecho á adquirir por menos de la tercera parte de su valor ó sean tres reales la preciosa novela de nuestro amigo don Manuel Cano y Cueto titulada OLGA.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de la BIBLIOTECA Churruca, 1.

ra, consiguió el nombramiento de cónsul general de Rusia en Kanigsberg. En 1817 volvió á Rusia y el gobierno de aquel pais le encomendó el difícil cuanto incalificable cargo de suministrar noticias secretas y periódicos acerca de la situacion de Alemania. Con este objeto se trasladó á Manfieum, donde publicó la *Semana literaria*, en la cual se burlaba de las más legítimas y sagradas aspiraciones de los pueblos alemanes. Esta fué la causa de su muerte: un jóven y fanático estudiante llamado Saud, á quien en una sociedad secreta á que pertenecia tocó en suerte asesinar é Kotzebue, le dió tres puñaladas en su mismo gabinete el 23 de Marzo de 1819. Célebre Kotzebue por su vida tempestuosa y poco honrada, debe serlo más legitimamente por sus comedias y dramas, pues con justicia puede asegurarse que es el único autor aleman que ha cultivado con écsito feliz el género cómico, aunque muchas de sus producciones son imitacion de los teatros franceses é ingleses, como luego á su vez han sido imitados en Francia, entre otros por el famoso Picard: creemos conveniente citar aquí *Misantropía y arrepentimiento, Los dos hermanos, Los husitas, Hugo Grotius, Juan de Montfaucon, La muerte de Rolla y La pequeña ciudad.* (1) *

Schiller se encuentra tambien á la cabeza de esta familia de poetas creadores. Muy conocido por sus obras dramáticas, lo es menos como poeta lírico (2); pero en Alemania su poesía es popular.

Juan Federico Schiller nació en Marbach, pequeña ciudad de la Snabia, el 10 de noviembre de 1759. Su padre que era jardinero del duque de Nortemberg, le impulsó á hacer algunos estudios (1), hasta que el mismo duque lo tomó bajo su proteccion y, habiéndole hecho estudiar un poco de medicina, lo nombró á la edad de veinte años por gracia singular, cirujano de su regimiento de granaderos. Pero el jóven Schiller, que tenía poca aficion á esta carrera, tenía mucha, por el contrario, al teatro, para el cual compuso por esta época su primera obra, *Los bandidos*, que fué representada en Mannheim (2) con un gran éxito. Su protector lejos de llevar á bien este suceso, le ordenó que no volviese á escribir para el teatro, só pena de perder su proteccion. Llevó su severidad hasta el estremo de privarlo por algun tiempo de su libertad. El hombre que había escrito *Los bandidos* debía sufrir más que ningun otro con tal castigo: así es que aprovechó la primera ocasion propicia para escaparse y desde entonces la literatura fué su único recurso. Se fijó en Mannheim y allí compuso varias obras dramáticas que á la edad de veinte y cuatro años lo colocaron en primera línea entre los escritores de su pátria (3). De esta época (1783) datan sus primeras poesias, que fueron universalmente admiradas y le valieron ser colocado entre los poetas

(1) Hund-Radowsky dice de Kotzebue:—«Hubiera vendido «su pluma y su escritorio al diablo si este le hubiese ga«rantizado renombre y dinero, las dos cosas que ambicio«naba; en una palabra, pocos escritores han sido más espi«rituales y más despreciables.»—Tal era la odiosidad que Kotzebue se habia creado que fué tenido por un héroe su asesino, quien recorrió las calles gritando: «¡Yo he matado al tirano!- El dia en que subió al cadalso (al año de haber sido sentenciado) con la sonrisa en los lábios y una rosa en la mano fué de luto para la ciudad: todas las ventanas permanecieron cerradas y las calles desiertas. (N. T.)

(2) Son notables entre sus poesias líricas. Las quejas de Céres, La cancion de la campana. La particion de la tierra, El guante. El principio del siglo XIX. A Colon. El nadador, Pegaso sometido al yugo, Poder del canto, A Gœthe, El dragon de Rodas. Juana de Arco, La cancion, El ideal, la batalla. Deseo, Grandeza del mundo, etc., etc. (N. T.)

(2) El género de educacion que entonces recibió se refleja en sus primeras poesias, hinchadas y ampulosas, por más que aborreciese desde un principio los libros académicos y leyese con afan aquellos en que las nuevas ideas hallaban eco fiel. (N. T.)

(1) Esta representacion tuvo efecto en 1782 á instancias de Dalberg, intendente de aquel teatro. (N. T.)

(5) No permaneció Schiller largo tiempo en Manuheim, pues le obligo á retirarse á Oggersbein la conducta ambigua entonces, si antes decidida, de Dalberg, quien abandonó por completo al jóven poeta despues de la representacion de su drama «Fiesso,» friamente recibido del público. Mas protegido por Mme. de Wolzogen, quien le ofreció un asilo en Baneboch, escribió su drama trágico «Intriga y amor.» cuyo ruidoso éxito más se debe á haber sabido oponer por primera vez en el teatro la nobleza de corazon á la de cuna que á su propio mérito, pqes er una de las obras más incorrectas de Schiller. Dalberg lo llamó de nuévo; pero muy pronto decidió nuestro poeta libertarse de toda tutela y para este fin estableció el periódico «Talía,» el cual le valió numerosas relaciones y ser llamado á Leipzig y á Dresde, desde donde pasó sucešivamente á Weimar y Rudoletadt hasta su casamiento y viaje á Jena, donde fue nombrado profesor de historia (1789). Reformó en estos años por completo su gusto literario, como puede observarse en el «D. Cárlos,» cuyos tres primeros actos apreciaron en el periódico «Talía» (N. T.)

despues de Gœthe, cuya gloria, sin embargo, no superó. Apenas pueden concebir tal cosa los que lean á entrambos en las traducciones, pues en Moz Schiller es más brillante y queda más de él; pero la gracia, la sencillez, el encanto de la versificacion no puede apreciarse en las traducciones y mucho menos en las imitaciones.

Schiller publicó en 1790 su *Historia de la Guerra de los treinta años* (1), que es uno de los más hermosos monumentos históricos que han producido los alemanes. En 1792 su reputacion era ya europea y la Asamblea Nacional le concedió el título de ciudadano francés, recompensa muy venal en aquellos tiempos, pero que ejerció una influencia bien feliz si es cierto, como se ha dicho, que compuso su tragedia *Juana de Arco* como tributo de reconocimiento hácia su nueva pátria. En los últimos tiempos de su vida publicó un gran número de traducciones á egemplo de Gœthe y le sorprendió la muerte antes de terminar una version literal de Fedro (2). A la edad de cuarenta y cinco años sucumbió de una fiebre catarral, que sus contínuos trabajos habían agravado. Habiéndosele preguntado pocos momentos antes de morir cómo se encontraba, respondió:

—Cada vez más tranquilo.»

Y espiró.

Era el 9 de Mayo de 1805. Su muerte causó un duelo universal, tanto más profundo cuanto que era inesperada y el recuerdo de sus sublimes trabajos era todavía una esperanza. Sus restos han sido trasladados despues á la tumba de los reyes: esta distincion nada añade á su gloria; pero honra al pais y al príncipe que la ha otorgado.

(Se continuará.)

(1) Antes considerando la Historia Universal como un plan ordenado y sugeto á la ley y viendo en toda ella la esplicacion y fundamento de la época presente, escribió, y fijábase su atencion poderosamente en la Reforma por ser la cáusa mas inmediata y direta de la Revolucion moderna, la «Historia de la revolucion de los Paises Bajos,» que le valió el nombramiento de catedrático á que antes hicimos referencia. Su discurso de apertura (Qué significa y para qué se esplica la Historia Universal) y una larga série de trabajos historicos que dió á luz, prueban su infatigable laboriosidad, como prueba su profundo sentido al establecer que los dos supremos fines de la vida humana son la libertad y la religion. Aparte de haber pasado en silencio todos estos estudios sobre historia, es sin disputa la obra maestra de Schiller en este género la que cita en el testo G. de Nerval. (O. T.)

(1) Cuéntanse entre sus traducciones la Epigenia y las Tenicierinas de Euripides y parte de las obras de Virgilio. Ha olvidado Nerval ocuparse de Schiller como filósofo: admirador de Lessing, Winkelman y Kant, vió los inmensos vacios que dejaba el critisismo de este último y alcanzó un más ámplio y práctico sentido en materia de artes («La teoría de la Estética»). De aquí que sea el poeta más filósofo de Alemania, que logre conmover é interesar por las ideas y que poco ó nada pierda en las traducciones. Mucho contribuyó por este medio á fortalecer el ánimo de sus compatricios, dándoles conciencia de su propia dignidad, para la próxima lucha que habian de emprender contra la tiranía napoleónica. (N. T.)

GUSTAVO A. BECQUER.

No existe yá! La muerte despiadada
enmudeció las cuerdas de su lira,
y en la ignorada tumba del poeta
las áuras del dolor tristes suspiran.

—

Nació para sufrir! Sobre su frente
el génio del pesar batió sus alas,
y náufrago en el mar de sus dolores,
se ahogó en sus lágrimas.

—

La historia de los génios fué su historia:
luchar contra el destino que le hiere,
sentirse grande, remontar el vuelo,
y hallar la paz en brazos de la muerte!

—

Vencido! No! su aliento soberano
vence á la muerte airada.
Vivirá mientras en la humana cárcel
aliente un alma!

—

Escuchadle en el eco fugitivo
del áura leve que perfuma el huerto;
en los torrentes de armonia que llora
el órgano en las bóvedas del templo;

—

Escuchadle en el trueno fragoroso;
en el rumor de la apacible noche...
¡Voces sublimes con que cielo y tierra
hablan al hombre!

—

No ha muerto, no! De su celeste lira
vibran las cuerdas.
Cantó lo eterno en entusiasmo ardiente
y es su cancion eterna!

Luis Montoto y R.

Sevilla 21 de mayo 1872.

EBU-YUSUF

—

CUENTO.

—

I.

EN LAS TINIEBLAS.

—

El huracan entre las breñas zumba,
el trueno rueda con rumor horrendo
y todo un mar con temeroso estruendo
de la preñada nube se derrumba.
Es tu voz una copia agigantada,
noche de oscuridad y horrores llena,
del cruel crujido de la enhiesta entena,
que en las aguas del mar se hunde tronchada.
¿Es ilusion tal vez? ¿Quién atrevido
no teme tu rencor noche sombría?
Acaso envuelto por tu bruma fría
se encuentra en medio del breñal perdido?
De un relámpago lívido á la lumbre,
yo lo ví, por las nubes rodeado:
sobervio pedestal hallaba osado
del monte altivo en la peluda cumbre.
Lo ví de nuevo, al resplandor medroso
de la eléctrica luz que el pecho aterra,
fijo é inmóvil, sobre la alta sierra,
escuchaba el concierto pavoroso.
Su lijero albornoz flotaba al viento,
lo azotaba su olgada vestidura
y en su viril y tétrica figura
marcábase el furor nó el desaliento.
Es Ebu-Yusuf, el de la faz quemada,
salvaje corazon y fuertes brazos,
á quien sólo domaron muelles lazos
que le tendió Gazel, su bella amada!
Nó el huracan airado le amedrenta,
que, perdida sn pátria y sus amores,
víctima de una infiel y unos traidores,
siempre ruje en su pecho la tormenta.
Jamás tembló cuando en la lid reñida
hirió su pecho la enemiga lanza:
ha contemplado muerta su esperanza
y por primera vez tiembla en su vida.

II.

AL RAYAR EL DIA.

Tranquilo amanecer ¿quién no te ama?
Si el débil tallo en que posaba, mueve
la blanda brisa que suspira leve,
el ave busca la cercana rama.
Tienen las nubes el color de rosa,
blanca gasa lo azul, nieblas el rio,
cada flor una gota de rocío,
tristes ruidos la arboleda umbrosa.
Escuchad, escuchad, que en la mañana
lo que oyera doquier dice la brisa:
—«Es dulce tu mirada y tu sonrisa,
«como tu corazon, bella cristiana.
«No es igual en nosotros la creencia
«bajo tu origen es y alta es mi cuna,
«de negros padres quiso la fortuna
«naciese yo y es blanca tu ascendencia...
«¡Y me salvaste! Si, vistes un hombre,
«un hermano, que estaba padeciendo.
«¡Oh santa caridad, que ahora comprendo,
«cuantos usurpan tu sagrado nombre!»
«Alma, desecha tu mortal encono....
«Si mi amor y amistad falsos vendieron,
«ya no los puedo odiar, si me ofendieron,
«perdónalos, Aláh, cual los perdono.»
¡Y es Ebu-Yusuf, el de la faz quemada,
salvaje corazon y fuertes brazos,
á quien sólo domaron muelles lazos
que le tendió Gazel, su bella amada!
Nó la apacible aurora la sorprende
sin mirar su dolor apaciguarse
y en el fondo del alma condensarse
llanto que en vano reprimir pretende.
Nunca gimió cuando en la lid reñida
hirió su pecho la enemiga lanza:
ha sentido brotar una esperanza
y por primera vez llora en su vida.

Rafael Alvarez Surga.

OMEGA Y ALPHA.

—

(Continuacion.)

Habia dado apenas algunos pasos, cuando fué apostrofado de una manera muy fuerte por una especie visionaria estática que Rabelais dijo era Saturnino, el mono de Platon.—Hombre brutal, entregado á los apetitos de la bestia,—le dijo,—¿qué necesidad teníais de trasmitir á tantas jeneraciones, esclavas de siete ángeles rebeldes, el funesto presente de la vida?

El rostro de Adan se encendió, y Eva que comenzaba á ruborizarse sonrió y pasó.

Gritos de desprecio cubrieron aquellas palabras de anatema, y resonaron tambien en el valle gritos más numerosos, y que parecian aprobarlas.

—He maldecido, hace ya tiempo, la noche que me dió el ser,—dijo Job. Mas hé aquí el dia de la salvacion; hé aquí la hora del salario, ¡Bendito seais, Señor mi Dios!

Si,—dijo Rabelais á los proscritos del Eden: —yo que me lisonjeo de haber conocido lo que era la vida, os doy las gracias porque me lo ha-

beis acordado. Buena es la vida, y principalmente cuando se pasa riendo, no de los bienes y de los males del hombre, sino como lo hacía Demócrito, del hombre mismo que la pasa en ocupaciones tan graves como la de los oficiales de la reina Quinta Esencia.

Nuestros primeros padres llegaron delante de uno que les dijo:—No sois Adan y Eva, ó preciso será que confiese que he gastado bien tontamente una grande porcion de mi vida.

¡Dura confesion para un académico!—esclamó el amigo Francisco.—Pero te cojo para probar mis últimas palabras, querido Nicolás, ¿Qué más has hecho que aquel que medía el salto de una pulga. ¿Qué más que Sannyrion que buscaba una escalera en un cántaro. Adan á quien despues de tanto trabajar y tantos estudios diste, 132 piés, nueve pulgadas no tiene como lo ves, mas que tu estatura, y la hermosa Eva está muy léjos de tener 118 piés 9 pulgadas y 9 líneas, casi la talla de la yegua de Gargantua el mas famoso gigante que ha podido inventarse; cuando no ha habido más jigantes en el mundo durante tantos siglos, que el apetito de los antepasados y de los sucesores de Grangousier.

—¿Sois dos?—dijo un filosofo visionario á la pareja creada por el Eterno.—Había creido apoyándome en el raciocinio y en las observaciones que no erais más que un solo individuo hermafrodita, y Moisés en el cápitulo 1.° versículo 27 del Génesis....

—Calla y escucha lo que dice ese lloron que se ha detenido cerca de Job, de Heraclito y de Jeremias. No ha dicho ciertamente nada mejor en todos los dias de su vida.

—Y Rabelais señalaba á Young que murmuraba estas palabras;—La felicidad exije dos seres.

—¡Gloria y loor al padre de la filosofía,—dijo Hornio á Adan!—¡Loor al primer físico, al primer matemático, al astronómo, al arquitecto, al político, al teólogo!

—¡Ay! hijo mio, no sé lo que quereis decirme,—contestó el padre comun.—Durante mi larga vida solo me he ocupado para atender á las primeras necesidades del cuerpo y cuando despues de mis dias de sudor y de fatiga, me dormia en mi caverna en la paja que las lágrimas de Eva había mojado, me despertaba sobresaltado con los rujidos de las bestias feroces.

—Sin embargo, para consolarte te había dado Aláh, la mujer y los perfumes,—dijo Mahoma.

—¡Los perfumes!—respondió Adan estremeciéndose;—las flores que los exhalan, derramaban tambien, no sé qué funesto olor de sangre de mi hijo, que la tierra había bebido... Pero bendito sea Dios que se ha dignado darme la mujer! ¡pues si esperimenté algun gozo, solo fué cuando una sonrisa de amor ó de esperanza, aparecía algunas veces en los lábios de mi compañera!

Y la prueba continuaba.

Y todos los hijos de Adan y todas las hijas de Eva se avergonzaban los unos delante de los otros.

Algunas veces, un hombre sencillo, cuyo nombre no habia sido pronunciado nunca, ni aun por sus contemporáneos, ó una muger cubierta con su modestia, como la muger de Focion; pasaba inocente y tranquilo delante del jénero humano, á pesar de la luz tan clara que dejaba ver hasta lo más recóndito de su corazon; pero se ruborizaban delante de la última figura ó al examinarse ellos mismos.

Y la prueba continuaba.

Y alternativamente se presentaron los soberanos del espíritu humano, que durante su vida mortal se llamaban Moisés, Homero, Sócrates, Dante, Rafael, Cristóbal Colon, Neuton, Moliere, Cuvier, Napoleon: todos tuvieron que avergonzarse de algunas debilidades, de algunas enfermedades del alma, de algunas llagas vergonzosas ocultas é invisibles hasta á sus mismos ojos.

Y Rabelais esclamó;--Aunque fuese uno igual al primero entre los ánjeles, que Mahoma encontró en el séptimo cielo, aunque tuviese setenta mil cabezas, y en cada cabeza setenta mil bocas y en cada boca sententa mil lenguas, hablando cada una setenta mil idiomas diferentes, no, jamás podría uno contar y dar nombre á cada una de las torpezas humanas que se descubren ahora con la luz de la verdad!

Y la prueba continuaba.

Conforme se iban presentando algunos de los jénios burlones de los tiempos antiguos ó de los últimos dias del mundo, los llamaba Rabelais, y aquella córte de las risas y de la duda, en donde se veía un desprecio tan implacable contra toda la humanidad se amontonaba al rededor de su rey: Demócrito, Diogenes, Aristófanes, Luciano, Menipo, Folengo, Cervantes, Voltaire, Byron, reconocían igualmeute la soberanía del padre de Panurjo.

—¡Silencio! por un instante, amigos,—esclamó: tratemos por respeto de imitar á Craso el apático: hé aquí los patriarcas de todos los pueblos: miradlos con sus dulces virtudes, sus costumbres sencillas y sus barbas tan venerables. Mirad á esos primeros reyes de la familia... pero todos se avergüenzan... porque dejaron de ser

justos el dia que tuvieron dos familias bajo su mando. Pero.. ¡voto á Bacbuco! ¿no gritamos? ¡Jo! ¡Evohé! á Noé que no se descuidó en volver á plantar la viña en el primer rincon productivo que apercibió en su gran viage para descubrir de nuevo la tierra? Loor á Noé que maldijo á Cham, el rison para probar que aun al salir de las manos de Dios, no podía el hombre seguir inocente mucho tiempo en la tierra... ¿No está esto bien demostrado por Cain y por Cham?

Loor á vosotros, padres y amigos mios,—dijo Job á los patriarcas.—Loor á vosotros que habeis tenido cuantas virtudes puede tener un hombre en la tierra.

Pero Rabelais interrumpiéndole le dijo,—Hé aquí los Papas, esos Jupíteres terrestres cuyos piés están gastados con los besos de los pueblos y de los reyes, lo mismo que los tobillos del San Pedro de bronce, última metamórfosis del del amante de Phthia la vírgen de Egío. Loor y bendicion á vosotros, venerables ancianos, que habeis amado á vuestros hermanos y padecido por ellos como vuestro divino maestro. Que para sembrar de oro maldito vuestras túnicas y vuestras tiaras, no les habeis arrancado nunca el que servir debia para comprar su pan cuotidiano; ¡Que habeis todos, antes de acostaros en la tumba abierta al lado del trono adonde subíais encarnecido y encorvados por la vejez, que habeis todos pasado de mano en mano el cáliz de amargura del Salvador! ¡Que lo habeis bebido hasta las heces, sin reemplazarlo nunca con una copa de oro ó de cristal en donde saltase el vino que la impiedad bautizó con el nombre de «Lágrimas de Jesucrito!...»

Y la prueba contiaba.

Despues de los Papas, pasaron los Pontífices y los sacerdotes de todas las relijiones. Sus trajes eran muy raros y variados. Todos tenían en el corazon alguna mancha sucia, como el egosimo y la hipocresía, ó negra como el fanatismo; y todos se avergonzaban delante de los mismos que mas los habian venerado en la tierra y á cuyos ojos habia ajitado la fantasma de un Dios vengador y celoso.

Y la prueba continuaba.

—Hé aquí ahora los reyes y los jefes de las naciones. Gracias á Dios, hoy podremos reir á nuestro antojo, lo que como sabeis ántes no era muy seguro. Pero los pueblos se acuerdan y me parece que no tienen ganas de reir á la vista de esos bufones, de esos locos, de esas bestias feroces. ¿Oís los gritos de indignacion y de ódio que de todas partes se levantan? Cohortes Pretorianas, Strelitz, Escoceses, Jenizaros, de cualquiera manera que se os llame, ¿en donde estais, para formar con vuestros pechos una barrera á todos esos potentados, culebrones ó vigas disfrazados con tantos títulos, reyes, kanes, sátrapas, cónsules, presidentes, sofis, duces; emperadores, czares, califas sultanes? ¡O naciones, ó carneros de Dindenault, ó rebaños viejos trasquilados seis mil veces! Ved cuán raros son los Antoninos, esos pastores sobrios, que no se han alimentado con vuestra carne, que no han prodigado vuestra sangre cuantas veces lo quisieron su interés ó los caprichos de vuestro entusiasmo. ¿En dónde están los príncipes coronados con las virtudes privadas, y que han conservado un corazon de hombre bajo el manto real? Ni uno solo...Justicia debería separarlos de los opresores...¿Pero es posible que semejante grupo que se compone nada ménos que de cien partes de cada millon de hombres reunidos en el valle, lleve amontonados sobre sus cabezas más de las dos terceras partes que alumbra ahora tu ojo divino? Mirad si entre todos esos dioses y esos monarcas, hay uno siquiera que merezca el título de hombre? Absuélvelos todos justicia si se encuentra ese justo... Mas ¿qué veo? ¡O Justicia desármate! y vosotros grandes de la tierra id en paz, pues se encuentran entre vosotros, dos qne aparecerán inocentes delante de los hombres y delante de la Justicia y la Verdad... Aquí están... el buey dios y el caballo cónsul. ¡Apis y Incitato!

Pero Job viendo venir algunos hombres vestidos de una especie de rayos divinos, dijo:—Salúdoos, ó reyes, dignos de ese nombre, que no solamente habeis querido, sino que lo habeis hecho. ¡Vuestro número casi no iguala al de las estrellas que vió Juan á la derecha del Hijo del Hombre.... salúdoos que sois más venerables!

Detrás de los potentados,—dijo Rabelais,—hé aquí los hombres, terribles instrumentos que Dios en su cólera ha colocado á su lado.

Las miradas del viejo pirronista se habian fijado apénas un instante en el grupo que venia hácia nosotros cuando la risa desapareció por primera vez de su boca.

—¡Pues qué,—dijo,—tantos asesinos viles han sido adornados con los más hermosos nombres que hayan poseido las lenguas humanas! Tanta fatalidad, y tanta casualidad en virtudes desmentidas al dia siguiente! ¡Tantas debilidades y tanta audacia!... ¡Tan pocos hombres esentos de pasiones egoistas, aun entre aquellos que han llevado el título magnifico de mártires de la libertad y de libertadores de las naciones!... Y... en esos puñales y esas espadas, borrones y siempre borrones... ¡Casi iba á tener fé en tí, Marco Bruto! Tus manos están manchadas no con la sangre de César que querias y que sacrificaste á

la pátria, sino con tu propia sangre que derramaste solamente para la gloria, solamente por tí!

Sí, sí,—interrumpió Job,—pero gloria á tí, hombre que los contemporáneos llamaron Washington. Soldado privilegiado en cuyas manos solo puso la libertad una espada.

Y la prueba continuaba.

Pasad,—dijo Rabelais,—pasad jóvenes, muertos la víspera del dia en que un pensamiento ménos desinteresado iba á ajar vuestros hermosos sueños de libertad y de adhesion. La muerte salió á vuestro encuentro, y fué para vosotros una amiga fina, pues más léjos, el camino era resbaladizo, difícil y el lodo mezclado con sangre hubiera saltado á vuestra frente.... Salúdoos, víctimas de la conciencia religiosa, mártires de la conciencia política. ¡Habeis muerto grandes, sublimes, sin doblar la cerviz bajo el peso de una mala voluntad y habeis sido locos sublimes! La exaltacion que dura poco, os sostuvo en el bien y la muerte evitó el mal.... Salúdoos... Vereis al pasar delante de la Justicia que su frente está limpia y brillante... y yo... dudo de vosotros....

—No tienen que dar cuenta más que del tiempo en que han vivido,—dijo el anciano árabe.

Y la prueba continuó.

Y los siglos se levantaron para pasar los unos delante de los otros.

(Se continuará.)

LOS DOS COLOSOS (1).

Con loca y tenaz porfía
Guardaba el mar iracundo
En sus entrañas, un mundo
Rico vergel de poesía;
De Colon la fantasía
Alzó su jigante vuelo
Logrando ver en su anhelo,
Cual dormitaba entre espumas
Envuelto por densas brumas
Un mundo, imágen del cielo.

—

Lleno de entusiasmo ardiente
Y en Dios puesta su esperanza,
Tras de la gloria se lanza
Sobre la turbia corriente;
Su derrota el mar presiente,
Y bramando de coraje
Alza altivo su oleaje,
Sin ver que las fieras olas
A las naves españolas
Solo han de dar vasallaje.

—

Como gladiador herido
Que al suelo cae fatigado,
Así aquel mar irritado
Al contemplarse vencido
Sobre la arena tendido
Quedó con dolor profundo,
Mientras el génio fecundo
Que supo humillar su saña
Bajo el pabellon de España
Brotar hizo un nuevo mundo.

José Sanchez Arjona.

7 junio de 72.

(1) De los «Ensayos poéticos» que en breve verán la luz pública.

VARIEDADES.

Hemos visto en nuestra redaccion el primer número de la *Zurra* que ha empezado á ver la luz pública en Madrid.

Damos las gracias á dicho cólega y le deseamos larga vida.

***

En la noche del sábado pasado tuvo lugar el beneficio de la célebre artista Elisa Villar de Volpini.

En el número inmediato nos ocuparemos de él con más detencion. Por hoy solo diremos que hemos presenciado pocas ovaciones como la que en dicha noche recibió la simpática artista.

***

Miss Elena K.... ha hecho circular una hoja por Nueva-Orleans, concebida en estos términos:

«Doy un mes de plazo á mi seductor, cuyo paradero ignoro, para que me cumpla su palabra casándose conmigo.

Si cumplido el mes no se ha presentado, emplearé cuanto poseo en realizar mi venganza, y despues de satisfecha me suicidaré.—Elena K...»

***

Recriminó una vez doña Isabel la Católica á su cronista Hernando del Pulgar, porque refiriendo en su historia cierta accion solo la ponia en nombre de su marido, habiendo, segun ella, contribuido á ejecutarla ambos. Parió poco despues la reina á la princesa Juana, y Hernando del Pulgar escribió lo siguiente: «En tal dia y á tal hora parieron sus magestades.»

***

Hay quien asegura que los daños y perjuícios causados por la *Commune* de Paris, costarán á la nacion francesa 150 millares de millones.

***

—Por quién lleva V. luto señora?

—Por un pariente lejano.

—¿Primo ó tio?

—No señor, mi marido.

—¿Y llama V. pariente lejano á su marido?

—Si señor, estaba en Filipinas.

*
* *

Los periódicos de Richmond refieren un verdadero drama trágico. Miss Enriqueta Lass, muy conocida por su belleza en los salones de París y Lóndres, de un viaje con su familia por Europa, habia vuelto á su pátria para casarse con un jóven oficial de artillería, su prometido. A la ceremonia nupcial sigue un baile durante el cual la bella desposada sorprende una mirada y una cita de su esposo con Fany Storchite, una de sus mejores amigas, á quien el oficial amaba desde la ausencia de su prometida.

La esposa ofendida conserva su serenidad, y al retirarse á sus habitaciones coje un rewolver, y vestida de hombre, traje que ha llevado muchas veces durante sus excursiones por Suiza, vá al parque que rodea la casa y que es el sitio de la cita. Oculta detrás de un árbol, asiste á aquella conferencia de amor y cuando suena el primer beso, el tiro del rewolver responde desleal, y su rival cae muerta. A los gritos, ella misma se presenta, diciendo que es el asesino. El oficial quiere hablarla, pero su conmocion es tau espantosa y rápida, la lengua se le ata, y pocas horas despues los médicos atestiguan que ha perdido el juicio.

Enriqueta Lass se ha vengado mejor que el conde Dubourg en París.

*
* *

Con la autorizacion del Gobierno de la República francesa, se van á trasladar los restos mortales de Luis Felipe, desde Claremont á Dreux.

*
* *

Se ha formado un Comité en Paris, nombrado por los estudiantes, con objeto de impedir la propaganda revolucionaria.

*
* *

Entre los cuadros no admitidos á la exposicion de pinturas de París, se encuentra uno que representa un anciano, que es el Emperador Guillermo sentado sobre las rodillas de una matrona, que es la Alsacia, y señalando un reloj que tiene en la mano.

En un rincon se vé á Mefistófeles, cuyas facciones son las de Bismark, riendo y sentado sobre un monton de cadáveres.

*
* *

Ha visitado nuestra redaccion la *Crónica de los Cervantistas*, que se publica en Cádiz.

Damos las gracias á nuestro ilustrado cólega y devolvemos con gusto su visita.

*
* *

Se examinaba de latin un muchacho que no lo había estudiado. Un tio suyo, que formaba parte del tribunal le habia dicho:

—No tengas miedo, y mírame á cada pregunta, que yo te indicaré de una manera ó de otra lo que debes contestar.

Preguntado por uno de los examinadores qué significaba la palabra *ego* (yo), miró á su tio, que estaba dándose repetidos golpes en el pecho, y contestó lleno de satisfaccion:

«El chaleco de mi tio.»

*
* *

—Fulanito, decian á uno, ¿en qué se ocupa su amigo de V. Mengano?

—Vive de sus rentas.

—Y V.?

—Yo tambien.

—¡Pues teníamos entendido que V. nada poseía!

—Y es muy cierto; por eso digo que vivo de *sus* rentas.

REVISTA SEVILLANA.

—

Este periódico verá la luz pública los dias 1, 8, 16 y 23 de cada mes, en papel y tipos iguales al presente.

El precio de suscricion será de cinco rs. al mes en Sevilla y seis en el resto de España.

Las suscriciones se harán en la administracion.

No se servirá suscricion alguna de provincias cuyo importe no haya sido abonado.

Los suscritores de provincias podrán enviar el importe de la suscricion en sellos de correo ó letras de fácil cobro á nombre del administrador.

Los señores que abonen el importe de un trimestre adelantado tendrán derecho á adquirir por menos de la tercera parte de su valor ó sean tres reales la preciosa novela de nuestro amigo don Manuel Cano y Cueto titulada OLGA.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de la BIBLIOTECA, Churruca 1.

AÑO I.—NÚM. 1.° 5 DE OCTUBRE DE 1872. (SEGUNDA ÉPOCA.)

REVISTA SEVILLANA.

PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

PRECIO DE LA SUSCRICION.

Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

Direccion y Administracion, Union 2.

DOS PALABRAS.

Al reanudar nuestras interrumpidas tareas, faltaríamos á un deber de gratitud si no comenzáramos por dar las gracias al público que con tanta benevolencia ha acogido nuestra humilde empresa.

Desembarazada la direccion de la Revista Sevillana de obstáculos que le impidieron en su primera época realizar cumplidamente el programa que precedió á sus trabajos, propónese en la actualidad seguir la línea de conducta que en aquel programa se trazara, haciendo de esta publicacion, si no un periódico dígno de la ciudad en que vé la luz pública, que á tanto no alcanzan nuestras fuerzas, aunque sí nuestros deseos, una revista acreedora al aprecio y proteccion que el público hasta hoy le ha dispensado. Cuenta para ello con la ayuda y paternal influencia de cuantas personas rinden en Sevílla culto al Arte. Frecuentemente honrarán las columnas de la Revista los nombres de los Sres. Asencio, Bueno, Escudero Perosso, Ester, Fernandez-Espino, Guichot, Lamarque, Ruiz de Apodaca, Segovia, Tubino, Velazquez y Sanchez, Zapata y otros, nombres que son, por sí solos, una garantía. Figurarán tambien en nuestra publicacion trabajos de los Sres. Velilla, Cano y Cueto, Escudero (D. Luis), Montoto, Peñaranda, Perez y Gonzalez, Sanchez-Arjona, Zappino y otros jóvenes literatos ventajosamente conocidos.

Advertimos á nuestros suscritores, que solo verán la luz pública en nuestro periódico los trabajos que á juicio de personas competentes lo merezcan; y advertimos esto, porque, bien á nuestro pesar, en la primera época de la publicacion de la Revista se dieron á la estampa trabajos, que, aceptables como ensayos, se publicaron no atendiendo á otras consideraciones que á las de amistad ó compañerismo que con sus autores nos ligaban, consideraciones que hoy tendremos en nada ante el respeto que el público nos merece.

Nuestros propósitos de hoy son los mismos de ayer; contando en la actualidad para llevarlos á cabo con más elementos que en la primera época de la publicacion de esta Revista. Por esto creemos que el público continuará dispensándonos la favorable acojida con que hasta hoy nos ha honrado.

EL LIBRO MALO.

ARTÍCULO DE DESAGRAVIOS.

Puesta la mano sobre la cruz de la espada, y el honesto pensamiento en mis lectoras, protesto y juro «non comer pan á manteles, ni con la reina folgar....» hasta haber dejado maltrecho y dolorido al autor de un *tibro malo* que anda impreso por esos mundos y que, para castigo de quien lo escribió y saludable escarmiento de pícaros, debería figurar en los catálogos de la sagrada congregacion del Índice.

Pasaron aquellos dichosos tiempos en que la moral y las buenas costumbres tenian un fiscal á sueldo para evitar que la pluma fuese en manos de escritores livianos y malandrines, lo que en manos de un adolescente un trabuco cargado hasta la boca.

Felipe Perez y Gonzalez, de diez y ocho años de edad, de seis piés y cinco pulgadas de estatura, de pelo crespo, de nariz remangada y con más *céntimetros de imaginacion* que de cuerpo, es autor del *«Libro malo.»* Con él ha disparado un trabucazo á la humanidad, y esta respetable dueña, herida en su fibra más sensible, pone el grito en el cielo y reclama á voces un castigo ejemplar.

Niéguesele, pues, al atrevido mozo, tan fecundo en *picardías*, el agua y el fuego; arrásense sus heredades y siémbrense de sal los cimientos de su casa solariega, que así quedarán colmados los deseos y desvanecida la alarma de algunos centenares de hipócritas, entre los cuales tiene el honor de contarse el que escribe estas líneas.

¡Qué falta hace la inquisicion para este y otros casos de la misma estofa!

Yo creo, Dios me lo perdone, que el Estado, como padre severo y suprema potestad, debiera, por conducto del ministro de Fomento, *incautarse* de toda la edicion de tan pernicioso libro, abonando por supuesto su importe; y hecho esto, distribuir los ejemplares entre las bibliotecas públicas, donde pueden figurar dignamente al lado de los inumerables volúmenes de este género hilvanados por Baltasar de Alcázar, Luis Velez de Guevara, don Francisco de Quevedo, Gerardo Lobo, Muncerriz, Iglesias, Lafontaine, Bocaccio, el *padre* Casti, (?) Crevillon y otros muchos, á quienes el autor del «Libro malo» ha tomado por modelos, copiando con perfeccion suma la inimitable gracia y el chispeante ingenio de aquellos *extraviados* escritores. Seamos intransigentes y hasta implacables siempre que se trate de la moral pública.

De mí se decir que romperia con gusto la cabeza á la Vénus de Médicis y borraria con un estropajo los frescos de Pompeya.

La moral ante todo.

L. Escudero.

HISTORIAS DE LA VIDA.

(CUADROS SOCIALES.)

UN HOMBRE DE BIEN.

I.

Don Antonio era un propietario acaudalado, que merecía la estimacion de sus convecinos: su honradez corría parejas con su religiosidad, y daba gozo el verle los domingos y demás fiestas de guardar asistir á la misa de su parroquia, acompañado de tres hijas, en las cuales competia la virtud con la hermosura.

En su casa reinaba el apacible recogimiento de una tranqnila felicidad: nada de teatros, nada de espectáculos públicos, que, segun don Antonio, corrompian las costumbres; se madrugaba, se rezaban dos padre-nuestros al comenzar y al acabar el almuerzo, la comida y cena, se recibian algunas visitas de personas de la familia, se cerraba la pnerta de la calle á las nueve de la noche, y á las diez todo el mundo dormía ya á pierna suelta.

¡Oh, don Antonio era un hombre de bien! Ejercía la caridad una vez por semana: todos los sábados daba un mugriento y corroido ochavo á cada pobre que llamaba á su puerta: en alguna que otra funcion de iglesia solia regalar la cera que alumbraba el altar; aborrecía las ideas innovadoras del siglo XIX, pero no era hombre político, y detestaba especialmente á los socialistas que querian apoderarse de lo ageno.

Y tenía razon. Verdad que él no se había enriquecido con el sudor de la frente, pero ¡qué diablo! unos buscan la fortuna y á otros los busca ella: verdad que un cierto pueblo se veia despojado de sus terrenos de propios, pero,-lo que el decía-¿qué necesidad tenían de ellos? ninguna: cierto era que, cuando la desamortizacion, tomó algunos bienes nacionales, que no llegó á pagar al Estado; pero en esto le guiaba una buena intencion, la de librar los bienes eclesiásticos de las rapiñas liberalescas, como él decía y además había confesado y cumplido alguna áspera penitencia, en expiacion de su pecado, y estaba completamente tranquilo, porque el articulo 42 del

Concordato de 1851, le aseguraba la propiedad de sus fincas y sosegaba los más exagerados escrúpulos de su conciencia limpia y timorata.

II.

Nadie sabía que algunas noches, á las nueve, hora en que don Antonio se recogia, le esperaba, sentado en el umbral de la puerta, un pobre niño, como de siete á ocho años, pálido y harapiento, que, al divisarle, se dirigia á él, estendiendo una de sus manos, amorotada por el frio y diciéndole:

—Dios guarde á usted, padrino... ¿Me dá usted algo para mi madre?

—Vete de aquí, le contestaba don Antonio. Ya sabes que todos los sábados...

—Si, padrino... pero tenemos tanta hambre!

—Tu madre es una perdida, y tú eres un vago que ya deberias estar trabajando... Vamos... déjame... Juanito.

Y don Antonio entraba en su casa, cerrando tras si la puerta, cuyos cerrojos, candados y barras dejaban oir ingratos y desapacibles chirridos.

El niño miraba la casa, movía tristemente la cabeza, y se alejaba con pasos tímidos y vacilantes; al llegar á la esquina de la calle encontraba á una muger de miserable aspecto, aunque todavia hermosa, y le decia en voz baja.

—Madre, tampoco me ha dado nada esta noche.

Y la muger, sin decir palabra alguna, con el aterrador silencio de la desesperacion, cogía al niño de la mano, á aquel pobre niño que se dormía de hambre y de cansancio, é imploraba la caridad de los transeuntes. ¡Pobre madre!

Don Antonio, entretanto, besaba á sus hijas en la frente, recitaba sus oraciones nocturnas, se entregaba al sueño de los justos y dormia como un hombre de bien, cualidad de que estaba orgulloso y que nadie le habia negado, por más que Juanito y su desdichada madre dijeran lo contrario.

III.

Emilia era una linda muchacha, alegre como un pájaro y colorada como una rosa, y se mantenía con la labor de sus manos que le rendia escasísimas utilidades. Era huérfana: vióla el honrado don Antonio, ocultóle que estaba casado, y con repetidas promesas y palabra de matrimonio logró poseerla, que mal resiste una muger ciegamente enamorada las constantes súplicas y apasionadas razones del que adora.

La desdichada jóven fué madre de un hermoso niño que don Antonio se negó á reconocer, exigiéndole que lo arrojára en la Inclusa, exigencia que Emilia rechazó con toda la energia del maternal cariño, descubriendo, al propio tiempo, que don Antonio era casado y llorando la imposibilidad de restaurar su honra.

El hombre de bien cortó todo género de relaciones con aquella *perdida*, como él decía: el primer deber es evitar el escándalo, que lo demás poco importa. Si la madre de Juanito pasaba mil apuros para alimentar á aquella inocente criatura ¿qué culpa tenía él? ¿por qué no la habia arrojado en la inclusa? ¿Quizás iba él á llevar aquel niño, fruto de ilícitos amores, al hogar doméstico, turbando así la honesta paz de su familia? Claro que nó. Por otra parte, ni Emilia ni Juanito tenian derecho á pedirle nada. ¡Pues no faltaba otra cosa si no que fueran á saquearlo y á esprimir su bolsa continuamente! Verdad que Juanito era su hijo, pero un hijo de quien se avergonzaba con razon. La naturaleza es flaca y cede á las tentaciones del demonio; pero ¿qué pecado no borra un verdadero arrepentimiento?

IV.

Las penas y el trabajo hicieron enfermar á Emilia á medida que iba creciendo Juanito; las lágrimas habian debilitado la vista de la pobre madre, sus manos temblorosas no podian ya enhebrar la aguja y llegó un dia en que la enfermedad del hambre y la miseria, la tisis, se apoderó de su cuerpo, que se estremecía como la hoja en el árbol, minado por una lenta y consuntiva calentura.

El niño, en quien la madre habia gastado cuanto la labor de sus manos producía, para tenerlo limpio y aseado, ya que no otra cosa, para que estrenára un modestísimo vestidito en tal ó cual festividad, para curar con solícito esmero, sin que de nada careciera, las dolencias propias de la niñez, tambien sentia los efectos de la miseria, estaba flaco y pálido, sus ropas eran más bien que vestidos repugnantes harapos, cuya vista hacia llorar amargamente á la desventurada madre.

Ella no habia exigido á don Antonio cosa alguna desde que él la abandonó; pero la madre olvidó los agravios de la muger, y por eso enviaba á su hijo á pedir un pedazo de pan á don Antonio, pedazo de pan que el padre le negaba. ¡Pues qué! ¿No era bastante caridad repartir unos cuantos ochavos todos los sábados? Los pobres son insaciables y mientras más se les dá más quieren: no, si no haceos de miel y os comerán las moscas. La ley solo concede derechos á los hijos legítimos, y en algunas ocasiones á los naturales; y mira con un sagrado horror á los adulterinos (no á los padres) y los declara hi-

jos de ninguno, aunque la naturaleza diga lo contrario, pero esto debe consistir en que la ley, como obra de los hombres, es más sabia que la naturaleza.

Por lo que se vé, don Antonio se creia justamente dispensado de toda obligacion respecto á Juanito; el capital que poseía era la herencia de sus hijas y debía conservarlo para que ellas, á su muerte, no padecieran desnudez, frio ni hambre. Si Juanito habia nacido pobre, que se resignára; siempre ha de haber pobres y ricos. ¿Qué se hubiera dicho al ver aquel muchachuelo desarrapado y vagamundo, pequeño aprendiz de criminal, llamar hermanitas á boca llena á las hermosas hijas del honrado don Antonio?

V.

Juanito esperaba á su padre, sentado en el umbral de la puerta, en una lluviosa noche de invierno: estaba triste y pensativo, reflejándose en sus ojos la desesperada agonía de un inmenso dolor: paróse un carruage ante la casa y bajó de él don Antonio, á quien se dirigió el niño con los ojos llenos de lágrimas.

—Padre, le dijo, mi madre se está muriendo... Socórrame usted.

—Juan, replicó don Antonio, ¿cuantas veces he de repetirte que te engaña quien te diga que soy yo tu padre? Sabe Dios de quien serás tú hijo... Déjame en paz: hoy se casa una de mis hijas, y quiero estar tranquilo... ¿lo entiendes?

Y don Antonio entró en su casa.

El niño se quedó inmóvil: miró largo rato aquella suntuosa casa, oyó los sonidos de alegres músicas, vió, á través de los cristales de los balcones, hombres y mugeres, lascivamente enlazados, bailar al compás de festivas danzas, percibió el ruido que formaban las henchidas copas al chocarse en los entusiastas brindis.... Olvidó que la lluvia caia sobre él á torrentes, que su madre espiraba quizás en aquel momento, y arrojó sobre la casa una mirada de ódio infantil, pero terrible.

¿Qué pensaría aquel niño...?

Buena suerte fué la suya en que no acertára á pasar ningun agente de policía, pues al verle mirar con atencion la casa de un hombre de bien, de seguro le hubiera llevado á donde no viese el sol en algunos dias tomándolo por un pequeño ladron, puesto allí para dar aviso á los mayores, y la sociedad se hubiera espantado al tener conocimiento de tan perversa precocidad en tan pocos años.

¡Feliz don Antonio! ¡Pobre niño!

Emilia murió aquella misma noche.

VI.

Pasaron doce años, sin que don Antonio volviera á ver á Juanito.

La antigua guerra social, la guerra de los esclavos, interrumpida sólo para cobrar nuevas fuerzas, se reproduce eternamente, y así como los relámpagos anuncian la proximidad de las tempestades, de tiempo en tiempo, los oprimidos recurren á las armas, como anunciando que no tardará en llegar el dia en que se rompan las cadenas.

Alármase la sociedad, hipócritas gemidos llenan el aire, los cobardes tiemblan y temen el universal despojo, soñada quimera que nadie ha pensado todavía sino aquellos que han despojado á los demás, llueven las más tremendas imprecaciones contra los sublevados y los hombres de bien miran con gozo su completo exterminio.

Juan, el hijo de don Antonio, habia sido hecho prisionero con las armas en la mano: debia aplicársele la ley marcial, que es rápida y ejecutiva, pues á la sociedad importa mucho librarse con prontitud de los que tan abiertamente conspiran contra ella.

Y como Juan no era un personage político, ni siquiera general, claro es que se le impuso la pena de muerte; la sociedad sabe disfrazar el crímen con la máscara de la justicia, pero es la más fuerte y por eso nadie se cuida de pedirle cuentas.

. . . .

Ya se ha cumplido *la vindicta pública*: el agarrotado cadáver de Juan queda expuesto á la vista de los transeuntes. ¡Odioso espectáculo, bárbara costumbre!

Pasa un carruaje: en él va el honrado don Antonio, acompañado de su familia: mira un instante al reo, á quien no conoce y dice á su yerno, que ocupa un asiento á su lado, señalando al cadáver:

—Ese era un socialista furibundo. ¡Bien merecida tenia la pena! ¡Socialista! ¡Tunantes, que quieren robarnos lo nuestro!

Y el carruaje siguió á la carrera, alejando del patíbulo al hombre de bien, mientras sus hijas rezaban en voz baja algunas oraciones por el alma de aquel pobre ajusticiado.

José de Velilla y Rodriguez.

SECCION POÉTICA.

Á UNA ESTRELLA.

¿Por qué, cuando te miro
lucir radiante en el azul del cielo,

inestinguible anhelo
arranca al corazon hondo suspiro?
Hermosa cual ninguna,
más vivo resplandor tu rayo lanza.
¿Eres hija del sol y de la luna?
¿El astro de la dicha y la fortuna
que algun mortal sobre la tierra alcanza?
Esa luz brilladora,
que está mi frente iluminando ahora,
¿es la luz celestíal de la esperanza?
¿Es el dulce perdon que Dios envía
al pecador que llora arrepentido?
¿Lágrima de los ojos de María
que el rayo de justicia ha detenido?
¿Eres acaso la oracion ferviente
que al firmamento sube
de enamorada vírgen inocente?
¿Eres la cabellera refulgente
que flota entre las alas de un querube?
¿O eres, dí, la mirada de ternura
que, con amor profundo,
desde el cielo, morada de ventura,
un ángel puro compasívo vierte
sobre el dormido mundo,
triste mansion del llanto y de la muerte?
En tí al fijar mis ojos,
la tierra olvido que mi planta huella,
fecunda solo en ásperos abrojos.
¡Ay, si dejando el valle de la vida,
en que angustiada gime y se querella,
donde no encuentra ni placer ni calma,
de tu luz en un rayo convertida
á tí pudiera remontarse el alma!

Mercedes de Velilla y Rodriguez.

Sevilla 9 de Julio dé 1872.

ECOS DE LA NOCHE.

LOS ELEMENTOS.

¡Responded á mi voz! Seguid, sin calma,
Alzando vuestros lúgubres acentos...
¡Siento dudosa divagar el alma
Sumergida en mis propios pensamientos!
¿Cuál es vuestra mision? ¿En ruda guerra
Al orbe prevenís término aciago?
¿De la asombrada y moribunda tierra
Sereis un tiempo destruccion y estrago?
Desvaneced las dudas pavorosas
Que agitan, sin cesar, mi mente inquieta,
Y van grabando huellas dolorosas
En la turbada frente del poeta.
¡Hablad! Ya escucho vuestra voz sombría...
¿Es el mundo inmortal.? ¿Tamblen perece?
¿De la tierra por siempre en triste dia
Solo el hombre infeliz desaparece?

EL FUEGO.

Yo entre mis brazos, con horror temblando,
Veré inflamarse la creacion entera;
¡Cuanto flota en el éter, palpitando,
Envolveré como gigante hoguera!
¡Y avanzaré con paso dominante,
Lanzando en derredor olas de fuego,
Y en monton de cenizas humeante
Dejaré el orbe convertido luego!

EL AGUA.

Yo floté sobre el mundo levantada,
De crímenes sin cuento vengadora,
Y nunca más, hirviente y desbordada,
Me espera ser del orbe la señora.
Mas cuando suene el temeroso instante
Y llegue todo á vacilar incierto,
Alzándome terrible y espumante
Haré solemne y funeral concierto.

EL VIENTO.

De la lucha final al choque rudo
Será el espacio, entonces tenebroso,
Ya solitario el universo y mudo,
Inmensa tumba de eternal reposo.
¡Yo, soberano al verme del vacio,
Disiparé del mundo el polvo inerte,
Y de la nada sobre el lecho frío
Tenderé vencedor álas de muerte!

Cárlos Peñaranda.

---

* *
*

I.

Dos alegres golondrinas
Hicieron en tu ventana
Un tosco nido en que hallaron
Tranquila y feliz morada.
Cuando tú, al morir la tarde,
Tras de la reja me hablabas,
Las alegres golondrinas
Sus amores se contaban,
En ese santo lenguaje
Que solo comprende el alma.
Y mientras que amor eterno
Me juraban tus palabras,
En su nido dulcemente
Las golondrinas cantaban;
Y al separarme de tí
Murmurando: *hasta mañana,*
El eco tierno de un beso
En el nido resonaba.

II.

Hoy al cruzar por tu calle
Te hallé hablando en la ventana
Con un hombre á quien, perjura,
Amor eterno jurabas.
Alcé los ojos y ví
El nido, donde aun estaban
Las alegres golondrinas
De azules y negras álas.
¡Eran las mismas, las mismas,
Que aun todavia se amaban!
Al verlas, recuerdos tristes
Hicieron brotar mis lágrimas,
Y escuché el eco de un beso
Que en el nido resonaba.

José Sanchez Arjona.

ÚLTIMA ESPERANZA.

De la vida en el áspero camino
un porvenir el hombre ve á lo léjos:
cuanto su vista alcanza, un sol divino
alumbra con sus vívidos reflejos.

—

Todo al principio, todo le sonríe;
el raudal de la dicha no se agota,
y el corazon con la esperanza ríe,
porque la fé de la esperanza brota.

—

Sueños de amor, de gloria y de fortuna
en su cerébro la ambicion levanta,
y las gradas asalta de una en una
y su victoria enardecido canta.

—

Pasan los años ¡ay!... la ilusion muere
y aquel dorado porvenir no llega,
y el frio desengaño que le hiere
hasta el consuelo de soñar le niega.

—

Y hastiado entonces del mundano goce,
henchida el alma de doliente pena,
aun puede ser dichoso si conoce
que el corazon del hombre Dios lo llena.

M. Zappino.

UN AUTO DE FÉ.

Apuradillo se verá, allá corriendo los siglos, el bibliófilo que en el veinte y cuatro ó treinta tome sobre sus hombros la abrumadora carga de reseñar los escritores del décimonono y particularmente en su último tercio; tiempos que felizmente alcanzamos. Yo me finjo al bibliófilo un anciano venerable, coronado de nobles canas y empolvado de piés á cabeza con el de los archivos y bibliotecas; yo le veo amontonar volúmenes, folletos y periódicos, y hacer con todos una nueva Babel que amenaza á los de allende las nubes; y le veo trabajar incesantemente un año y otro, acabando por renegar de sus aficiones y propósitos, confesándose vencido ante la absolúta imposibilidad de llevar á cabo un trabajo superior á los de Hércules. ¡Y cómo nó! Cien mil prensas tipográficas sudando más tinta que lava arroja un volcan en erupcion; dos millones de ingenios engendrando y pariendo á un punto mismo, son capaces de inundar la tierra con un diluvio de obras más temible, mucho más temible que el Universal. ¡Que actividad¡ ¡Que movimiento literario! ¿Y poetas? En España brotan á cada paso, como no hace aun un siglo brotaban los frailes! Eso sí, los españoles no seremos hombres de ciencia; pero de poesia.,. ¡que si quieres!

Así decia yo hoy de mañana al tender la vista por mi mesa de estudio cubierta de volúmenes de todos los tamaños y colores, volúmenes que hace una semana dormian en los desvanes de las inteligencias de sus padres.

¡Diez tomos de poesias en una semana!

Con toda la santa paciencia que Dios me ha dado púseme á hojear aquellos libros, y perdona, amigo lector, que sin tú quererlo tal vez, te comunique ahora mis impresiones.

Vínome á las manos, primeramente, uno titulado, si mal no recuerdo, *Flores y pájaros*; su autor, don Inocencio de Pedro. Este don Inocencio, si tú no lo sabes, es un muchacho que cursa humanidades en el Instituto provincial: no tengo el gusto de conocerle personalmente, pero, segun dice una amiguita de su hermana, tiene mucho talento. Dedica la obra, en prueba de cariño, á su querido papá; y vé por donde, si el chico no es poeta, es hijo amantísimo de su padre. Pasando hojas y hojas, más hojas que hojas tiene una enramada, llegué á la última. En resúmen: el jóven Inocencio nos dice en renglones desiguales que es muy desgraciado; que le gustan las niñas (y ya no comprendo su desgracia); que las auras son ledas, blandos los céfiros, murmuradoras las fuentes y los ruiseñores canoros. Sin duda habia presentido las inspiraciones de don Inocencio aquel que dijo «lo que no vale la pena de decirse en prosa, se canta.»

Díme, despues, de manos á boca con los *Ensayos poéticos* de don Restituto Córidon, precedidos de un prólogo de don Ramon Romo. Este don Restituto es un muy amigo mio; juntos estudiamos latin, y desde sus más tiernos años mostró decidida aficion á la carrera de las armas; y en efecto, como dijo el otro, se ha *metido* á poeta despues de haberse metido en los

cascos (no hay segunda intencion) todas las obras de Herrera, Rioja y Góngora. En los *Ensayos* no falta aquello de *flamígero, armipotente, almo, equividad* y *apartamiento*, y otras frases y palabrejas á este tenor. Todas sus composiciones, y esta circunstancia es muy digna de tomarse en cuenta, van dedicadas, una á una, á un amigo, y los asuntos en que su musa se inspira son los siguientes: «En la profesion religiosa de Sor Asuncion de la Stma. Trinidad.» «En la primera comunion de la niña Q. K.» «Al lunar de Lesbia.» etc.

Si tú leyeras estas páginas, benévolo lector, esclamarias, como yo no pude menos de esclamar: Cuénteselo usted á su abuelo; y, aunque el eminente literato que suscribe el prólogo jura por la salvacion de su alma que don Restituto es un poeta eminente, asagurarias que el bueno del autor habia perdido lastimosamente el tiempo.

Topéme luego con otro libro de poesias, denominado *Ayes del alma*, y por ser yo muy sensible, no quise enterarme de que era lo que dolia á aquella bendita señora; luego hojeé muy á la ligera *Mis veladas*, es decir, las veladas de un tal.... el nombre no hace al caso. Luego.... luego llegó á mis oidos la voz de la cocinera que cantaba la siguiente copla:

No me digas nunca *adios*,
que esa palabra es muy triste:
corazones que se quieren
nunca deben despedirse.

Llamé á Antonia, que este es el nombre de mi cocinera, y habiéndole preguntado de quién habia aprendido aquel delicado cantar:

—¡Vaya! de quién lo habia de aprender-me contestó-¡de nadie! Esta copla.... Verá usted, como ya usted sabe, mi novio....

—Sí-la interrumpí-ese militar de los demonios que ha tomado esta calle por cuartel!

—¡Pobrecillo!

—Vamos ¿qué le sucede?

—Que esta mañana se fué con el regimiento....

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Anoche se despidió de mí....

Y á la pobre muchacha se le cayeron dos lágrimas como nueces.

—Muger, no llores,-dígele movido á compasion no llores, que ya volverá con *la absoluta* á casarse contigo.

—Que volverá?... ¡Quién sabe! si supiera usted cuanto he llorado toda la noche.... Ahora mismo estaba pensando en él; verdad es que en él pienso siempre! Recordaba yo sus últimas palabras y me dieron unas ganas de cantar! Casi siempre me sucede lo propio: voy á llorar y no sé cómo lo hace el demonio que salgo cantando.

—Bien, hija mia, bien; ¿pero esa copla?

—Si no me acuerdo ya de ella....

—Mira, Antonia; enjúgate las lágrimas y entra en mi cuarto de estudio: encima de mi mesa verás unos libros; cógelos, llévalos al corral y préndeles fuego.

—Pero, señorito....

—Que no se salve uno!

No mucho más tarde presenciaba yo un auto de fé sin compadecer á ninguna de las víctimas; verdad es que arrojándolas al fuego no las condenaba á un cruel suplicio, habian oido la copla que cantó Antoñita y estaban muertas.... de vergüenza.

LUIS MONTOTO.

BIBLIOGRAFIA.

MADRID.—Pocos, y de escaca importancia, son los libros que desde Madrid han llegado á nuestras manos en los últimos meses.

Un cuento en verso, titulado *Un dia de locura*; unas poesías del Sr. Sanjuan y dos novelas originales, una de Ricardo Sepúlveda, *La mujer de usted*, y otra *El club de los solteros*, del señor Moja y Bolivar.

Un dia de locura, es uno de tantos libros á los que cuadra perfectamente aquello de «lo que no vale la pena de decirse en prosa, se canta.»

A la verdad, aun cuando su autor no hubiera cantado, nada habriamos perdido. Por lo demás, el libro es modelo de trabajos tipográficos: escelente impresion y magnífico papel.

BOSQUEJOS, titula el Sr. Sanjuan sus poesías, y bien pueden pasar como tales, por mas que diga lo contrario el respetable literato que suscribe el original prólogo que abre la marcha. Si el Sr. Sanjuan hace en adelante algo más que bosquejos, no nos sorprenderá: Quien bien empieza...

La mujer de usted. Así se titula la novela de Ricardo Sepúlveda, título que sorprende á los que no están en el secreto; y el secreto es que *Usted* es apellido de un caballero particular, que se apellida *Usted*, como hubiera podido apellidarse Gomez ó Rodriguez. La novela es inocente y vivirá sin ser flor lo que viven las flores: *l'espace d'une matin*. (Lo decimos en francés para que el autor nos entienda.)

A *La mujer de usted*, siguió *El club de los solteros*; que apenas hay mujer que no se vea seguida y perseguida de solteros y casados. Su autor lo es Federico Moja, autor de otra obra mucho mejor que *El club*, titulada *Alegorías*. ¡Lástima grande que no hubiera el Sr. Moja meditado un poco mas el plan de su ingeniosa

AÑO I.—NÚM. 2.° 15 DE OCTUBRE DE 1872. (SEGUNDA ÉPOCA.)

REVISTA SEVILLANA.

PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

PRECIO DE LA SUSCRICION.

Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

Direccion y Administracion, Union 2.

DESAFÍO EN ZAMORA

ENTRE

DIEGO DE MONSALVE Y DIEGO DE MAZARIEGOS. (1)

Házese en Zamora el Ayuntamiento en la Iglesia de Sta. María la Nueva; y el general se haze el dia de los Reyes.

Estando assí juntos los cavalleros año de... y entre ellos Francisco de Monsalve, anciano de 75 años, enfermo, que trahia por muleta una caña; y Diego de Mazariegos, mozo gallardo, bien dispuesto, muy principal mayorazgo de la casa de los Guadalaxaras, con tres hermanos valerosos y de mucha fama:

Tratábase pues en la junta cierto negocio en que diferenciaban los parezeres y porfiaba Diego de Mazariegos. Dixo Francisco de Monsalve: Señor, dexad hablar á los cavalleros hijosdalgo mas antiguos, que despues hablareis vos. Respondió Diego de Mazariegos: Yo soy más antiguo cavallero hijodalgo que vos. Dixo Monsalve: Reportad os, cavallero: que yo no hablo de la antiguedad de nobleza: que bien conoscida es la mia; sino de la edad, que están aquí muchos cavalleros de mas edad que vos, y es bien que oygamos sus parezeres. Replicó Mazariegos: Yo soy cavallero y mas antiguo hijodalgo que vos, y no ay aquí quien lo sea mas que yo: Monsalve respondió: vos mentis como mal cavallero. Asiole Mazariegos de la caña que tenia en la mano, quebrole

(1) Copiamos este curioso y original documento de un manuscrito inédito, que tiene á su pié la siguiente nota, puesta de puño y letra del sábio bibliofilo don Bartolomé José Gallardo: «Todos los papeles que contiene el presente volúmen parezen están escritos del puño del amanuense de don Juan de Loaisa, erudito sevillano, á quien Ortiz de Zúñiga en sus Anales celebra agradezido de muy notizioso, i diligente investigador de antiguedades.

De esta diligencia é tenido á la vista repetidos testimonios en diferentes códices, unos copiados de su mano, y otros de su nota y pluma. Entre otros me acuerdo de uno titulado:

> «Lo que refieren las Istorias azerca del presente que envió el rei de Egipto al rei don Alonso el Sabio; de que permanezen en esta santa Iglesia en la nave del lagarto, un lagarto, un diente, un freno.»

El cual concluye así: «Este año de 1.694 se descolgaron todas estas alajas por causa de enluzir y blanquear este sitio delante de la capilla de la imájen de N. S. de la Granada; i solamente se limpiaron del polvo, sin mudar-las ni variar nada de la primitiva forma en que se pusieron i permanezieron siempre, ni añadirlas adorno alguno por no alterar ni tocar en tan venerables antiguallas. Cuyas memorias, como quedan referidas, porque no las consuma el tiempo, recojí de los dichos libros y papeles yo «don Juan de Loaisa,» presbítero, natural de esta ziudad de Sevilla, canónigo de su santa Iglesia, y mayordomo de la fábrica; que con gran diligenzia junté y escribí de mi propia mano.—Fecho el dia sábado 31 de julio del dicho año de 1.694 en que se acabó de renovar, y escribir esta razon, dia del glorioso patriarca S. Ignacio de Loyola.» (Firmado.)—«Bmé. José Gallardo.»

El manuscrito se custodia en la Biblioteca de esta Universidad, y nos ha facilitado su copia el excelente poeta y literato sevillano don Juan J. Bueno, cuyo esmerado celo por las letras pátrias es digno de los mayores elogios. Hemos procurado conservar en todo lo posible la ortografía especial del mencionado manuscrito, que esperamos leerán con agrado nuestros favorecedores, prometiéndoles que no será el único trabajo de esta índole que aparecerá en las columnas de nuestra modesta publicacion.

un pedazo, y diole con él dos ó tres palos, y como allí Monsalve se hallase sin deudos, y Mazariegos con muchos y amigos se salió y fué á su casa sin contraste.

Monsalve se fué á la suya aflijido y congojado y le sobrevino tal calentura que vió llegar su fin y escribió una carta á un su hijo mayor llamado Diego de Monsalve, que estaba en Grecia en la ciudad de Coron, soldado aventajado del maestre de campo Machicao, y despues fué cavallero del órden de Calatrava, maestro de campo y governador de Hetrin y Dontestura fronteras de Francia, y uno de los doce cavalleros que escogió el emperador don Cárlos para la batalla con otros doce: en que se entendió componer las pretensiones de los reyes sobre la paz de Italia; el cual era comunmente llamado por exzelencia el capitan Monsalve, cuyos servicios y hazañas se verán en la historia del emperador Cárlos V.

Tenia por sus camaradas á Alvaro de Sossa, hermano de don Pedro de Rivero, natural de Toro, y á Bernardo de Sotello del Hábito de S. Juan, natural de Zamora, y Alonso de Zisneros natural de Benarente, todos cavalleros de gran valor.

Delante de estos en su casa dieron á Diego de Monsalve la carta de su padre, y otras para sus camaradas. El abrió la suya, que dezia assí:

Muy magnífico señor. Antes de ayer, dia de los Reyes, tubimos ciertas palabras el Sr. Diego de Mazariegos; y á las que me dixo, por ser demasiadas y falsas, me obligó á desmentirlas: tomome un pedazo de una caña, que yo trahia en la mano por báculo y diome con él de palos. Como me han desamparados las fuerzas corporales para satisfacer á tan gran deshonor é insultos, y me ha quedado la memoria de mi obligacion y de mis passados, me ha causado tan gran dolor, que me ha quitado muy aprisa la vida. He querido dar cuenta de este sucesso á Umd., para solo suplicarle que de aquí adelante no se llame, ni se tenga por hijo mio, si no de Francisco de Monsalve mi señor y mi padre, que acabó la vida tan honradamente como vivió, y no de quien ha sido tan desventurado, que la naturaleza le ha quitado la fuerza, y la fortuna todo á un mismo tiempo. Yo olvidando mis injurias por solo Dios, y por el mismo suplico á Vmd. que en este negocio no se hable, ni se trate mas que si no hubiere sucedido: que yo perdono al Sr. Diego de Mazariegos, porque Dios perdone mis muchos y grandes pecados. Fecho en Zamora á 7 de Enero de 15....

Con esta carta escribieron á Diego de Monsalve algunos déudos y amigos suyos, haziéndole saber como su padre era fallescido tres dias despues del sucesso, con dolor de sus pecados, recibidos los sacramentos y perdonadas las injurias: y el gran sentimiento de los deudos y de toda la ciudad, por aver sido tan honrado y valeroso cavallero.

Acabada de leer la carta Diego de Monsalve cayo arrebatado de un gran desmayo. Acudieron los camaradas, alzaron la carta, vieron y entendieron el miserable sucesso. Leyeron las suyas en que se les daba cuenta del caso. Confirieron los tres entre sí lo que se debia hazer, acudieron al amigo, y confortándolo y buelto en sí, le dixeron:

Señor Diego de Monsalve, qualquier sentimiento que ayais mostrado en tan gran caso es muy justo. Mas es ya tiempo de que mostreis vuestro corazon y ánimo, y levanteis el pensamiento á la venganza de tan gran sinrazon, que esperamos en vuestro valor que será tan aventajada, qual pide tan grave excesso, para que en todo el mundo sea conoscido vuestro nombre. Bien sabeis que en este saco de Coron hemos ganado ocho mil ducados, creed que nos los ha dado Dios con mucha causa y misterio, aviendo vivido pobres toda la vida, y que debe de permitir que con ellos y el mucho valor de vuestra persona se restaure la honra de vuestro Padre. Todos os los entregamos para que de ellos y de nuestras tres personas dispongais á vuestra voluntad: que os prometemos y hazemos

pleyto omenage como cavalleros hijosdalgo, de os seguir y acompañar hasta que á mucha satisfaccion vuestra recupereis la honra de vuestro Padre. Y juntamente hazemos pleito omenage como cavalleros hijosdalgo que si dentro de dos años no os satisfaceis que os hemos nosotros de quitar la vida.

(Se continuará.)

SECCION POÉTICA.

HOJAS SECAS.

Fecundos en libros de todas clases son los meses que atravesamos; al *Libro malo* de Perez y Gonzalez, hay que añadir el que lleva por título las palabras con que encabezamos estas líneas, que á todo pueden aspirar menos á justificar el nombre del juicio crítico.

Llenas de una suave inspiracion y engalanadas generalmente con una forma tan pura como fácil, las poesías del jóven y ya reputado escritor don Benito Mas y Prat desmienten el título de *Hojas secas* que su modesto autor ha querido darles. Nosotros quisiéramos, cual invisibles séres, seguir uno por uno los numerosos triunfos que, sin duda, alcanzará obra tan apreciable: ser mudos testigos de los recuerdos de vagos amores, de sensaciones indefinibles que despertarán sus dulces armonías en el corazon de sus lectores: sorprender acaso en el rostro de una hermosa una de esas lágrimas hervidas por el dolor en el pecho, arrancada de los ojos por el ángel del consuelo, cuando se contempla tristemente la velada imágen de esa ilusion primera, que, una vez perdida, nunca más tiende sobre nuestra cabeza sus álas de gloria.

Estamos conformes con la mayor parte de las apreciaciones que sienta en el bien escríto prólogo que precede á tan notables poesías el señor Biepma y Alarcon, que ha sabido señalar con gran acierto cuáles son del tomo las mejores armonías; tiene razon el prologuista: Benito Mas y Prat no puede confundirse con esa *plaga* (no podemos decir pléyada,) de adocenados versificadores, y su libro es un feliz acontecimiento para las letras españolas.

De poco tiempo á esta parte ha inundado las librerías un ejército de obras en verso, que sólo pueden atravesar, en nuestro juicio, dos períodos que llamaremos de indiferencia y de olvido; pero que acojidas algunas por la prensa con incalificable bondad, y patrocinadas otras de una manera inverosímil por eminentes literatos, tienen el inaudito atrevimiento de *codearse* con otras menos aplaudidas, menos apoyadas, y que ostentan sin embargo el sello hermoso de la inmortalidad. El poeta, en nuestros dias por desgracia, se desdeña de ocuparse de las obras del poeta: el crítico, que tiene razon de ser enmudece asustado ante el sensible estravío del buen gusto, delegando su árdua mision en manos de complacientes periodistas: la audacia, la servil imitacion, cubriéndose con deslumbrantes caretas, usurpan sus costosos puestos á la inspiracion y al talento: el génio pasa sobre la tierra como un rayo de luz instantáneo y por nadie visto; y en medio de tan honda perturbacion, de tan encontrados sentimientos, el *siglo de las luces* aplaude ó silba, rie ó llora sin conciencia de lo que hace.

El génio, sin embargo, tiene una sagrada mision que cumplir; ignorado, oculto hasta donde es posible que se oculte la luz, la cumple, casi siempre costándole tan privilejiado destino una dolorosa indemnizacion; el martirio.

Sin querer, amables lectores, y como consecuencia inevitable de nuestro carácter, nos hemos separado de nuestro principal objeto, para entregarnos á tristes y verdaderas reflexiones: volvamos al libro que nos ocupa.

Una de las condiciones precisas en el poeta y que posée el Sr. Mas y Prat, es carácter propio; sin caer jamás en esa cansada monotonía que producen los libros *reducibles á una mínima espresion*, sino que por el contrario conservando en toda la obra una constante diversidad, se observa en todas sus poesías unidad de pensamientos, unidad vaga, indefinible, que pasa desapercibida casi siempre.

Diríase que las *Hojas lozanas* (así las llamaríamos nosotros,) del Sr. Mas están impregnadas de la atmósfera de Andalucía, segun el voluptuoso vértigo que se apodera del alma al leerlas.

De vez en cuando un pensamiento oscuro, una palabra, admitida tal vez sin exámen, rompe el lazo de bellezas con que nos encadena el poeta; es disculpable: la crítica, sin embargo, cumple un deber al confesarlo.

Siendo indudable que el alma del poeta es un misterio para ella misma, preciso es conocer que el autor del libro que nos ocupa ha penetrado en el fondo de la suya. Víctor Hugo, que citado en el prólogo del Sr. Biepma como poeta escéntrico, no lo es sin embargo, es un ejemplo de lo que decimos: ¡cuántas indecisiones antes de caracterizarse en la *Leyenda de los siglos!*

Entre los más esclarecidos ingénios españoles, se eleva indudablemente Zorrilla; ¡cuántas vacilaciones, antes de encontrar su género en

los celebrados *Cantos del Trovador!*

A véces una chispa casual logra despertar al poeta de una vez para siempre: Petrarca necesitó la imágen de Láura ante sus ojos; Milton pudo imaginar libremente *El Paraiso perdido*; sus ojos, cerrados á la luz y á la tierra que pisaba, estaban abiertos á la divinidad de un sueño.

No citarémos á Gustavo A. Becquer, á Martinez Monroy, á Bernardo Lopez García, malogrados poetas: ¿quién los conoce? Preguntad por Espronceda; no pregunteis por Lopez García que tanto se eleva sobre aquel.

Decíamos antes de las citas que nos ha parecido oportuno hacer, que el Sr. Mas y Prat había encontrado su camino, si se nos permite la espresion, y aun le aconsejariamos, si tambien se nos permite, que continue por él y no lo abandone.

Tiene inspiracion, condiciones de buen hablista, y pincel envidiable; buena muestra son sus poesías *Un cuento azul*, *A una lágrima*, *Más allá*, *A la luz de mi lámpara*, *A un retrato*, y otras muchas, de las que sólo trascribiremos una íntegra para que juzguen nuestros lecteres:

MELANCOLÍA.

Á UN AMIGO.

Ignorada de sí yazga mi mente
Y muerto mi sentido;
empapa el ramo para herir mi frente
En las tranquilas aguas del olvido.
LISTA.

Alga perdida sobre el mar del mundo,
No sé donde me arrastra el huracan;
Aquí estoy con las olas de mi suerte
Luchando sin cesar.
¿Qué quieres ¡ay! de tu infeliz amigo,
Juguete como tú del Aquilon?
¿Por qué nécio pretendes en tinieblas
Hallar rayos de sol?
¿Quieres que diga cántigas suaves
Que mis sienes circunden de laurel?
¿Quieres que pulse el arpa de los sueños
Que ví desparecer?
¡Ay! déjame vagar sin emociones
Por la márgen florida del Genil;
Sobre las aguas de llorar cansado,
Mi cítara rompí.
Yá no suena en mi oido el postrer eco
Que en el lejano valle levantó,
Ni viene á herir mi pecho dolorido
Su última vibracion.
Pobre estóico sin fé, sin esperanza,
Me deslizo en la escéptica Babel,
Sobre el plano inclinado de la duda,
Sin mañana ni ayer.
En vano en torno mío se suceden
Las galas de la fértil creacion,
Y se abrasan los cielos y la tierra
En ósculos de amor.
En vano pasan en ardiente giro
Blancas apariciones ante mí,
Tendiéndome risueñas y livianas
Sus brazos de marfil.
Yá no encienden el mármol de mi boca
Sus incitantes lábios de coral;
¡La atmósfera de fuego y ambrosía
No puedo respirar!
Acaso si en el cielo de mi vida
Surgiera el ángel del primer amor
Y en la vacía copa de mis goces,
Dejára una ilusion,
Cuando la tarde triste y melancólica
En nuestros valles declinando vá,
Y el dia con las sombras de la noche
Se complace en luchar;
Otra vez á las pobres golondrinas
Que van de estos lugares á partir,
Y miran silenciosas las cabañas
Donde anidar las ví;
Con las tiernas endechas de mi arpa
Pudiera en su viaje detener,
Que á ellas dije mis tristes confidencias
Cuando amores canté.
¿Mas cuándo vuelve á su desnuda rama
El fruto seco y la marchita flor?
¡Cuándo vuelva á brillar en nuestro cielo
La perdida ilusion!
¡Rios quo sorbe el mar del desengaño
Son los fáciles sueños del placer,
Jamás sus olas limpias y azuladas
Podrán retroceder!
¡Yá no puedo cantar! deja á tu amigo
Vagar por las riberas del Genil.
¡Sobre las aguas, de llorar cansado,
Mi cítara rompí!

En la titulada *Al Guadalquivir*, sentida y bellísima endecha, se halla tambien la misma melancolía, sentimiento á que no suele entregarse el autor. En su lectura, parece que el rio gime al son del arpa del poeta, con lenta y grave armonía.

Cárlos Peñaranda.

LA VIRTUD MODESTA.

Altivo Eolo su frente
En el cénit levantando
«¿Cuál de mis hijos, exclama,
Será más digno de aplausos?»

Tornó hácia el Norte los ojos,
Y el Bóreas responde osado,
Su manto de blanca bruma
Orgulloso desplegando:
«Yo domino en la floresta,
Domino en montes y llanos,
Y el cedro y la fuerte encina
Doblan la frente á mi paso:
«Las vegas y las ciudades
Cubro con blanco sudario:
Doy su diadema de plata
A los montes encumbrados:
Y si mi poder anhelo
Ostentar á los humanos
Suscito las tempestades
Y el ronco aquilon desato.
«Las montañas se estremecen
Y altas olas levantando,
Desde el uno al otro polo
Tiembla y ruge el oceano.
«Domino en los altos montes,
Domino en selvas y prados,
¿Quién el cetro de diamantes
Arrancará de mis manos?»
Dijo el Bóreas. El Monarca
Al sur los ojos tornando
«¿Cuál de mis hijos, repite,
Será más digno de aplausos?»
Álzase el Noto: en su diestra
Brilla flamígero rayo.
Y negras y opacas nubes
Circunda su ebúrneo carro.
«Quién fuerte cual yo? murmura,
Soy el poderoso Anstro,
Y rompo, hiendo, extermino
Cuanto se pone á mi paso.
«Empero dones sin cuento
Benéfico al par derramo,
Y sávia y frescura y vida
Me deben selvas y prados.
«¡Oh, con cuanto afan me espera
El labrador angustiado,
Cuando tras larga sequía
Sin verdor mira sus campos!
«¡Con qué placer me bendice
Cuando por mi influjo el *ábrego*
Llega, bienhechoras nubes
Desde los mares llevando!
«Yo hago el bien: soy donde quiera
Con vivo afan esperado:
¿Quién mi inmenso poderío
Contrastar juzga incensato?»
Dijo el *Noto*: desde Oriente
Oyólo el Euro abrasado
Y á combatirlo aprestóse
Su altiva faz levantando.
Roja es la veste que ciñe,
Rojo su anchuroso manto,
Y rojas llamas circundan
Su veloz, luciente carro.
«¿Qué es lo que anhelas? esclama:
¿Anhelas, mísero hermano,
Eclipsar mi esfuerzo y brio
Del orbe todo admirado?
«Mi fogosidad aterra,
Soy el destructor *Solano*,
Y su devorante soplo
Me presta el rey de los astros.
«Empero ¿cuál por ventura
Dones mas ricos, mas altos,
Podrá ofrecer á la tierra
Que los que en ella derramo?
Ráudo mis álas extiendo
Y precursor del verano,
Deslízome por las vegas
La verde miés sazonando.
En los dilatados huertos
Agito flores y ramos,
Beso el venerable olivo,
Las frescas vides halago.
Y si despues el otoño
Al extender su reinado
Dulces y sabrosas frutas
Brinda con pródiga mano,
Si de maduros racimos
Mírase el lagar colmado,
De él, cual de mágica fuente,
Precioso néctar brotando:
Si bajo pesada viga
El fruto á Minerva caro
Copioso líquido ofrece
Del mundo todo anhelado;
«Débese á mi grato influjo;
Es que las plantas hallaron
Nuevo vigor, vida nueva
Bajo mi aliento abrasado.
«Aclámanme las florestas;
Señor soy de selva y llano;
¿Quién, pues, mi poder inmenso
Espera eclipsar osado?»
Tal dice; mas á Ocidente
El padre la faz tornando
Repite: ¿cuál de mis hijos
Será mas digno de aplausos?»
Sobre blanca nubecilla
Que flota en el oceano
Coronado de rocío
Mírase el Céfiro blando.
Lleva azul veste ceñida
Con cinturon de topacios,
Y son sus ligeras álas
De azucenas y amarantos.
En vano el Monarca anhela
Que él hable á su vez, en vano

Afanoso lo estimula
En él los ojos fijando:
Tímido, no en competencia
Quiere entrar con sus hermanos,
En el más hondo secreto
Sus hechos todos guardando:
Empero el mar, la floresta,
La estensa ciudad, el llano
Hablan por él, aplaudiéndolo
Con ardoroso entusiasmo.

EL MAR.

«¿Qué hálito dulce y suave,
Las tempestades calmando,
Tranquilo mis olas riza?
Bien haya el Favonio manso.»

EL VERGEL.

«¿Qué soplo benigno templa
La furia del cierzo helado
Y resucita mis flores?
Bendito el Céfiro blando.»

LA VEGA.

«Cuando el segador se abrasa
¿Qué viento leve y callado
Mitíga del sol la furia?
Bien hayas Favonio grato.»

LA CIUDAD.

¿Qué soplo del seco estío
Ahuyenta insalubres hálitos?
Aura pura de Occidente
¡Oh, bendito tu reinado!
Dicen y en union añaden:
«Él con benéfica mano
Derrama el bien en silencio
Por noble anhelo guiado.
«Honra la modestia alcance,
Ilustre rey del espacio,
¿Cuál, pues, de todos tus hijos
Será mas digno de aplausos?»
«Ven á mí, murmura Eolo,
Ven á mí, Céfiro blando,
Que á tus modestas virtudes
Premio merecido guardo.
Las mas fértiles comarcas
De hoy más cedo á tus cuid
Grecia, Italia, Andalucía....
Reina por siempre en sus campos.

—

Y reina el Céfiro en ellos,
Y cuando apacible y grato,
Sin rumor tiende las alas
Siendo del vergel encanto;
Decir á todos parece
En su lenguaje ignorado:
«La virtud que no se ostenta
Es la más digna de aplausos.»

Antonia Diaz de Lamarque.

Á LA SRTA. DOÑA JOSEFA PONCE DE LEON,

ENVIÁNDOLE UNA BELLÍSIMA ROSA.

SONETO.

—

Del alba al rosicler vence tu llama
Rival de sus aéreos arreboles,
Y entre blandos purpúreos tornasoles
Diste al áura tu pompa en verde rama.
¿Quién tu frescura y sencilléz no ama,
Que no verán la lumbre de dos soles...?
No con vivir tu mérito acrisoles,
Que ni una tilde crecerá tu fama.
Mas el carmin que tu corola pinta
No puede, no, aclipsar, soberbia rosa,
De un labio de rubí la pura tinta.
Vé á engalanar la frente de la hermosa
De su cabello presa en leve cinta,
Y muere allí de su beldad celosa.

Juan J. Bueno.

OCURRENCIAS.

I.

El bello ideal.

Llovía desesperadamente, y en el café Cuyás, el mejor de Barcelona, nos habíamos refugiado dos amigos; entreteniendo con sendas copas de ponche á la romana las horas de una noche tempestuosa de invierno ó de infierno, como el del año de maldita la gracia de 1871.

El ponche... Pero vamos á cuentas. El que no lo haya bebido, que lo beba y que observe sus efectos, y el que lo conozca que hable. El ponche es para el europeo lo que el hatchis para el oriental y el ópio para el chino. El ponche hace á Medusa una Hebe; á Judas Iscariote un Pilades, y á la cueva de Circe la gruta deliciosa de Calipso.

Bajo la impresion de la tercera copa, y chupando dos vegueros de la vuelta de abajo, la lluvia nos parecia un arrullo de moriscos surtidores de la Alhambra ó del Alcazar sevillano; el ruido de los concurrentes, una música vaga y misteriosa; las luces de gas, mundos infinitos adivinados por Flammarion en el espacio inconmensurable; la ponchera y las copas, la bajilla de Semíramis, traida por un génio de las *Mil y una noches*, al frote de la maravillosa lámpara de Aladino.

En una mesa distante habia una muger, envuelta en un albornóz blanco y rodeado á la ca-

beza, al gusto israelita, un chal de mil rayas; pero con un desgaire tan artístico, con una coquetería tan hipócrita, que cautivaban la atencion por lo mismo que parecian esquivarla.

—Mira á esa muger, dije á mi camarada Santandreu, indicándole á la bella deconocida con espresivo gesto.

—La conozco, repuso mi cólega.

—Es encantadora, añadí con entusiasmo.

—Lo era; pero está muy ajada.

—Ahora vale más que nunca, esclamé con la animacion que el *espíritu* comunica al espíritu.

—Bah! ¡Qué tontería! replicó Santandreu con su ruda franqueza catalana.

—¡Qué diablos! le contesté bruscamente. Ahora es precisamente de mi gusto; porque así realiza mi bello ideal en punto á las hijas de Eva.

—Andaluz al fin, concluyó el buen *noy* encojiéndose de hombros.

—Guarda para tí esas muñequitas de alcorza, r ebatadas al remate de un plato de confitería. Llévete el diablo con esas señoritas de *tibuéis-miquis*, llenas de repulgos y empeñadas en que el pundonor ha de contenerse e el corazon de un alcachofa. Mala páscua te dé Dios con esas bobas de sainete, que parecen angelotes, de un retablo de churriguera, y que apellidan *ángeles* los novios silvantes y los poetas cursis.

—¡Bonito párrafo! dijo Santandreu, llenando mi vacía copa de espumoso ponche. Continúa, querido.

—Déjame las mugeres del tipo de esa divina muger, proseguí con la exaltacion de un *inspirado*. Dame el resplandor calenturiento de unos ojos, circuidos de ojeras que denuncien las tempestades del alma y sus estragos. Dame la frente de una imperiosa Juno, cuya blancura mate surque una nube de melancolía ó en ella serpée un relámpago de cólera. Dame ese volubtuoso abandono de los temperamentos fatigados; tregua entre la saciedad de ayer y el deseo vehemente de mañana. Dame esa...

—Bebe, interrumpió Santandreu señalándome la copa llena de ponche

Obedecí la indicacion imperativa de mi obsequioso Ganimedes.

—Es decir, esclamó mi amigo, que esa muger realiza tu bello ideal.

—Admirablemente, repuse.

—Es mucho asegurar, amiguito, replicó mi camarada con aire burlesco.

—¿Y por qué? Veamos, pregunté impaciente.

—Porque dando de barato que el físico de una muger satisfaga todos los deseos, puede haber accidentes en las maneras, en su voz ó en su lenguage, que....

—Imposible! interrumpí vivamente escitado por aquella contradicion obstinada. Los modales de esa muger están en armonía con su traza y apariencia; su voz debe hacer vibrar las fibras del corazon, su lenguage, sea el que fuere, revelará el ímpetu de un alma fogosa y ardiente, cuyas...

—Sígueme, dijo Santandreu, levantándose con súbita resolucion.

—¿Dónde vamos? pregunté con estrañeza.

—Sígueme, repitió el dandy barcelonés con tan imperiosa solemnidad que subyugado abandoné mi asiento, dispuesto á seguirle.

Santandreu adelantó resueltamente hácia la dama del albornoz blanco y del tocado hebreo, abordándola con extrema familiaridad.

—Buenas noches, Julia, le dijo.

La dama le tendió la mano, acogiéndole con tentadora sonrisa.

—¿Y Leonor?

—Está en Sabadell, contestó Julia.

Horror!!

Julia era gangosa.

Pero ferozmente gangosa, lectores.

Gangosa por pérdida total de la campanilla.

Previendo la rechifla del truan de Santandreu me lancé á la calle, aunque diluviaba.

El mugido del Bóreas parecia repetir á mi oido aquel horrible—«*Está en Sabadell*,—semejante al ronquido de una gaita gallega.

Desde entonces cuando me hablan de bello ideal repito involuntariamente;

—*Está en Sabadell.*

J. Velazquez y Sanchez.

PRIMERA Y ÚLTIMA.

Un *Lisenciado del ejército* (que así se llama él mismo,) cuyo nombre hemos olvidado, desde las columnas de nuestro apreciable cólega *El Oriente* del dia 11 del presente mes, nos endereza una filípica en un artículo remitido, tomando ocasion para ello del que titulado *El Libro malo*, y firmado por nuestro distinguido colaborador don Luis Escudero, apareció en el primer número de la *Revista sevillana*, artículo que fué generalmente celebrado.

Nuestro periódico, sin consentir ninguna especie que pueda serle ofensiva, declara desde ahora, que no ha venido al estadío de la prensa á sostener apasionadas polémicas, ni á entretener al público con cuestiones que, en último término, llegan á convertirse en personales, cosa que nuestra dignidad rehusa: para discutir con el *lisen-*

ciado sería preciso descender á *cierto terreno*, al cual nos hemos propuesto firmemente no descender jamás.

El público es nuestro único juez: el público juzgue, que á él fiamos nuestra defensa. Siga el *lisenciado del ejército* recibiendo las visitas del *sentido comun*, y ya que tiene esa rara fortuna, le aconsejamos que cierre la puerta de su casa y no le deje salir, que siempre hace falta tan buena compañía, sin que descuide el estudio de la gramática, que acaso ha olvidado entre el ronco estruendo de las armas, la confusa vocería de los campos de batalla y los fieros sonidos de las trompas guerreras.

Poca generosidad ha sido la del *lisenciado del ejército* en atacar á nuestro querido amigo don Luis Escudero, cuando este se halla profundamente afectado bajo el peso de una terrible y dolorosísima desgracia, de todos conocida en esta ciudad, y por todos sentida, aprovechando los tristísimos momentos en que ni siquiera puede pensar en defenderse. A moro muerto gran lanzada.

No espere el *lisenciado*, ninguna otra contestacion de nuestra parte: continúe, como can desaforado, ladrando á la luna; pero sí le suplicamos que, cuando de nosotros se ocupe, lo haga de la manera debida, pues nunca lo cortés ha quitado á lo valiente, y aun le estaremos agradecidos.

Esta es nuesta primera y última contestacion.

VARIEDADES.

—¿Á que no sabe usted por qué las mujeres no pueden ayudar la misa?

—Hombre, francamente, no lo sé. ¿Por qué?

—Porque contestan antes que las pregunten.

***

La zarzuela de los Sres Retes y Echevarría, estrenada en el teatro de Jovellanos, (Madrid) titulada *Un motín contra Esquilache*, no ha sido del agrado del público.

¡Oh! ¡La zarzuela! ¡Cuando digo á Vd. que la adoro!

***

Flores del Guadalquivir. Bajo este epígrafe se ha publicado un tomo en cuarto de selectas poesías debidas al ingenio y bien cortada pluma del distinguido poeta cordobés D. Antonio Alcalde y Valladares.

Estas composiciones se hallan divididas en tres grandes grupos: el primero comprende las poesías religiosas; abarca el segundo las históricas, y encierra el tercero las de sentimiento, que son las mas abundantes.

La inspiracion que campea en todas ellas es siempre noble y levantada, y comunmente llena de melancolía y de ternura infinita.

Se hallan precedidas de un erudito y luminoso prólogo del Sr. Amador de los Rios, en el que hace el juicio crítico de la obra y señala la analogía que encuentra entre estos versos y los del ilustra poeta cordobés D. Luis de Góngora y Argote, que floreció en los siglos XVI y XVII. Qué mayor elogio pudiera hacerse de las poesías del Sr. Alcalde y Valladares?

El sentimiento religioso de que se hallan impregnadas todas las composiciones, la variedad de la metrificacion, lo elevado de los conceptos, la galanura del estilo y lo económico del precio, no obstante la excelente impresion de sus 400 páginas, hacen esta obra tan recomendable, que en dos meses casi se ha agotado la abundante edicion que se hizo.

Se vende al precio de 20 rs. en las principales librerías de la Peninsula.

***

En un artículo publicado hace algun tiempo en el diario político *El Debate*, leemos:

«No parece sino que el teatro y la crítica se han puesto de acuerdo para envilecerse mútuamente.»

Así; clarito, clarito. ¡Basta de contemplaciones!

REVISTA SEVILLANA.

PERIODICO DR ARTES Y LITERATURA.

Publícase los dias 5, 15 y 25 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Cuatro reales al mes en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la capital.

DIRECCION.—Union, número 2.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de la BIBLIOTECA; Churruca 1.

AÑO I.—NÚM. 3.º 25 DE OCTUBRE DE 1872. (SEGUNDA ÉPOCA.)

REVISTA SEVILLANA.

PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

PRECIO DE LA SUSCRICION.

Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

DIRECCION Y ADMINISTRACION, UNION 2.

PRECIO DE LA SUSCRICION.

Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

SUMARIO.

DESAFÍO EN ZAMORA
ENTRE DIEGO DE MONSALVE Y DIEGO DE MAZARIEGOS.

(Continuacion.)

Y todos quatro, los unos en manos de los otros, hizieron los omenajes referidos.

Quedó muy agradescido Diego de Monsalve del ofrescimiento de sus camaradas. Y queriendo dar luego principio á su intencion, se retiró á su aposento, sin se dexar ver de nadie. Todos los mas del campo le ofrecieron sus personas y haziendas. Embió á sus tres camaradas á dar cuenta del caso á su Maestre de Campo Machicao, y á pedirle lizencia para venir á España: el qual la dió y mostró pesarle mucho no poderle acompañar en tan justa demanda, por estar aquel exército á su cargo: y aviéndole visitado y héchole grandes ofrescimientos, lo embarcó con los tres sus compañeros.

Llegó á España Diego de Monsalve y escribió una carta á Diego de Mazariegos, y se la embió con Juan de Monsalve su hermano menor, en la qual se contenia lo siguiente:

Muy magnifico señor. En Coron en la Grecia me dieron aviso de la diferencia que Vmd. tubo con Francisco de Monsalve mi señor y mi padre: y porque como Vmd. vió, él estaba tan impedido y acabado que apenas podia sustentar su cansado y flaco cuerpo, si no era arrimado á una caña que Vmd. tomó por instrumento de tan miserable sucesso, he venido yo de Grecia á que Vmd. entienda que siendo quien es no podia dexar de mostrar que era indigno de imaginar tan temerario atrebimiento como Vmd. usó con él, y no pudiéndose averiguar este negocio si no entre la persona de Vmd. y la mia, le suplico me haga merced de que nos veamos en una isla que haze Duero junto á Farica, entre Portugal y Castilla, con una espada y una daga, señalando Vmd. el dia en que será servido de hazerme esta merced. Y si quisiere Vmd. traher en compañia uno, ó dos, ó tres cavalleros, podrá escoger los que hasta este número fuere servido: que de el llevaré yo el que Vmd. señalare: que á esso vienen conmigo los señores Alvaro de Sossa, Bernardo Sotelo, y Alonso de Zisneros, que Vmd. conosce y sabe quienes son. Y si otro sitio ó armas parezieren á Vmd. más aproposito, lo podria Vmd. escoger como fuere servido. La respuesta podrá Vmd. dar al señor Zisneros de Sotelo vezino de essa ciudad: que yo cumpliré lo que por el Vmd. me mandare.

Muy descuydado estaba Diego de Mazariegos quando recibió esta carta, de que Diego de Monsalve estuviese en España, ni áun en el mundo, y assí recibió notable alteracion con ella: y fué tan grande que se la echó de ver Alonso Gonzalez de Guadalaxara, su hermano mayor, y otros cavalleros que estaban presentes. Y aunque sus dos hermanos se

empezaron á poner bien á la respuesta como cavalleros, queriendo acudir á su obligacion; pero otros que allí se hallaron dieron cuenta del caso al Corregidor, para que lo remediase sin que viniesse á rompimiento este negocio, como se temia aver de venir.

El Corregidor procuró con toda solicitud dar alcance y prender á Diego de Monsalve. Para esto hizo muchas diligencias por los lugares comarcanos donde se pudo discurrir que esperasse la respuesta de Mazariegos: pero no lo pudo lograr, porque emparentado con lo más principal de Zamora, tenia avisos de todo lo que passaba, y pudo con ellos poner su persona en cobro sin estar en un lugar quedo.

Viendo Diego de Monsalve que passados muchos dias, no respondia á su demanda Diego de Mazariegos, como se lo pedia y debia á quien era, acordó poner en los lugares públicos de Zamora los carteles siguientes:

Notorio sea á todos los cavalleros hijosdalgo de esta ciudad de Zamora, como ha venido á mi noticia la diferencia que tubo el Sr. Diego de Mazariegos con Francisco de Monsalve mi señor y mi padre; y que por sus muchos años, flaqueza y enfermedades no pudo defender su persona ni poner esta diferencia en el estado que conbenia á su honra: y yo como obligado á ello, he venido de la Provincia de Grecia á tratarla y ponerla en la razon. Para ello, assi que llegué, le escribí al Sr. Diego de Mazariegos esta carta del tenor siguiente:

Aquí la carta.

Y aviéndola recebido el dho. Sr. Diego de Mazariegos, no solo no cumplió como caballero lo que por ella yo le pedia y suplicaba, y lo que era obligado á hazer, pero por su causa, y por ventura por su orden, se ha dado de ello noticia á la Justicia para que prendiendo mi persona, se impida la satisfaccion que Dios permite, para que semejante sin razon no quede sin castigo: y olvidado de sus antiguas obligaciones, no ha querido poner su persona donde se trate el demasiado atrebimiento y temeridad que usó entendiendo no avia de aver quien se lo demandasse.

Y para que á todos V.Sas. y Vmdes. conste que mi fin en esta causa no es proceder con ventaja, si no con toda igualdad, de personas, armas y lugar, protesto: Que en cualquiera parte en que el Sr. Diego de Mazariegos quiera verse conmigo, lo haré como de ello me de noticia, respondiendo á este cartel dentro de dos meses de la fecha en la ciudad de Miranda de Portugal donde voy á residir, y á esperar la dha. respuesta, ó en esta de Zamora: aunque la respuesta y señalamiento de lugar sea por papel. Y si el tal papel no estubiere en lugar público, como se vea, ó se sepa de el por los vezinos de Miranda ó de Zamora dentro de los dhos. dos meses; me satisfaré de la suerte posible, con armas aventajadas, ó arrojadizas, de fuego, ó de otra qualquier manera, aunque sea con tósigo, ó ponzoña, ó otra cosa indigna de poner en memoria de los hombres.

Estos carteles así puestos en los lugares más públicos de Zamora, se estubo el negocio suspenso por muchos dias. Passados los dos meses, y llegado el Domingo de Ramos, yendo la Procesion de aquel dia, y en ella la Justicia, se pregonó á vista y en presencia de todos, en voz alta é intelligible por un hombre que aparezió á cavallo acompañado de otros tres hombres á cavallo lo siguiente:

Que á qualquiera persona que á Diego de Monsalve por qualquier camino le diesse noticia de la persona de Diego de Mazariegos y de la parte donde estaba y el le pudiesse hablar, se darian quinientos ducados de albricias luego sin dilacion, los quales pagaria luego Gregorio de Sotello vezino de aquella ciudad de Zamora y residente en ella.

Dado este pregon á vista y presencia de toda la ciudad, el pregonero y los tres que le acompañaban en muy buenos cavallos se salieron de la ciudad, sin que nadie se atrebiesse á seguirlos. *(Se continuará.)*

APUNTES PARA UNA HISTORIA TRISTE.

I.

Juan y Juana se casaron como se casaban las personas en aquellos tiempos, es á saber: ante el párroco y dos testigos, segun preceptúan los cánones del Tridentino; se casaron, porque el casamiento era lo que procedia después de siete años de relaciones.

Juan era carpintero y ganaba doce reales diarios; Juana, cosiendo guantes, reunia treinta y cuatro cuartos. ¡Matrimonio feliz! ¡Dos corazones que palpitaban á compás y cuatro pesetas!

Un dia Juan dijo á Juana:

—Te veo pensativa: ¿qué tienes?

—Nada, hijo, nada.

Y Juana se puso colorada como una amapola.

—Vamos.... me parece que hay algo....

—¡Jesus, hombre, y qué tonto eres!

—Nó, mujer, nó. Creo no tendria nada de particular.... Si es niña, se llamará como su madre....

—¡Pero hombre!

—Y si es niño....

—¡Dale, bola!

—¡Pero, mujer, déjame hablar!

—Habla, hombre, habla.

—Y si es niño, se llamará como yo.

—Bien, sí, lo que tú quieras; pero no creas que....

Y Juana volvió á ruborizarse.

—¡Yo creer...! ¡Quiá, de ninguna manera...!

—¡Tonto!

—Mira, hablemos con formalidad. Todo debe pensarse con tiempo. Nosotros tenemos el deber de pensar en la suerte de nuestros hijos....

—¿Qué hijos?

—Los que vendrán.

—¡Tonto!

—Pero mujer, ni que estuviera yo rezando la letanía y tú repitiendo el *¡Ora pro nobis!*

—¡Pero si dices unas cosas...!

—¡Muy extrañas! ¿verdad?

—Extrañas nó, pero....

—Yá lo creo que nó: ¡como que son cosas que tiene todo el mundo ó la mayor parte del mundo!

—Bueno, hombre, bueno; no te enfades, continúa con tus cosas.

—Decia yo, que los padres deben con tiempo pensar en la suerte de sus hijos.

—¡Pues tú piensas con tiempo!

—Vamos á ver: si lo que viene es niña, entónces....

—¡Ay! ¡Ojalá fuera niña!

—¿Tú quieres una niña?

—Yo no he dicho....

—¡Bueno! Si lo que viene es niña, poco nos preocupará su suerte; pero si es niño.... ¿Te gustan los curas?

—¡Jesus, hombre, qué pregunta!

—Bueno, no será cura. ¿Qué te parecen los militares?

—¡Dios nos libre! ¡Ahora que por quítame allá esas pajas se arma una guerra!...

—No será militar. ¡Le dedicarémos á la medicina!

—¡Médico! ¡Nó en mis dias!

—Pues le harémos abogado.

—Eso, eso sí.

—Corriente, será abogado.

—¿Los abogados son esos señores muy tiesos y muy sérios que ván vestidos de negro á la Audiencia?

—Sí, los mismos.

—Y son jueces tambien, ¿verdad?

—Sí, de su madera se hacen.

—¡Qué alegría tendré yo cuando vea á mi hijo!...

—¿Á cuál hijo?

—¡Al que vendrá!

—Hola, hola, yá confiesas que viene....

—¡Tonto!

—*¡Ora pro nobis!*

II.

—Aquí tiene usted á su hijo,—dice la ma-

drina á la recien parida,—era moro y vuelve hecho todo un cristiano.

—¡Hijo de mi corazon!

¡Qué hermoso niño! Juan le contempla con la alegría que usted habrá contemplado á sus hijos, dando de barato que usted sea padre; le contempla y piensa para su capote: Mañana irá á la Audiencia, pasado será juez, luégo.... ¡quién sabe!

Y no bien Juanito, que así, poco más ó ménos, pusieron al niño en la pila, supo leer y escribir, se examinó de las primeras letras é ingresó en el Instituto, en ese edificio donde entran tantos sábios en embrion, tantos jurisconsultos en ciernes, tantos médicos en esperanzas, tantos jueces en mientes, tantos literatos en mantillas.

Dia de regocijo fué para el carpintero y la guantera aquél en el cual Juanito entró en su casa dando brincos y saltos y diciendo á todos los que se ponian á tiro que habia salido *notablemente aprovechado,* calificacion que Juana no comprendió de buenas á primeras.

—Vamos á ver, Juanito,—dijo Juan al futuro Papiniano,—¿qué es necesario hacer ahora?

—Ahora.... matricularse en latin.

—¿Qué es eso de matricularse?—preguntó Juana, que desde que su hijo habia comenzado los estudios estaba hecha un ovillo de confusiones.

—Matricularse,—contestó Juan, que sabía un poco de letras,—matricularse vale tanto como comprar el derecho de estudiar.

—Dime, Juanito, ¿vale mucho ese derecho?

—Vale.... yo creo que vale unos catorce duros.

—¡Cáscaras!—dijeron á duo los esposos, —¡qué derecho más caro!

—En fin, ello es necesario,—añadió Juan rascándose la cabeza y torciendo la boca,—harémos un sacrificio.

—Así como así,—dijo Juana,—tenemos algunos cuartos ahorrados....

Algunos dias después, Juanito dijo á su padre:

—Papá, tiene usted que comprarme libros. El señor catedrático ha señalado yá leccion y si mañana no llevo el texto....

—¿Y qué libros son esos?

—Una gramática latina....

—Gramática, gramática.... Yo creo que entre los librotes que tengo arriba de tu abuelo.... ¡Á ver, Juana! Bájame los libros que están en el arca.

Juana baja á poco trayendo en el delantal media docena de volúmenes llenos de polvo y desencuadernados.

—Sí, de fijo; algo de gramática debe andar por aquí.

Y Juan y Juanito hojean los libros.

—¡Ajá!—exclama henchido de satisfaccion el carpintero.—¡No lo decia yo! *Gramática latina por Araujo.* ¡Aquí la tienes!

—¡Pero si no es este el libro!

—¡Cómo que nó!

—El maestro ha dicho que compremos la *Gramática latina de Raimundo Miguel* y ésta es de *Araujo.*

—¡Pues esa es buena! ¿Y cuánto vale ese libro?

—Cuarenta y tantos reales.

—¡Alza! ¡Pues dí tú que nos ha venido Dios á ver con los estudios del niño!

Juan compró el libro, y otro y otro después, y luego otro; tres ó cuatro libros al año, valor de cinco ó seis duros; y además catorce duros anuales en matrículas y uno por la papeleta de exámen. ¡Cuántos sacrificios! ¡Cuántas privaciones!

—Será abogado, ¡qué importa!—repetian los padres.

III.

—¡Juana!

—¿Qué quieres, Juan?

—Juanito hace dias que está muy triste.

—¡Qué, hombre, aprensiones tuyas!

—Nó, mujer, no son aprensiones.

—Pues mira, pronto salimos de la duda. ¡Juanitoooo!

—¿Qué quiere usted, madre?
—Vén acá.
—¿Qué vás á hacer?
—Á preguntarle qué es lo que tiene.
—Cállate, yá está aquí.
—¿Qué queria usted?
—Vén y siéntate.

Juanito toma asiento al lado de sus padres, y después de algunos momentos de silencio, dícele Juan:

—Vamos á ver, hombre, vamos á ver: ¿por qué estás triste?

Juanito baja los ojos al suelo.

—Vamos, chiquillo, habla,-agrega Juana.
—¡Habla!—replica Juan.
—Yo.... yo....
—¡Sí, tú!
—Si yo no estoy triste.
—Eso es, niégalo y parece que te estás muriendo.
—Pero si yo....
—¿Estás malo?
—No señor, que estoy bueno.

(Se concluirá.)

M.

Á GIBRALTAR.

ODA.

¡Viva Cádiz, porque tiene
Las murallas á la mar,
Los cañones apuntando
Al peñon de Gibraltar!
(Canto popular.)

Gibraltar, Gibraltar, tu sien altiva,
De nubes circundada,
Ríndese al peso de tu pena activa,
Y haces bien en gemir, reina cautiva,
Junto á la mar sentada.
Entre sus túrbias olas,
Que á tus piés se desmayan lastimeras,
Ven tus ojos las naves Españolas
Y el Leon de Castilla en sus banderas:
El Leon poderoso de Lepanto,
Que el cetro de dos mundos sostenía
Y aterraba los mares si rugía,
Leon, del Orbe espanto,
Que en tus muros tambien rugió algun dia.

Ciñes de espesas brumas
Corona que conviene á tu tristeza,
Y tu manto real son las espumas
Con que bañan dos mares tu grandeza.
El pabellon inglés en tu muralla
La brisa inquieta mece:
Seguro desde allí retar parece
Á Tarifa y á Céuta á la batalla.
Ve al Leopardo el Leon estremecido
Y le amenaza, y á rugir comienza.
Y llorando, impotente, su vergüenza,
Termina su amenaza en un gemido.

Cada vez, Gibraltar, que te he mirado,
Cual centinela del Hercúleo Estrecho
En la cima de Calpe levantado,
En justa indignacion ardió mi pecho.
Todo Español la llama
Renueva, al verte, de implacablë ira,
Y el estandarte de Inglaterra mira
Como baldon horrible que te infama.
¡Si no hay uno que rompa las cadenas
Con que presa el britano te mantiene,
Es.... porque España en sus cansadas venas
Una gota de sangre yá no tiene!

Si la tuviera la sin par Matrona,
Que gime desolada,
Afirmando en las sienes su corona,
Audaz blandiera con robusta mano
Del ínclito Guzman la heróica espada
Que te arrancó al poder del mahometano.
Y entónces seguiría
De nuevo la victoria á sus empresas,
Entónces por los aires miraría
Volar tu pabellon hecho pavesas.

Por el espacio, de Guzman el Bueno
Vaga doliente la guerrera sombra,
Y te mira... y se asombra
Viéndote esclava de señor ageno.
Yá tu recinto huella,
Y el fuerte muro, que venció, recorre;
Yá de tu suerte indigna se querella
Asomada á los huecos de *su Torre.*
Y él, que la media Luna
Al África vecina lanzó rota,
Contemplando el rigor de la fortuna,
Inmóvil, sorprendido,
Siente que el llanto de sus ojos brota,
Y que su corazon con el latido
Romper intenta su acerada cota.

Imágen del dolor sin esperanza,
Allí todas las noches se presenta,
Diciendo nuestra afrenta
Y llamándonos siempre á la venganza.
Yá el frondoso laurel se ha deshojado
De España mústio y seco;
Triste en ella tu voz ha resonado
Y ni áun devuelve de tu voz el eco.
Volcan oculto que estallar procura
Siempre en los pechos de sus hijos arde:
No la culpes de ingrata y de cobarde,
Que venció á su valor su desventura.

Su desventura, sí; que, poderosa,
Se armó de nuevos bríos
Y pobló, en un instante, generosa
La mar con sus navíos.
Escuchando la voz de sus cañones,
De miedo, Gibraltar, te estremeciste,
Y en tus muros temiste
Ver flotar los castillos y lëones.
Á ceñir de laurel la noble frente,
Lidiando entónces, aprendió Gravina,
Lángara se mostró firme y potente,
Y Cadalso murió como valiente
Y hallaron otros héroes su ruina.
¡Prez y honor á los buenos!
Si les negó la suerte la victoria
No les negó, á lo ménos,
No les pudo negar morir con gloria.

De ella eclipsados los ardientes soles,
Al pié de Gibraltar en vano, en vano,
Más sangre se ha vertido de Españoles
Que aguas lleva en su seno el Occeáno.
Sigue, en el suelo ibero,
Sigue flotando la bandera extraña,
Escándalo de España,
Deshonra infame del Borbon primero.
¡Coloso de granito,
Causa de nuestros duelos y sonrojos,
Gibraltar, Gibraltar, peñon maldito,
Yo quisiera abrasarte con los ojos,
Y que, después, el mar, que tiranizas,
Tragára turbulento tus cenizas!

José de Velilla y Rodriguez.

PAZ Y GUERRA.

SONETO.

Su corazon enardecido late
Con desigual medida y rudo empuje,
Y entre los piés de su caballo cruje
Cuanto se opone á su feroz embate.
Blande el acero, clava el acicate
En su negro alazan; no grita, ruje
Su enronquecida voz... ¿Hay quien dibuje
La embriaguez del soldado en el combate?
Embravecido mar parece el alma
Del que embriagado en la horrorosa guerra
Lucha por conseguir sangrienta palma.
Deploro ese furor, mas no me aterra;
Cuando el turbado mar vuelve á su calma
Rodëa con amor toda la tierra.

Rafael Alvarez S. Surga.

OCURRENCIAS.

II.

¡¡OTRA!!

¿Han oido ustedes hablar del comandante Bombarda?

¿Nó? Pues lo extraño.

Era el terror de los latro-facciosos manchegos; un Ferragut de seis piés y pulgadas; un Marte ingerto en Mercurio....

¿Conque no lo conocen ustedes? Pues no importa, y vamos al caso.

El comandante Bombarda, jefe de un batallon de francos en la guerra civil, venía á Madrid á reclutar voluntarios para su legion con mucha frecuencia; porque en el batallon de Bombarda se vivia poco, á causa de que se vivia de prisa, y se solia entrar casi siempre donde no se podia salir casi nunca.

En una de estas excursiones á la coronada villa para rellenar filas descabaladas en su cohorte, Bombarda fué á parar á una casa de huéspedes, cuya patrona era de la distinguida clase de Vénus licenciadas: y yá se sabe que Vénus fué, es y será, la media naranja de Marte, en el Olimpo y por acá abajo, para lo que ustedes gusten mandar.

Abusando Vénus de la confianza que estableció con el Marte de la presente historia, recomendó á su patronato militar á un excelente muchacho, andaluz, sin oficio ni beneficio, y cabalmente *primo* de la criada, y creo que por consanguinidad.

Bombarda accedió á incluir á este interesante mancebo en la lista de sus voluntarios; pero advirtió á la amable protectora que si el aspirante á héroe en los descampados de la Mancha era, á fuer de andaluz, aficionado á la sangre de Cristo, corria más riesgo en el batallon que entre una partida de facciosos, incluso la del memorable *Pallillos*.

—¡Ay! ¿Por qué? preguntó doña Mariquita con viva curiosidad.

—Porque á los borrachos de mi batallon los reviento de una paliza, contestó Bombarda con naturalidad encantadora.

—Eres el demonio, repuso Mariquita, subyugada por aquel rasgo ingénuo.

—Yá lo sabes, y oido á la caja, concluyó el comandante, que era de un laconismo delicioso en sus conversaciones.

El recomendado se presentó á Bombarda; siendo admitido en la kábila manchega y recibiendo equipo, prest, y demás gajes del oficio de morir por cuenta del Estado; no sin que le repitiera el jefe de voluntarios con estilo enérgico y compen-

dioso que si llegaba á verlo calamocano le fracturaba la espina dorsal, así trajera salvoconducto del Gran Tamorlan de Persia y la bula de Meco por añadidura.

Pasarémos por alto las protestas del enganchado en el batallon de Bombarda respecto á perpétua abstinencia de todo género de mosto, y renunciemos á describir las expresivas muestras con que Mariquita testimonió su agradecimiento á la complacencia del comandante.

Venía Bombarda una tarde por la red de San Luis cuando vió salir de una taberna á uno de sus voluntarios, dando traspiés, describiendo curvas y trazando eses, con todas las circunstancias y requisitos de la turca más turca de Constantinopla. El juramento que se escapó de los lábios lívidos de Bombarda hubiera hecho temblar al propio Alejandro el Magno, y la mirada de tigre que clavó en el voluntario ébrio habria helado en las venas la sangre de los doce Pares de Francia.

Á todo esto el voluntario de mis pecados, hecho una uva, adelantaba meciéndose en el espacio en tentativas desesperadas de equilibrio, y con una cara de báquica beatitud que hubiese envidiado Sileno, el camarada histórico de Baco.

Bombarda reconoció al recomendado de Mariquita cuando cerraba el puño, disponiéndose á hundirle cuatro costillas, falsas ó verdaderas.

¡Oh virtud inefable del amor!

El recuerdo de Mariquita salvó al beodo del fénix de los puñetazos, y esta vez á la mágica influencia de Cupido, Bombarda quebrantó su programa tremendo; otorgando indulto al primo de la criada de su Vénus.

—¡Bribon! gritó deteniendo al borracho.

—Mi co... omendante, balbuceó éste, esforzándose en hacer el saludo militar á su irritado caudillo.

—¿Cómo te has puesto así, infame? rugió sordamente Bombarda.

—Me trompecé con un paisano, tartamudeó el voluntario, y como no estoy jecho á la bebía, mi comendante....

—Pase por esta vez, canalla, interrumpió el jefe; y te juro que en otra....

—Nunca jamás en la vía der mundo, aseguró el soldado con grotesca solemnidad.

—En otra, repitió el comandante, vive Dios, que te abro en canal.

Y temiendo no poder reprimir sus impulsos, Bombarda se alejó del voluntario, que con el susto se hubo de sentir algo más fresco, hasta considerar que habia nacido aquella misma tarde; porque sin el recuerdo de Mariquita, les digo á ustedes que el primo de la criada deja la piel entre las uñas del comandante de francos; y pueden ustedes creerlo, aunque no les parezca artículo de fé.

Al dia siguiente llevó el recomendado de doña Mariquita una repasata mayúscula; porque era tan escepcional aquello de haber escapado con el cútis del encuentro con Bombarda, que no podia pasar sin una peluca enorme, por vía de equivalencia y conmutacion penal. Quedó ejecutoriado el punto de que el pobre mozo no estaba acostumbrado al zumo de la vid, y que con dos copitas que le hizo beber un paisano obsequioso se habia puesto en aquella situacion deplorable, y el comandante convencido le ratificó su promesa de aplastarle el cráneo si lo pillaba en caso de reincidencia, aunque fuese en el mismo valle de Josafat.

Llegó la hora de la marcha, y economizarémos á nuestros lectores el cómputo de gemidos y desmayos de doña Mariquita al enterarse de que su Aquíles volvia á la patria del ingenioso hidalgo, en busca de follones y de malandrines. El militar se debe á sus banderas, y justo es decir que Bombarda no retrasó un minuto su partida, por más que Dido apuró sus recursos para detener á Eneas.

Iba nuestro comandante á las primeras luces de la aurora hácia el cuartel de San Francisco, donde le aguardaban sus voluntarios para emprender la marcha inmediatamente, cuando al volver una esquina recibe un pechugon soberano; apercibiéndose de que provenia choque tan violento de un voluntario beodo, que si no encuentra el apoyo de la esquina dá en tierra con su humanidad.

Bombarda reconoce al recomendado de Mariquita; pero ahora, en vez de un paisano como ántes, ha debido encontrar ciento, porque lleva la borrachera original del patriarca Noé.

—¡Ah perro! exclama el enardecido jefe empuñando el sable.

—Mi co.... oronel, suplica el beodo.

—¡Otra, pícaro, otra! grita Bombarda desnudando el de Toledo.

—Mi.... comendante (alega el borracho con angustiosa voz). Cudiao que es la misma.

El sable cayó de la diestra de Bombarda al escuchar semejante disculpa.

J. Velazquez y Sanchez.

VARIEDADES.

Nuestro particular y querido amigo D. Narciso Campillo, eminente escritor y poeta, ha dado á la estampa en Madrid un tratado de *Literatura preceptiva*, del que no podemos ocuparnos con la de-

bida extension por falta de espacio: enviamos á su autor nuestra enhorabuena, y encarecemos al mismo tiempo á todos los amantes de las letras, la adquisicion de tan notable estudio, que se separa por completo del rutinario plan seguido hasta el dia en casi todas las obras de igual índole.

*
* *

Hemos recibido un ejemplar de la tradicion árabe titulada *Un juego de ajedrez*, debida á la excelente pluma de Al-Magherity (el madrileño), modesto pseudónimo con que se encubre su verdadero autor, nuestro querido amigo Rodrigo Amador de los Rios.

La notable y merecida aceptacion que en Madrid y en provincias ha tenido esta interesante leyenda, basada en un episodio de las guerras civiles de Granada, su estilo oriental y el conocimiento que el autor muestra de las costumbres que describe y de los lugares en que pasa la accion, nos obligan á recomendar vivamente su lectura á nuestros favorecedores.

Se halla de venta en las principales librerías.

*
* *

«Mi corazon se ha empeñado
En salirse por la boca,
Y si no pongo remedio,
Como hay Dios que *se las toca.*»
(Copla popular.)

Lo mismo que al del cantar
Sucede á mi corazon:
En alas de una pasion
Está empeñado en volar.
Y, como no soy de roca,
Si prosigue en su manía,
Vas á ver que el mejor dia
Se me escapa por la boca.
Pon en mi boca tu mano,
Y atento y fijo el oido,
Grita al más leve ruido:
¡No se pasa! ¡Atrás, paisano!
L. M.

*
* *

El señor Rodriguez Correa ha publicado una novela titulada *Rosas y perros.*

No hay que extrañar nada; el título está justificado en la novela, aunque parezca punto ménos que imposible hermanar las más bellas flores con los indivíduos de la raza canina.

*
* *

La zarzuela *De Madrid á Biarritz* fué silbada la noche de su representacion en el teatro de San Fernando. Tres años hace, fué muy aplaudida en el mismo teatro. Pero, señor, ¿qué es necesario hacer, admitida aquella silba, con las dos terceras partes (y decimos poco) de las zarzuelitas que están hoy en el candelero?

*
* *

Con el título *La voz del creyente* ha publicado el notabilísimo poeta don Antonio Arnao un libro de poesías religiosas, dignas de la pluma que escribiera *El caudillo de los ciento.* El señor Arnao, que se inspira en lo que hay de más grande y noble, en los sentimientos religiosos, es, en su género, el primero de los poetas españoles del presente siglo.

*
* *

Un aventajado escritor de Madrid, don Modesto Fernandez y Gonzalez, ha publicado un libro curioso, *Semblanzas y retratos*, encaminado á dar á conocer los más distinguidos publicistas de España y Portugal.

*
* *

La biblioteca festiva *El pícaro mundo* acaba de publicar el tomo correspondiente al mes anterior; es una novelita, original de don José Puig Perez, titulada *Coche y palco.*

*
* *

En el teatro del Circo (Madrid) se ha estrenado un drama del eminente autor don Antonio García Gutierrez, regocijo de las letras pátrias. *Doña Urraca de Castilla*, que este es el título de la obra, ha alcanzado un éxito extraordinario, segun dicen algunos periódicos. Nos ocuparémos de esta obra con la detencion que requiere.

REVISTA SEVILLANA.

PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

Publícase los dias 5, 15 y 25 de cada mes.

Precios de suscricion.—Cuatro reales al mes en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la capital.

Direccion.—Union, número 2.

SEVILLA, 1872.

Imp. de Gironés y Orduña, Lagar 3.

AÑO I.—NÚM. 4.º 5 DE NOVIEMBRE DE 1872. (SEGUNDA ÉPOCA.)

REVISTA SEVILLANA.

PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

PRECIO DE LA SUSCRICION.
Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
UNION 2.

PRECIO DE LA SUSCRICION.
Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

Tenemos el disgusto de participar á nuestros favorecedores el fallecimiento de nuestro querido amigo y colaborador, señor D. Rafael Álvarez S. Surga, distinguido orador y poeta, legítima esperanza de las letras españolas: acompañamos á su desconsolada familia en el dolor que experimenta por tan irreparable pérdida.

DESAFÍO EN ZAMORA

ENTRE DIEGO DE MONSALVE Y DIEGO DE MAZARIEGOS.

(*Conclusion.*)

Prendió luego la Justicia á Gregorio de Sotello referido en el pregon: y tomada su confession dixo No aver tenido trato ni conferencia alguna acerca de lo contenido en el pregon: pero que se tenia por amigo de Diego de Monsalve, y que por esso viendo cédula suya dada a quien cumpliesse con el, le daria los quinientos ducados, y mas que Diego de Monsalve librasse.

Á este tiempo estando preso el dho. Sotello, se reparó en que cerca de la casa de Diego de Mazariegos (en que vivia con su hermano, y con muchos deudos y amigos prevenidos y armados de dia y noche) estaba cerrada otra casa, y se concibió de ella temor, y se pidió á la Justicia que la viesse y reconosciesse. Abrióse, y halláronse azadones, picos, esportillas, y mucha tierra sacada y abierta una mina azia la casa de Diego de Mazariegos, manifiesta para bolar con pólvora la casa y a quantos fuessen en ella. Visto esto fué grande el espanto que causó: y acordó se passar al dho. Mazariegos al convento de S. Agustin de dha. ciudad. Y assí se hizo, ó assí se publizó. Luego al punto Diego de Monsalve con sus tres compañeros se fué á la Iglesia de dho. convento cerca de medio dia, y con sus tres compañeros lo andubo todo, y todas las celdas y los desvanes y rincones y no lo pudo hallar. Dixeron unos que disfrazado en hábito de frayle lo echaron fuera los frayles visto lo que passaba: otros Que Mazariegos nunca estubo en San Agustin, si no se echó essa voz. Lo admirable fué ver á Mazariegos en essos efugios y refugios, siendo cavallero alentado y valeroso tenido siempre por tal y visto en muchas ocasiones. Y entendiase ser la causa la sinrazon que usó con aquel anziano, de la qual le acusaba la consciencia y le tenia embuelto el corazon en pabor.

Ardiase la ciudad con discordias, inclinados unos á la una parte, y otros á otra: y aunque quisieran terciar algunos y mediar y componer, no era possible hallarse camino para ello.

Ponia en esto gran cuydado y diligencia D. Fernando de Toledo Gran Prior de San Juan que era allí residente, y avíanle salido inciertos varios medios. Determinó se en escribir una carta á Bernardo de Sotello comendador de su Orden, que era con Diego de Monsalve en Miranda, pidiendo le se llegasse á Zamora para conferir entre los dos cierta cosa que assí lo pedia: y que le daba palabra como cavallero hijodalgo de la seguridad total de su persona, y de bolverlo á poner salvo en Miranda. Vista la carta, se vino luego Sotello á Zamora á casa del Gran

Prior: el qual alegre de verlo, y cortejando lo magníficamente le dixo y preguntó: Qué medio podrian hallar, ó discurrirse para componer este negocio, y quietar tantos y tales movimientos como se daban. Respondió Bernardo de Sotello: Que el medio era que se saliesse á matar Diego de Mazariegos con Monsalve: y que el no hallaba otro. A esto dixo el Prior Que no era justo que por una necedad hecha sin consideracion y arrebatadamente con el calor de la altercacion, conoscida después, y sentida, se hubiessen dos cavalleros de matar, sin aver otro medio. Pues ríndase, dixo Sotello, esse cavallero á Monsalve y con esso no le matará, ni pondrá en el las manos. Dixo el Prior: Pues tratad con Diego de Monsalve que se contente con esso, y yo trataré con Mazariegos essotro. Dixo Sotello: Esso no es cosa que se ha de tratar con Monsalve, ni el es possible que venga en medio que trato sea: sálgase el á matar con Monsalve y ríndasele: y yo aseguro que Monsalve no ponga entonces en el su mano. ¿Pues que seguridad, dixo el Prior, podremos tener en esso? Saber quien es, respondió Sotello; y tener yo experiencia de el, me asegura para prometer que no pondrá las manos en su rendido por no ser de cavalleros hazerlo: y quando acaso el no lo hiziesse como debe, lo mataria yo á el. Dixo el Prior: Pues, señor Bernardo de Sotello, ordenad vos como se haga esso á vuestro modo, que yo haré como se haga lo que vos decís. Pues yo pensaré esta noche mas en ello, y en la forma como ello se aya de hazer, y avisaré á la mañana á V. S. de lo que acordare, dixo Sotello.

A la mañana vino al Prior, y le dixo: Ya he pensado en ello, y hame parezido que por auto de Justicia se provea curador al sepulchro de Francisco de Monsalve, y que á el se rinda el Sr. Diego de Mazariegos, diciendo: Que á el se atrebió á darle de palos con una caña, por ver le viejo, sin fuerzas y sin armas: que si las trahera ó pudiera traher, no lo hiziera ni se atrebiera á imaginarlo: que ahora que sabia que de sus entrañas avia salido un hijo suyo de tal nombre, y que con las armas en la mano representaba el valor de su persona y de su Padre que por sus años y enfermedades estaba amortiguado, quanto resucitado en el Sr. Diego de Monsalve su hijo, de quien sabia que en el mundo no avria lugar seguro donde amparar la vida: Por tanto el le rendia su espada en aquel sepulchro do iázia, y le pedia perdon de su temerario y loco atrebimiento: confessando, como confessaba todas las cosas arriba dichas ser hechas contra razon y faltando en ellas á lo que debia á cavallero. Parezió le bien al Prior y efectuó se.

Proveyó se de Procurador al sepulchro por la Justicia, con la solemnidad necessaria, al dho. Bernardo de Sotello: y el como tal recibió la espada desnuda de mano de Diego de Mazariegos, aviendo alli dicho y confessado todo lo arriba dicho el dho. Mazariegos. Lo qual visto, oydo, y entendido por el dho. Sotello Procurador, respondió: Que holgaba ver que el Sr. Diego de Mazariegos huviesse venido en el debido conoscimiento, y que atento esso, y por ello el llanamente lo perdonaba, pareziendo le que el ofensor resarce con el rendimiento y demanda de perdon.

Todo lo qual passó en el Monasterio de Sto. Domingo de Zamora, sobre el sepulchro de Francisco de Monsalve, presente toda la Justicia, y la ciudad, llena la Iglesia de las demás gentes que pudo coger lugar, forasteros y ciudadanos.

Dió se á Bernardo de Sotello testimonio signado de escrivano público de todo el acto referido, juntamente con el auto de la curaduria, y del Rendimiento de la espada. Y á Diego de Mazariegos se le dió una carta para Diego de Monsalve en nombre de Francisco de Monsalve su padre, en que le pedia y mandaba que fuesse amigo del Sr. Diego de Mazariegos, y le sirviesse y ayudasse en toda cosa como criado que era suyo.

De todas estas cosas que passaban en Zamora, no tenía noticia Diego de Monsalve en Miranda donde estaba: ni alguno se lo osó

dezir, creyendo no vendria en ello estando resuelto en venir con el á batalla, ó en procurar lo matar por el modo possible.

Acabado y concluydo lo ya dicho en Zamora: Bernardo de Sotello se partió para Miranda. Llegado allá, dixo á Diego de Monsalve que Diego de Mazariegos estaba presto á mantener le el campo con espada y daga, en calzas y camisa el dia siguiente en el campo de la verdad, extra muros de la ciudad, donde estaba hecha una estacada para el efecto: y queria sacar por sus padrinos al Gran Prior de San Juan, y á D. Henrique Henriquez de Guzman su sobrino (que después fué conde de Alva de Liste).

Recibió con esta nueva Diego de Monsalve grande alegría, pareziendo le aver llegado ya la hora de satisfacer la honra de su Padre, ó morir en la demanda: y así se partió otro dia muy gallardo, lleno de plumas y botones, en compañía de sus camaradas, y llegó á la estacada á apearse con ellos: de los quales escogió por sus padrinos á Alvaro de Sossa, y á Bernardo Sotello.

Halló en el puesto á Diego de Mazariegos con sus padrinos. Saludáronse todos muy cortesmente: llegaron á reconoscer á Diego de Monsalve que venia en camisa con un bohemio de martas bordado. Reconoscieron sus padrinos á Mazariegos: y hallando los igüales en armas, les partieron el sol, y se retiraron á fuera.

Estaban los campos llenos de gentes naturales y forasteros: y era de todos tan grande la atencion y el silencio, que parezia no aver persona en ellos.

Quando les hizieron la seña de la batalla, echó mano Diego de Monsalve á su espada y daga, y fué se con gallardo semblante á su contrario.

Mazariegos viendo lo venir, y antes de echar manos á su espada y daga, sacó del pecho un papel, y en alta voz le dixo: Suplico á Vmd., Sr. Diego de Monsalve, sea servido de leer este papel antes de passar adelante: y de mano á mano se lo entregó.

Diego de Monsalve, recogida la espada en la mano izquierda, y hecha venia con la gorra, tomó el papel con la diestra y apartando se un poco lo leyó. Era la carta del curador de su padre. Leyda bolvió, y dixo: Sr. Diego de Mazariegos aquí habla mi padre, ó otro por el; pero á Vmd. cúmplele pelear como cavallero, porque uno de los dos ha de quedar por bueno en este campo.

Diego de Mazariegos sacó su espada y tomando la por la punta, y alargando la guarnicion á Monsalve, dixo: Sr. Diego de Monsalve, suplico á Vmd. tome esta espada, y aya misericordia de mi como de su rendido.

Diego de Monsalve la tomó por la guarnicion, y la lamió con la lengua por ambos filos desde la guarnicion á la punta, y luego dixo en voz alta que lo oyeron todos: Doy muchas gracias á Dios que ha trahido á Vmd. á este conoscimiento. Viva Vmd. en paz desde oy: y si alguno acaso le agraviare, aviseme Vmd., que yo le satisfaré á todo mi poderío. Y metiendo su daga en la bayna, se quedó con ambas espadas en las manos: dexando ver uno de los más extraordinarios espectáculos que ha visto España: y quedando todos maravillados del valor y gallardía del uno y de la cobardía y rendimiento del otro.

Llegó en esto D. Henrique Henriquez á pedir le la espada rendida á Monsalve: y el presentando le la suya, dixo: Con esta mia serviré á V. S.: que esta del Sr. Diego de Mazariegos fuera de mi poder no tendrá ya valor. Sintió se D. Henrique de se la negar, y dixo: Para essa, mejor es la mia. Respondió Monsalve: Esso falta hasta ahora por ver; pero en parte estamos donde podrá V. S. si quisiere averiguarlo. Llegó á esto el Prior y puso se en medio y procuró de ataxar la altercacion, y notó mucho á D. Henrique que entrasse en enoxar á Monsalve quando tanto costaba lo aplacar: y haziendo los abrazar los sacó del campo.

Diego de Monsalve ido á su casa colgó sobre su puerta en un escudo de armas que

allí estaba, la espada de Mazariegos y allí estubo muchos dias, sin que alguno se atrebiesse á quitarla, hasta que saliendo el de Zamora, la quitó la Justicia, y después Bernardo de Sotello la cobró por pleyto en la Chanzillería de Valladolid, y la guardó muchos años hasta que después de casado Diego de Monsalve y con muchos hijos se la bolvió á entregar en Toro, donde ahora la tiene su hijo mayor. Han presumido algunos que una espada que tienen los Monsalves en sus armas, es essa: y no es assí: porque antes mucho la tenian sus passados. Verdad es que el Emperador Carlos quinto le dió licencia á Diego de Monsalve para ponerla; pero el nunca usó de ella atento á ciertos respectos.

Este fué el fin de tan pesado sucesso que se ha ceñido lo possible. Aconsejaron los deudos y amigos á Monsalve que no bolviesse á Zamora, y assí se casó en Toro con D.ª Maria de Ulloa, hija de D. Fulano de Ulloa y de D.ª Constanza de Figueroa, hermana del Cardenal Santa Polonia, Presidente de Italia, Inquisidor General en tiempo del Rey Felipe II.

D. Diego de Mazariegos vino muchas veces á Toro á ser huesped de Diego de Monsalve, donde le honró mucho y todos los cavalleros de allí por su respecto.

Bolvió Diego de Monsalve á servir al Emperador, y al Rey D. Felipe en muchas jornadas, donde ganó mucha honra y fama, que quedó á sus descendientes.

Á MI MUY QUERIDO AMIGO

el eminente poeta aleman

EXCMO. SR. D. JUAN FASTENRATH,

EN EL DIA 2 DE NOVIEMBRE.

Existen sagrados lazos
De secreta simpatía;
Tal vez consuelo que envía
Dios mismo á la humanidad.
Voz del alma que nos dice:
«Ese que vés es tu hermano;
Estrecha lëal su mano,
Júrale eterna amistad.»

Tal, por vez primera al verte,
Con intuicion poderosa,
Sentí esa voz misteriosa
Que me impulsaba hácia tí.
¿Entre él y yo, imaginaba,
Qué hay de comun en el mundo?
Mas ví tu dolor profundo
Y entónces lo comprendí.

Tú tambien, oh caro amigo,
Acerbo llanto derramas,
Tambien, como yo, reclamas
Una tregua en tu afliccion.
Tú de un padre cariñoso
Áun lamentas la partida,
Yo la de madre querida
Que áun vive en mi corazon.

Los dos de la misma pena
El dardo agudo sentimos,
Y ¡ay! en vano, en vano vimos
Año tras año cruzar.
Abril vendrá y siempre muerta
Yacerá nuestra esperanza,
Que hay dolores que no alcanza
Nunca el tiempo á mitigar.

¡Oh amigo! dame que pueda
Hoy al son de esa campana
Con que la iglesia cristiana
Nos invita á la oracion,
Recordarte con mis ayes
Á los que el mundo dejaron
Y en el empíreo buscaron
Su prometida mansion.

De mi madre ante la tumba
Silenciosa y solitaria,
Hoy se alzará una plegaria
Con mis recuerdos de ayer:
Mas al pronunciar su nombre,
Para mí siempre querido,
Al suyo se alzará unido
El de aquél que te dió el sér.

Son del amigo las preces,
En nuestros grandes dolores,
Lo que el rocío á las flores,
Lo que la calma en el mar;
Tregua que permite al alma,
Tras rudo y constante anhelo,
Ver un instante en el cielo
Sin nubes el sol brillar.

Pueda yo hasta el Increado
Elevar mi humilde acento:
Confundir logre un momento
Con el tuyo mi dolor.
Y que unidas nuestras almas
De la amistad por el lazo,
Se alcen en estrecho abrazo
Hasta el trono del Señor.

De Él solo la dicha mana,
De Él la vida, de Él la ciencia,
Y la humana inteligencia
Tan sólo existe por Él.
Pidámosle nos conceda
Lenitivo en los pesares,
É inspire nuestros cantares
En la virtud santa y fiel.

¡Ah! tú al ménos, en tus penas
Realizas sueños de gloria,
Y el mundo digna memoria
Á tu nombre guardará.
Yo, oscuro vate, al olvido
Iré por suerte enemiga,
Y ni una flor mano amiga
En mi tumba arrojará.

Mas si vário es el destino
Que á entrámbos otorga el Cielo,
Si, cual tú, no el ráudo vuelo
Sentí de alta inspiracion;
Por el infortunio unidos
Veré al estrechar tu mano,
En tí por siempre al hermano,
Que es lëal mi corazon.

1869 José Lamarque de Novoa.

AL PODER DE DIOS.

SONETO.

¡Omnipotente Dios! ¿quién no te ama
Y no baja ante tí la altiva frente?
Tú enfrenas de los mares la corriente
Y haces brotar del árbol verde rama.
Dás al volcan el fuego en que se inflama,
Y al sol que nace en el rosado oriente
La purísima luz resplandeciente
Que en brillantes destellos se derrama.
Es tu poder, Señor, más infinito;
De estrellas el espacio has salpicado,
Encadenas las iras del precito,
Y tu mano, que el orbe ha levantado,
El destino del hombre tiene escrito
Y el término del mundo señalado.

Manuel de los Palacios y Fagundes.

¡LÉJOS DE LA CIUDAD!

La tarde vá cayendo. Las húmedas brisas de otoño llevan en sus invisibles alas las hojas secas, ayer verdes y lozanas, pompa de los árboles. Las brisas de otoño son brisas de muerte; nacen al borde de las tumbas, cuyos helados soplos recogen para llevarlos á las ciudades.

El ángel de la melancolía desciende á la tierra, y allá, léjos, muy léjos, la campana de la aldea convoca á las oraciones.

Sigue, sigue tu camino, viajero; muy pronto la noche te envolverá en sus sombras. Esta senda que ahora pisas, estrecha, desigual, bordada de margaritas blancas y campanillas azules, te anuncia la ciudad de los que fueron en la tierra; ¡de los que fueron en la tierra! ¿Suspiras? ¿lloras? ¿alzas tus ojos al cielo? ¿acaso tu madre, tu hermano, tu amigo, tus amores no son de este mundo? Llorémos juntos; el camino se nos hará más corto. Yo tambien lloro muertos, que vivos amé; tambien mi corazon está muerto de amores por los muertos. Apresuremos nuestros pasos: andamos sobre tumbas.

La campana de la aldea convoca á las oraciones. ¿Ves? Una, dos, cien, mil sombras cruzan en nuestro camino: son otros tantos desgraciados que lloran. ¡Aquí, en los campos, en las aldeas, nadie se avergüenza de llorar!

Llegamos al término de nuestro viaje. Descubre tu cabeza: estamos en el Campo-Santo.

No busques aquí prodigios de arte; quédense en buen hora para los templos que el orgullo y la soberbia edifican en las ciudades para inmortalizar la memoria de los que fueron. Los mármoles y los bronces, desafiando el poder de los siglos; las flores, sembradas con simetría para el mayor encanto de la vista; las hiperbólicas inscripciones, restos de los cementerios paganos, búscalos en los de las ciudades, nó en los de las aldeas.

Aquí, un puñado de tierra y una cruz, te dicen: Llora y reza. Allí, los prodigios de la estatuaria, las coronas de flores contrahechas, los ridículos epitafios, te dicen: Rie de la miseria de los hombres que no dejan en paz á los muertos; admira la magnificencia de ese mausoleo, la riqueza de esa tumba, la blancura de esos mármoles.

Aquí, no trates de saber quién descansa en ese palmo de tierra que ha criado y alimenta una azucena silvestre; ¡qué importa su nombre á quien viene á rezar por los muertos! Aquí, no se dejan sobre las tumbas las coronas que se venden en las ciudades; si hay flores, á la naturaleza se deben, nó al arte; porque aquí no hay arte de sentir, ni sentimientos comprados por unas cuantas docenas de reales. ¿Quieres saber quién duerme el último de los sueños bajo esa cruz de madera? Pregunta á aquel venerable anciano que llora y reza á los piés de esa cruz: un rayo de luna baña su frente: el cielo se recrea en sus oraciones, y Dios le envia en ese tibio rayo de luz su bendicion.

Aquí reinan el silencio, la quietud y la paz del templo. No verás esas alegres túrbas que invaden con sacrílega planta los cementerios de las ciudades. Aquí se reza; aquí se llora. Allí, en las ciudades, los vivos, una vez al año, cuando la iglesia reza el oficio de Difuntos, convócanse en los parajes públicos, visten galas y gasas, hacen acopio de coronas y faroles, y emprenden el camino del campo-santo, alegres como en romería; vivos, pero con las almas muertas; y precipítanse en la mansion de la tristeza, como las aguas del torrente un punto detenidas en su rápida carrera por una fuerza superior, vencida al fin. Y aquellas locas túrbas, que no tienen la virtud de sofocar por un momento el vivo fuego de los vicios que arde en sus corazones, allí rien; más allá murmuran; aquí maldicen; acullá blasfeman; saltan sobre esta tumba, cantan en aquel panteon; ya arrojan una corona, ya escriben en los mármoles; ora encienden una luz, ora la apagan; y, cuando las campanas del templo convocan en vano á la oracion, sin despedirse de sus muertos, toman el camino de la ciudad, envueltas en las sombras de la noche, sombras que son luces, comparadas con las tinieblas de sus almas.

Nosotros no traemos flores, no traemos luces; pedirémos á Dios por los muertos; regarémos con nuestras lágrimas la tierra que los envuelve. Las lágrimas son las flores del alma, flores que no se compran, que no se venden.

Los muertos no han menester de luces, mármoles, flores y coronas. ¡Coronas á la muerte!

Levántense mármoles á la virtud y al génio; grábense en bronces los nombres de los que pasaron por la tierra como astros divinos derramando luz; téjanse inmarcesibles coronas para ceñir con ellas las frentes augustas, tronos del génio; entone la humanidad fervientes cantos de inflamadas notas en alabanza de sus hijos más queridos; pero en el augusto templo que guarda las cenizas de los que fueron; en ese misterioso santuario donde arde la lámpara de la divina Misericordia, en la mansion de los muertos, rezad, rezad de rodillas ante el signo de amor y redencion, que os aguarda con los brazos abiertos: vuestras plegarias serán las flores con que el Señor tejerá coronas para las frentes de los que gocen su bienandanza.

Yá es de noche: volvamos á la aldea.

Tal vez mañana nuestras vidas darán en el mar de la muerte.

¡Oh, si me fuera dado que aquí, léjos, muy léjos de la ciudad, en un rincon de este humilde cementerio, tuviera mi cuerpo su última morada en el mundo; por lecho ese montoncillo de tierra; por epitafio, una cruz; por compañeros en mi soledad, un rayo de sol en invierno y una triste florecilla en primavera! Aquí, tal vez un día algun viajero detendrá sus pasos al caer la tarde, cuando la campana de la aldea convoca á las oraciones, cuando las brisas de otoño llevan en sus invisibles alas el frio de la muerte; y, tal vez, sin saber quién descansa aquí, se arrodillará sobre mi tumba, la regará con lágrimas, y murmurará una oracion por el «muerto desconocido.»

Luis Montoto.

CUESTION DE NOMBRES.

Toribio y Simplicia son dos apreciables hermanos, él casado y militar, ella soltera y consagrada á Dios, y que pudieran ser los dos séres más felices del universo, si no fueran los dos más desgraciados.

Ustedes no los conocen, y lo siento, porque seguro estoy de que habíais de quedar prendados de ellos y de que os habian de ser altamente simpáticos, tanto por su distinguido trato y esmerada educacion, cuanto por el terrible infortunio de que son presa, y además, porque no conociéndolos, no saben ustedes cuál es la causa de su desdicha, que por cierto es, por lo curiosa y original, para sabida y para contada.

Pero no se apuren ustedes por ello, que yo voy á tomarme la libertad de referírosla en cuatro palabras, seguro de que ha de interesaros profundamente.

Yá he dicho á ustedes que él es casado y militar, y que ella es esposa del Señor; pues bien, ahora voy á añadir que ni él ni ella tenian hace algunos años la menor inclinacion á sus respectivos estados.

Y tanto es así, que él tenía un decidido horror á cuanto atañe al arte de la guerra, y nadie mejor que él cumplia el quinto precepto del Decálogo.

En cuanto á ella, baste decir que no le habia sido del todo indiferente un apuesto mancebo que frente á su casa vivia, y el cual no habia sido escuchado con frialdad, al declarar á nuestra jóven su atrevido pensamiento.

Pero no es, ni por pienso, ésta la causa de su desgracia; nó señores, demos un salto algunos años atrás, y sorprendamos una animada conversacion que los dos hermanos sostienen, sentados al amor de la lumbre, que ella ha de hacernos ver casi por completo el fatídico cuadro de su terrible y pavoroso infortunio.

—Tienes razon, Toribio, dice con acongojada voz la hermana, tienes razon, pero ¿qué hacer? ¡Ah! no sabía nuestro buen padre (q. s. g. h.) cuán desdichados nos hacia por un infundado capricho.

—Es verdad, replicó el hermano con voz no ménos compungida, pero ¿no podia suponer el buen señor que yo andando el tiempo habria de pasar de hombre á marido, y que el nombre de Toribio, en un casado, es un epígrama constante?

—¿Y no comprendia, continuaba la hermana, que yo con el tiempo pasaria de niña á mujer, siendo, como todas, un tanto bachillera, y que el nombre de Simplicia, en una mujer, es un sarcasmo perenne?

—¿Qué hacer? repetian los dos hermanos á duo: ¿qué hacer?

Y no daban á su torturada imaginacion un punto de reposo, buscando y rebuscando constantemente un medio para librarse de tamaña desdicha.

Un dia se levantó el hermano más jovial, más comunicativo que de costumbre, tanto, que hubo de dar un estrecho abrazo á su hermana, dejando escapar una sonrisita de triunfo, como queriendo decirle: —¡Eureka! ¡Yá está aquí! ¡Yá pareció aquello!

Maravillada y asombrada en extremo quedó la jóven al ver tal cámbio en su hermano, y obrado en tan poco tiempo; pero su asombro creció de punto, y hasta le quitó por algun tiempo el sentido, cuando le escuchó decir con entrecortadas frases:

—Somos felices, yá encontré el medio.

No bien hubo vuelto de su desmayo, cuando empezó á interrogar vivamente á su hermano, que después de una corta pausa, durante la cual tomó respiracion y dejó escapar otra sonrisita, le dijo:

—Habrás de saber, hermana mia, que esta noche he soñado que habíamos encontrado nuestra salvacion por un medio tan sencillo como natural. Figúrate, que yo habia ingresado en la milicia y que todos me decian:—Mi álferez, mi teniente, y que tú habias profesado, llamándote todos Sor Fulana ó Sor Mengana, que el nombre no recuerdo bien, pero que era el del dia de tu profesion.—Yá vés, hija mia, cómo estamos salvados, porque ese es ciertamente el único medio ¿verdad?

No le hubo de gustar mucho á la jóven el recurso que le proponia su hermano, y hasta hubo de dirigir, con cierta languidez, la mirada hácia la casa de enfrente, exhalando un profundísimo suspiro; pero comprendiendo que no habia otro medio, ni se les ocurria, bajó la cabeza tristemente y dejó oir un *sí* tan bajo y tan confuso, que cualquiera otro, que no hubiera sido el hermano, hubiéralo tomado por un *nó*.

Pero él no se paró en esas pequeñeces, y lo tomó tal cual lo habia escuchado, empezando con la mayor diligencia á disponer cuanto era necesario para realizar su plan, que á él le parecia más sublime y más atrevido que todos los planes imaginables.

Y dicho y hecho, como era rico y no se paraba en barras, en ménos de lo que él pensaba y ella deseaba, llevóse todo á cabo, saliendo, como vulgarmente se dice, á pedir de boca; y él estaba más orgulloso del éxito de su obra, que pudo estarlo Colon al pisar el Nuevo Mundo.

Pero como cuando la desgracia se empeña en

atormentar á una persona ó á dos, que para el caso es igual, no hay medio humano que la aleje, vean ustedes cómo todos aquellos planes se destruyeron, y cómo aquella soñada felicidad se disipó más en breve aún que se habia forjado, y aquí dá principio la segunda parte de su infortunio.

Él habia ascendido, ella habia profesado.

Á él desde el ministro de la Guerra hasta el último recluta le decian *Mi co-mandante:* á ella desde la abadesa al mandadero todos la llamaban *Sor Ra-mona.*

Habia profesado el dia de S. Ramon.

FFLIPE PEREZ GONZALEZ.

VARIEDADES.

Las empresas de los teatros de la Córte anuncian muchas obras para su inmediata representacion, entre ellas, un drama del Sr. García Gutierrez, cuyo título ignoramos; *El haz de leña,* del Sr. Nuñez de Arce; *Segismundo,* de los Sres. Retes y Echavarría; *El wals de Benzano,* del Sr. Hurtado: *La expulsion de los moriscos,* del Sr. Velilla; *El príncipe Hamlet,* de autor desconocido; y comedias de los Sres. Cisneros y Marco y *La escala de la política,* del Sr. D. Ángel M. Segovia.

Siempre hemos creido que la mejor manera de combatir el mal gusto que se ha apoderado de una gran parte del público, es escribir buenas obras; tenemos la conviccion de que más ha conseguido el Sr. García Gutierrez con su drama *Doña Urraca de Castilla,* en pró de la buena causa, que cuantos incesantemente han combatido en libros y periódicos los delirios de esa quisicosa llamada *género bufo.*

*
* *

Con el título *Quien bien te quiera...* se ha representado en el teatro *Español* (Madrid) una comedia *insípida,* perteneciente al género de las que el Sr. Blasco traduce de poco tiempo á esta parte del teatro francés. El nombre de *español,* aplicado al antiguo teatro del Príncipe, es un sarcasmo manifiesto; llámesele *teatro afrancesado,* y la verdad quedará en su punto.

*
* *

Márcos Zapata, el autor del cuadro dramático *La Capilla de Lanuza,* ha escrito para el teatro que dirije el Sr. Arderíus, el libro de una zarzuela titulada *La bola negra.* Mucho bueno esperamos del Sr. Zapata, que dió á conocer no hace mucho las felicísimas dotes que reune para escribir para el teatro; mas la zarzuela está llamada á ser la roca donde se estrellan los más sobresalientes poetas; no parece sino que es cierta la afirmacion de Alarcon; La zarzuela es el campo de las medianías.

*
* *

CANTARES.

Las flores que se marchitan
nunca la vida recobran:
las ilusiones del alma
flores son que se deshojan.

Deja que te mire y calle,
porque el amor que se siente
no sabe expresarlo nadie.

Muchas frentes se doblegan
más que al peso de los años
al peso de la conciencia.

Á un mismo término vamos,
unos sin tregua riendo
y otros sin tregua llorando.

C. P.

*
* *

La zarzuela, original del Sr. Larra, *El atrevido en la Córte,* apenas es digna de ser leida; gracias á la música del maestro Caballero, verdadera notabilidad, la última obra del autor de *La oracion de la tarde* y *Lanuza,* no ha obtenido un éxito desgraciado. ¡Lástima grande que el Sr. Larra, en quien reconocemos talento suficiente para dar al teatro español dias de gloria, desperdicie el tiempo escribiendo obras de la insignificancia de *El atrevido en la Córte.*

REVISTA SEVILLANA.

PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

Publícase los dias 5, 15 y 25 de cada mes.

Precios de suscricion.—Cuatro reales al mes en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la capital.

Direccion.—Union, número 2.

SEVILLA, 1872.
Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

AÑO I.—NÚM. 5.º 15 DE NOVIEMBRE DE 1872. (SEGUNDA ÉPOCA.)

REVISTA SEVILLANA.

PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

PRECIO DE LA SUSCRICION.

Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Santa Ana 46.

PRECIO DE LA SUSCRICION.

Cuatro reales al mes, en Sevilla, doce el trimestre, pago adelantado; fuera de la Capital.

Desde 1.º del actual han quedado establecidas la Direccion y Administracion de este periódico en la calle de Sta. Ana, número 46. Suplicamos á aquellos de nuestros colegas que nos honran con su visita, sigan favoreciéndonos en la nueva é indicada direccion.

SUMARIO.

RAFAEL ÁLVAREZ SANCHEZ SURGA.

No sé cuál es más feliz hora, ó aquélla en quien se abren los ojos al dia de la vida, ó ésta en quien se cierran á la noche de la muerte....
La cuna no florece hasta que ha florecido la tumba....
SAAVEDRA FAJARDO.

I.

¡Rafael, compañero, amigo y hermano mio, has muerto, pero vives, y vivirás eternamente en mi memoria! Creo que algo de mi espíritu se ha ido con el tuyo, y que algo del tuyo se ha quedado con el mio. Viajeros melancólicos, íbamos juntos por el áspero camino de la vida: tú has llegado el primero á su término, mas tu recuerdo no será sepultado en las detenidas y silenciosas aguas del misterioso rio del Olvido, nó: cúmpleme depositar sobre el helado mármol de tu sepulcro la última y dolorosa ofrenda de la amistad, del fraternal cariño que nos profesábamos.

Te ha llevado una ola del mar de la vida.... ¿Quién sabe si mañana me llevará otra ola? ¿Quién sabe si mañana reanudarémos, en regiones más puras, los lazos de amor que nos unieron en la tierra?.... ¡Ah!... He visto á tantos séres queridos bajar á la tumba, que me pregunto cada dia, como se preguntaba, al tiempo de morir, un personaje de Shakespeare: ¿es hoy el dia de los difuntos?

¡Pobre amigo mio! Nublados los ojos con mis lágrimas y oprimido mi corazon por un dolor inmenso, intentaré bosquejar la breve historia de tu existencia, fugitivo relámpago, que brilló un momento, gota de agua caida en la insondable profundidad del Occeáno, leve suspiro arrebatado por los huracanes.

La virtud, la ciencia, la poesía eran los tres ideales de tu vida: á ellas consagraste todos tus desvelos, toda tu privilegiada inteligencia. La virtud ha perdido uno de sus más celosos mantenedores, la ciencia uno de sus más fervientes apóstoles, la poesía uno de sus más inspirados hijos.

Tu lira, abandonada y muda, vestida con fúnebres crespones, yace pendiente del ciprés solitario que se inclina sobre tu sepulcro, como esperando que las brisas de la soledad le arranquen, al pasar, algun sordo y doliente gemido, sordo y doliente como el rumor que produce la tierra al caer sobre los ataudes de los muertos.

Las sombras de una noche eterna te ocultan á los ojos de los que te amaron: el espíritu inmortal ha volado á su pátria, y el polvo ha vuelto al polvo. Las dolencias físicas combatieron de contínuo tu débil cuerpo: hubiérase creido que tu espíritu sublime, apri-

sionado dentro de la humana forma, golpeaba, sin cesar, como desesperado cautivo, las paredes de su cárcel, buscando por donde salir de ella para respirar el aire de la libertad.... ¡Espíritu generoso, yá has quebrantado tu cautiverio!... ¡Yá eres libre!

II.

No arrojeis flores sobre las tumbas: los vientos que vagan entre ellas son vientos mortales y las marchitan con su soplo: las galas de la naturaleza perecen al contacto de la fria desnudez de la muerte. No grabeis en los mármoles sepulcrales pomposas inscripciones; el tiempo las borra y las destruye, y el mudo y soñoliento olvido extiende sobre ellas las grandes y tenebrosas alas con que cubre los pasados siglos y las muertas generaciones.

¡Desventurados los que no dejan de sí otro recuerdo que las inscripciones de sus lápidas! ¡Dichosos los que tienen por lápida la memoria de la humanidad!

En ella vivirá Rafael Álvarez Sanchez Surga: estudió en la Universidad de Sevilla, coronando sus esfuerzos con el grado de Doctor en la facultad de Filosofía y Letras, y con el de Licenciado en la de Derecho. Nombrado para enseñar la asignatura de Lengua árabe en la misma Universidad, obtuvo notables y provechosos resultados de sus discípulos, que tenian, generalmente, más edad que el maestro.

Nos conocimos muy jóvenes aún, casi niños; la inclinacion á la poesía unió indisolublemente nuestros corazones con los vínculos de una estrechísima amistad: juntos hemos trabajado, desde el año de 1866, en vários periódicos, entre ellos *La Juventud, Esplandian, La Violeta, El Hispalense,* la *Revista Sevillana,* la de *Filosofía y Letras,* y otros, de los cuales, sólo viven los dos últimos, acaso por ser los más modernos.

En *Esplandian* publicó su leyenda en prosa *La cruz de plata,* historia delicada y sentida, cuya lectura conmueve hondamente el alma, y bajo el pseudónimo de *Lanzarote del Lago* diversos artículos literarios, adelantados frutos de su inteligencia, que se ha extinguido ántes de llegar al apogeo. En esa y en las demás Revistas se encuentran diseminadas muchas de sus poesías: otras están inéditas, y de ellas conservo algunas, escritas de su puño y letra, que si ántes eran estimadísimas, desde hoy serán para mí objetos sagrados de un valor inestimable.

El mejor tributo que debe rendirse á su memoria es coleccionar sus poesías, sus artículos, sus discursos, todos sus trabajos: son pocos, es verdad: la muerte le sorprendió en la aurora de la vida, la juventud y el sepulcro fueron para él una misma cosa.

III.

Poeta de génio superior y de grandes condiciones, siguió más bien las huellas de los alemanes que las de los españoles: sus poesías, profundas y melancólicas á un tiempo, parecen inspiradas bajo el cielo nebuloso de las regiones del Norte, á la orilla de los silenciosos lagos, coronados de blanquecinas y vaporosas nieblas, á donde bajaban las alegres Wilis y las piadosas Walkirias, contemplando las inaccesibles montañas envueltas en un sudario de perpétua nieve, en las solitarias playas de los mares sin movimiento, petrificados por el hielo, en las venerables selvas de la antigua Germania ó en los sagrados montes de la misteriosa isla de Rugen, donde todavía pudiera creerse que resuenan los vibrantes sonidos de las trompas guerreras en los combates fantásticos de los invencibles paladines que habitaban el encantado Walhala de los Escandinavos.

Hay en las poesías de Rafael Álvarez Sanchez Surga un sello filosófico que las distingue: jamás equivocó la rima con la poesía, la forma con el fondo. Podrá encontrarse alguna composicion desaliñada ó incorrecta, ninguna que no encierre altos pensamientos. La Poesía española, despreciando el presente y el porvenir, suele vivir casi siempre en el

pasado. En los siglos XVI y XVII, cuando España era más grande que todas las naciones, la Musa española no tenía cantos para sus valientes guerreros, ni para sus ilustres sábios, maravilla del Orbe, ni recuerdos para sus intrépidos navegantes, ni para sus heróicos aventureros, conquistadores del Nuevo-Mundo, ni alabanzas para sus misioneros, apóstoles del Evangelio, que volaron á difundir la santa Religion del Crucificado en las incultas y desconocidas regiones de la América: la Poesía española no cantó aquellas glorias, se despojó del trage nacional, se vistió la túnica griega y la toga romana, resucitó los olvidados dioses del gentilismo y quemó el incienso de la adoracion en sus reconstruidos altares. ¿Envolveria, tal vez, este hecho, en cierto modo, una disfrazada y simbólica protesta contra la fanática intolerancia y el opresor absolutismo de aquellos siglos?

Tambien hoy la Poesía española se agita en el pasado: vive sentada sobre las negras ruinas de los castillos feudales, á la sombra de los cuarteados y vacilantes muros de las góticas abadías y de los desiertos monasterios, vaga por las soledades de los campos y por las abandonadas márgenes de los arroyos, envuelta en las medrosas tradiciones de la Edad Media, vistiendo la armadura de limpio acero, cuyo peso fatigaba los duros miembros de los esforzados caballeros andantes.

Grande es el pasado, pero más grande es el presente, y más todavía el porvenir. ¿Cómo, pués, la Poesía sólo tiene voz para ensalzar lo que ha muerto? ¿Será porque para cantar el pasado basta con derramar una lágrima y exhalar un gemido, cosa fácil, miéntras que para cantar el presente y el porvenir hay que arrancar á la lira himnos de entusiasmo y proféticas inspiraciones, que necesitan el robusto aliento y el inflamado espíritu de Quintana, no á todos concedidos?... Tiempo es yá de que la Poesía deje de cantar la naturaleza, y comience á cantar la Ciencia y el hombre.

Así lo habia comprendido Álvarez Sanchez Surga: sus poesías tituladas *Ilusiones, Sombras, ¿Á dónde iré á parar?, María, Risa y llanto, El Etna y el Mont-Blanc, Barcarola, Ebn-Yusuf, Los pensamientos del sábio, Paz y guerra, Diálogo eterno, Sueños,* y otras muchas, descubren claramente que no era el poeta del pasado; sus cantos no son elegías á lo que dejó de existir arrebatado por la ley progresiva y fatal del humano desenvolvimiento, son manifestaciones del presente ó nobilísimas y levantadas aspiraciones para lo futuro: no se inspira en la naturaleza ni en las ficciones mitológicas, se inspira en el hombre, en la Ciencia y en la Filosofía. Poeta de la edad presente, comprendió su mision y cantó su siglo.

IV.

Al escribir este artículo, tengo á la vista gran número de sus composiciones en diversos periódicos esparcidas: en esas páginas del breve libro de su existencia parece que todavía palpita su corazon. ¡Las hojas están verdes y lozanas, jamás perderán su embalsamada frescura, y el árbol fué cortado por la afilada segur de la muerte inexorable!

Su primera composicion poética se publicó al lado de una mia en el número ocho de *La Juventud,* correspondiente al lúnes 21 de Mayo de 1866: fué un soneto. Al lado de otra mia se ha publicado la última suya en la *Revista Sevillana* del 25 de Octubre del año corriente: tambien es un soneto. ¡Extrañas coincidencias!

¡Cuánta incertidumbre, cuánta tristeza respiran estos versos del malogrado Álvarez Sanchez Surga!

Pobre de mí, juguete del destino,
Que límites no encuentro á mi penar,
Y soy arista y barca y peregrino,
¿Á dónde iré á parar?

Penetraba los secretos del corazon humano y exclamaba:

Nunca de un amor se olvida
Quien llega una vez á amar,

Porque es tan corta la vida
Que no hay tiempo de olvidar.

Al marchitarse una flor,
La arrojamos con desden:
Y ¿por qué un marchito amor
No ha de arrojarse tambien?

Estas son las ilusiones de la Juventud, pero ¡ay! muy pronto el jóven es anciano.

En su frente lleva el sello
De grave meditacion:
Nevó sobre su cabello
Y nevó en su corazon.

Todo lo ha olvidado: el *Mont-Blanc* ha vencido al *Etna*.

Él deseaba la fraternidad de todos los hombres y de todos los pueblos, sin odios de raza, sin luchas religiosas. El árabe Ebn-Yusuf vaga desesperado por la sierra, su amada le ha sido infiel, la amistad le ha hecho traicion; ruge la tempestad furiosa, no tanto como la de su pecho: una cristiana le dá hospitalidad y alivia sus dolores con amorosa solicitud, y el árabe exclama enternecido:

¡Y me salvaste! Sí, vistes *un hombre,*
Un *hermano,* que estaba padeciendo....
¡Oh, santa caridad, que ahora comprendo,
Cuántos usurpan tu sagrado nombre!

Nunca gimió cuando en la lid reñida
Hirió su pecho la enemiga lanza:
Ha sentido brotar una esperanza
Y por primera vez llora en su vida.

Álvarez Sanchez Surga sentíase luégo arrebatado ante los explendores de las nuevas idéas, soñaba un porvenir lisonjero para el mundo, manchado de crímenes y de sangre, y decia en su composicion titulada *Sueños:*

De la ignorancia la nube
Deshecha al sol de la ciencia,
En feliz independencia
Unida la humanidad,
La paz, la industria, el comercio
Riquezas dando y ventura,
Esto es la inmensa locura,
El sueño de libertad.

Después le asaltaba la duda, pero, sin embargo, no desconfiaba de los hombres ni del poder de las idéas.

¡Si no hubiera falsedades,
Ni tibieza ni egoismo!
¡Si no hubiera fanatismo
Ni guerras para medrar!...
Yá despertaré algun día,
Dejadme dormir en tanto:
Son estos sueños mi encanto
Y no quiero despertar.

¡Ay, yá no despertarás! Del febril y rápido sueño de la vida pasaste al eterno y sosegado sueño de la muerte.

V.

Tal fué el poeta. Como hombre de ciencia, su discurso sobre los *Orígenes de los primeros pobladores de España,* su disertacion acerca de la *Influencia de la literatura árabe en la española,* su traduccion, no concluida, de las *Noticias de los poetas alemanes,* por Gerardo de Nerval, traduccion que enriqueció con eruditas notas, sus profundos y constantes estudios de la Lengua árabe, y de la Filosofía, la inteligente laboriosidad de que dió pruebas desempeñando el cargo de promotor fiscal sustituto del distrito del Salvador de esta ciudad, y otros apreciabilísimos trabajos, interrumpidos por la enfermedad que le ha llevado al sepulcro, demuestran el clarísimo talento con que fué pródigamente dotado, y que á sus excelentes condiciones de poeta reunia las nó ménos envidiables de jurisconsulto, de historiador y de filósofo.

Ha muerto el dia 4 de este mes de Noviembre: sólo tenia veinte y cuatro años: gozaba el aprecio y la consideracion de todos y la amistad de muchos. Sevilla era su pátria: ha perdido en él un hijo que la honraba y que le hubiera dado dias de gloria.

Rafael, compañero, amigo y hermano mio, yo te he acompañado hasta la última morada: mi espíritu ha sentido una tristeza infinita al despedirse de tí para siempre, y las lágrimas se han agolpado á mis ojos al dejarte en la pavorosa soledad del sombrío reino de la muerte.... ¿Cuándo volverémos á reunirnos?...

Los hombres de esta época no estamos

llamados á ver muchos soles: las tumbas están abiertas: dormimos sentados en sus bordes, y la ráfaga más leve inclinará nuestros cuerpos y los hará caer en ellas.

Hasta entónces.... ¡Adios, hermano mio!

José de Velilla y Rodriguez.

DOÑA URRACA DE CASTILLA,

drama en tres actos y en verso, original de D. Antonio García Gutierrez.

El drama *Doña Urraca de Castilla* bastaria, por sí solo, á crear una reputacion envidiable al señor García Gutierrez, si desde una noche del año 1836 no corriera su nombre unido al de su drama *El Trovador*. El pobre soldado, que en la escena del teatro del Príncipe alcanzó, con una de las mayores ovaciones que público alguno ha tributado al génio, la «licencia absoluta,» cuenta en su carrera artística una série de triunfos, superiores, ó iguales cuando ménos, á los alcanzados por los primeros autores dramáticos de los más célebres teatros del mundo.

El público de Madrid, obligado durante algunos años á presenciar las representaciones de raquíticos engendros, concebidos en su mayoría por ingénios extranjeros, y engalanados con traje español, ha enloquecido de entusiasmo por la obra de García Gutierrez: sus aplausos están reservados para las producciones del génio dignas de la majestad del pensamiento humano; su desprecio, para ese cúmulo de dramas, comedias y zarzuelas, que en fúnebre comitiva caminan al panteon del olvido, entre la indiferencia de los más y la reprobacion de los ménos.

Es cierto, tristemente cierto, que el Teatro Español atraviesa por uno de sus más difíciles períodos; diríase que habíamos vuelto á la época en que los delirios de Comella y sus romances se habian apoderado de la escena: dramas raquíticos, en los cuales nada hay que interese y conmueva á la actual sociedad, ni sirva de enseñanza saludable á la venidera; comedias que llaman de costumbres, y no son otra cosa que pálidos reflejos de una clase social, por cierto no la que imprime más carácter al pueblo español; y como si todo esto no fuera suficiente á dar una idéa harto triste del actual estado del Teatro Español, sobre él llueve un chaparron de disparates, con los que el público rie hasta la saciedad, con la risa que inspira todo lo monstruoso y deforme.

Creemos que este estado pasará pronto, dando lugar á otro rico y exhuberante de génio é inspiracion: creemos percibir á lo léjos la aurora de un nuevo dia; sus divinos reflejos nos alumbran por breves instantes; brillan en *La Capilla de Lanuza*, en *La Expulsion de los Moriscos*, en *Doña Urraca de Castilla.*

El teatro necesita regenerarse; manifestacion fiel y exacta del estado social de un pueblo, en él se reflejan los vicios y virtudes de la sociedad, sus extravíos y aspiraciones, su muerte y su vida. Esta confusion de idéas, estas gigantescas luchas, que todos presenciamos, entre los restos de ayer y las aspiraciones de hoy, que hacen estremecer los cimientos de las más vetustas instituciones, áun los de aquellas que se creen imperecederas, tendrán su representacion en el teatro: el ideal de la época presente se llevará á la escena.

Pero nos desviamos de nuestro propósito, y este órden de consideraciones nos llevaria muy más allá de los límites que al comenzar este artículo nos hemos señalado.

¿Qué es el drama *Doña Urraca de Castilla?*

«No pregunteis á los historiadores ni á los críticos por el drama de García Gutierrez; preguntadlo á esos poetas entusiastas, agenos á las envidias y rebeldes al análisis frio de todo lo que es bello; preguntadlo á esas mujeres privilegiadas que lo aplauden todas las noches, y preguntadlo en particular á las madres.»

Estas palabras, de uno de los más distinguidos poetas cordobeses, el Sr. Fernandez Grilo, dicen mucho más de cuanto pudiéramos consignar á nuestro intento. Esos poetas entusiastas os dirán: *Doña Urraca de Castilla* es un templo levantado al amor maternal por el génio poderoso de García Gutierrez, una joya de nuestro teatro, una fuente abundantísima de bellezas.

Los historiadores y los críticos encontrarán lunares en el drama; consignados están yá en algunos *juicios* que tenemos á la vista: todos acusan al autor de haber falseado la verdad histórica; todos le reprenden por haber presentado á D. Alfonso el Batallador con los colores más sombríos, haciendo de aquel glorioso guerrero, que tantas veces venció las huestes musulmanas, un monarca ambicioso y un asesino miserable; todos le recriminan por haber hecho de Doña Urraca una mujer ideal, modelo de madres y reinas. Creemos que la crítica en este punto ha sido demasiado severa con el drama. Algo es permitido al poeta; pero la libertad, necesaria al génio, no debe llevarle á falsear la verdad histórica: fingir hechos que no alteren los ciertos; crear personajes y hacerlos alternar con los que han existido, modificar las cir-

cunstancias de lugar y tiempo, con ciertas limitaciones; hé aquí lo que es dado al autor dramático al llevar á la escena hechos y personajes que tienen en la Historia real propia significacion. Pero ¿puede afirmarse que García Gutierrez ha faltado abiertamente á las enseñanzas de la Historia? Para estudiar la época y los personajes es forzoso acudir á las fuentes históricas de aquel período. ¿Y son esas fuentes tantas y tan claras que no dén lugar á duda? Y en caso negativo ¿no es lícito al poeta seguir la version que más cuadre á sus intentos? ¿Nos dicen las crónicas lo contrario de lo que romancea Gutierrez en su drama?

Pero dejemos á un lado la Historia, y no encontrarémos en *Doña Urraca de Castilla* sino repetidísimas ocasiones para aplaudir frenéticamente. Comprendemos el entusiasmo del público madrileño durante la representacion de la obra, y comprendemos que rayase en locura en el acto segundo. Pocas situaciones dramáticas, tan interesantes como la que en él se ofrece, conocemos en el Teatro moderno; verdad es que aquella situacion es el todo. ¡Qué conocimiento de la escena! ¡Con cuánta habilidad están salvados los escollos y dificultades! En ella, como en un solo punto, recógese el drama; todo vá á ella conspirando de comun acuerdo á enaltecerla. ¡Qué riqueza, qué lujo de detalles artísticos! El amor de madre, las vivas simpatías que inspira aquel niño á quien han privado hasta de la luz del sol; los criminales propósitos de D. Alfonso; las condiciones de la fuga; los vehementes deseos de Beltran por alcanzar nobleza, de aquel Beltran tan certero en sus disparos; el rio, que providencialmente se hiela, favoreciendo la fuga: tantas circunstancias rodean la situacion, que sería trabajo penosísimo la taréa de enumerarlas.

Las últimas escenas del acto primero, las tercera y últimas del segundo y las quinta, sétima y octava del tercero, son verdaderamente magistrales. La rudeza de la época, el ódio entre los castellanos y aragoneses, el valor y la ignorancia de la nobleza; todo esto tiene su fiel representacion en el drama, en el drama que, segun la feliz expresion de un escritor de la Córte, como ciertas divinidades, tiene una palabra cariñosa para cada español.

Cuanto dijéramos de la versificacion sería pálido: el mismo fuego, el mismo entusiasmo que palpita en *El Trovador;* igual ó superior lujo de imágenes brillantísimas; la misma robusta entonacion que caracteriza las obras de este poeta.

Vamos á concluir repitiendo unas palabras del yá citado Sr. F. Grilo:

«¿Hemos de ser, al apreciar esta joya del moderno repertorio, escrupulosos críticos y descontentadizos Aristarcos? Nó, ciertamente. Obras tan magistrales nos producen el mismo efecto que la contemplacion del mar. No nos fijamos en que las olas huyan ó vuelvan, se levanten en montañas espumosas ó se ricen soñolientas ó cansadas, movidas por el áura de la tarde; allí no abarcamos más que el gigante todo, la inmensidad por todas partes, lo infinito en su soberbia majestad; Dios, por donde quiera que se fije la vista.»

X.

EN LA MUERTE
DEL DISTINGUIDO POETA D. RAFAEL ÁLVAREZ S. SURGA.

SONETO.

La aurora funeral de un triste día
Cual noche eterna te mostró la muerte,
Cuando la mano de halagüeña suerte
Sendas de gloria ante tu paso abría.
Sobre tu frente, donde el génio ardía,
Su fuego yá la inspiracion no vierte,
Y para siempre inanimada, inerte,
La tumba esconde tu ceniza fría.
Rayo fugaz, cruzaste por el mundo;
Mas queda en él tu luz y tu memoria,
Huellas de un astro de explendor fecundo:
Y yá, junto á tu losa mortuoria,
Mientras que duermes tú sueño profundo,
Crece frondoso el árbol de tu gloria.

Sevilla 7 de Noviembre de 1872.

MERCEDES DE VELILLA.

EN LA MUERTE
DE MI QUERIDO AMIGO RAFAEL ÁLVAREZ S. SURGA,
ORADOR Y POETA.

¡Muerto! ¡con triste fulgor
Se eleva el astro del día!
¡El viento sin armonía
Exhala débil rumor!
Sollozando de dolor
Su lira ardiente y sonora,
Por última vez ahora
Conmovida se extremece...
¡Y hasta su tumba parece
Que se lamenta y que llora!

Escucho acento divino
Que me repite quizás....
«Yá nunca más.... nunca más
Lo hallarás en tu camino.»
Fué la mano del destino
Tan inexorable y fuerte,
Que al contemplarte, yá inerte,

Piensa el alma dolorida
Ver la imágen de la vida
En los brazos de la muerte.

Es del poeta la historia
Luz que brilla vacilante:
¡Sólo un pasajero instante
De juventud y de gloria!
Pero luégo su memoria
Conserva admirado el suelo,
Que lo miró con anhelo
Caminar, en honda guerra,
Con las plantas en la tierra
Y la cabeza en el cielo.

Como sol resplandeciente
Que en el horizonte sube,
Y envuelto en opaca nube
Se oculta rápidamente,
La llama que ardió en tu frente
Hoy apagada se mira.
¡Al alto soplo que inspira
Mundos de luz se agitaban,
Que para alzarse esperaban
Sólo un eco de tu lira!

Duerme.... duerme en esa calma
Que humanas pasiones huyen:
¡Tú feliz, donde concluyen
Las tempestades del alma!
Ayer tras brillante palma
Marchabas con ansiedad...
¡Hoy en triste soledad,
Inmóvil por siempre y yerto,
No oyes el vano concierto
Que forma la humanidad!

Sevilla 5 de Noviembre de 1872.

CÁRLOS PEÑARANDA.

APUNTES PARA UNA HISTORIA TRISTE.

(*Conclusion.*)

—¿Te ha reñido el catedrático?

—Nó, señor.

—Entónces....

—¡Revienta, hombre, revienta!

—Que los niños....

—Acaba....

—¿Te han pegado?

—Nó, señor.

—¿Pues qué?

—Que ninguno quiere juntarse conmigo.

—¡Hombre! ¿que ninguno quiere juntarse contigo?

—Sí, señor, y que todos me hacen burla.

—¿Y por qué? ¡Háse visto!

—Sí, señor; dicen que usted es carpintero.

—¡Á mucha honra!

—Y que yo voy muy mal vestido y que....

Y Juanito, que tenia doce años, se echó á llorar como una Magdalena, taréa en la cual tomaron parte Juan y Juana.

Y cuentan las crónicas que nunca hasta aquel entónces habian llorado con mejores ganas los esposos.

—¡Qué importa! Mañana será abogado, pensó Juan, y dijo:

—¡Á ver! se acabó el llanto. Juanito, á estudiar; tú, Juana, á tus guantes, y yo á la carpintería.

IV.

¡Qué no se consigue á fuerza de trabajos!

Aníbal pierde un ojo, pero al fin y al cabo pasa los Alpes.

Juanito llega á ser ¡Bachiller en Artes! Como si dijéramos, *Archipámpano de las Indias.*

Mucho trabajo costó al chico alcanzar aquel título, que por sí solo vale ménos que uno de los de la deuda; pero muchos más sinsabores sufrieron Juan y Juana. Cada letra que entraba en la cabeza de Juanito, suponia un bocado ménos en los estómagos de los esposos padres.

—Bachiller en Artes Juanito,—repetia frecuentemente Juana.—¡Bachiller en Artes!

Y á las comadres del barrio decia con el orgullo que dá una palabra hueca:

—¡Mi hijo es Bachiller! ¡Bachiller!

Y después de todo, Juana ignoraba la significacion de aquella palabra, lo que no era muy de extrañar en una pobre mujer del pueblo, que sólo sabía amar á su hijo y á su marido y coser guantes.

Pero Juana se decia:

—¡Mucho debe valer lo que mucho cuesta!

Juanito *pasó á mayores,* esto es, dió comienzo al estudio de la carrera del Derecho. Un dia Juan cayó gravemente enfermo.

Las puertas de la carpintería se cerra-

ron, y Juana, aunque cosia muchos *kilómetros* de guantes, no tuvo para medicinas, estudios y alimentos.

Juanito, que habia cumplido diez y ocho años y no era tonto, trató de ganar una peseta para ayudar á la buena obra. Pero ¡que si quieres! Juanito no sabía más que estudiar, y estudiando no se gana un ochavo.

Juana, por su parte, sufrió un desengaño cruel. El título de Bachiller y el estudio del Derecho romano no producian nada. ¡Quién se lo hubiera dicho! ¡Ella que creia que su hijo habia puesto una pica en Flandes!

Juanito podia, en último término, cambiar la levita del estudiante por la blusa del jornalero, los libros por el cepillo ó la palanqueta; pero esto es más difícil de lo que á primera vista parece. Trece años de estudios, más ó ménos profundos, crean hábitos y tendencias algo distintos de los de la generalidad del pueblo; preocupaciones y esperanzas, de las cuales no es muy fácil desprenderse.

La enfermedad de Juan tocaba á su término; Juana habia apurado todos sus recursos; Juanito habia dejado las aulas. Y Juan entregó su espíritu al Creador, diciendo á su hijo, momentos ántes de morir:

—Juanito, hijo mio, tú serás abogado.

V.

En el rincon del arca, en la cual, en otros tiempos, habian guardado Juan y Juana sus ahorros, no habia más que algunas papeletas de empeño, mudos testigos de la miseria más horrorosa.

Era necesario una caja donde meter el cadáver.

En la carpintería quedaban algunas tablas, restos de los trabajos de otros dias.

Juanito trató de hacer una obra de carpintería; cogió el cepillo, la sierra y el martillo, únicos instrumentos que se habian escapado del *empeño* general. Cepilló una tabla, dió algunos martillazos; y sierra, cepillo y martillo los arrojó léjos de sí. Juanito era estudiante y nó carpintero.

VI.

Ese jóven pálido, demacrado, que busca en las sombras de la noche la capa en que envolver su miseria; que nada hace, porque nada *puede* hacer, es Juanito el hijo de Juana la guantera y el carpintero Juan, el Bachiller en Artes y el estudiante de Derecho. Hoy se muere de hambre, mañana, acaso resucitará levantando muertos en una casa de juego, ó explotando algun partido político, ó entrando en alguna partida de facinerosos.

Casos se han dado. M.

VARIEDADES.

En nuestro número inmediato comenzarémos la publicacion de algunos trabajos inéditos de nuestro muy querido y malogrado amigo D. Rafael A. Sanchez Surga, cuya muerte deploran de consuno las ciencias y las letras.

*
* *

Diálogo cogido al vuelo en los pasillos del Teatro de San Fernando.

—¿Qué parece á Vd. el *Don Juan Tenorio?*

—Me parece que lo cantan á las mil maravillas.

*
* *

La zarzuela *Las Colegialas de Puerto Real,* gracias á la música, pudo salir adelante la noche de su primera representacion en el teatro de San Fernando. El libro, de los Sres. Retes y Echevarría, segun rezaban los carteles, no puede ser más cándido é insustancial, y en nada revela las buenas dotes que adornan á los autores de *La Beltraneja* y *Doña María Coronel,* obras aceptables á lo ménos. El público silbó y aplaudió. Nosotros damos la misma importancia á la música que al verso, y aprobamos la conducta del público, que silbó lo malo, el verso, y aplaudió lo bueno, la música.

Siempre ó casi siempre ha dado muy malos resultados eso de escribir libros para partituras compuestas con anticipacion. El poeta y el músico deben trabajar de comun acuerdo, y no cada cual por su lado. Y cuenta que para muchos, el verso es en la zarzuela lo principal y la música lo accesorio, al contrario de lo que dicen de la ópera: repetimos que para nosotros tienen la misma importancia una cosa y otra.

SEVILLA, 1872.
Imp. de Gironés y Orduña, Lagar 3.

AÑO I.—NÚM. 6.º 25 DE NOVIEMBRE DE 1872. (SEGUNDA ÉPOCA.)

REVISTA SEVILLANA.

PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

PRECIO DE LA SUSCRICION.
Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Santa Ana 46.

PRECIO DE LA SUSCRICION.
Cuatro reales al mes, en Sevilla, doce el trimestre, pago adelantado: fuera de la Capital.

EL CORRAL DE DOÑA ELVIRA.

Este antiguo teatro de Sevilla estaba situado en la parroquia de la Sta. Iglesia Catedral, ó sea del Sagrario, junto á las casas principales del Conde de Gélves, que pertenecieron á la hija del célebre canciller de Castilla Pero Lopez de Ayala, cortesano de D. Enrique el Bastardo y cronista del rey D. Pedro, en el lugar que hoy ocupa el Hospital de Venerables Sacerdotes; y tomó su nombre por haberse establecido en aquel barrio que decian de D.ª Elvira de Ayala, mujer del almirante D. Alvar Perez de Guzman, cuyas posesiones y casas eran del estado del Conde de Gélves y después pasaron al Duque de Veraguas.

El manuscrito existente en la Biblioteca Colombina, de donde tomamos estas noticias, dice que el teatro se encontraba «inmediato á las casas del Conde de Gélves, á la salida de la Borceguinería (hoy calle Comuneros), al cual se entraba por unas callejas, que están junto á estas casas del Conde, ántes de llegar á una plazuela que llaman del Pozo Seco, donde estaba un arquillo sobre el cual habia una imágen de Nuestra Señora muy hermosa, que en nuestros dias el Excmo. Sr. Duque de Veraguas, Conde de Gélves, mandó poner en la Casa de los Venerables Sacerdotes y derribar el arquillo.»

Segun aseguran los contemporáneos, era este corral de comedias espacioso y estaba perfectamente labrado; tenía numerosos aposentos (hoy llamados palcos) y cazuela. La puerta de salida era por la calle del Agua, hoy muro del Agua, frente de la que aún continúa llamándose del Chorro; y parece que principalmente daba entrada á los aposentos ó palcos.

Muchísimos años se representaron comedias en este teatro por los mejores y más afamados recitantes de España; pero después que se edificó el teatro llamado de la Montería, en el año de 1626, lo prefirieron los espectadores por tener entradas y salidas más cómodas, supuesto que el de que vamos hablando se encontraba en calles angostas por donde no podian transitar coches, ni áun por algunas caballos, hasta que no mucho después se cerró permaneciendo deshabitado. Fuése destruyendo poco á poco, porque el dueño del mayorazgo no sacaba de él provecho alguno y tenía su reparacion completamente descuidada, quedando sólo algunas viviendas estrechas donde se albergaba gente pobre y de la ínfima plebe. Una parte se convirtió en taberna llamada del Agua por estar en la calle de este nombre. Chocante contraste formaba el destino del aristocrático edificio con las armas de los ilustrísimos señores del apellido de Portugal, Condes de Gélves, pintadas sobre la puerta en el punto en que hoy está la de la casa de los Venerables Señores Sacerdotes.

Convirtióse en templo de Baco el que ántes lo habia sido de Talía y Melpómene.

Andando el tiempo, hundiéronse los techos y vino á quedar sólo un corralon que los mayordomos de la casa ducal, deseosos de sacar alguna utilidad, arrendaron para juegos de barras y bolos. La degradacion y envilecimiento de este edificio, primero morada de sus dueños pertenecientes á una de las más ilustres casas de España, creció de dia en dia. Estableciόse en él casa de juego de naipes y dados, y fué el punto de reunion de mal entretenidos, ociosos y pícaros de toda laya, que, usando de sus acostumbradas flores, desplumaban á novatos y primos. Como hay estrecho parentesco entre los alumnos de Vilhau y los de Caco, presto tomaron allí refugio gran número de ladronzuelos, que ocasionaron riñas, heridas y homicidios, naturales frutos de la gatería que allí campaba por su respeto. Numerosos escándalos cuenta la crónica de este garito, que no daba punto de reposo á la justicia. En vano perseguia á los delincuentes con multas, poniendo á algunos calzas prietas: los padres de familia lamentaban frecuentemente la perdicion de sus hijos, parientes y criados; pero como los viciosos y rufianes suelen tener elevados padrinos, no faltaban sugetos principales que con su cuenta y razon y mediante el contrato innominado *facio ut des,* favoreciesen á coimes y truhanes.

En buen hora ocurrió á D. Justino de Neve y Chaves, amigo íntimo del gran Murillo, testigo de su testamento y canónigo de la Sta. Iglesia, el intento de labrar en aquel sitio una casa donde se hospedasen Sacerdotes pobres, ancianos é impedidos de celebrar el sacrificio de la Misa; y aunque esta obra benéfica estaba desempeñada por los Sres. Sacerdotes de la Hermandad y Hospital de S. Bernardo, vulgo de los *Viejos,* pareció éste más eficaz medio para perpetuar la asistencia de los Sacerdotes enfermos, y mejor situado el edificio próximo al barrio donde habitaba el comercio y á la Iglesia Metropolitana, cuyos prebendados podian frecuentar el Establecimiento, procurando el alivio de los infelices acogidos. Poseido del santo celo y auxiliado por el Arzobispo don Jayme de Palafox, acudió D. Justino al Duque de Veraguas, Conde de Gélves, solicitando la donacion de este yá solar abandonado, para fin tan loable. Presentáronse algunas dificultades en órden á la forma del contrato y al otorgamiento de las escrituras; pero todas las allanó la piedad y el ánimo resuelto de este Príncipe esclarecido, entre cuyos timbres no era pequeño ser deudo del descubridor del Nuevo Mundo. Consumóse el donativo, y Sevilla contó dentro de sus muros, ya terminada en 1698, una casa más, albergue de ancianos y enfermos, venerables por su ministerio y su desventura.

Tales son el orígen é historia de este edificio, que aún permanece como padron de la caridad, bizarría y noble ánimo del Prócer y del Sacerdote. Primero, palacio solariego de la ilustre familia de los Gélves; después uno de los más famosos corrales de Sevilla; luégo casa de vecinos y lugar de recreos; en seguida gazapon y sentina de vicios; y, por último, asilo de la desgracia y templo dedicado al Dios verdadero: por donde al fin y al cabo ha venido á tener más noble y laudable término que principio. ¿Quién sabe, enmedio de las vicisitudes de los tiempos, del furor con que la piqueta derriba los templos levantados á expensas de nuestros religiosos abuelos, y de la inquina con que se mira generalmente lo antiguo, qué suerte estará reservada á esta santa casa?

En este teatro se estrenaron las comedias y tragedias del ilustre poeta hispalense Juan de la Cueva de Garoza.

En el Archivo Municipal de esta ciudad existe un curiosísimo expediente promovido por Francisco de Rivera contra los recitantes Diego de Vallejo y Juan Acazio, sobre la representacion de los Autos de la fiesta del *Corpus.* Consérvase el cartel manuscrito del dia 5 de Junio de 1619, que dice así:

Vallejo y Acazio
Rpss.tan oi miercoles sus famosas fiestas
en doña elVira á las dos.

Tiene como media vara de ancho y una tercia de alto. El primer renglon es de letra encarnada, de carácter gótico; y en buen cursivo y de tinta negra los dos renglones últimos. D. Casiano Pellicer no menciona estos dos representantes en su *Historia del histrionismo en España;* pero se sabe por un antiguo manuscrito de la Biblioteca Nacional, que Diego de Vallejo era un mozo robusto y Acazio muy obeso y carilucio.

JUAN J. BUENO.

SONETO. (*)

Céfiro dulce que, vagando alado
Entre las frescas. purpurinas flores,
Con blando beso robas sus olores
Para extenderlos por el verde prado:
Las quejas de mi amor y mi cuidado
Lleva á la que. al mirar, mata de amores,
Y dile que un alivio á mis dolores
Dé, y un consuelo al ánimo angustiado.
Pero no vayas, nó; que si la vieras,
Y tomando sus lábios por claveles
El aroma gustar de ellos quisieras,
Cual con las otras flores hacer sueles,
Aunque á mi mal el término pusieras,
Tendría de tu accion celos crueles.

GUSTAVO A. BÉCQUER.

DIÁLOGO ETERNO. (**)

—Con su aliento me sofoca
Y con su risa provoca
Á mi ardiente corazon:
Yo nunca he visto una boca
Cual la boca de Asuncion.

¡Feliz el mortal que en ella
Pudiera dejar mil veces
De blandos besos la huella!
—No dice más que sandeces.
—¿Y es por eso ménos bella?

De rosada tinta leve
Su blanca tez se colora:
Es la tinta seductora
Que sobre un fondo de nieve
Derrama la tibia aurora.

—Pero en su blanca megilla
El deseo, y no el rubor,
Es el que impúdico brilla.
—¿Y quién, mirando la flor,
Se acuerda de la semilla?

Bajo el párpado, caido
Con indolente desmayo,
Se encuentra un rayo escondido;
Y enciende más ese rayo
Por encontrarse adormido.

—Busco en vano, y es más bello,
En esos ojos el sello
De una inteligencia clara.
—Presumo que tal destello
Mi corazon no incendiára.
. . . .
Y siguen en su altercado,
Y eterno sigue el empate;
Pero yo dejé sentado
Que uno es loco rematado.
Y otro tonto de remate.

RAFAEL ÁLVAREZ S. SURGA.

Á ANTONIO DE TRUEBA.

«Qué bien suenan las cuerdas
De una guitarra,
Cuando se las suaviza
Con unas lágrimas;
Con unas lágrimas,
Templaditas al fuego
Que arde en el alma.
TRUEBA.
El libro de las montañas.

Antonio, el dulce Antonio
De los cantares,
¿Quién de gozo no llora
Al escucharte?
Al escucharte
Cantar lo que es eterno,
Lo noble y grande.

De mi madre en los brazos
Dormí á los ecos
De tus dulces cantares,
Puros, serenos;
Puros, serenos,
Como el alma del niño,
Como mis sueños.

Á tus sentidas coplas
Despierta el alma,
Que en el cielo aprendiste
Lo que tú cantas;
Lo que tú cantas,
Cantor de las aldeas
Y las montañas.

(*) Inédito, escrito por el malogrado poeta sevillano en los primeros albores de su juventud; nos ha sido facilitado por el señor D. Emilio Bormas, su amigo de la infancia, á quien agradecemos el favor que nos dispensa.

(**) Poesía inédita, cuyo original conserva el Sr. Velilla y Rodriguez.

La fé de los mayores,
El amor pátrio,
La virtud, la familia,
Lo noble y santo;
Lo noble y santo,
Que en tu pecho se anida.
Salta á tus lábios.

Tú, de ese pobre pueblo,
Que sufre y llora,
Las lágrimas enjugas
Con una copla;
Con una copla,
Gota de miel que endulza
Las penas todas.

Deja, deja los campos
Y las montañas;
Vén, vén á las ciudades
Con tu guitarra;
Con tu guitarra,
Á hacer que se despierten
Dormidas almas.

Aquí, donde los ricos
Al pobre befan,
Canta el amor, Antonio,
Á la pobreza;
Á la pobreza,
Que el Redentor del mundo
Amó en la tierra.

Aquí, donde se vive
Sin afecciones,
Canta el amor que enlaza
Los corazones;
Los corazones,
Que, solos en el mundo,
Son mústias flores.

Dí á estas gentes que viven
En las orgías:
Sólo duran los goces
En la familia;
En la familia,
Que en Dios puesto los ojos,
El bien practica.

Canta aquí los dolores
De nuestra pátria,
De nuestra santa madre,
La madre España;
La madre España,
Ayer reina del mundo,
Hoy triste esclava.

Deja, deja los campos
Y las montañas;
Vén, vén á las ciudades
Con tu guitarra;
Con tu guitarra,
Á hacer que se despierten
Dormidas almas.

Y si apaga los ecos
De tus cantares,
El báquico bullicio
De las ciudades;
De las ciudades,
Que al vicio y á la infamia
Alzan altares;

Canta, mi buen Antonio,
Canta y no temas,
Que no serás vencido
En la pelea;
En la pelea,
No es vencido el guerrero
Que muerte encuentra.

LUIS MONTOTO.

APUNTES BIOGRÁFICOS (*)
DE VÁRIOS ESCRITORES ÁRABES-ESPAÑOLES.

I.

MAGEDELDIN ABULKHATHAB DULNASHAIM, floreció en el siglo III de la Egira y publicó una *Disertacion sobre el uso del vino entre los árabes,* en la cual manifiesta que su uso está prohibido no sólo por derecho y general opinion de todos los doctores, sino tambien por Decretos de los Reyes; y otra *Disertacion sobre la legítima sucesion en el Imperio y el Pontificado de los tres primeros Califas Abu Baker, Omar y Othman.*—Existen en el Escorial, Códice 1,185.

II.

MARÍA, hija de ABI JACOB ALPHAISULI, nació en Sevilla de esclarecido linaje y floreció en dicha ciudad el año 411 de la Egira. Fué muy celebrada por su erudicion y sublime talento para la poesía.

III.

MAUPHAC BEN SID ABU TAMAN ALSCHACAC, natural de Sevilla y originario del lugar de Oros ó Aros, en el reino de Portugal, fué muy esclarecido en linaje y sabiduría y murió el año 426 de la Egira.

(*) Tomados de los mismos asientos que existen en el Escorial.—Nos ha facilitado estos apuntes nuestro estimado amigo y colaborador D. José de Velilla y Rodriguez.

IV.

MOHAMAD BEN AHMAD BEN HAGIAGI escribió una obra titulada: *Comentario sobre el Alcoran.*

Existe en el Escorial, Códice 1,366.

V.

MOHAMAD BEN ABDALLA BEN MOSLAMA ABU AMER, de ilustre familia sevillana, obtuvo dignidad de Visir, escribió un tratado *Del modo de cultivar los huertos,* y publicó algunos versos sobre el mismo asunto.

VI.

MOHAMAD BEN AKTHAM, Gobernador ó primer Magistrado de Sevilla, fué excelente aritmético y publicó una obra titulada: *De los postulados aritméticos.*

VII.

MOHAMAD BEN AHMAD BEN MARZUC escribió una obra acerca de várias cuestiones pertenecientes á la fé de la Secta Mahometana y á las costumbres.—Existe en la Biblioteca del Escorial, Códice 1,738.

VIII.

MOHAMAD BEN ABDALLA BEN JEHIA ABA BAKER BEN ALGED nació en Sevilla, de familia distinguida, el año 496 de la Egira. Por su grande instruccion en uno y otro Derecho, era llamado *Occéano de las divinas y humanas leyes.* Fué su memoria tan feliz que jamás se le olvidó cosa que hubiera leido. La afabilidad de su trato y singular elocuencia, le hicieron universalmente amable: tuvo insignes discípulos, y entre ellos al célebre médico *Averroes.* Murió en Sevilla el dia 6 del mes Scheval, año 586 de la Egira.

IX.

MOHAMAD BEN JAHIA BEN KALAPH ALAMUI fué orador elocuente y erudito poeta. Murió el año 543 de la Egira. Nada consta del asunto de sus escritos, pero se sabe por el testimonio de *Ebn Alabari,* en el *Suplemento* de su *Biblioteca Española,* que publicó algunos que hicieron famoso su nombre.

X.

MOHAMAD BEN ABDALLA BEN ZOAR ABU BAKER fué médico excelente, en cuya facultad adquirió mucho aplauso y estimacion. Murió en Marruecos, en la féria IV, dia 21 del mes Dilhagiat, año 595 de la Egira y 1198 de Cristo.

XI.

EBN BADRUN HADRAMITA, cuyo nombre entero es ABDELMALEK EBN ABDALLA, publicó unos *Comentarios á la historia que escribió en verso Omar Ben Mohamad, rey de Badajoz.*

Existen en el Escorial, Códice 1,653.

XII.

EBN CATAA, cuyo nombre entero es ABILCASSEN ALI BEN GIAPHAR, murió el año 514 de la Egira. Publicó una obra en que trata de las reglas y preceptos del Arte Poética, cuyo título es: *Elocuencia de la Poesía.*—Se conserva en el Escorial, Códice 339.

XIII.

EBN GIAK ALSOBAGHI fué ilustre poeta. Está citado por el doctor *Mohamad Ben Assaker* en la obra que publicó titulada: *Texto y órden de las Odas.*

XIV.

EBN HAGIAG GAISCHIUM fué poeta famoso: hace memoria de él *Abu Bahr Sephuar* en su coleccion de *Poesías de los mejores poetas árabes-españoles.*

XV.

EBN HASSAN, cuyo nombre entero es MOHAMAD BEN MOHAMAD ABU ABDALLA ALGAPHEKI, fué varon esclarecido en letras y linaje; aunque natural de Sevilla, estudió en la escuela de Granada. El rey Ben Ovad le nombró recaudador de las Rentas del Alja-

rafe y luégo le confirió el empleo de secretario, en el cual le sirvió hasta su muerte, acaecida en el mes Rageb, año 613 de la Egira.

XVI.

MOHAMAD ALSCHALAHI vivia en el año 618 de la Egira, en cuyo tiempo dedicó al rey de España *Abu Jacob Joseph Almoravide* una obra que escribió titulada: *Censura y apología de la Música.* En ella trata del lícito uso de los instrumentos músicos, principalmente de los que entónces conocian los árabes, que eran treinta y cinco.

Este Códice, escrito en el año 701 de la Egira, se conserva en el Escorial con el número 1,530.

XVII.

MOHAMAD BEN ALÍ ABU BAKER, conocido tambien por los nombres de ALCARSCHI y AZAHRI, nació en Sevilla el año 533 de la Egira. Fué médico del Rey y famoso filósofo. Murió en Sevilla el dia 15 del mes Dicaldat, año 623 de la Egira, á los noventa de su edad.

XVIII.

MOHAMAD BEN ALÍ BEN ABDELRAHMAN ALMORADI murió el año 636 de la Egira. Publicó una obra con este raro título: *Flores de pensamientos y collares de piedras preciosas.* Es una coleccion de oraciones retóricas, várias cartas y algunas poesías de treinta esclarecidos varones que florecieron en España en el VI siglo de la Egira.

El tomo III de esta obra, escrito el año 721 de la Egira, 1321 de Cristo, se conserva en el Escorial, Códice 517.

OCURRENCIAS.

III.

DOS RETRATOS.

Referia con mucha gracia el célebre pintor Esquivel (q. e. p. d.) una anécdota con relacion á cierto famoso picador de toros, que figuró ventajosamente en las cuadrillas de Juan Leon y de Francisco Montes, en la edad de oro de la tauromaquia.

Avecindado Esquivel en Sevilla, compañero inseparable del excelente pintor Cabral Bejarano, y camarada de gentes de todas clases en sus diversiones y curiosas aventuras, trataba mucho á vários lidiadores de aquella época, clásicos tipos para sus deliciosos cuadros de costumbres andaluzas.

Entre los toreros que frecuentaba el dotado artista estaba el antedicho picador, hombron de tanta pujanza como falta de entendimiento; pero tan ingénuamente bruto, que su barbaridad constituia todo un carácter, y su nombre autorizaba toda especie de rasgos atroces y todo género de hiperbólicas enormidades.

Hacía meses que cada vez que encontraba á Esquivel nuestro hombre, y después de saludarlo, le decia con cierto aire de reserva misteriosa:

—Nosotros tenemos que jablar un dia.

—Diga usted lo que guste, contestaba Esquivel con afable tono.

—Más alante, respondia el bueno del picador, despidiéndose del artista.

Este diálogo tuvo tantas ediciones que yá Esquivel ardia en impacientes deseos de averiguar lo que tenía que decirle aquel Brutamonte; y por más que se le hacía presente, yá con el ánsia de que concluyera de desembuchar el secreto, el sucesor de Corchados y Ortices no salia de su estribillo:

—Tenemos que jablar los dos un dia.

—Cuando usted quiera, replicaba Esquivel provocando su confianza.

—Á su tiempo, concluia aquel émulo del bárbaramente ilustre Milon de Crotona, burlando la curiosidad del Zéuxis sevillano.

Una mañana fué sorprendido en su estudio el inspirado pintor por el picador de toros, resuelto por fin á la revelacion del arcano, y después de una série de preliminares grotescos entró en materia en esta forma:

—Maestro, estas son cosas de hombres, y naide es naide sin naide.

—Justo, apoyó el artista gravemente.

—Yo necesito dos retratos de mí mesmo; too lo dénticos que puedan ser, sin que naide se entere de la faena.

—¿Dos retratos?

—De picaor, maestro: uno de cintura pá arriba, y el otro de cintura pá abajo; pero jablando los dos.

—Pero esos retratos son dos piezas de uno solo, objetó Esquivel.

—No lo entiendo, repuso el lidiador, sumido en un mar de confusiones.

—El de cintura para arriba es un retrato de medio cuerpo.

—Bueno, contestó el picador. Ese es pá mi mujer propia, maestro.

—El de cintura para abajo....

—Ese es pá mi comadre Salú, maestro, interrumpió el Fierabrás con íntima confidencia.

—Pero no es retrato, criatura.

—¿Pues no está sacao de mí propio? preguntó el compadre de Salud.

—Pero la cara....

—Hombre, le diré á usté. Yo le hablo á mi comadre, vá pá seis años, y mi mujer se lo sospecha. Si pongo la cara en manifestura se arma la bronca. El cuerpo es de un picaor, y semos muchos del oficio. Asina cumplo con mi comadre y no escamo á mi mujer.

IV.

LA MOSCA.

El cansancio de una larga jornada y un recio temporal encaminaron hácia una venta á cierto hijo de la patriarcal Galicia, que, después de diez años de explotacion de Andalucía, regresaba á su país á emplear no despreciables ahorros.

Domiñu Oliveira, que así se llamaba nuestro héroe, pidió hospitalidad en debida forma; enterándose de que tres ingleses habian acaparado para la cena todas las vituallas de la venta sin excepcion; teniendo que tratar con ellos el que no trajese víveres, y no quisiera pasar la noche viendo la procesion de las benditas ánimas del purgatorio.

El ventero se encargó de la agencia diplomática en tan delicado asunto, y llevó á nuestro inquieto Domiñu la fausta nueva de que los *inguilis-mánguilis* le concedian plato en su mesa, en desquite de tener su gobierno á Gibraltar, sin que nadie se lo haya concedido, y por la conjugacion del verbo latino *rapio, rapis.*

Llegó la hora de aprovechar la concesion magnánima de los hijos de Albion, y el amigo Oliveira tomó asiento entre dos Hércules rubios, frente á un viejo escocés, digno de la pluma descriptiva de Sir Walter Scott. Los tres caballeros bretones no se dignaron reparar en su huésped, y entablaron animado diálogo en el idioma de Shakespeare y de Milton, que así lo entendia nuestro gallego como si le habláran desde el planeta Saturno.

Á falta de vasos y copas, porque la venta no se distinguia en esta especialidad, el escocés llenó de vino una enorme taza, de las conocidas con el significativo epíteto de *fraileras,* y echando un trago mayúsculo, la pasó al colega de la derecha, quien después de un sendo envite la confió á Domingo, que hizo continuar el movimiento hasta volver la taza al punto de partida, como el hijo pródigo después de sus revesadas aventuras.

Hácia el término de la cena, el escocés tornó á llenar de vino la taza, y echándose á pechos su racion, inició el indicado movimiento por la derecha, llegando el turno al buen gallego, que hubo de advertir ántes de beber una pícara mosca, ó mejor dicho su cadáver, flotando en el topacio de un vino, que podia pasar por Sauterne.

Oliveira, con toda la parsimonia de un buen hijo del apóstol Santiago, sacó de la taza con la punta de un cuchillo al insecto náufrago; lo depositó cuidadosamente sobre el mantel; bebió con despacio y voluptuoso saboreo; recogió la mosca á favor de la consabida punta del cuchillo, y devolvió el exánime animal á su líquida tumba; pasando la taza al vecino de la izquierda, que habia prestado atencion á las mencionadas faenas del gallego.

—¡*Oh goddam!* exclamó el atlético inglés, rechazando la taza con actitud enérgica.

—Beba, cristianu, insistió Oliveira presentándole el descomunal tazon.

—¡Carrambo! dijo el inglés amostazado. Tú, ispaniol, sacar mosca, é beber, é meter mosca más luego.

—Hombre, le diré, contestó Domingo tranquilamente. Lu qui es á mí no me justan las moscas en el vinu, y héte aquí que vídela y la saqué.

—E tú meter mosca después, alegó el inglés exaltado.

—Es que yo non sabía si en Ingalaterra se estilan moscas en el vinu, y si esa estaba en la taza adrede.

El inglés se dió por convencido, y saludando á Oliveira, se bebió el vino con la mosca, por honor al pabellon británico en el extranjero.

J. Velazquez y Sanchez.

VARIEDADES.

Últimamente se han representado con muy buen éxito en los teatros de Madrid una comedia en dos actos, de D. Antonio García Gutierrez, *Crisálida y mariposa,* y un drama en cinco de don Gaspar Nuñez de Arce, *El haz de leña.* De ámbas obras nos ocuparémos con alguna detencion.

Pobre te conocí, pobre te quise
Y pobre te adoré:
Caprichosa la suerte hízote rica,
Y entónces te olvidé.

Tirado por briosos alazanes
Allí en su coche vá;
¡Quién sabe si una sombra noche y dia
Le atormenta quizá!

J. Hoyos.

*
* *

Ha regresado de la córte nuestro querido amigo y compañero, el distinguido literato D. Manuel Cano y Cueto.

*
* *

Un rayo de sol, entrando
En casa del pobre, dijo:
Me quedo aquí; no hago falta
En la casa de los ricos.

M.

*
* *

El Mártes de la anterior semana celebró la Sociedad Antropológica sesion en memoria del secretario que fué de la misma, nuestro querido y malogrado compañero D. Rafael A. Sanchez Surga, estando á cargo de D. Luis Góngora el discurso necrológico.

*
* *

Hemos leido los dos primeros números de *El gran mundo*, revista (dedicada al bello sexo) que vé la luz pública en esta capital bajo la direccion de nuestro amigo y compañero el Sr. Sanchez Arjona, los dias 7, 17 y 27 de cada mes. Deseamos al *Gran mundo* (revista) el más lisonjero éxito, y siendo eco fiel de la veleidosa moda, no nos extrañará ver ese *mundo* envuelto en un mar de gasas y tules, más turbulento y borrascoso que el Cantábrico, que diz no tiene un punto de reposo.

*
* *

Se ha cantado en nuestro primer coliseo la zarzuela *Un estudiante de Salamanca*, original de Luis Rivera, muerto en el presente año después de una vida de incansables desvelos y fatigosos afanes; adorna la obra, embelleciéndola, una partitura del Mtro. Oudrid. Cuando el numeroso público que asistia á la representacion llamaba al palco escénico al Sr. Oudrid, uno de los compositores más populares, por haber dado á sus obras el espíritu del país para el cual se escribian, nosotros pensábamos en Luis Rivera, escritor festivo de superior talento y poderosa vis cómica, y deplorábamos que su nombre no hubiera salido de los lábios de algun actor ó espectador. Á muertos y á idos... ¡triste, pero verdadero refran!

*
* *

Ha llegado á nuestras manos, y hemos leido con verdadero entusiasmo, un folleto denominado *La voluntaria y amorosa muerte de Jesucristo y algunos de sus atributos divinos y humanos.*

Para que nuestros lectores participen de aquel entusiasmo, nos vamos á permitir copiar algunos versos (¿?) de los muchos que contiene este trabajo inapreciable.

Hé aquí los que abren la marcha:

«¡Yá muere Jesus de sed!—¡Seco muere en un madero!—¡Muere seco sin que nadie—le dé agua á este sediento,—que tiene como el esparto—de enjuto su santo cuerpo!»

Y más adelante:

«Á Él, á Él solamente,—como íbamos diciendo,—á Él, á Él solamente—le caen bien los nombres buenos.»

Y en otra ocasion:

«Sin que para estar en todo,—como íbamos diciendo,»

Pues, señor; como íbamos diciendo, recomendamos á nuestros abonados el folleto en cuestion, impreso en excelente papel en la imprenta de Izquierdo.

*
* *

En el teatro de Variedades se estrenó en la noche del jueves último una zarzuela titulada *El perol de la manteca,* que desagradó justamente al público; pero reprobamos la conducta de éste, que en su ruidosa manifestacion llegó hasta el punto de olvidar ciertas consideraciones.

¿Cuándo se convencerán algunos de que un teatro no es una plaza de toros?

*
* *

Con el título de *Cosas del mundo* ha publicado en Madrid el aventajado escritor D. Álvaro Romea, un librito de cuentos ó pequeños poemas en verso, precedidos de un prólogo del notable poeta señor Campoamor, á quien ván dedicados. Es una obra apreciable, que no justifica sin embargo algunas aserciones del reputado prologuista.

SEVILLA, 1872.
Imp. de Gironés y Orduña, Lagar 3.

AÑO I.—NÚM. 7.º 5 DE DICIEMBRE DE 1872. (SEGUNDA ÉPOCA.)

REVISTA SEVILLANA.

PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

PRECIO DE LA SUSCRICION.

Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

DIRECCION Y ADMINISTRACION, **Santa Ana 46.**

PRECIO DE LA SUSCRICION.

Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

SUMARIO.

LA LENGUA CASTELLANA. (1)

Desde niño conozco regularmente la lengua castellana, y desde entónces la lectura de los clásicos españoles me ha servido de agradable y ameno esparcimiento. La dulce poesía de Lope, fresca y lozana como las florecillas del campo; los enredos y las cuchilladas de los dramas de Calderon; Cervantes con su conocimiento del corazon humano y su melancólica filosofía; Quevedo pintando un carácter con una sola palabra, y en fin, los dos Luises, Garcilaso y Rojas y Moreto y Tirso y tantos otros me proporcionaron el gusto de conocer aquella habla enérgica y dulce á la vez, que aún suena en ámbos hemisferios. Pocos franceses entrarán en España tan bien preparados como yo para entender y ser entendidos, decíame para mis adentros al atravesar los Pirineos, pero confieso que me llevé un solemne chasco. Al poco tiempo de estar en España comprendí que en ella lo que ménos se habla es castellano. Allí tienen una porcion no pequeña de lenguajes: lenguaje poético hablan éstos; aquéllos lenguaje filosófico; por aquí descuella el lenguaje periodístico; por allá dispone multitud de cosas el lenguaje oficial, y por todas partes déjanse oir, convirtiendo la España en otra torre de Babel, el lenguaje aristocrático, el religioso, el popular, el científico, el militar y el financiero. ¡Medrado estaria hoy en España el escritor que confesase, como Fray Luis de Leon, que no entendia otro romance que el que le enseñaron sus amas!

—«*¡Qué me he divertido* en la *soirée dansant* de la señora de tal!—me decia uno;» —«allí habia *conffort, soupper* suculento, y elegantes *toilettes.*»—«Tengo mucho honor en ser de Vd. con la más distinguida consideracion, etc., etc...» me escribia otro en una carta; un militar me hablaba luego del *detall,* el *relief,* el *brigadier,* los *bastiones,* los *redientes* y las *cápsulas*; un cocinero á quien pedí garbanzos y *olla podrida* me dijo que no tenía más que *beafsteck, consommé* y *filetes de buey.* Á veces, en fin, parecíame que estaba todavía en Francia, exceptuando la pronunciacion, y á veces en una tierra cuya lengua era ménos conocida que la del Celeste Imperio.

Díme luego poco á poco á leer periódicos, y por ellos supe las cosas, no que sucedian, sino que *se verificaban* ó *tenian lugar.* Por los artículos necrológicos comprendí perfectamente que entre los españoles existe aún el paganismo, pues al anunciar la muerte de los grandes personajes, nunca manifiestan los gacetilleros deseo de que Dios les perdone ni de que descansen en paz, sino únicamente piden que la *tierra les sea ligera.*

(1) Forma parte de las Memorias de un viaje al interior de España por el vizconde Gazenolz de Tuildonne.

Verdad es que en este idioma, que ha reemplazado al castellano de Cervantes, se revela la instruccion vastísima y general de los españoles. Las ciencias, las artes, las lenguas extranjeras, todo les es familiar, si atendemos á sus conversaciones. Cuando quieren ver algo nunca miran de otro modo que á *través* de cualquier *prisma;* á los cocheros de alquiler los llaman *aurigas* y *automedontes,* sin saber lo que esto significa. Las *ovaciones* son el pan de cada dia en aquella tierra; cuando cae un rayo no tienen la preocupacion de darle este nombre: le llaman *chispa eléctrica;* á los ancianos dedicados á la política los nombran el *Nestor* de tal ó cualquier partido; las mujeres están *interesantes* cuando asisten á los bailes, y *en estado interesante* cuando se hallan preñadas, embarazadas ó en cinta; así como del queso sale el quesero, de las lámparas salen los *lampistas* y las *lampisterías;* de los cañones de las chimeneas los *fumistas,* y de la Hacienda las cuestiones *financieras.* Por último, los españoles tienen nombre de pila, pero no lo reciben en ella, sino en las *fuentes bautismales.*

En España no son muchas las cosas que se hacen en realidad; pero á juzgar por la lengua moderna, cualquiera puede creer que los españoles están siempre haciendo algo. Además de la tarea constante de *hacer tiempo,* que es lo mismo que perderle, *hacen música* cuando cantan y tocan el piano; *hacen política* cuando desatinan sobre asuntos de gobierno, en reuniones públicas ó privadas; *hacen paseos* cuando ván á darlos; *hacen la oposicion* cuando tienen hambre de ser ministros; *hacen negocios* cuando lícita ó ilícitamente se llenan de dinero las faltriqueras *(porta-monedas,* en castellano nuevo); *hacen la córte* cuando cortejan; *hacen el amor* cuando no le sienten hácia una mujer, sino hácia sus talegas, y por último, *hacen el oso* con muchísima frecuencia.

Para cuidar de la pureza del habla castellana tienen los españoles una Academia, cuya divisa es un embudo, por donde sin duda cuelan las palabras poco á poco. Embudo que ofrece la particularidad de carecer de asa, sin duda para dar á entender que no tienen los profanos por donde cogerle.

Temiendo contaminarse con las impurezas que manchan el lenguaje por la parte de afuera de su casa, recógese la Academia en sí misma, y no se le dá un ardite de lo que hablan el vulgo y los literatos. Su biblioteca es privada; franceses, ingleses, latinos ó de estampas los pocos libros que compra, y en sus reuniones nunca se citan las bellezas de otros autores que los de la familia ó los difuntos. Yá pueden los poetas y publicistas españoles dar á luz sus obras, en la seguridad de que no ha de decirles una palabra la Academia. La de Francia se mete á premiar cada año las obras durante él publicadas en que hay mejores trozos de estilo: en la de España, á fin de que todo en la obra sea perfecto, se dá el asunto, y el premio es menor para que los autores no trabajen por el lucro, sino por la gloria.

Esta política de retraimiento académico produce excelentes resultados para conservar la lengua, porque nada se conserva mejor que lo que no se usa. De este modo se logran dos efectos: guardar el castellano sin que pierda su pureza, y adornarle con las voces y giros que hacen necesarios los nuevos descubrimientos científicos y sociales. ¿Cómo hubieran hoy llamado Cervantes ó Lope á las *estaciones* de los ferro-carriles, á los *wagones,* á los *trucks,* á los *camiones* y á los *túneles*? ¿Hubieran dejado de *abonarse* á la *platea* de algun teatro, á cualquier periódico y á la barbería? ¿No les hubiesen inspirado, ya que eran hombres de *génio* y de verdadero *esprit,* las mujeres luciendo sobre la pomposa *crinolina* trages de *foulard* y *tarlatana,* partido el pelo en *bandeaux,* mal cubierta la blanca garganta por el *fichú* de *dentelle,* y calzados los piececitos con preciosos *brodequines*? Á las vistas de una novia, seguro estoy de que no las llamarian

hoy de otro modo que el *trousseau* ó la *corbeille*, y apurados se habian de ver para distinguir con nombres más castellanos los colores *marron, grosella de los Alpes* y *Magenta*. Pues suponed que sintieran hambre y decidme si se contentarian con encontrar un figon, ó seguirian buscando hasta hallar un *restaurant* ó un *hotel* donde comiesen *á la carta ó al cubierto*.

No solamente las personas *comm'il faut* fomentan el lenguaje: el pueblo, aceptando tambien las innovaciones que introducen los periódicos, que son los encargados de instruirle, contribuye á estirar la lengua castellana. No hay labriego que no viaje en *cerros-candiles*, y que no sepa lo que son los *telégrajos*. Los sastres y zapateros yá no prueban, sino que *ensayan* sus obras á los *clientes*, que ántes se llamaban parroquianos. Cualquier modista, aunque sea de portal, tendría á ménos el hacer vestidos; los *confecciona*, como ántes se confeccionaban las drogas, hoy *productos químicos*, en lo que eran boticas, y ahora son *farmacias*. Habladle de *sufragios* á cualquier tendero, y veréis cómo sabe que no os referís á los que se hacen por los muertos, sino á los que se dán á los vivos para que sigan viviendo, y estoy seguro de que cualquier tapicero, al daros cuenta de sus trabajos, os dirá que está guarneciendo un *vis à vis*, poniendo muelles á una *marquesa*, ó buscando una *galería* para colgar algun *portiere*. Pues entrad en una cochera, y veréis si el más tosco de los mozos sabe ó nó distinguir un *clarence* de una *victoria*, y una *jardinera* de un *ponney-chasse*, ó un *senateur* de un *dogs'-carr*. Esto sin contar lo mucho que os hablará de la *grande* y la *pequeña Daumont*, del *groom*, del *jockey* y de los *piqueurs*.

No necesitaré más pruebas que lo dicho para que me creais si sostengo que nada más fácil que traducir del francés al castellano. Con dejar los nombres sustantivos y adjetivos, y áun no pocos verbos conforme se encuentran en el original, y poner los equivalentes españoles de algunos artículos, pronombres y otras menudencias, yá está un escrito nacido al lado imperial de los Pirineos en disposicion de que lo lean al otro lado de los mismos.

Al ver en un artículo traducido que ha naufragado un buque, ahogándose todo el *equipaje*, ya saben los españoles que se trata de la tripulacion, nó de los cofres: si les hablase hoy un traductor del bajá de tal y el jeque de cual, pensarian que no servia para el oficio: es indispensable que los llame el *Pachá* y el *Skeif;* gracias á las traducciones periodísticas yá no existen en el mundo Damasco, Lieja, Maguncia, Sajonia y el Escalda: en su lugar hemos puesto á *Damas, Liege, Mayence, Saxe y el Escaut. Es á estas versiones á que deben* los españoles los elegantes giros que toma el estilo de sus modernos escritores.

La juventud está llamada en España á seguir la reforma del lenguaje. Aprende en libros franceses, ó en traducciones como las que acabo de citar, y sabido es que la leche que mama el niño influye no poco en la robustez del hombre. Hay que empezar porque los mozos, ó sea jóvenes ó *chicos*, como hoy se dicen, yá no llevan los nombres de D. Juan, D. Diego, D. Ramiro, D. Alfonso ó D. Garcia; se llaman *Arturo, Ricardo, Alfredo, Guillermo* y *Leopoldo*. Su ocupacion constante es *flanear*, porque el callejear es de mal gusto, *vilain*, como ellos dicen; son excelentes *ecuyers*, gente de mucho *sport* y no poco *spleen*, que tiene á gala declararse *blasé, fané* y *enmuyé*, voces que en su concepto no tienen equivalencia en castellano. Sus cartas de amor son *billetes dulces, bouquets*, los ramos que regalan y los perros que les siguen son ingleses, y no menean el rabo en señal de amistad más que cuando les hablan en su idioma.

En suma, lector, ¿quieres que con una imágen te describa el estado del habla castellana? Pues figúrate una gallarda española, envuelto el cuerpo en un trage francés, des-

figurada la cabeza por ese cucurucho de seda y flores que llaman sombrero, con las manos en los bolsillos y arrastrando por las calles una vara de vestido. Á veces un charquito la obliga á levantar la falda, y vemos una mano y un pié verdaderamente españoles: el viento que juguetea con el velo del sombrero nos hace apénas ver en seguida un par de ojos árabes y una boca abierta sobre rubíes y forrada de perlas, que no puede pronunciar otra lengua que la de Cervantes; ¿y llamaréis elegancia á que sólo instantáneamente y por casualidad podamos gozar de los encantos de la que Dios envió al mundo para llamar la atencion por su hermosura?

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

LA VIOLETA.

APÓLOGO.

Era una mañana hermosa;
Como globo de topacio
Brilló el sol en el espacio
De trasparente zafir.
Y derramando torrentes
De fúlgidos resplandores,
Hizo á un vergel, rico en flores,
Sus bellas galas lucir.

Pudo un ruiseñor cautivo,
Yá después de la alborada,
Romper la jaula dorada
Donde tuvo su prision:
Y volando entre las flores,
Dulce querella entonando,
Una hermosa fué buscando
Para amarla con pasion.

Oyendo el canto suave,
Melancólico, expresivo
Del pájaro fugitivo,
Inclinábase un rosal,
Presentándole sus hijas
Las bellas lozanas rosas,
Que ostentaban orgullosas
El aljófar matinal.

«Soy del vergel la más bella,
Dijo una con ufanía,
Mi hermosura y lozanía
En otra flor no verás;
En ninguna encontrar puedes
Fragancia tan exquisita
Como, áun después de marchita,
En mis hojas hallarás.»

Vió el ruiseñor que era bella
La flor, mas su orgullo necio
Le hizo sentir el desprecio
Y volar con rapidez.
No quiso aspirar siquiera
De su cáliz la fragancia
Y así exclamó: «La jactancia
Es señal de pequeñez.»

Entónce un mirto frondoso,
Con esmeraldas por hojas,
Le brindó sus flores rojas
Y una le dijo: «Mi bien,
Nadie, cual yó, te daria
De amor un volcan latente,
Pues que de Vénus ardiente
Corono la blanca sien.»

Huyó el ruiseñor, buscando
Flor más rica de inocencia
Y exclamando: «La impudencia
Le repugna al corazon.»
Y una acacia alta y frondosa,
Que altas flores le mostraba
Y por gentil descollaba,
Vino á llamar su atencion.

«Yo soy, la acacia le dijo,
La que al vergel dá belleza
Mi elegancia y gentileza
En otra flor no se vé;
Todas, cual pobres esclavas,
Áun las de más galanura
Y de fragancia más pura
Besan humildes mi pié.»

Viendo que no poseía
De la sencillez la gracia
Aquella gentil acacia,
Alejóse el ruiseñor.
Y sin direccion volando
Cantó triste sus amores,
Por no hallar entre las flores
Una digna de su amor.

Mas percibió de repente
Fragancia exquisita y rara
Sin que flor alguna hallára
Que la pudiera exhalar.
¿Era que desde las nubes
Algun ángel peregrino,
El incensario divino
Allí quiso derramar?

El ave nada sabía;
Mas buscando con anhelo
La verde alfombra del suelo
Cien y cien veces cruzó:
Nada hallaba... al fin picando
Una espesa yerbecilla,
Bajo ella una flor sencilla
Escondida descubrió.

Preguntóla el pajarillo:
«Tú que te ocultas discreta
¿Cómo te llamas?—Violeta,
Dijo la tímida flor.
—¿Por qué te escondes?—No tengo
En mi forma galanura,
En mis hojas hermosura,
Ni matiz en mi color.

—¡Oh! dijo el ave canora,
Tú serás el amor mio,
Tu nombre en el bosque umbrío
Cantaré con suavidad:
Tú eras la que yo buscaba
Para suspirarte amores,
Que la flor entre las flores
Es la flor de la *humildad.*»

VICTORINA SAENZ DE TEJADA.

JUAREZ.

I.

De las águilas francesas,
Con el triunfo coronadas,
Huyendo ván y vencidas
Las huestes republicanas,
Que les faltó la ventura,
No el valor y la constancia.
Los nombres ván aclamando
De Libertad y de Pátria,
Que atronadores repiten
Los ecos de cien montañas.
Tristemente se confunden
Con el rumor de las armas
Sordos quejidos de angustia,
Roncos gritos de venganza.
Retiemblan las altas cumbres
De las sierras mejicanas
Contemplando victoriosos
Á los guerreros de Francia.
Les dán favor los traidores,
Y Méjico gime esclava,
Y llora su independencia
Por el extranjero hollada;
La República se hunde
Y el Imperio se levanta.

II.

Emperador, que te venden,
Emperador, que te engañan:
Serás víctima expiatoria
De los errores de Francia.
Audaces vuelven y altivas
Las huestes republicanas
Á vencer la tiranía,
Ó á morir en la demanda.
El Imperio vacilante
En Querétaro se acaba:
La República de nuevo
En Méjico se levanta.
¿Quién fué el guerrero esforzado,
Que no perdió la esperanza,
Cuyo espíritu indomable
No rindieron las desgracias?
¿El que alentó á los valientes
En las sangrientas batallas,
El defensor invencible
De las libertades santas?
Fué Juarez, á cuyo esfuerzo,
Á cuya heróica constancia
Debieron los mejicanos
La Libertad y la Pátria. (*)

JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

Madrid, Marzo de 1872.

HISTORIAS DE LA VIDA.

(CUADROS SOCIALES.)

EL ESTRENO DE UN DRAMA.

I.

Acababa de caer el telon. Nos hallábamos entre bastidores y desde allí oíamos los nutridos aplausos y bravos estentóreos con que el público daba muestras del singular entusiasmo que le habia producido la representacion de el drama *La historia de una mujer,* primera produccion de nuestro amigo Alberto, que se habia estrenado aquella noche.

El entusiasmo del público rayaba en frenesí. Volvió á levantarse el telon y aparecieron á la vista de los espectadores *Julian Romea,* gloria de la escena española, cuya pérdida ha sido universalmente llorada, y nuestro amigo Alberto, pálido y temblando de emocion.

Los aplausos se repitieron con mayor fuerza: cayó el telon de nuevo y Alberto se vió rodeado de numerosos amigos que se disputaban el honor de abrazarlo.

II.

Poco despues estábamos al rededor de una larga mesa cubierta con exquisitos man-

(*) Esta composicion forma parte de la *Corona poética* que dedicó el Dr. Escudero al Presidente de la República mejicana.

jares y botellas que contenian los vinos más delicados, en un salon iluminado por multitud de bugias donde nos habíamos reunido para celebrar el triunfo alcanzado por el jóven literato.

Alberto tenia veinte y tres años: sus ojos eran azules, de mirada melancólica y distraida: su cabello oscuro, alta y despejada su frente, en la que comenzaban á dibujarse algunas arrugas, que parecian centinelas avanzados de una prematura vejez. Hablaba poco; sonreia de una manera amarga y desdeñosa; amaba la soledad de los campos y nunca se le habia visto enamorado de mujer alguna.

El choque de las copas y botellas, los brindis y otros ruidos propios de semejantes escenas formaban una confusion indescriptible. El vino habia circulado profusamente, produciendo esa alegria especial que señala el principio de la embriaguez. Alberto apuraba de cuando en cuando una copa y permanecia impasible y grave como la estátua del silencio.

Aquí resonaban carcajadas, alli se contaban anécdotas chispeantes que eran acogidas con maliciosas sonrisas. Enmedio de aquella algazara, Alberto, al apurar una copa, pronunció dos palabras que nos hicieron enmudecer á todos.

Eran las primeras que pronunciaba aquella noche.

Dispuestos á escucharle, nos agrupamos en torno de él, que, apurando otra copa, nos miró sonriéndose como de costumbre, y dijo por segunda vez:—¡Pobre Luisa! y continuó diciendo:

III.

—Vosotros no la conocísteis. Luisa era una niña de diez y seis años, hermosa como la primera ilusion del amor, pura como el primer aroma de la inocencia: su padre habia muerto en el destierro, su madre y ella ganaban el sustento con el trabajo de sus manos. Luisa era hermosa y pobre. ¡Ser pobre y hermosa! ¡Qué desgracia tan grande para una mujer!

Yo ví á Luisa.... ¡Oh! ¡Qué impresiones sintió á su vista mi corazon de estudiante! No sabré decir cuántos fueron los dias de fiebre, cuántas las noches de insomnio.... solo sabré decir que, al poco tiempo de haberla visto, Luisa y yo nos amábamos entrañablemente.

Era el amor primero de nuestra vida.... el primero y el último.

Nos mirábamos, nos sonreiamos, nos enviábamos un beso con las puntas de los dedos.... ¿Era posible concebir mayor felicidad?

Llegó el mes de setiembre; el estudiante tuvo que abandonar su pequeña capital de provincia para continuar sus estudios en Madrid. ¡Qué despedida tan triste! Luisa lloraba, estrechándome convulsivamente la mano; su infeliz madre, á quien consumia lentamente esa enfermedad terrible que se llama la tísis, lloraba tambien. Yo salí de aquella casa con el corazon oprimido. Al torcer la última esquina de la calle, volví la cara atrás: Luisa estaba asomada á su balcon: me saludó con el pañuelo y dejó caer la cabeza sobre el pecho, sin duda para enjugar una lágrima....

Vine á Madrid.

No pasaba un solo dia sin que recibiera carta suya. ¡Cómo me expresaba su cariño! ¡Cómo su deseo de que volviera á su lado!

Su madre estaba muy enferma....

Un dia no tuve carta de Luisa.

Me entristecí, me desesperé....

Y esperando, esperando carta de Luisa pasaron tres meses.

¿Por qué no escribia?

Llegó el mes de Junio y el estudiante volvió á su pequeña capital de provincia, triste, enfermo y más enamorado que nunca.

Mi primer cuidado fué buscar á Luisa.

Entré en su casa.

Estaba allí... Nó... Quien estaba allí era su sombra. Su sombra que me vió, me reconoció...

Oid, oid la historia que escuché de los labios de aquella niña y extremeceos consi-

derando hasta qué punto puede llegar la infamia de los hombres.

Alberto hizo una pausa. El silencio era general.

IV.

Algunas bugías se habian extinguido y las restantes lanzaban resplandores trémulos pugnando por extinguirse.

Muchos convidados habian apoyado en la mesa sus brazos y en ellos las cabezas, quedándose profundamente dormidos.

Aquella orgía presentaba un aspecto lúgubre.

Alberto tomó una copa, la llenó de rom y lo inflamó; el rom alzó una llama azulada, lívida, que, reflejando en su rostro, le daba la semejanza de un espectro.

Nosotros comprimíamos hasta la respiracion, deseosos de oir el final de la historia contada por Alberto.

Éste apagó la llama, bebió el rom, volvió á sonreirse con una espresion de infinita amargura, se pasó la mano por la frente, como para alejar un recuerdo importuno, y continuó su narracion interrumpida.

V.

—La enfermedad de la madre de Luisa, dijo, llegó al último grado. La buena mujer no podia trabajar: su hija no ganaba lo bastante para que se alimentáran las dos; despues de las privaciones vino la miseria; con la miseria vinieron los dias sin pan y las noches de angustia.

Era la hora del crepúsculo de un dia del mes de Marzo.... Luisa se arrebujó en un manton y salió á la calle.... Su madre se moria.... se moria de hambre y ella iba á implorar la caridad pública.

¡Pobre niña!

Vió á un hombre, le pidió una limosna para llevar pan á su madre.... Aquel hombre la miró fijamente; la niña le pareció muy hermosa.... Le ofreció oro en cambio de su honra.... La niña estaba desesperada, loca de dolor, y el oro ofrecido podia aliviar los padecimientos de la anciana....

Y aquel hombre, sin compadecer tan inmensa desventura, insistia y Luisa temblaba.... y....

¡Qué infamia!

Las sombras de la noche envolvieron un crímen y evitaron que la madre enferma, casi moribunda, conociera la desgracia de su hija.

Luisa se arrojó en su lecho, avergonzada de sí misma; no pudo dormir en toda la noche. El ángel de su guarda ocultó el semblante entre las alas y lloró amargamente.

La madre de Luisa murió, al poco tiempo, maldiciendo la hija que habia llevado en sus entrañas.

El hombre infame abandonó á la desdichada jóven.

En el cementerio de mi pequeña capital de provincia hay una sepultura en cuya lápida se lee esta melancólica y breve inscripcion: ¡Luisa!

Sobre esa lápida hay siempre una corona de siemprevivas, colocada allí por alguna mano cariñosa.

Mi drama se titula «La historia de una mujer.»

¡Pobre mártir! ¡Pobre Luisa!

VI.

Calló Alberto: por sus megillas corrian dos lágrimas.

Abandonamos el salon y, yá en la calle, nos despedimos. Era el alba.

La historia contada por Alberto me impresionó hondamente.

Desde entónces, cuando, en la hora del crepúsculo, veo á una mujer, con el rostro velado por la mantilla, que, tímida y sonrojada, apénas se atreve á pedir una limosna, se entristece mi espíritu y acordándome de Alberto no puedo ménos de exclamar: ¡Pobre Luisa!

José de Velilla y Rodriguez.

OCURRENCIAS.

V.

JUAN FERNANDEZ.

Juan Fernandez, álias *Niñote*, era la nata y flor de Campe, el país de los melocotones de miel y de los hombres de piedra berroqueña.

Al sacar el número dos en el sorteo de los mozos del pueblo habia dicho el alcalde:

—¡Buen cacho de moceton se lleva la Reina!

Al reconocerlo en la diputacion provincial los facultativos, exclamó un físico de regimiento:

—¡Qué paquidermo de la especie humana!

Al ver su tia que el sargento se lo llevaba al depósito de quintos, gritó con actitud desesperada:

—Ahi vá el préncipe de las Asturias en presona.

Y Juan Fernandez (*Niñote*) justificaba estos pareceres con sus cinco piés y ocho pulgadas, con su musculatura de Hércules Farnesio, su carota de Antinoo, y esa majestad imponente propia del elefante.

Llegó el caso de sacar reclutas para los cuerpos del ejército y Juan Fernandez fué inocente objeto de controversias acaloradas entre los oficiales, comisionados en la provision de fuerza para sus batallones respectivos; triunfando el inmemorial infantería del Rey, primero de línea, que logró la posesion corporal del *Niñote*, para lustre y honor de sus banderas, y orgullo de su escuadra de gastadores.

Pero Juan Fernandez, á cambio de su solidez y de su volúmen, era todo lo que expresa el vulgo con la gráfica frase de *un pedazo de carne bautizada*, y como carne para cañon, como decia el amigo Bonaparte, el hijo de Campe venía á ser una albóndiga de mayor cuantía para las modernas piezas rayadas.

Lo primero que hizo el bueno de Juan fué proveerse de una gorra de cuartel, con su granada de metal; y era cosa de ver al *Niñote* pavonearse con aquel único arreo militar en la coronilla.

Al mirarse tan guapo cedió á la tentacion vanidosa de exhibirse por las calles de la coronada villa, y sin pedir permiso, y como trasquilado por iglesia, se salió del cuartel y emprendió la marcha tarareando la jota y hecho un brazo de mar.

El sargento de guardia reparó en el prófugo, y cuando le vió cerca de la esquina le gritó imperiosamente:

—Granadero. ¡Eh! granadero.

Juan se detuvo para determinar el rumbo que le convendria seguir.

—Granadero, repitió el sargento desgañitándose.

El Goliath aragonés se decidió por la via recta y dió los primeros pasos.

—¡Granaderoooo! rújió el sargento, semejante á un leon de la Numidia.

Un número de guardia corrió á detener al quinto, intimándole que se presentára al irritado superior.

Fernandez siguió al soldado con la tranquilidad de conciencia de un justo, hasta ponerse en presencia del sargento.

—Animal, exclamó éste. ¿No oia usted cuando le llamaba?

—¿Á mí? repuso el *Niñote*.

—Á usted, bestia, á usted.

—¡Caá! Yo no lo he oido, redios.

—Pues bien gritaba—*granadero, granadero*.—¡Estúpido!

—Pues, oiga. Usted es el animal, y el bestia, y el estrúpito.

—¡Cómo se entiende!

—Pues claro. Yo no soy granaero; y me paece que pá algo me llamo Juan Fernandez, tio leña, y cudiao con otra.

J. Velazquez y Sanchez.

VARIEDADES.

Un libro, llamado á vivir muchos años, acaba de ver la luz pública; titúlase *La leyenda de noche buena;* su autor, el profundo y popular poeta Ventura Ruiz Aguilera. No sabemos con qué palabras calificará el vulgo esta obra, el vulgo que tiene en los lábios los calificativos de *eminente, magnífico, sublime* para todo fruto del ingénio, áun para aquellos que no merecen los honores de la crítica; tal vez á sus ojos pasará desapercibida esta obra, hija del superior talento de un poeta, cuyo nombre irá unido á la historia de la literatura en el presente siglo,

*
* *

Muy en breve saldrá para Madrid nuestro compañero de redaccion D. José de Velilla y Rodriguez, con objeto de asistir al estreno de su drama *La expulsion de los moriscos*, que tendrá lugar en el teatro del Circo por la compañía á cuyo frente figuran los Sres. Catalina y Delgado.

SEVILLA, 1872.
Imp. de Gironés y Orduña, Lagar 3.

AÑO I.—NÚM. 8.º 15 DE DICIEMBRE DE 1872. (SEGUNDA ÉPOCA.)

REVISTA SEVILLANA.

PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

PRECIO DE LA SUSCRICION.

Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

DIRECCION Y ADMINISTRACION, **Santa Ana 46.**

PRECIO DE LA SUSCRICION.

Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

SUMARIO.

EL HAZ DE LEÑA.

Uno de los dramas representados últimamente en Madrid con mejor éxito, *El haz de leña,* del reputado escritor D. Gaspar Nuñez de Arce, nos demuestra, más que otro alguno, que el teatro español abre en estos momentos una nueva senda al arte, avergonzado há poco de ciertas obras, harto conocidas y despreciadas por el público para que nos detengamos ahora en combatirlas.

Nosotros sabíamos que no eran nada comunes las dotes literarias del autor de *Deudas de la honra* y *Justicia providencial,* pero *El haz de leña* raya más alto en nuestro concepto, ya por haber aparecido en circunstancias dadas, ó bien por el superior conocimiento de la escena y encerrar el drama algo del nuevo giro que en el siglo actual debe adoptar el arte en nuestra pátria. Verdad que, bajo este punto de vista, la obra nada determina, nada resuelve, envolviendo uno de los más alarmantes problemas que hoy turban hondamente á la sociedad; verdad que la historia nos presenta á Felipe II tán severo como grande; que la figura del desdichado príncipe D. Cárlos ha sido idealizada por el autor, tal vez por exigirlo así las condiciones del drama, pero, apesar de esto, hay en la obra delineacion de caractéres, encendidos afectos, colorido natural, correcta versificacion y altos pensamientos magistralmente preparados.

El drama empieza en la escena quinta del acto primero, si bien no termina la exposicion del asunto hasta las primeras escenas del segundo, y frase por frase, episodio por episodio vá desarrollándose al finalizar éste: algun crítico ha asegurado que el interés decae, que la accion languidece, acaso por las dimensiones de la obra: no es cierto; sin negar que pudo el Sr. Nuñez de Arce reducir su drama á más estrechos límites, creemos que nada sobra en él, y que la frase ménos necesaria contribuye á dar una idéa exacta de la época, del carácter de los personajes ó de las pasiones que los subyugan.

La venganza es la principal en la obra de que nos ocupamos: Cisneros, hijo de D. Cárlos de Sesa, condenado por la Inquisicion á la hoguera, propónese vengar la muerte afrentosa de su padre en el príncipe D. Cárlos, hijo de Felipe II; secundan y favorecen su intento la imprudente ambicion del príncipe y los disturbios religiosos de Flandes, encomendada por entónces al duque de Alba. Algunos nobles, Berghen y Montigni, conspiran con D. Cárlos, en la casa de Cisneros, quien los ha vendido y descubierto de una manera infame al rey, oculto en el momento de ponerse de acuerdo los traidores; la venganza de Cisneros está próxima á cumplirse, la muerte del príncipe es inevitable; pero aún

faltan los mayores contrastes, las más hondas luchas del drama; Catalina, hermana de Cisneros, y conocedora de sus proyectos, está enamorada de D. Cárlos, con ese amor grande, escondido, que profesamos á todo lo imposible; su alma se divide, por decirlo así; necesita advertir al príncipe del peligro que ella conoce por una indiscrecion de su hermano, cuya vasta maquinacion no puede descubrir; éste al fin triunfa en sus proyectos, pero horrorizado de su obra grita y se vende, cuando Felipe II contempla el cadáver aún caliente del príncipe, prorumpiendo en ciertas voces cuyo último eco debe apagar la hoguera: era luterano.

La situacion es solemne; el príncipe muere, Catalina pierde la razon; Cisneros debe perecer tambien, cumpliendo, á la vez que su venganza, las terribles palabras de Felipe II á D. Cárlos de Sesa, cuando éste caminaba hácia el suplicio.

Titúlase el drama, yá lo hemos dicho, *El haz de leña*; pero en verdad puédese asegurar que se le hallarian fácilmente títulos más propios: hay escenas de grande efecto dramático; tales son la novena del acto segundo, la décima del tercero, la segunda del cuarto y las cuarta y quinta del último.

En cambio la indecision de Catalina, colocada entre dos estremos, sin atreverse á evitar la perdicion de D. Cárlos, sin sentir la repugnancia que debiera ante las infames intrigas de su hermano, carece, en nuestro humilde parecer, de esperadas luchas; la venganza de Cisneros no tiene esa horrible grandeza que, casi siempre, acompaña á los sombríos crímenes de aquel reinado; y, por último, son muchas las vacilaciones del autor al presentarnos al príncipe moribundo, cuando tanto partido pudo obtenerse de este suceso.

Se han hecho comparaciones por alguno entre este drama y *Doña Urraca de Castilla,* de García Gutierrez, y aún hemos oido asegurar que el último es un drama aceptable tan sólo; que á tanto llega el entusiasmo de los españoles por las glorias pátrias; sería comparar el génio sombrío del Dante con el génio esplendoroso de Quintana, superior en nuestro entender. El autor de *El haz de leña* piensa, observa, siente, permítasenos la figura, hundido en los abismos del corazon humano, analizando los misteriosos afectos del alma, siguiendo la nube enlutada que desata en ella sordas tempestades, y así nada hay en su obra que no enseñe un secreto, que no descubra un móvil; el autor de *Venganza catalana* piensa, observa, siente, fuera de sí, percibe la belleza exterior, que luégo reproduce con una pincelada breve, llena de vida, de animacion y sublimidad. Uno y otro, con sus dos producciones, han inaugurado una era de gloria para nuestro teatro: una y otra obra dejan un vacío difícil de llenar. ¿Por qué?

Un siglo es la condensacion de una idéa: Calderon es grande porque inflamó su cabeza en la atmósfera de su siglo; Shakespeare porque dió cuerpo al pensamiento libre; Schiller porque encerró en sus obras los eternos problemas que palpitaban en el mundo exterior. ¿No engrandecerian la escena los que agitan nuestro siglo? ¿Hemos de presentar en el teatro la intolerancia religiosa, por ejemplo, sin rechazarla? ¿Estamos condenados á ver en nuestros mejores dramas déspotas sanguinarios ennoblecidos por la fantasía del autor hasta el punto de que olvidemos sus crímenes?

Sostiénese por ilustrados críticos que el teatro no es escuela de las costumbres de un pueblo, y éste debe asistir á las representaciones dramáticas dispuesto á distraerse, no á aprender. ¡Profundo error! Que el poeta, hijo siempre de las circuntancias que le rodean, es grande cuando es grande su siglo; creen que el nuestro nada encierra que conmueva á los hombres de génio, á los artistas de corazon, y como prueba nos presentan esas obras, rico fruto de esclarecidos autores, que, apesar de vigorosos esfuerzos, sólo pueden apreciarse como bellezas aisla-

das, indiferentes al tiempo y á los movimientos intelectuales del hombre: falso tambien; pero dejemos tan árduo asunto.

Cualquiera que sea el vacío que en pos de sí dejen las obras de los Sres. García Gutierrez y Nuñez de Arce, lo repetimos, ellas han abierto una senda gloriosa para el arte, y servido de estímulo para la juventud, á la que el porvenir pertenece.

CÁRLOS PEÑARANDA.

CASTIGO QUE HIZO SILVESTRE DE ANGULO (1)

DE SU MUGER Y UN MULATO, POR ADÚLTEROS.

En Viernes 19 de Henero de 1565 años en esta Ciudad hizo justicia de su muger, y de un mulato Silvestre de Angulo que era tabernero: porque la dicha su muger andaba en tratos (2) con el dicho mulato; y los tubo pressos quasi dos años en la Carcel Real, hasta que el pleito se concluyó y se dió por sentencia que le fuese entregada la dicha su muger, y el adúltero, para la qual execucion de Justicia se hizo un tablado con dos tapiales, dos baras de altura del suelo en la plaza de San Francisco, junto á la casa quadra de la Justicia; y quando los sacaron de la Cárcel, iba el Adúltero delante, y luego la muger, y desde la dicha Cárcel los llebaron, y subieron en el tablado, los quales hincados de rodillas, llegó el Verdugo á la muger, y quitóle una toca de la cabeça, y della hicieron dos partes, y tapóles con ellas los ojos á entrambos, y luego subió el Silvestre de Angulo, y con él algunos Religiosos de San Francisco, y de la Compañia de Jesus, y el hermano Leon tomó un crucifixo de bulto en las manos, y subió se al tablado, y todos se hincaron de rodillas delante del Silvestre de Angulo, rogándole, que por la pasion de Jesuchristo los quisiese perdonar, y no pudieron con él; y él deciales, que le dejasen executar en ellos lo que debian, y que no le estorbasen, y sacó un cuchillo que traia metido en unas botas que traia calzadas, y por encima de todos comenzó á herir á su muger, y la primer cuchillada que le dió fué en la cabeça, y por los pechos otras muchas, y fué luego al Adúltero, y dióle muchas heridas en la cabeça y en otras partes del cuerpo. Y ya que se queria abajar, dixeronle que se meneaba el Adúltero, y tornó á él con una espada, y á ella tambien, y dióles muchas heridas, y estocadas, hasta que se sintió bien vengado de su crueldad, la qual no se acuerdan aver oydo, ni visto en semejante caso.

(1) Copiado de las *Memorias Sevillanas*, inéditas, que existen en la Biblioteca Colombina de esta ciudad.

(2) Hemos sustituido con estas palabras otra del original.

POESÍAS LÍRICAS DE SCHILLER. (1)

La poesía lírica es una de las más puras distracciones y una de las glorias literarias más brillantes del pueblo aleman. Nadie ha visto desarrollarse en este vasto país ciertos ramos del pensamiento humano que, en otras naciones, han producido tan admirables flores y tan fecundos frutos. Alemania no ha tenido un Molière, un Walter Scott, un La Fontaine, y el drama, que en estos últimos tiempos le ha dado tan vasta ilustracion, apareció en el teatro aleman con verdadera originalidad y propio brillo después de una larga série de oscuras tentativas, de frios ensayos, de imitaciones débiles. Su breve duracion y rápida decadencia prueban que no eran producto del génio aleman, y sí sólo creaciones de poderosos poetas.

El drama, la historia del drama en Alemania, empieza con Lessing y acaba con Gœthe. Después de la muerte de Schiller, después del silencio del inmortal autor de *Fausto,* los teatros de Alemania han vuelto á caer en su primer estado; las obras de Werner, de Mullner, de Grillparzer; las numerosas producciones de Raupach y la brillante acogida de M. Munch-Bellinghausen, no han podido darle más que un brillo pasajero. Se ha apoderado el desórden de esos escritores dramáticos que dos génios ilustres guiaban, hace veinte años, en pos de un sentimiento de creacion original, de una gran idéa de arte. En su vaga incertidumbre, en su impotencia, se han reducido ahora á buscar semilla extranjera, á tomar, quién de aquí, quién de allá, una comedia del teatro francés, un *vaudeville* que visten con germánicas formas, y

(1) Traducido libremente de Mr. X Marmier.

conducen locamente al teatro de Viena ó de Berlin.

Pero hace mucho tiempo, la nacion alemana, con su naturaleza apacible, soñadora, ideal, sintió despertarse en ella el sentimiento dulcísimo de la poesía lírica. Los antiguos guerreros entraban cantando en los combates; los *Minnesinger* han esparcido, á través de las sombrías costumbres de la Edad Media, los más suaves tesoros de inspiracion y las vagas armonías del amor unido á la religion por un lazo de flores. Los *Meistersanger* conservaron la misma inspiracion, aunque perdiendo algo del primitivo encanto por ciertos efectos de estilo, y cierto culteranismo de forma. Á la poesía lírica debe la primera escuela silesiana haberse distinguido en el siglo décimo-séptimo. Por la poesía lírica Bürger, Holty y sus contemporáneos de Goettingue llevaron el espíritu de su tiempo á una tendencia literaria más justa, á una forma poética más sencilla y verdadera; y por la poesía lírica los principales autores de la época actual, Novalis, Uhland, Ruckert, han adquirido justa fama, extendida en breve á las demás comarcas.

Á través de las tempestades que han conmovido á Europa, de los sucesos políticos que han cambiado su modo de ser, en medio de las oscuras cuestiones, cuya solucion busca el mundo, Alemania ha aparecido como el bardo escandinavo, que no podia abandonar el arpa para desnudar el acero. No ha cesado un momento de soñar y cantar. Klopstok saludaba en una oda la aurora de nuestra revolucion (1), y Teodoro Korner, después de haber caminado todo el dia con su escuadron de cazadores por el campo de batalla, componia en la noche, en el silencio del campamento, la cancion del dia venidero.

Es preciso haber recorrido la nacion alemana para saber todo el gusto musical, todo el sentimiento lírico que allí existen. Desde que se traspasan las fronteras parece que se entra en una region fabulosa, en donde los hombres cantan como las aves. El obrero canta, el fardo á la espalda, caminando de aldea en aldea; el estudiante canta al dirigirse á la universidad; la humilde familia de la clase media, que el domingo reposa de los trabajos de la semana bajo el follage de un *Lustgarten,* no vuelve jamás á su morada sin entonar tambien alguna cancion de Uhland puesta en música por Strauss; y en los salones del gran mundo se admirarian de que pasára una hora sin trozos de música y piano.

Hay en Alemania cantos para todas las festividades, para todas las circunstancias solemnes de la vida, para todas las clases de la sociedad, todas las corporaciones, todos los oficios: cantos cuyo número aumenta cada dia. Ni un sitio pintoresco que no haya sido celebrado por diversos poetas; ni una ruina en las orillas del Danubio que no encierre su leyenda popular; ni un castillo de Thuringe, riberas del Rhin, Silesia, cuyo nombre no se encuentre en multitud de trabajos literarios, cuya historia, real ó imaginada, no haya sido contada en repetidas estrofas.

Estos cantos alemanes no tienen generalmente la viva y movedora flexibilidad de los franceses, ni el carácter humorístico de los ingleses. Allí no son agenos á la expresion del placer, una reflexion filosófica, un pensamiento religioso. Hállanse además en ellos, hasta en los más vulgares, un indicio de melancólica vaguedad, una percepcion de la naturaleza de que carecen los nuestros. El obrero aleman no se contenta con celebrar en versos más ó ménos correctos el amor y el vino; canta á menudo con dulce melancolía el espectáculo de los campos, la frescura de los bosques; y hay algunas de estas canciones, de estos *Burschenlieds* que resuenan todos los dias en los más pobres hogares, que se podrian citar como peque-

(1) La revolucion francesa de fines del pasado siglo. (N. del T.)

ñas odas armoniosas y notables, engrandecidas por algun pensamiento delicado.

Claro es, sin embargo, que en esta inmensidad de poesías líricas que inundan la Alemania, hay un número infinito de canciones que no pueden considerarse más que como motivos de composicion musical, ó como pálida expresion de un pensamiento vulgar. Á la crítica pertenece buscar, enmedio de tantas producciones, lo que merece ser conservado y colocado entre las obras de arte. Entre estas obras escogidas se distinguen las poesías líricas de Schiller. Hombre de génio, ha introducido en ellas las cualidades que resaltan en sus dramas; ternura de corazon, grandes idéas sociales, filosofía religiosa. Cuando aún no habia escrito *María Stuarda, Guillermo Tell, Wallenstein,* su pequeño volúmen de elegías y baladas bastaba por sí solo á asegurarle un puesto de honor entre nuestros mejores poetas de los tiempos actuales.

Tratarémos ahora de buscar las primeras bellezas de sus poesías liricas, é indicarémos las diferentes fases que ha seguido su modo de pensar, el círculo donde se ha agitado, hasta llegar á su última manifestacion, á su último desenvolvimiento, interrumpido por una muerte prematura.

Schiller inauguró su carrera literaria á la edad de diez y seis años con una oda titulada *La tarde.* El director del periódico donde vió la luz pública, añadió á ella una nota en la cual decia que el autor de la composicion probaba haber estudiado los buenos modelos. Todo en estos versos indicaba, en efecto, una lectura constante, un estudio sério, pero servil, de *Klopstock.* Era un himno religioso en el que se revelaba yá la naturaleza tierna, sentimental de Schiller, que después ha manifestado en sus demás obras.

La segunda composicion que Schiller publicó en 1777 encerraba ménos correccion y gusto que inspiracion natural: titulábase *El Conquistador.* Era, como lo hizo notar entónces un amigo del poeta, una obra llena de una valentía ficticia con el recuerdo de *La Mesiada* y de los profetas del Antiguo Testamento, una obra exuberante de impetuoso furor, de ardor salvaje, pero tambien de exageracion, de hinchazon y de despropósitos.

El poeta que más tarde debia encerrar en sus obras tan fecunda inspiracion y abrir á su pensamiento tan dilatados espacios, no se revelaba en sus primeros ensayos. Encerrado desde su infancia en una escuela, alejado del mundo, desprovisto de toda experiencia, no encontraba sus imágenes poéticas en sus propias emociones ni en el conocimiento de la vida, sí en emociones extrañas y en los libros que buscaba impulsado por el presentimiento secreto de su vocacion. No se crea, ha dicho uno de los amigos de su juventud, que los primeros versos de Schiller fuesen el resultado fácil, natural de una fecunda y viva imaginacion, del movimiento del corazon, del soplo inspirador de las musas. Nó; después de haber buscado acá y allá idéas y formas, después de haber ejercitado de todas maneras la actividad de su espíritu, después de numerosas y estériles tentativas, publicó en 1777 una oda en la que los críticos apénas podian adivinar el vuelo que alcanzaria más adelante.

«La carrera poética no era en aquellos tiempos para él más que un áspero y rudo sendero, que cruzaba trabajosamente en pos de un término dudoso. Alejado, por decirlo así, de la realidad, intentaba formarse un imperio imaginario, en el cual luchaba consigo mismo y con los elementos de la vida positiva, que áun no habia logrado conocer» (1).

¿Qué poeta no se ha sentido al principio de su carrera arrebatado por esas dulces y engañadoras quimeras de la juventud, trasportado con alas de oro á una esfera ideal y mecido como un niño en la armoniosa re-

(1) Hoffmeister, Schiller 's Ingend Geschichte, p. 40. (N. del A.)

gion de los sueños? Unos, al abrir los ojos á la luz, al contemplar desvanecida la ilusion cuyo juguete fueron, han visto como Icaro derretirse sus alas á los rayos de una luz demasiado viva y se han sumergido como él en una ola impenetrable. Otros, llenos de fuerza á pesar de la caida, han sabido permanecer en la orilla y trazarse un nuevo sendero. Schiller era uno de esos que pueden pasar por muchas pruebas sin gastar sus fuerzas y su poder, y la biografía de esos hombres que han atravesado con valor y nobleza los escollos del arte y de la fortuna es un estudio interesante, del cual todo espíritu sério puede sacar utilísimas lecciones.

Schiller, habia manifestado desde su infancia un alto sentimiento religioso. En la escuela militar conservó la misma inclinacion, y la lectura de Klopstock no hacía más que fortificarlo. En 1777 el recuerdo de la enseñanza de su familia, las piadosas exortaciones de su madre lo dominaban aún por completo. Publicó en el *Magasin de Souabe* una súplica que merece ser citada como una de las más puras, de las más tiernas manifestaciones de esta alma soñadora.

Entre el año de 1776 en que esta súplica fué, al parecer escrita, y el año de 1778 en que Schiller escribió *Los brigantes,* una revolucion radical se operó en su espíritu. Después de haber sido tan vivamente impresionado, y áun pudiera decirse encadenado por el sentimiento religioso, sintióse poco á poco atraido, deslumbrado, por toda suerte de reflexiones y de idéas contrarias.

(Se continuará.)

C. M.

Á EMMA.

TRADUCCION DE SCHILLER.

Envuelta en densa nube mi ventura
Despareció fugaz cual humo vano...
La envolvió para siempre nube oscura
De un horizonte lóbrego y lejano.

Sólo al rasgar su sombra en mi deseo,
Con ternura y amor miro una estrella,
Mas es cual todas la que ansioso veo
Luz que en la noche su fulgor destella.

Si reposáran yertos tus despojos
En honda tumba, si la muerte al mundo
Cerrado hubiera sin piedad tus ojos,
Te poseyera mi dolor profundo.

Mi corazon viviendo te vería
Áun por el mármol funeral cubierta;
Mas ¡ay! tú ves el resplandor del día
Yá para el sol de mis amores muerta.

El dulce fuego que el amor inflama
¿Muere tambien? ¿se extingue y desvanece?
¿Tambien la luz de su divina llama
Como un bien terrenal desaparece?

MERCEDES DE VELILLA.

LAS DOS ESPOSAS.

En su iglesia, sor Luz, vió á Rosalia
Casándose con Blas,
Y—«¡qué esposo tan bello!—se decia—
¡Pero el mio lo es más!»
Luégo en la esposa del mortal miraba
La risa del amor,
Y, sin poderlo remediar, ¡lloraba
La esposa del Señor!

RAMON DE CAMPOAMOR.

LOS COPOS DE NIEVE.

Bellos copos de nieve
Que el Bóreas arrebata,
Al veros se despiertan
Dolientes ecos de la edad pasada.
Los mágicos ensueños,
Que un tiempo forja el alma,
Son ¡ay! copos de nieve
Del cielo desprendidos de la infancia:
De férvidas pasiones
El soplo los arrastra,
Y ráudos se deshacen
Quedando de ellos sólo tristes lágrimas.

CAYETANO DE ESTER.

EL VIAJERO ETERNO.

Cette grande figure une
et multiple, lugubre et
rayonnante, fatale et
sacré, l'homme...
VICTOR HUGO.

Dí ¿quién eres, viajero anhelante,
Que animado de un soplo inmortal
Ignorado y difícil camino
Vas siguiendo sin tregua quizás?

Ora envuelto te miro en las olas
Que en los mares el viento agitó;
Ora arrancas al hondo Oceáno
Nuevos mundos de rico esplendor.

Ora el rayo te sirve de acento,
Que encendido, cual águila audáz,
Vuela, y logra admirando á la tierra
Otros mundos y espacios salvar.

Ora encierras en pechos de bronce,
Oprimido, el hirviente vapor,
Y atraviesas de antiguas montañas
El desnudo, vital corazon.

Dí ¿quién eres, viajero anhelante,
Hondo arcano de sombra y de luz?
¿Á dó vás por tu oscuro camino
Presa siempre de eterna inquietud?

«Soy el hombre, que osado se lanza
Tras de un sueño con fácil ardor;
Soy un átomo fiel, desprendido
Del espíritu inmenso de Dios.

Fuerza estraña me impulsa y me mueve
Por el mundo sin tregua á marchar,
Y un acento repite en mi oido...
—¡Más allá... más allá...!

Arde siempre en mi frente abrasada
Llama eterna de vago lucir,
Y el aliento de siglos futuros
Vá agitándose en torno de mí.

Los misterios descubro orgulloso
De esos siglos que pronto vendrán,
Y áun la voz en mi alma resuena...
—¡Más allá... más allá...!

Y yá el pecho al cansancio se abate
Y no apago en el mundo mi sed,
Y montañas y mares y abismos
Ván salvando potentes mis piés.

Sobre el orbe, gigante me elevo,
Todo sufre mi imperio quizás...
Y áun repite la voz en mi alma...
—¡Más allá... más allá...!»

CÁRLOS PEÑARANDA.

OCURRENCIAS.

VI.

ADELAIDA.

Decia un filósofo respecto al matrimonio, que para los jóvenes era temprano y para los viejos tarde, y D. Crisanto de Bobadilla entendió tan bien la máxima que se casó á los diez y seis años por no entrar en sorteo de milicias provinciales, y se tornó á casar á los sesenta y pico para tener quien lo cuidára.

Pero como la fatalidad ciega á los que trata de perder, D. Crisanto celebró sus segundas nupcias con una especie de heroina de Jorge Sand, tan pretenciosa como pobre; educada en *Lelia, Consuelo,* y demás tipos de escéntrica traza; en pugna con la norma del deber; en perenne antagonismo con las costumbres; en huelga contra la tiranía social; hablando siempre de las torturas de su alma, de las aspiraciones de su alma, y de las singularidades de su alma, hasta inspirar el vivo deseo de romperle la idem al pacientísimo patriarca Job.

¿Qué habia de suceder? Que después de un aborto, Brunequilda (que así se llamaba la fantástica consorte de D. Crisanto) concibió la idéa de buscar fuera del tálamo la novelesca dicha de aquellas beldades que le servian de modelo; y dió principio la série de aventuras que, colocando al vetusto esposo en el signo de *Tauro,* entregaron al de *Cáncer* la reputacion de Madama Bobadilla, que se creia una notabilidad épica, desafiando con su conducta á las leyes divinas y humanas, calificadas por ella de *atroz despotismo.*

De amante en amante Brunequilda vino por fin al dominio ilegal de un Tenorio de cuartel, capitan de caballería, buen busto; talla alcídea; carácter rudo; naturaleza granítica; digno Febo de aquella Esmeralda. La vaporosa costilla de don Crisanto creia haber encontrado su media naranja esta vez, tras de haber recorrido todo un naranjal en busca de semejante conveniencia.

D. Crisanto anunció á su infiel pareja que pasaria cierta noche velando á un amigo, enfermo de suma gravedad, y Madama dió cita á su Lindoro, que á las once poco más ó ménos se introdujo en la gruta de Calipso, prometiéndose un buen rato, libre de toda especie de zozobras. Pero *estaba escrito* (como dicen los musulmanes) que aquella promesa no llegára á realidad, y á poco más de las doce el marido, bastante indispuesto, llamó á la puerta de su hogar y hubo que abrirle; ocultando al galan en una sala baja ántes de que Elena saliese al encuentro de Menelao.

El viejo pidió té con unas gotitas de aguardiente; se hizo dar friegas de manteca y vinagre en el abdómen; mandó calentar una bayeta para envolverse los piés; y en estas y en las otras entretuvo el resto de la noche hasta rendirse al sueño de madrugada.

El sol doraba las cimas de los montes, reflejando en las cúpulas de las torres, cuando Brunequilda pudo ir al encuentro del gallardo capitan, á quien encontró tendido en un viejo confidente, y profundamente dormido.

gion de los sueños? Unos, al abrir los ojos á la luz, al contemplar desvanecida la ilusion cuyo juguete fueron, han visto como Icaro derretirse sus alas á los rayos de una luz demasiado viva y se han sumergido como él en una ola impenetrable. Otros, llenos de fuerza á pesar de la caida, han sabido permanecer en la orilla y trazarse un nuevo sendero. Schiller era uno de esos que pueden pasar por muchas pruebas sin gastar sus fuerzas y su poder, y la biografía de esos hombres que han atravesado con valor y nobleza los escollos del arte y de la fortuna es un estudio interesante, del cual todo espíritu sério puede sacar utilísimas lecciones.

Schiller, habia manifestado desde su infancia un alto sentimiento religioso. En la escuela militar conservó la misma inclinacion, y la lectura de Klopstock no hacía más que fortificarlo. En 1777 el recuerdo de la enseñanza de su familia, las piadosas exortaciones de su madre lo dominaban aún por completo. Publicó en el *Magasin de Souabe* una súplica que merece ser citada como una de las más puras, de las más tiernas manifestaciones de esta alma soñadora.

Entre el año de 1776 en que esta súplica fué, al parecer escrita, y el año de 1778 en que Schiller escribió *Los brigantes,* una revolucion radical se operó en su espíritu. Después de haber sido tan vivamente impresionado, y áun pudiera decirse encadenado por el sentimiento religioso, sintióse poco á poco atraido, deslumbrado, por toda suerte de reflexiones y de idéas contrarias.

(Se continuará.)

C. M.

Á EMMA.

TRADUCCION DE SCHILLER.

Envuelta en densa nube mi ventura
Despareció fugaz cual humo vano...
La envolvió para siempre nube oscura
De un horizonte lóbrego y lejano.

Sólo al rasgar su sombra en mi deseo,
Con ternura y amor miro una estrella,
Mas es cual todas la que ansioso veo
Luz que en la noche su fulgor destella.

Si reposáran yertos tus despojos
En honda tumba, si la muerte al mundo
Cerrado hubiera sin piedad tus ojos,
Te poseyera mi dolor profundo.

Mi corazon viviendo te vería
Áun por el mármol funeral cubierta;
Mas ¡ay! tú ves el resplandor del día
Yá para el sol de mis amores muerta.

El dulce fuego que el amor inflama
¿Muere tambien? ¿se extingue y desvanece?
¿Tambien la luz de su divina llama
Como un bien terrenal desaparece?

MERCEDES DE VELILLA.

LAS DOS ESPOSAS.

En su iglesia, sor Luz, vió á Rosalia
Casándose con Blas,
Y—«¡qué esposo tan bello!—se decia—
¡Pero el mio lo es más!»
Luégo en la esposa del mortal miraba
La risa del amor,
Y, sin poderlo remediar, ¡lloraba
La esposa del Señor!

RAMON DE CAMPOAMOR.

LOS COPOS DE NIEVE.

Bellos copos de nieve
Que el Bóreas arrebata,
Al veros se despiertan
Dolientes ecos de la edad pasada.
Los mágicos ensueños,
Que un tiempo forja el alma,
Son ¡ay! copos de nieve
Del cielo desprendidos de la infancia:
De férvidas pasiones
El soplo los arrastra,
Y ráudos se deshacen
Quedando de ellos sólo tristes lágrimas.

CAYETANO DE ESTER.

EL VIAJERO ETERNO.

Cette grande figure une
et multiple, lugubre et
rayonnante, fatale et
sacré, l'homme...
VICTOR HUGO.

Dí ¿quién eres, viajero anhelante,
Que animado de un soplo inmortal
Ignorado y difícil camino
Vas siguiendo sin tregua quizás?

Ora envuelto te miro en las olas
Que en los mares el viento agitó;
Ora arrancas al hondo Océano
Nuevos mundos de rico esplendor.

Ora el rayo te sirve de acento,
Que encendido, cual águila audáz,
Vuela, y logra admirando á la tierra
Otros mundos y espacios salvar.

Ora encierras en pechos de bronce,
Oprimido, el hirviente vapor,
Y atraviesas de antiguas montañas
El desnudo, vital corazon.

Dí ¿quién eres, viajero anhelante,
Hondo arcano de sombra y de luz?
¿Á dó vás por tu oscuro camino
Presa siempre de eterna inquietud?

«Soy el hombre, que osado se lanza
Tras de un sueño con fácil ardor;
Soy un átomo fiel, desprendido
Del espíritu inmenso de Dios.

Fuerza estraña me impulsa y me mueve
Por el mundo sin tregua á marchar,
Y un acento repite en mi oido...
—¡Más allá... más allá...!

Arde siempre en mi frente abrasada
Llama eterna de vago lucir,
Y el aliento de siglos futuros
Vá agitándose en torno de mí.

Los misterios descubro orgulloso
De esos siglos que pronto vendrán,
Y áun la voz en mi alma resuena...
—¡Más allá... más allá...!

Y yá el pecho al cansancio se abate
Y no apago en el mundo mi sed,
Y montañas y mares y abismos
Ván salvando potentes mis piés.

Sobre el orbe, gigante me elevo,
Todo sufre mi imperio quizás...
Y áun repite la voz en mi alma...
—¡Más allá... más allá...!»

CÁRLOS PEÑARANDA.

OCURRENCIAS.

VI.

ADELAIDA.

Decia un filósofo respecto al matrimonio, que para los jóvenes era temprano y para los viejos tarde, y D. Crisanto de Bobadilla entendió tan bien la máxima que se casó á los diez y seis años por no entrar en sorteo de milicias provinciales, y se tornó á casar á los sesenta y pico para tener quien lo cuidára.

Pero como la fatalidad ciega á los que trata de perder, D. Crisanto celebró sus segundas nupcias con una especie de heroina de Jorge Sand, tan pretenciosa como pobre; educada en *Lelia, Consuelo,* y demás tipos de escéntrica traza; en pugna con la norma del deber; en perenne antagonismo con las costumbres; en huelga contra la tiranía social; hablando siempre de las torturas de su alma, de las aspiraciones de su alma, y de las singularidades de su alma, hasta inspirar el vivo deseo de romperle la idem al pacientísimo patriarca Job.

¿Qué habia de suceder? Que después de un aborto, Brunequilda (que así se llamaba la fantástica consorte de D. Crisanto) concibió la idéa de buscar fuera del tálamo la novelesca dicha de aquellas beldades que le servian de modelo; y dió principio la série de aventuras que, colocando al vetusto esposo en el signo de *Tauro,* entregaron al de *Cáncer* la reputacion de Madama Bobadilla, que se creia una notabilidad épica, desafiando con su conducta á las leyes divinas y humanas, calificadas por ella de *atroz despotismo.*

De amante en amante Brunequilda vino por fin al dominio ilegal de un Tenorio de cuartel, capitan de caballería, buen busto; talla alcídea; carácter rudo; naturaleza granítica; digno Febo de aquella Esmeralda. La vaporosa costilla de don Crisanto creia haber encontrado su media naranja esta vez, tras de haber recorrido todo un naranjal en busca de semejante conveniencia.

D. Crisanto anunció á su infiel pareja que pasaria cierta noche velando á un amigo, enfermo de suma gravedad, y Madama dió cita á su Lindoro, que á las once poco más ó ménos se introdujo en la gruta de Calipso, prometiéndose un buen rato, libre de toda especie de zozobras. Pero *estaba escrito* (como dicen los musulmanes) que aquella promesa no llegára á realidad, y á poco más de las doce el marido, bastante indispuesto, llamó á la puerta de su hogar y hubo que abrirle; ocultando al galan en una sala baja ántes de que Elena saliese al encuentro de Menelao.

El viejo pidió té con unas gotitas de aguardiente; se hizo dar friegas de manteca y vinagre en el abdómen; mandó calentar una bayeta para envolverse los piés; y en estas y en las otras entretuvo el resto de la noche hasta rendirse al sueño de madrugada.

El sol doraba las cimas de los montes, reflejando en las cúpulas de las torres, cuando Brunequilda pudo ir al encuentro del gallardo capitan, á quien encontró tendido en un viejo confidente, y profundamente dormido.

—¡Pobre Ricardo! exclamó al despertarle con sus caricias apasionadas. ¡Qué noche, vida de mi vida!

—No tal, repuso el guerrero bostezando prosáicamente.

—Habrás tenido frio tal vez.

—Encontré sobre aquella mesa esta manta, chica.

—Sí, la manta del plancheo.

—Me aburrí al principio.

—¡Ay! ¡qué noche, mi dulce amor!

—Luego me entró hambre.

—¡Ángel mio!

—Pero, chica, á oscuras y á tientas, dí con aquel armario, y en él hallé un bote grande, y abriéndole....

—Sigue, exclamó ella con ansiedad.

—Olia á aguardiente; metí los dedos; tropecé con una especie de fruta en conserva, y en seguida....

—¿Qué hiciste? preguntó ella jadeante.

—Me la comí.

—¡Dios mio! exclamó Brunequilda. ¡Se ha comido á Adelaida! ¡Era mi hija!!

J. Velazquez y Sanchez.

VARIEDADES.

Dos años hace que los hermanos Bécquer, artistas sevillanos de superior génio, bajaron al sepulcro, después de una vida de amarguras y penalidades. Valeriano y Gustavo, pintor aquél y literato éste, eran dos glorias sevillanas y por tales estaban reputados en Madrid. Duélenos el olvido en que han caido sus nombres aquí, en su pátria, y como sevillanos amantes de nuestras glorias, damos las gracias á todos los periódicos de la Córte que en estos dias han dedicado un recuerdo á la memoria de los malogrados hermanos.

*
* *

ALLÍ ESTÁ....

En alas de halagüeñas esperanzas,
Llevado por el soplo que le impulsa,
Trás un fantasma que su mente finge
Corre el mortal sin alcanzarlo nunca.
Y cuando al fin de su carrera estéril,
Con su dolor en fatigosa lucha,
Desconocida voz dice á su alma
«Aquí la dicha está,» ¡mira una tumba!

M. de V.

La zarzuela *Justos por pecadores* del Sr. Larra, no responde ni con mucho al nombre de su autor. Pobre y nada nuevo el asunto, nos hace recordar otras producciones, en las que sin duda se ha inspirado el Sr. Larra con deplorable éxito. Caractéres falsos y mal sostenidos, situaciones violentas, recursos pueriles; nada que delate al autor de *Lanuza* y *Los lazos de la familia* hallamos en la zarzuela *Justos por pecadores*. La música, de los señores Oudrid y Marqués, es agradable y nada más. El público apénas si ha tenido un aplauso para esta produccion, que en sí vale poco, pero muy superior á otras muchas aplaudidas en la misma escena.

*
* *

CANTARES.

Querer bien, es encerrar
Lo invisible en una forma,
En un límite lo inmenso
Y la vida en una hora.

Por juego de la fortuna,
En la tierra que se pisa,
Nunca vale una verdad
Lo que vale una mentira.

Las hojas de algunos libros
Son los combates del alma:
Cada línea un desaliento
Y cada letra una lágrima.

X.

*
* *

El Sr. Peñaranda, el inspirado poeta autor de *Presentimientos* y *Notas de una lira*, prepara una nueva coleccion de poesías para darlas al público á la mayor brevedad. *Indecisiones* es el título de la obra, llamada á alcanzar un éxito superior, si cabe, al obtenido con sus dos primeros libros.

REVISTA SEVILLANA.
PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

Publícase los dias 5, 15 y 25 de cada mes.

Precios de suscricion.—Cuatro reales al mes en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la capital.

Direccion.—Sta. Aua, 46.

SEVILLA, 1872.
Imp. de Gironés y Orduña, Lagar 3.

AÑO I.—NÚM. 9.º 25 DE DICIEMBRE DE 1872. (SEGUNDA ÉPOCA.)

REVISTA SEVILLANA.

PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

PRECIO DE LA SUSCRICION.

Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

DIRECCION Y ADMINISTRACION, **Santa Ana 46.**

PRECIO DE LA SUSCRICION.

Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

SUMARIO.

APUNTES PARA UN ARTÍCULO LITERARIO.

La emancipacion del pensamiento en Literatura, es la aurora de la independencia, y el síntoma más expresivo de nacionalidad.

(*Prólogo del Rom.º general.*)

Dice Chateaubriand (1): «¡Dichosos aquellos que no han visto el humo del extranjero ni han asistido nunca á otros banquetes que á los banquetes de sus padres!» frase en la que muy claro significa que no escapan á su vista perspicaz los dulces encantos del hogar doméstico, que á los codiciados, y, la mayor parte de las veces no encontrados placeres, de los extranjeros paises y expediciones lejanas, antepone. Que aquel lector de este artículo, quien quiera que sea, se detenga un momento en contemplar las inefables alegrías é innumerables bellezas que, desapercibidas casi siempre para sus distraidos ojos, en su propia casa le circundan, por humilde y modesta posicion que en la sociedad ocupe, y pronto comprenderá como por súbita revelacion que no son ménos grandiosos y sublimes que las gigantescas Pirámides ó el dilatado Nilo, la caricia de la hermana, los desvelos del padre, el beso del hijo ó la previsora solicitud maternal, traducida, como el cariño de Dios á todo lo creado, en formas infinitamente variadas.

Tal pensamiento del autor de los *Mártires*, que sólo en el sentido indicado arriba aceptamos como verdadero, es, á nuestro entender, de oportuna recomendacion al principio de un artículo, en el que vamos á ocuparnos de las producciones de la Musa Popular, de las creaciones artísticas de nuestra pátria, la cual no es, bien mirada, sino la casa del pueblo español y el comun hogar de todos sus hijos.

Inexplicable parece la poco sensata indiferencia con que nuestros literatos y críticos han mirado hasta aquí el estudio de la literatura pátria en sus múltiples manifestaciones, al que por *deber* estaban llamados; y no valga decir que algo, aunque poco, han hecho en la materia, que á excepcion del eminente autor del Romancero, más como de favor que como de justicia han sido emprendidos los trabajos sobre asunto tan digno de interés y de atencion por todos conceptos.

No es sólo un deber lo que á estudiar las obras artísticas del pueblo nos impulsa; no es tampoco puro entusiasmo por las cosas propias lo que á ello nos mueve, es tambien nuestra íntima conviccion de que la belleza no se encuentra vinculada en clase determinada y cierta, ántes bien á todos pertenece, como el aire que respiramos y la luz con que vemos. Y asi no es únicamente patrimonio del erudito, como no es exclusivo patrimonio del sábio la verdad. Dios concedió una y otra á todos, y pensar lo contra-

(1) Memorias de Ultratumba.

rio sería, sobre irracional, profundamente irreligioso.

¿Por qué, pues, entónces no recurrir á esa inagotable fuente de poesía donde se inspiraron Lope de Vega y Calderon y el inmortal Cervántes? ¿Por qué desdeñar las *bellezas de nuestra propia casa,* que en forma de cantares, cuentos, romances, leyendas y tradiciones por todas partes se nos ofrecen, revelando nuestra índole propia y peculiar, para ilustracion del historiador, enseñanza del crítico, educacion del artista y acaso tambien como de oportuna advertencia al hombre político?....

I.

No es lo mismo un romancero que un cancionero, ni una cancion (1) que un romance. Diferéncianse no sólo en la forma sino por la esencia. La cancion sale acabada del espíritu, el romance se vá haciendo conforme se improvisa ó escribe, y supone un trabajo más ó ménos lento en que la sucesion de los instantes es apreciable siempre: la cancion es como la chispa que brota del fuego, el romance como el humo que de él se desprende poco á poco: aquélla es cosmopolita, éste puramente español, y por eso la *copla* ó cancion *romanceada,* de cuatro versos octosílabos, es la combinacion métrica que emplea el pueblo con más frecuencia.

Relativamente al contenido, tambien se diferencia la cancion del romance, en que éste conserva una tradicion ó un hecho glorioso, y aquélla (2) encierra un estado pasional ó una máxima, como la concha que guarda en su seno la piedra de riquísima valía. Un romancero es más útil, en cuanto muestra mejor el carácter de una nacionalidad y el de sus héroes: un cancionero vale infinitamente más para el psicólogo, porque revela al *pueblo* (1) como *persona* en la Humanidad, é indica las idéas que en comun posee con todos los otros de la tierra, sin relacion á tiempo ni espacio, descubriendo tambien las particulares del *indivíduo,* muchas veces oculto, pero nunca perdido en esta riquísima manifestacion del espíritu popular, no en hecho, determinado como en los romances, sí en pensamientos, sentimientos y voluntades. ¿Quereis conocer la histo-

(1) Entendemos en este artículo por cancion, una combinacion métrica cualquiera, que no exceda de siete versos, y que esté, por decirlo así, formada en un solo momento: v. gr.: coplas seguidillas, redondillas, quintillas y otras combinaciones especiales, arregladas á la música con que han de acompañarse. *Las Ventas de Cárdenas, El Naranjero, El Contrabandista, La Tarara* y otras muchas composiciones hechas para cantarse en dias señalados, más útiles para el escritor de costumbres que para el psicólogo, no son por ahora objeto de nuestro estudio.

(2) No obstante lo que aquí decimos, existen algunas coplas, nó muchas, que con razon pudieran llamarse tradicionales. Citarémos algunos ejemplos:

Las *Sirenas* en el mar
Cantan muy pulidamente,
El que las oye cantar
Cercana tiene la muerte.

Trasmitida de unos á otros, ha llegado á nuestros dias la creencia, tomada de la mitología antigua, de que existe en los mares un animal mitad pez, mitad mujer (*a*), cuyo primoroso canto seduce y fascina á los que lo escuchan, como la mirada del boa americano. En extremo parecido al *mulier formosa superne* de Horacio, atrae para dar la muerte, recibiendo entre los sencillos moradores de algunos puntos de mar el nombre de *Sirena.* Tradicion alegórica que aplicar pudiéramos á la coqueta de nuestras grandes ciudades, no ménos temible por sus encantos y artificios.

Si yo fuera *basilisco*
Con la vista te matára,
Y te sacára del mundo
Porque nadie te gozára.

Refiérese esta copla á la creencia popular de que existe una sabandija de este nombre, nacida del huevo que pone el gallo en su vejez, cuya vista produce la muerte.

Feijóo asegura no ser esto verdad, diciendo: «Que si la vejez del gallo nos hiciese tan mala obra, y fuese la mencionada serpezuela tan maligna como se pinta, yá estuviera el mundo poblado de basiliscos y despoblado de hombres.»—Obra citada, disc. 2.º, §§. 24 á 29.

(1) No es lo mismo pueblo que nacionalidad: por pueblo entendemos una variedad moral de la especie hombre: por nacionalidad la original y propia determinacion de un pueblo.

(*a*) Feijóo en su *Theatro Crítico,* discurso VII, núm. 41, dice que las Sirenas no son mitad mujeres, mitad peces: sino mitad mujeres, mitad aves.

ria de un pueblo? Ved sus romances. ¿Aspirais á saber de lo que es capáz? Estudiad sus cantares.

II.

No es el menor, por cierto de entre los muchos obstáculos que presenta el estudio de las canciones populares, la equivocada y casi invencible creencia en que vivimos, de que es la belleza pura cuestion de forma, y ésta únicamente algo de exterior, que por sí sólo basta para aquilatar el mérito de una composicion cualquiera. Tales equivocados conceptos de la belleza y de la forma, producen en la práctica consecuencias muy tristes, no siendo tampoco seguramente la más pequeña, la de que nuestros literatos menosprecien encubiertamente las creaciones del pueblo, en nada inferiores, á nuestro juicio, á las del poeta erudito, cuya mision consiste sólo en tallar el diamante que la riquísima tierra le ofrece en sus entrañas.

¿Es, por ventura, más sorprendente y maravilloso, nos atreveríamos á preguntar, el pulimento que dá el joyero al diamante, que la obra de la naturaleza, cuyo misterioso y sublime trabajo escapa á nuestra vista burlando nuestros afanes? ¿No valen más las creaciones expontáneas del sentimiento y del sentido comun (la razon de todos), que las artificiosas producciones del laborioso clásico, que logró hallar tras copiosos sudores y desvelos contínuos el propio cuanto rebuscado epíteto con que, allá en una época cuya fecha por lo remoto se pierde, caracterizára el elegante Horacio ó el cáustico Juvenal asunto igual ó caso parecido en obra inédita tal vez ó estropeada y comida de polilla, ¡que á tanto puede llegar el rigor de la mala ventura! para mayor desesperacion y desgracia del pacienzudo y moderno poeta, poco vate en adivinar á dónde podria hallarse aquella latina y hasta entónces no descubierta joya?

Otra dificultad que ofrece el estudio de las canciones populares es la de no poder colocarse fácilmente en estado apropósito para ello. Porque ¿quién, no siendo el sábio, puede permanecer impasible ante las armonías de la musa popular, hijas de esas inexplicables horas en que áun el espíritu del hombre más rudo busca un más allá fuera de su presente?

Acontece al escuchar los nó aprendidos cantares de sin igual ternura, llenos de suaves y consoladoras máximas y de sentencias profundas como las de los filósofos y los sábios, una cosa análoga á lo que nos pasa ante el majestuoso espectáculo de una naturaleza vírgen: embelesados en la vaguedad de las sensaciones, segun la frase del célebre Baron de Humboldt (1), creemos recibir del mundo exterior, por un dulce y fácil engaño, lo que en él ha depositado nuestra fantasía, sin advertirlo nosotros.

Mas después de estos encantados momentos en que nos olvidamos de nosotros mismos, vuelta la tranquilidad al ánimo y á la inteligencia su natural perspicacia, el espíritu se reconoce apto para estudiar estas composiciones, no ménos artísticas, siendo anónimas, que las que llevan al pié un nombre pomposo y conocido.

III.

Llamábamos en nuestro anterior artículo *delicado* á D. Juan Arolas por el ingenioso artificio con que sabe presentar á sus lectores las íntimas relaciones poéticas que penetraba con facilidad suma: con lo cual piensa el público ser artista realmente sin que en verdad lo sea, gozando con la exquisita galantería del autor que le cede la gloria de su trabajo y le perfecciona el gusto estético, acostumbrándole poco á poco y sin esfuerzo alguno á que perciba bellezas nuevas en las que quizá no habia fijado ántes los ojos, un tanto imbécilmente distraidos.

Tal prenda con que la naturaleza distinguió y dió realce al poeta vascongado, brilla

(1) *Cosmos.* Considérations sur les différents degrées de jouissance qu'offrent l'aspect de la nature et l'étude de ses lois.

en grado superior en las olvidadas canciones populares: para probarlo vamos á permitirnos presentar algunos ejemplos:

Échame, niña bonita,
Lágrimas en el pañuelo,
Y las llevaré á Granada
Que las *engarce* un platero.

—

Anda vé y dile á tu madre
Si me desprecia por pobre,
Que el mundo dá muchas vueltas....
Ayer se cayó una torre.

—

Á un alto pino subí
Por ver si *la* (1) divisaba....
Lo que divisé fué el polvo
Del coche que la llevaba.

—

Hasta la leña en el campo
Tiene su *separacion*....
Una sirve para santos
Y otra para hacer carbon.

—

Cartagena *me dá pena,*
Y Múrcia *me dá dolor;*
Cartagena *de mi vida,*
Múrcia *de mi corazon.*

—

Cuando la vide bajar
Por *aquella* serranía,
No *la* pintan los pintores
Más bonita que venía.

En los cantares que acabamos de apuntar, la belleza resulta precisamente de aquello que se omite, como acontece en las producciones del autor de las *Armonías* y *Orientales.* Veamos ahora, yá que el poeta popular iguala al erudito en *delicadeza,* si logra aventajarle en ocasiones:

Una alcarraza en tu casa,
Chiquilla, quisiera ser,
Para besarte en los lábios
Cuando fueras á beber.

(1) Subrayamos de intento las palabras donde á nuestro juicio estriba la principal belleza de estas composiciones.

No puede inventarse más delicado artificio. Incitadora es la imágen que presenta Espronceda en el canto VI del *Diablo Mundo,* si mal no recordamos, cuando dice:

Una mujer dormida sobre un lecho
Riquísimo allí está, los brazos fuera,
Palpítale desnudo el blanco pecho,
Vaga suelta su negra cabellera.
. . . .
Y duerme ahora y su entreabierta boca,
Donde entre rosas se entrevé el marfil,
Respira, del afan que la sofoca,
Fuego que el corazon lanza al latir.

Pero infinitamente superior es el cantar, en gracia, espiritualidad y ternura. En forma de alcarraza podrá el amante besar á su amada, sin mancillarla ni ofender su pudor; *delicadeza de primer órden* que, aunque no pensada, no por eso deja de estar contenida en la copla.

Por otra parte, la *frescura* del agua, el *ánsia* de la sed, lo *árabe* de la alcarraza y *sombrío* y *apartado* del lugar donde suelen éstas conservarse, lo bien escogido del momento y la natural *sorpresa* de la doncella si encontrára en vez del agua que mitigase su sed, los lábios de su amante que la encendiesen, tienen un ligerísimo tinte de lascivia, mucho más encantador que la mórbida desnudez de aquella mujer tendida sobre un lecho, con la boca entreabierta, dejando escapar el fuego de su corazon, cuyo cuadro sólo puede inspirar *atropelladores* movimientos de lujuria, sea la que se quiera la galanura de la forma con que esté expresado el pensamiento.

Tengo un clavel escondido
Á la sombra y bajo llave,
Para que el sol no lo vea
Y con mirarlo lo aje.

¿Quién, por poco lince que pretendamos suponerle, no comprende que se trata en esta copla de algo más alto que de lo que indica su sentido natural, y que se encierra en cuatro versos no más una alegoría completa del honor de la mujer?

Al paño fino en la tienda
Una mancha le cayó,
Se vende por bajo precio
Porque perdió su valor.

Véase aquí otra alegoría del mismo asunto, tratada de una manera no ménos maestra que en la copla anteriormente citada. Préstase esta composicion á comentario amplísimo, prueba evidente de su mucho mérito, si es verdad que es mejor aquella poesía que dice más en ménos palabras. Alúdese en ella á la quizá un poco exagerada severidad con que juzga el mundo á la mujer, que si una vez delinque se encuentra yá por ello menospreciada de todos. ¡Cuán amargo sentimiento no encierra al través de su rudeza aparente aquel *paño fino* (la mujer buena), que pierde su estimacion y se *vende* por *bajo precio* (no se admite como honrada) tan sólo por *una leve mancha que le cae*. Y ¡cuánto no vale un pueblo que tal idéa tiene del honor de la mujer!

¿Cómo quieres comparar
Un charco con una fuente?
Sale el sol, se seca el charco,
Y la fuente permanece.

Es una bellísima comparacion entre un amor leal y constante y otro voluble y tornadizo (1): aquél, resistiendo todas las influencias, *permanece* claro y cristalino, como el agua de la fuente con la que el desconocido autor lo simboliza: el otro se *seca*, segun la acertada frase popular, quedando turbio y cenagoso como el charco.

Hasta qué punto es metafórico el lenguaje de las canciones del pueblo, puede observarse en la siguiente, donde apénas hay una palabra empleada en su significacion natural:

Yo tiré un limon por alto
Por ver si coloreaba;
Subió verde y bajó verde,
Mi pena se redoblaba.

Represéntase en esta copla una *esperanza amorosa* (1) que el poeta intenta realizar (que coloree); mas en vano (subió verde y bajó verde): de aquí que se aumente su *pena* (el temor de que no se realizára su esperanza) al ver frustrada su *tentativa* (tirar el limon por alto).

Tan prolijo afan por descubrir bellezas, nó soñadas, á nuestro juicio, como acaso pensarán algunos, sino reales, quizás nos valga la mofa de algun crítico eminente, que por muy positivista se tenga. Así y todo, nos quedará el consuelo de recordarle, que entre los dos estudiantes del cuento que el autor del *Gil Blas* nos refiere en el prólogo de su obra, no fué el ménos advertido y discreto aquél que se detuvo á desenterrar el *alma* del licenciado Pedro García.

ANTONIO MACHADO Y ÁLVAREZ.

(1) Bien se caracteriza á la mujer veleidosa en aquella copla que dice:

Yo tenía una maceta
De claveles encarnados;
De la noche á la mañana
Se han vuelto *marisalados* (*a*).

(*a*) Por *disciplinados*.

(1) Simbolizada en el limon verde: tal pensamiento se justifica en las siguientes canciones populares:

Dicen que lo azul es celos
Y lo encarnado alegría
Y lo *verde* es *esperanza;*
En tí espero, vida mia.

—

De tu ventana á la mia
Me tirastes un *limon;*
El limon me dió en el pecho
Y el *agrio* (*a*) en el corazon.

—

El amor y la naranja
Se parecen infinito;
Que por muy dulces que sean,
De *agrio* tienen su poquito.

(*a*) ¡Bellísima copla! La vista de lo agrio en lo dulce, aquí lo infinito en lo finito, como *condicion esencial* del amor, es una percepcion de mucho mérito, en nuestro sentir. Fíjese el lector, y comprenderá hasta qué punto realza la composicion el renglon subrayado, y cuán inflexible es su lógica, si la interpretacion que hacemos de él es verdadera: *No hay amor sin pena.*

MEDITACION.

¡Ay, cuanto miro en derredor es polvo,
Polvo no más!
Las ilusiones que halagó mi mente
Átomos son de polvo solamente,
Que el sol del alma jóven ilumina
Y que ráudos se ván;
Polvo es mi sér que alienta luz divina...
Anímame, gran Dios, y aqueste polvo,
Que hoy reconozco en lágrimas deshecho,
Al calor de mi pecho
Diamante sea de virtud un día,
Y al reflejar tu luz en los cristales
Bendeciré en tu nombre hasta mis males
Do halló la gloria la existencia mia.

CAYETANO DE ESTER.

Á MI AMIGO D. CAYETANO DE ESTER.

Polvo es la vida, la ilusion, la gloria,
Polvo el ánsia de amor con que vivimos,
Polvo el talento, polvo la memoria,
Polvo la forma con que el sér vestimos,
Polvo que al viento de pasion impura
En ráudo torbellino loco gira,
Hallando por doquiera la amargura,
Llorando bienes que perdidos mira.
Mas ese polvo, al llanto condenado,
Guarda un gérmen en sí, grande, sublime:
Si ese polvo de polvo fué creado,
Tiene un alma inmortal que lo redime;
Y puede al soplo de virtud sagrada
Del polvo un todo hacer que digno sea
Y ofrecerlo ante el ara inmaculada
De Aquel que el alma con su aliento crea.

GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE.

I.

Ved: esta es la corona
Que ceñirá su frente;
Éste, el velo nupcial; aquél, el lecho,
Blanco como la nieve.
Ved estas frescas flores,
Cojidas en el huerto de mañana;
Éste, el espejo claro,
Que tantas veces retrató sus gracias.
¡La cámara nupcial!... Suave perfume
La atmósfera embalsama,
Y óyese, en dulce coro,
Rumor de besos y batir de alas....

II.

De otro dia los tíbios resplandores
Brillan en el Oriente:
Pasó la noche y á la par pasaron
¡Tantos sueños alegres!
¡Pobre corona! de su frente pura
Cayó á los suelos...
Roto el velo nupcial; flores, marchitas;
Empañado el cristal del claro espejo.

LUIS MONTOTO.

1.º Diciembre 1872.

PÁGINAS DE LA VIDA.

I.

Bellos son los sueños de la primavera de la vida, hermosas sus esperanzas, lleno de luz se presenta entónces el porvenir. Pero la juventud con todos sus encantos, con todas sus ilusiones, con toda su belleza, es un cuadro cuyas seductoras imágenes, cuyos brillantes colores, ván borrando poco á poco las sombrías tintas del desengaño. Al recibir el primero, tal vez cree el hombre que ha herido de muerte su corazon, que de su lado ha huido para siempre la ventura, y hastiado de la existencia, apagada la antorcha de la fé en el santuario de su alma, duda que exista felicidad sobre la tierra, duda acaso del cielo.

Andrés era hijo de nobles padres, que, aunque poseedores de una inmensa fortuna, nada pudieron legarle al bajar al sepulcro. Solo en el mundo, abandonado á sí mismo y á su suerte, sostuvo con ella una lucha superior á sus fuerzas. Sin recursos para continuar sus estudios, ni áun para subsistir, vió huir seis años de innumerables sufrimientos. Andrés, cansado de una existencia miserable, de soportar el peso de su infortunio, se decidió á librarse de él por medio de la muerte.

Una tarde del mes de Noviembre, triste y melancólica, Andrés vagaba á la ventura por las calles más solitarias, abstraido en sus idéas de suicidio. «Sí, murmuraba, debo terminar de una vez; ¿para qué vivir? ¿para llevar á la boca un pedazo de pan amargo como el del destierro, olvidado del mundo, sin que me sea posible realizar estos sueños de ventura, cumplir este anhelo profundo, dominar esta ambicion de gloria? Sí, es mejor morir, si hay otro mundo, aquél será el mio, puesto que no es éste.» Andrés se pasó la mano por la frente como para ahuyentar pensamientos que le recordáran la vida que queria abandonar y aceleró el paso, pero bien pronto se detuvo.

Una mujer, hermosa como la imágen de sus sueños, ideal como la ilusion de su alma, cruzó ante él deslumbrándole con su mirada, y haciéndole creer que era un ángel enviado á la tierra

para él que queria ir á encontrarlo al cielo. «¡Oh, murmuró retrocediendo y lanzándose en pos de la que pudiera llamarse fantástica aparicion; ella me salva; viviré, sí, trabajaré, yo quiero vivir, yo quiero amar!»

II.

Lola era una jóven de diez y siete años, bella como las tintas del alba. Vivia desde muy niña con una señora á quien llamaba madre, y no habia conocido á su padre que emprendió un viaje á América después de su nacimiento, sin que hasta entónces se hubiera tenido noticia de él. Su madre habia muerto hacía tiempo.

Andrés amaba á Lola con un amor sin límites, con una pasion ardiente, con un cariño inmenso. Ella fué la que apareció á sus ojos como ángel de consuelo cuando caminaba á la muerte. Andrés se habia dedicado á la pintura respondiendo así al anhelo de gloria que le agitaba, y debiendo sus primeras lecciones á la generosidad ó á la compasion de un amigo. Lo primero que se ofrecia á los ojos de quien entraba en la habitacion del nuevo hijo del arte, era un cuadro en cuyo fondo oscuro se destacaba el óvalo de un semblante hermosísimo, que muchos hubieran creido el de una Concepcion de Murillo; pero aquel semblante era el de una vírgen de la tierra, era el de Lola.

Lola tambien amaba á Andrés; á Andrés que le habia consagrado todos los instantes de su existencia, todos los sueños de su imaginacion de poeta, todo el fuego de su alma de artista.

III.

¡Infeliz Andrés! Toda aquella ventura, todo aquel encanto, iba á desaparecer muy pronto. Lola no era el áura á cuyo beso suave debia abrirse á la verdadera vida la flor de sus amores. Deslumbrado acaso por el resplandor de su belleza, no vió en ella un alma vana y presuntuosa, no comprendió en ella un corazon vacío. Encerrada en el círculo á que la reducia su posicion modesta, anhelaba mayor espacio en que extender sus alas, más alto cenit donde mostrar el sol de su hermosura.

Un dia, al llegar Andrés al lado de su amada, como siempre, lleno de ternura, fué sorprendido por la presencia de un anciano á quien nunca habia visto en aquella casa. Era éste de fisonomía bondadosa y distinguidos modales, y sus blancos cabellos y afectuosa mirada inspiraban desde luégo un profundo respeto y una misteriosa simpatía. Aquel anciano era el padre de Lola; el padre de Lola era un marqués.

Presentada poco después en los salones de la alta sociedad; aturdida por la música y el baile; halagada por el incienso que constantemente quemaban á sus plantas adoradores de oficio, Lola sintió al principio despertarse dentro de su alma aquel afan de lujo y placeres, mal dormido demasiado tiempo, y más tarde, el áspid del orgullo mordió aquel corazon tan jóven que podia haber aspirado el aroma de más nobles sentimientos. Que olvidó á Andrés, inútil es decirlo. ¿Qué era para la hija de un marqués un pobre pintor, ó por mejor decir, un pintor pobre?

IV.

Pasaron dos años. Andrés no era yá aquel jóven vuelto á la vida por el amor, lleno de esperanza y de entusiasmo; no era nada más que una sombra que vivia quizás sin darse cuenta de ello. Acaso el amor de la gloria hacía palpitar su corazon, ¡pero habia en él un vacío tan grande! Lo entregó ciego á una mujer que lo destrozó cruelmente, y al conocer su engaño, dudó de todas, y desesperado, sin fé, sin creencias, se convenció de que era un sueño cuanto habia imaginado. ¡Lola! ¿Turbaba acaso su recuerdo la mente del artista? Nó, no debia turbarlo; ella no habia comprendido toda la nobleza del hombre á quien habia despreciado, porque para ella no tenía ningun valor el tesoro de su alma ardiente y apasionada.

El presentimiento de una eterna desventura, sofocado en algun tiempo de dicha y esperanza, volvió á rebelarse en el corazon de Andrés, dominándole completamente. Andrés se engañaba ahora. Aún le estaba reservada una felicidad quizás mayor que la que habia soñado. El desierto sombrío y solitario que atravesaba, debia trocarse en un valle risueño, iluminado por un sol de alegría. Entre los abrojos debia nacer una flor; entre las sombras debia brotar un rayo de luz.

Andrés vió á María; la vió, y sintió que de nuevo se trasportaba su alma á mundos ideales, á regiones desconocidas: de nuevo escuchó una voz en su corazon que le gritaba sin cesar: «Ama, busca la dicha.» Pero ¿cómo amar? ¿Destrozarían otra vez su corazon? ¿Sería otra vez engañado? Andrés habia aprendido en la escuela de la experiencia á desconfiar siempre del porvenir.

V.

María vivia en una modesta habitacion con su madre que habia casi perdido la vista y á la que mantenia con el trabajo de sus manos. Hija amante y cariñosa, no tenía más anhelo que proporcionar á su madre todo cuanto pudiera contribuir á su bienestar y á su alegría. Su padre habia muerto cuando ella contaba cinco años. María era hermosa

como el cielo sin nubes, risueña unas veces como las alboradas de Mayo, melancólica otras como el crepúsculo de la tarde. María habia forjado en su mente un ideal, y cuando creyó encontrarlo, se entregó dichosa á las primeras ilusiones de su juventud: pero bien pronto comprendió que se habia equivocado, y escondió en su alma el raudal inmenso de su ternura, el dulce fuego que daba luz á su mirada. Cándida flor, que abierta acaso al soplo de una brisa traidora, al dejar de recibir su frescura, volvió á cerrarse sin haber perdido el perfume de su pureza.

Andrés y María se amaron; sus corazones se habian comprendido, y tocaban al fin la realidad de un sueño.

VI.

Andrés es hoy esposo de María. Su constancia en el trabajo logró, aunque al cabo de algun tiempo, conquistarle una posicion si no brillante, al ménos desahogada, y la fama de su nombre de artista atrajo á los aficionados é inteligentes á admirar sus cuadros, que habian alcanzado premios en las más notables exposiciones.

Andrés es feliz. Abatido por un desengaño, creyó un dia que nada le esperaba; se creyó hundido en un abismo del que nunca podria salir: pero aquella mujer siempre cariñosa, que le aguarda constantemente para envolverlo en una mirada de dulzura; la paz inalterable, la dicha de que goza, hicieron desde un principio renacer en su alma la fé extinguida, le hicieron creer en Dios, de quien habia dudado.

El semblante de los ángeles de sus cuadros, es el semblante de su hijo, al que no abandonan un instante los brazos de su madre; en ellos duerme, y en ellos juega: el rostro de sus vírgenes es el rostro de María.

Para Andrés no hay sobre la tierra nada que ambicionar; tiene una esposa amante y buena, un hijo hermoso como un ángel, un nombre que ha cubierto de gloria, y una conciencia tranquila.

VII.

Lola dió su mano, poco ántes de perder á su padre, á un conde arruinado en el juego, hombre egoista y sin corazon, que disipó su dote en muy poco tiempo. Abandonada por su marido á los tres años de su matrimonio, reducida á una posicion casi miserable, Lola sufrió grandes humillaciones, apuró inmensas amarguras. ¿Qué otra cosa podia suceder? El conde no habia amado á Lola, se unió á ella por el interés; Lola no habia amado al conde, se unió á él por ostentar otro blason en la portezuela de su carruaje.

Jóven aún, desgraciada, y sin ninguna esperanza de consuelo, volvió la mirada á su pasado, y al compararlo con su presente, una sombra nubló la luz de sus ojos ¿Tendré que decir que era la sombra de un recuerdo? Entónces comprendió Lola aquel amor noble y puro que había sacrificado á su vanidad y á su orgullo; miró á su alrededor y se vió olvidada de todos, despreciada tal vez de muchos; sin padres, sin esposo, sin hijos, sola en el mundo. Entónces sintió brotar en su alma un afecto desconocido para ella, una luz que inundaba su corazon, y conoció que amaba; que amaba un imposible. Entónces lloró con lágrimas de sangre, pero yá era tarde, y tenía que aceptar su castigo.

MERCEDES DE VELILLA.

VARIEDADES.

Después de las representaciones en el teatro Español (Madrid) de *El príncipe Hamlet,* obra muy digna de estimacion, se pusieron en escena *El wals de Benzano,* comedia del Sr. Hurtado, que obtuvo un éxito nada halagüeño, y en el teatro del Circo *El manicomio modelo,* original del Sr. Marco. Á juzgar por lo que dicen algunos periódicos, la última produccion del autor de *Sol de invierno* no ha satisfecho del todo al público. Anúnciase el estreno de una comedia del Sr. Rubí, titulada *La fuente del olvido,* y cuando nuestros abonados lean estas líneas habrá recibido la pública sancion una obra de los Sres. Retes y Echevarría, *La fuerza de la razon.* Fecundo es el año en obras dramáticas.



Anúnciase la publicacion de las obras literarias y políticas del Sr. Aparisi y Guijarro, gloria de la tribuna y el periodismo, cuya muerte lloran cuantos tuvieron la honra de conocerle.

REVISTA SEVILLANA.

PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

Publícase los dias 5, 15 y 25 de cada mes.

Precios de suscricion.—Cuatro reales al mes en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la capital.

Direccion.—Sta. Ana, 46.

SEVILLA, 1872.
Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

AÑO I.—NÚM. 10. 5 DE ENERO DE 1873. (SEGUNDA ÉPOCA.)

REVISTA SEVILLANA.

PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

PRECIO DE LA SUSCRICION.

Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

DIRECCION Y ADMINISTRACION, **Santa Ana 46.**

PRECIO DE LA SUSCRICION.

Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

SUMARIO.

EL NIÑO Y EL ROSAL.

I.

En uno de los más pintorescos pueblos de las Alpujarras, vivia hace algunos años una mujer pobre en bienes, pero tan rica en virtud, que las sencillas gentes del lugar la llamaban á una voz la *santa mujer*.

Y á fé que su fortaleza y su paciencia habian sido puestas á prueba de una manera terrible. Jóven aún, habia visto partir á su esposo para esa guerra gigante en que nuestros padres vencieron al vencedor de las naciones, y el beso de despedida fué el último que recibió de su boca, porque la primera noticia que de él tuvo fué la de su muerte.

Húmedas aún sus mejillas con las primeras lágrimas, una partida francesa entró en el pueblo y saqueó la casa del *brigant*, dejando á la infeliz viuda sin pan para sí ni albergue para su hijo.

El patriotismo y la caridad de sus convecinos subvinieron á sus primeras necesidades, y un trabajo incesante pudo suministrarle los ahorros necesarios para labrar una pequeña huerta con cuyo producto vivia. Pero la desgracia no habia cesado de perseguirla: un dia la arrojaron de la casa y de la huerta, y la pobre madre tuvo que retirarse á una pequeña choza que hizo edificar con sus últimas monedas; allí levantaba contínuamente su corazon á Dios, miéntras su ágil lanzadera y las yerbas campestres que su niño, que entónces contaba apénas unos ocho años, recogia en el cercano monte, y los labradores más pudientes le compraban, bastaban á las reducidas necesidades de su presente; pero al contemplar la bulliciosa alegría de aquella criatura tan inocente y tan hermosa, dice el anciano que me contó esta historia, que la pobre madre balbuceaba entre suspiros esta plegaria:—¡Protegedle, Dios mio; no hagais caer sobre el hijo el crímen de sus padres! ¿Qué será de este ángel el dia que le falte yo?

Tales eran sus palabras y las únicas quejas que habian salido de su corazon. Cuando alguno se lastimaba imprudentemente de su fortuna, levantaba sus manos al cielo y le enseñaba á confiar en Aquél que dá á la rosa su vestido de púrpura y su aroma, á los pájaros sus pintadas plumas, luz á la tierra y entendimiento al hombre. Y el niño juntaba tambien sus tiernas manecitas, é hincaba sus rodillitas en tierra, con lo que el más desesperado sentia renacer la paz, y aquel á quien más agitaban las pasiones, las veia desaparecer á la primera lágrima.

Serian las cinco de la madrugada de un hermoso dia de marzo, cuando la santa mujer, sentada en su telar, contemplaba alternativamente el movimiento de sus delgados hilos, y á su hijo que separaba cuidadosamente las plantas aún aljofaradas por el rocío

de la mañana, empresa en que fué interrumpido por un sonoro beso que hizo asomar á su rostro el más hermoso rubor que se vió jamás. Sorprendiόle su madre, y echándole entrambos brazos á su cuello, le dijo entre triste y cariñosa:—¿Por qué te avergüenzas así de mis caricias? ¿Qué mal has hecho, hijo mio?

—Yo no sé si es un mal, pero siento dolor como si lo fuera. Al descender al valle, á que tú llamabas el otro dia nuestro jardin, arranqué un rosal que crecia entre dos rocas: ¿qué daño he hecho á nadie con esto? ¿Podia hacerle daño al rosal tampoco? ¿No cria Dios los rosales para nosotros? Pues á pesar de todo, al traer aquí las plantas que estoy separando, no sé qué impulso me ha conducido de nuevo donde estaba el rosal; y al verlo tendido, con las hojas mústias, los tallos caidos, las flores marchitas, no sé por qué me han dado ganas de llorar. Desde entónces yo no puedo apartar de mí la imágen del rosal, ántes tan hermoso y ahora.... no quisiera entristecerte; pero siempre que lo recuerdo, sin querer, me viene á la memoria la muerte de mi padre. ¡Madre mia! ¡madre mia! dijo el niño sollozando: ¿he hecho mal en arrancar el rosal, madre mia?

—Tu conciencia no te engaña, hijo mio, dijo la santa mujer, has hecho mal. ¿Qué daño te hacía esa pobre planta? Miéntras trabajabas, recreaba tus sentidos con su aroma y su color; cuando volvias, nunca te dejaba venir sin una flor para mí, que te valia un beso. ¿Te parece el precio escaso? Ya sabrás algun dia, con dolor, que no hay nada que pueda pagar el beso de una madre. Cierto es que al rosal no has hecho daño, pero te lo has hecho á tí en ser desagradecido; sí, ahora como siempre, el criminal es el que más sufre su delito. ¿Crees tú, por ventura, que Dios cria las flores sólo para que nosotros las destruyamos? ¿Crees tú que Dios, que las crió, no las ama tambien á ellas como á hijos. Si al ponernos sobre la tierra nos dió una fuerza y una inteligencia que nos hace superiores á ellas fué para que lo imitásemos á Él y lo ordenásemos todo segun la razon, no segun el capricho. La naturaleza nos dá la luz con que vemos, el aire que respiramos, el agua que templa nuestra sed, la tierra que nos sustenta, el animal que nos ayuda, la belleza que nos halaga y nos levanta hasta Dios, y nosotros pagamos sus beneficios arrebatándole su belleza, arrancándole sus hijos.... ¿Qué sería de mí si otro más poderoso te arrancase de mis brazos, hijo mio?

—He hecho mal, he hecho mal; pero ¿cómo remediarlo? ¿Cómo volver á esa planta la vida que la he arrancado sin razon?

—Para remediar el mal nunca es pronto: vé, hijo mio, que el arrepentimiento borre tu culpa; vé y busca á la pobre planta, y yá que la has privado de la tierra que la sustentaba, hazte tú su protector, y si alguno se rie de tu cuidado y del agradecimiento que puedes prometerte, contéstale sin vacilar que no hay bien, por pequeño que sea, que merezca despreciarse; y que el que en el bien busca el agradecimiento, busca su utilidad, no el bien. Seamos buenos porque debemos serlo, y dejemos á Dios el cuidado de premiarlo.

Así dijo la santa mujer, y el niño corrió como se corre en su edad para hacer una buena obra: el rosal fué puesto en un excelente tiesto, y los cuidados le reanimaron al punto de ser el asombro del pueblo, y cuenta que éste era tan fértil, que le llamaban las gentes el florero de las Alpujarras.

II.

Os dejaba, hijos mios, tan contentos con la suerte del rosal, que temo entristeceros ahora; pero no tengais cuidado, que Dios es justo y misericordioso, como decia la santa mujer.

Sucedió, pues, que la pobre madre enfermó y se encontró al cabo de algunos dias sin ningun recurso. Un rico señor de las cercanías intentaba entónces celebrar una fiesta, y envió comisionados á este pueblo,

por la fama que en todos sus alrededores sus flores alcanzaban. Ningunas vió más hermosas que las del rosal de la santa mujer, y noticioso de su estado, ofreció por él una cantidad mucho mayor de lo que razonablemente pudiera prometerse.

Mucho amaba el niño al rosal, pero queria más á su madre; así que obedeció resignado la órden; pero al entregar á aquel hijo de sus cuidados, al mirarle quizás por última vez, no pudo contener sus lágrimas.

—Mira, hijo mio, le dijo la santa mujer, como Dios es justo; tú hiciste un mal, y Él te castiga; pero no te entregues al dolor ni desconfies; que si es justo, es misericordioso tambien; y si castiga, es para corregir y no para matar.

Así dijo la santa mujer; pero se olvidó decir que al par que castigaba á su hijo, premiaba su bondad para con el rosal, dándole por su medio parte del socorro que necesitaba.

Yá se hallaba ésta convaleciente, pero incapaz todavía para el trabajo, cuando concluyó de gastar el dinero que le habia producido su buena obra, y meditabunda no sabía qué partido tomar, cuando hé aquí que oye gran alboroto en el pueblo y el ruido de un coche, cosa por aquellos contornos desusada. Mayor fué su admiracion cuando vé venir á casi todos los habitantes del lugar tirando al aire los sombreros y dando gritos capaces de hacerse oir del más sordo y de dejarlo al que no lo fuera.—¡Ánimo, albricias, buena, santa mujer!—¿Qué será esto? pensaba ella; pero sin dejarle hacer más conjeturas, hé aquí que baja el señor del coche y llegándose á ella le dice, después de sosegado un poco aquel tumulto:

—Hija mia, yo soy el padre de tu desgraciado esposo; yo soy el que por calumnias infundadas te ha perseguido, pero héme aquí arrodillado á tus piés; acabo de saber la historia del rosal, y Dios me ha hecho ver la verdad; á tí te destinó á ser la Providencia de esa pobre planta; á mí, para expiar mis yerros, me destina á ser la tuya y de tu hijo.

—Gracias ¡Dios mio! dijo la santa mujer; y ella, el caballero, los circunstantes, todos se abrazaban y lloraban, y saltaban y besaban al niño, que á su vez abrazaba el rosal que el caballero habia hecho traer á prevencion.

Un rayo de sol que penetró por entre las pajizas cañas de la choza, les pareció á todos una sonrisa divina, y el anciano de que yá os he hablado me dijo que nunca, ni áun en el dia en que nació su primer hijo, hizo con ménos palabras una oracion mejor.

La santa mujer no se olvidó de sus amigos en su felicidad, y reuniendo en torno suyo á todas las mujeres del pueblo, les dijo: —Enseñad, hermanas mias, á vuestros hijos cómo ningun bien hay despreciable, hacedles comprender cómo Dios hace nacer del mal el arrepentimiento, del arrepentimiento el bien, y del bien la felicidad; enseñadles que no pongan precio á sus acciones, sino que obren con desinterés; que Dios, cuyo ojo lo ve todo, les dará premio doblado.

La santa mujer no abandonó tampoco de obra á sus antiguos convecinos, que en malos años y en desgracias tuvieron siempre en ella amparo.

Hijos mios, si alguna vez teneis en vuestro poder un pájaro, un perro ó un rosal, acordáos de la historia de la santa mujer, y si, siguiendo sus consejos, sentís que el corazon rebosa de felicidad, pedid á Dios con vuestra inocente lengua que haga siempre bueno á vuestro amigo

FEDERICO DE CASTRO.

POESÍAS LÍRICAS DE SCHILLER.

(Continuacion.)

Bien pronto experimentó esa inquietud, esa agitacion de un alma jóven, sincera, apasionada, que habiendo perdido su primer punto de apoyo busca otro á la ventura, se aflige del que le falta y se irrita de no en-

contrar el que engaña sus ardientes deseos.

Él mismo ha descrito de una manera conmovedora esta situacion dolorosa en una novela que escribió entónces: «Dichosos tiempos, decia él en una de estas cartas, dias de gloria en que yo con los ojos aún cerrados seguia con embriaguez la carrera de la vida, me abandonaba á mis sensaciones, y era venturoso. Rafael me ha enseñado á pensar, y este descubrimiento me cuesta abundantes lágrimas. Tú me quitaste la fé, único puerto de calma; tú me has enseñado á despreciar lo que ántes veneraba. ¡Cuántas idéas eran para mí sagradas ántes que tu triste sabiduría las despojase de su encanto! Cuando yo contemplaba al pueblo agolparse á las puertas de la iglesia, cuando oia á los miembros de una numerosa comunidad unir sus votos en una misma oracion, exclamaba, sí, debe ser divina la ley que profesan los mejores hombres, que subyuga la inteligencia y consuela el corazon.

Tu fria razon ha extinguido mi entusiasmo. No creas, me has dicho, más que en tu propio convencimiento; nada hay más sagrado que la verdad, y la verdad es lo que la razon reconoce. He obedecido, he sacrificado mis más dulces pensamientos. Mi razon es la sola guía que me resta para elevarme á Dios, á la virtud, y á la eternidad. Desgraciado de mí si en los actos de mi razon he llegado á hallar contradicciones, si he dudado, si cualquiera de las fibras enfermas de mi cerebro equivocaba su direccion.»

Después, en estas mismas cartas, Schiller formula su nueva filosofía, y esta filosofía es un panteismo poético. «Todas las perfecciones del Universo, dice, se reunen en Dios. La naturaleza y Dios son dos grandezas iguales. La naturaleza es un Dios que se divide hasta lo infinito. Donde quiera que miro un cuerpo adivino un alma; donde quiera que observo un movimiento adivino una idéa. Todos los espíritus tienden á la perfeccion segun el libre estado de sus fuerzas. La perfeccion que yo concibo es la mia; la felicidad que yo imagino es mi felicidad. Deseo esta perfeccion porque la amo. Lo que llamamos amor es el deseo de una felicidad extraña. El amor es la poderosa brújula del mundo intelectual, el guía que debe conducirnos á la divinidad. Si cada hombre amase á todos los demás, poseeria, á no dudarlo, el mundo entero.»

En esta efervescencia de idéas, en este choque de los sentimientos piadosos y naturales de que se alejaba, y de las nuevas creencias que procuraba dominar, Schiller escribió *Los brigantes* y la oda á Cárlos Moor, último gemido de esta tragedia terrible, último eco de las violentas emociones que agitaron á Schiller al componerla.

Esta oda apareció en una *Antología* que en 1782 publicó el poeta, y que llenó casi por entero con sus obras. Yá no era el alumno laborioso, poco seguro de sí mismo, incierto, que al acometer la empresa no desvia sus ojos del modelo que ha elegido, la rima en cuyo molde vacia sus versos. Abandonándose un dia á un movimiento de fogosa inspiracion, concluyó en algunas semanas una obra atrevida con la que obtuvo un éxito brillante. Abandonado á sus fuerzas, rompiendo de una vez los estrechos lazos en que se habia encadenado, nos describe en ella sus propias emociones, con nervio y energía, con ternura y gracia.

Hállase en la *Antología* un gran número de composiciones de diferentes clases, cuya mayor parte se conserva en la última coleccion de las obras líricas del poeta, unas enteras, otras modificadas, ó corregidas y á veces considerablemente abreviadas por él mismo.

Tal es entre otras la titulada *Rousseau*, de la cual Schiller sólo conservó dos estrofas y que en un principio tuvo catorce. En dicha *Antología* el jóven poeta publicó tambien una composicion poética que más tarde no quiso reimprimir. Titulábase *Los malos reyes*. Es una de las sátiras más apasionadas y violentas que pueden dirigirse con-

tra los vicios y los abusos del poder y del despotismo.

(Se continuará.)

C. M.

LA VUELTA.

Á MI AMIGO EL POETA DE VERDAD, JOSÉ VELILLA.

De nieve están vestidos mis cabellos,
Cuán pronto envejecí;
Un año ausente de tus ojos bellos
Es un siglo de penas para mí.
Vuelvo otra vez á la escondida aldéa,
Siempre igual la encontré;
La campana, la torre que blanquéa
Y tu casita al pié.
El mismo sol bañando las ventanas
Y el techo de tu hogar;
¡Las mismas candorosas aldeanas
Rezando en el altar!
La misma barca atravesando el río,
Su mismo eterno son;
Todo lo encuentro igual... y desconfío
De si tendrás lo mismo el corazon.

ANTONIO F. GRILO.

GUERRA Y CALMA.

A M...

Si el dolor el alma toca,
Los ecos del canto son
Suspiros del corazon
Que se inflaman en la boca.

Suspiros que ván brotando
Como lava de volcanes:
¡Abrasados huracanes
Que ván la tierra quemando!

Yo, en pos de noble trofeo,
Puse con loca ambicion
El alma en una ilusion
Y la vida en un deseo.

¡Mucho sufrí! audáz marchaba
De imposible en imposible,
Mientras llama inextinguible
Mi espíritu devoraba.

Llama de fuego profundo
Que el pecho agitado encierra:
Planta que brota en la tierra
Pero no es hija del mundo.

Ilusion que en rasgos bellos
Presenta bienes queridos,
Y adormece los sentidos
Con sus mágicos destellos.

Afan que en mí se agitaba
Cual nave en hirviente mar...
¡Era mi amor un altar,
Y una imágen le faltaba!

. . . .

Presa de eterna agonía,
Yá sin esperanza alguna,
Busqué léjos la fortuna
Cuando cerca la tenía.

Que el astro que con enojos
Soñaba léjos el alma,
Con dulce y tranquila calma
Resplandecia en tus ojos.

Y en rayos de luz risueños
Ante tí ví que encontraba
Cuantas glorias deseaba
En la inquietud de mis sueños.

Mas no miré en mi ambicion,
Herido por suerte fiera,
Que para tu imágen era
Pequeño mi corazon.

Y te dí sin vacilar
Mi amor por templo y corona:
¡Vida del alma, perdona
La pequeñez del altar!

Díme, si mi lucha impía
Ante tus ojos se ofrece,
Cómo el alma se engrandece
Para engrandecer la mía.

. . . .

Te amo, sí; lo sabe el viento
Que recoge mis gemidos,
Y llevará á tus oidos
Cuanto sufro y cuanto siento.

Él te dirá en su rumor
Cómo, á un tiempo en guerra y calma,
Eres amor de mi alma
Y eres alma de mi amor.

CÁRLOS PEÑARANDA.

Sevilla, Octubre de 1872.

Como el ave marina,
Que vuela resbalando por las aguas,
Vuela mi corazon por las llanuras
De la ventura humana.
Como las turbias olas
Que saltan en espumas por la arena,
Tan prontas en nacer como en morirse,
Son ¡ay! mis esperanzas lisonjeras.
Como la hiedra, al torreon asida,
Que muere cuando el muro se desploma,
Cuando mi vida acabe
Acabará el afan que me devora.

LUIS MONTOTO.

PALOS DE MOGUÉR.

(CUENTO INMORAL.)

En la costa de Andalucía, yá cerca de la raya de Portugal, hay una villa, nó de gran poblacion, pero bellísimamente situada, que disfruta de cierta celebridad, bien que no de toda la que merece: la villa de Palos de Moguér, ó lisa y llanamente de Palos. De allí salieron las tres carabelas con que se arrojó Colon á cruzar desconocidos mares en demanda de un nuevo mundo, y esto es lo que principalmente dá fama al pueblo con cuyo nombre vá encabezada esta breve anécdota; pero allí tambien han ocurrido lances dignos de memoria eterna; y sin embargo, tal ha sido la incuria de nuestros historiadores, que ninguno los ha consignado en sus escritos, abandonándolos á la tradicion, que todo lo confunde y lo vicia, dando motivo despues á que los críticos suspicaces y osados nieguen hechos tan auténticos y positivos como la aventura de D. Rodrigo en la caverna ó torre célebre de Toledo, y las portentosas hazañas de los doce pares.

Palos fué antiguamente una ciudad populosa, cuyos habitantes, muy inclinados á la emigracion, fundaron diferentes pueblos dentro de España y fuera; y de Palos traen su orígen muchísimas familias, sonadas yá en los primitivos tiempos de Grecia. En Palos, ántes que en parte alguna, se rindió culto á las diosas Pálas y Páles; de Palos fueron oriundos los Palantes y Palamedes; hijos de Palos fueron los fundadores de Palencia y Palermo, los Palomeques, Palomos, Palomares, Palomeros y Palominos; y una limpia ó expulsion hecha en Palos en la época de su mayor brillo y cultura, llenó de Paletos las aldeas de España. En Palos se inventaron los palotes y la paleografía, las palanganas y el baile paloteado, los palanquines, las palatinas y los paletoques, especie de sayos que, abiertos por delante y añadiéndoles mangas, se han convertido en los paletóes modernos. Entre los paloteros nació ese género de conversacion que aún conserva el nombre de *palique,* y de los lances que vamos á referir provino la expresion vulgar de «cantar la Palinodia.» En qué siglo ocurrieron éstos, parece imposible determinarlo; pero consta por la tradicion que en aquella época yá se usaban en Palos camisas con pechera bordada, abanicos de sándalo y alcaldías constitucionales. Esos y otros inventos de ayer, no son sino repeticiones de lo que yá se ha usado y abandonado repetidas veces. En el mundo no hay nada nuevo, y para mí no tiene duda que en la edad antidiluviana habia yá caminos de hierro, bolsa, fósforos, sistema representativo, sistema de curar con agua, iluminacion de gas, libertad de imprenta, baile de polka, y todos los sistemas, bailes y libertades posibles; porque si los hombres no lo hubiesen yá inventado todo, y no hubiesen abusado de todo, no se hubiera visto el Señor en la precision de acabar con todos.

En el tiempo á que nos referimos componian los paloteros la mejor gente del mundo: ellos eran hombres de bien, y ellas mujeres de vergüenza. Distinguíanse notablemente por la felicidad que reinaba entre los casados: las mujeres eran unas santas y los maridos unos benditos. Sólo se echaba en cara á aquellos ciudadanos el ser alguna cosilla testarudos; pero tal defecto no habia producido aún dolorosas consecuencias. (Entre paréntesis, hasta entónces Palos era una ciudad anónima; el nombre de *Palos* vino después, como verán los lectores.)

Era sacristan de la iglesia mayor un mozo recien casado, á quien por su índole, mansa como la de un cordero, llamaban *Agnus Dei:* su esposa, célebre tambien por su dulzura, tenía el nombre de *Paloma.* Amaneció un domingo fatal para este matrimonio y áun para todos sus vecinos: *Agnus Dei,* al ponerse camisa limpia para ir á la iglesia, se halló manchada la pechera, cosa que le desazonó bastante contra su cara esposa; Paloma fué á buscar su abanico y lo halló roto y estrujado todo en una silla en que se habia sentado *Agnus Dei* sin repararlo. Hubo un zipizape pasajero entre los dos consortes; pero la bondad y el amor de ámbos contuvo la explosion por lo pronto. Al almuerzo ocurrió otro incidente que alteró tambien algun tanto la paz doméstica: parecióle á *Agnus Dei* que estaba soso el pisto, fué á coger de un vasar el salero, y derribó involuntariamente un cacharro que Paloma estimaba mucho, y se hizo añicos en el suelo. «¡Cuidado, marido, exclamó acaloradamente Paloma, que estás hoy para destrozar! ¿Por qué no miras lo que haces?—¡Más valiera que lo miráras tú! ¡Vaya un planchado! ¡vaya un almuerzo!—La mancha y el almuerzo remedio tienen; pero el abanico y el vaso solamente se remedian con otros.—De mi bolsillo saldrán.—No te debian nada estas prendas, que eran regalos de mi padrino.—El padrino y la ahijada me ván hartando yá de modo...» La bondad ingénita de los dos esposos triunfó tambien aquí, y la tempestad que amenazaba se deshizo: diéronse sus satisfacciones, restablecióse la paz, y se ayudaron cariñosamente á vestir el uno al otro para salir á la calle. Mas por qué tanto, al tiempo yá de marcharse, no echó de ver Paloma que *Agnus Dei* llevaba un pelo en la

ropa. «Aguarda, le dijo muy oficiosa: voy á quitarte un pelo que llevas.—Por cierto, replicó *Agnus Dei* mirándolo, que debe ser tuyo, porque es de mujer.—Yo digo que debe ser tuyo, porque es de hombre.—Yo no llevo el pelo tan largo.—Ni yo tan corto.—Pero si es del color de tu pelo.—Es más rubio el mio.—El mio es más castaño.—¡Que has de negar lo que uno está viendo!—¡Que has de querer hacerle ciego á uno!—¿Sabes que estás insufrible *Agnus Dei*?—¿Sabes tú que *Agnus Dei* está por coger un *qui tollis peccata mundi* y hacerte cantar el *misserere nobis*?—¡Tú á mí, infame! —¡Cómo se entiende...!»

¡Pobre Paloma! Era hija de un dómine: el marido la puso de blanda como la chupa del suegro.

Un rato después, iba la infeliz, llorosa y desmelenada, á contar sus cuitas á su madrina, esposa de un ministro... de justicia sin gracias, álias alguacil.

La alguacilesa toma la defensa de su ahijada, apaleada por un pelo; el alguacil defiende al marido; enciéndense los ánimos, agítase en los aires la raza, y la señora ministra sin excelencia recibe una tunda que no hay más que pedir.

Madrina y ahijada acuden á casa del escribano para entablar una querella; la escribana se pronuncia en pró, el escribano se declara en contra, y la señora escribana sufre una soberbia paliza.

Las tres apaleadas se dirijen á la alcaldía constitucional. Resultado próximo, proteccion y apoyo de parte de su señoría la alcaldesa; resultado subsiguiente, riña entre alcaldesa y alcalde; resultado final, otra indivídua apaleada.

Lo mismo sucedió con la barbera y la boticaria, vecinas de *Agnus Dei*, y áun con tres ó cuatro amas de solteros, prohombres de Palos. Dado el ejemplo por las notabilidades, el vulgo no quiso ser ménos: zapateras y sastras, taberneras y aguadoras, todas abrazaron la causa de la sacristana, y sellaron su fé, si no con la sangre de sus venas, con los cardenales de sus costillas. Era un dolor el espectáculo que presentaba aquella noche la ciudad, ó por mejor decir, eran muchísimos dolores de cabeza, de brazos, de espaldas, y de ahí abajo.

Pero la bondad y dulzura de aquellas gentes rayaba en tal grado, que á los pocos dias todo se habia dado al olvido, y se pasó un año sin que hubiese en el pueblo un sí ni un nó.

El dia del triste aniversario de general paliza, se estaban desayunando la angélica Paloma y el amabilísimo *Agnus Dei*, tan léjos de pensar en quimeras como el diablo de hacerse bueno. En un instante de silencio escapósele indeliberadamente una sonrisa á la jóven sacristana, y preguntóle su marido por qué se sonreia. «Por nada, respondió ella.—Por algo será, replicó él.—Es una tontería. —Dila, y nos reirémos los dos.—¿Te acuerdas de lo que pasó hace hoy un año?—¡Ah, caramba! es verdad: tal dia como hoy fué la de marras. ¡Cómo traté á mi pobrecita Paloma! Y todo ¿por qué?— Por un pelo.—Por un triste pelo de mujer.—Nó, por un pelo de hombre.—De mujer: no volvamos á las andadas.—¿Si querrás tener razon todavía? —¿Si querrás decirme que no la tuve?—Pues yá se ve que sí.—Es mentira.—¡Mujer!—¡Marido!»

Y pasando naturalísimamente del pelo al palo, la malaventurada Paloma fué tratada por su marido como él trataba á los santos para quitarles el polvo, es decir, como si diese sobre madera.

Y la palomita repaloteada fué á quejarse á la señora alguacila, y el alguacil repitió la escena del año anterior; y lo mismo sucedió por sus pasos contados con la escribana y con la alcaldesa y con todo el pueblo; vareo general para todas las casadas, y para muchas viudas y solteras en espectativa de bodas.

La noticia de tan singular acontecimiento hizo creer á los habitantes de los pueblos limítrofes que los ciudadanos anónimos se volvian locos en un dia del año, por lo cual trataron de poner remedio á tan grave mal. Las autoridades de la ciudad de Moguér se encargaron de la intervencion armada; y al segundo aniversario, al tiempo que á consecuencia de recordar el fatal dia de marras, andaba el palo por alto en todas las casas y calles de la ciudad sin nombre, hétele que penetra en ella un destacamento de caballería, y empieza á poner paz en los matrimonios á golpes de espada sacudidos de plano. Los maridos, viéndose atacar en el ejercicio de sus derechos, se arman para defenderse; las mujeres, que ven que los extraños se introducen á poner órden en asuntos caseros, hacen causa con los esposos para hostilizar á los advenedizos. La suerte de los moguereses fué la que siempre suele caber al que media en riñas de casados: la rabia que se han excitado recíprocamente, se desfoga en el mediador. Acometidos los forasteros por todas partes, hubieron de ceder al furor y al número de los adversarios; los amabilísimos y benignísimos compatriotas de *Agnus Dei*, no dejaron hueso sano á los de Moguér; lo mejor y más récio de la paliza fué para ellos.

Dicen los etimologistas que desde entónces se dió á la ciudad anónima el nombre de *Palos*, y que se añadió luego de *Moguér* por los que llevaron los que vinieron de esta última poblacion á pacificar á los apaleadores. Otros afirman que el nombre verdadero de la ciudad fué *Palos de mujer*, por-

que en su orígen los palos consabidos fueron destinados al bello sexo; otros, por último, sostienen que la ciudad fué llamada *Pelo de mujer*, porque la riña principió por un pelo. El lector puede decidir la cuestion como quiera, sin reparar en pelillos.

Los aniversarios de esta clase duraron en Palos hasta que un sábio, de no sé qué país, persuadió á las paloteras que el agua de Rio Tinto, cogida en cierto paraje, dia y momento, tenía la prodigiosa virtud de librar de todo mal tratamiento á las mujeres, miéntras la conserváran en la boca. Hicieron la prueba, y (como es de creer) les salió perfectamente: no hablaban por no arrojar la bocanada, y como no habia disputa, no habia paliza.

Hoy dia, que en España reñimos á cada paso por todo, sería muy útil ensayar este método: en ciertas reuniones, sobre todo, convendria mucho que un gran número de personas, en vez de echar bocanadas, tuvieran contínuamente la boca llena con una del líquido que fuese más de su gusto. Las palenses de hoy, muy otras que las paloteras antiguas, pudieran enseñarnos á callar á tiempo y hablar con juicio: distínguense, en efecto, por estas dos rarísimas prendas.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

VARIEDADES.

La Sociedad de bibliófilos andaluces, que en los pocos años que cuenta de existencia ha publicado muchas y curiosas obras, inéditas unas y conocidas de muy pocos otras, acaba de dar á luz el tomo primero de las del sevillano D. Félix José Reinoso; en él se contienen las mejores poesías de aquel esclarecido ingenio, gloria de la ciudad ilustre que en todas las épocas ha dado brillantes páginas á la Literatura patria. Precede á estas obras un profundo y erudito trabajo del sábio y venerable rector que fué de esta Universidad Literaria señor D. Antonio Martin Villa, trabajo de superior mérito y modestamente titulado *Noticias* del autor. Sociedades como la de bibliófilos andaluces, que tanto trabaja en pro de las letras, no han menester aplausos de gacetilla; su recompensa está en sus propias obras.

*
* *

El Sr. Campoamor ha publicado, coleccionados, cuatro nuevos *Pequeños poemas*, cuyos títulos son: La historia de muchas cartas, El quinto no matar, La Calumnia y D. Juan. Conformes nosotros en un todo con lo que el Sr. Soûlere dice en la advertencia que precede al libro, copiamos aquí sus últimas palabras: «El género literario de los *Pequeños poemas* es tan sencillo y tan filosófico al mismo tiempo, que, á los jóvenes, nos hace pensar con seriedad; y á los hombres de edad madura, les inspira frases como las siguientes, escritas por el célebre poeta portugués D. A. Feliciano del Castilho, en una carta que nosotros hemos visto dirigida al ilustrado embajador de España en Lisboa el Sr. D. Angel Fernandez de los Rios:—«*Cuando leo los Pequeños poemas, á pesar de mis setenta años cumplidos, siento renacer en mi corazon todos los ardores y todas las alegrías de la primavera de mi vida.*»

*
* *

Están en prensa las obras literarias de nuestro inolvidable amigo Rafael A. S. Surga; formarán todas ellas un volúmen de 300 á 400 páginas y llevan al frente el retrato del autor y un prólogo del Sr. D. Federico de Castro.

*
* *

Terminadas las obras de construccion del nuevo teatro sito en la calle del Amor de Dios, dícese que para la primavera próxima se abrirá al público: mucho nos alegrarémos; y yá que el que hasta ahora ha sido el principal teatro de Sevilla háse dado á las representaciones lírico-dramáticas, es de esperar que la empresa del nuevo coliseo inaugure sus tareas con una compañía de declamacion que represente verdaderas obras de arte: un teatro en España debe, al abrir por primera vez sus puertas, hacer resonar en la escena los venerandos nombres de los padres del Teatro Español

REVISTA SEVILLANA.
PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

Publícase los dias 5, 15 y 25 de cada mes.

Precios de suscricion.—Cuatro reales al mes en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la capital.

Direccion.—Sta. Ana, 46.

SEVILLA, 1873.
Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

AÑO I.—NÚM. 11. 15 DE ENERO DE 1873. (SEGUNDA ÉPOCA.)

REVISTA SEVILLANA.

PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATU .

PRECIO DE LA SUSCRICION.
Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Santa Ana 46.

PRECIO DE LA SUSCRICION.
Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

SUMARIO.

APUNTES PARA UN ARTÍCULO LITERARIO.

Las coplas llamadas sentenciosas son en su mayoría refranes cantados. Y esto no extrañará, puesto que, á ser cierto lo que pensaba el gracioso y cuerdísimo escudero Sancho Panza (1) (de cuya muerte, acaso con gran intencion y profundidad, nada dice el sábio Cide Hamete Benengeli) natural es que el pueblo lleve, adonde quiera que vaya, su *caudal y hacienda,* que *ninguna otra tiene;* y muestre su idéa y pensamiento propio, así en el refran como en la copla, en la seguidilla como en el romance, en el cuento como en la adivinanza. No poco curioso sería tambien ver la série de formas que afecta el pensamiento popular ántes de sintetizarse en el hecho y traducirse en la vida en obra práctica. La copla sentenciosa es posterior, en nuestro sentir, á los refranes, y algo más que el marco y puro adorno exterior de aquéllos: en unas está como glosado y justapuesto; en otras de tal modo encarnado y descompuesta su forma anterior, que aparece como expontáneo é improvisado en el momento de cantar. Con sólo examinar un mismo pensamiento, en canciones de distinta metrificacion, yá se observa una diferencia notabilísima; ¡cuánto más no se apercibiria ésta entre una copla y un adagio!

(1) *Don Quijote,* tomo II, cap. XLIII. Á qué diablo se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes, etc.

Vamos á tomarnos la libertad de mostrar un pensamiento cualquiera en una copla, en un refran y en una seguidilla, para comprobar la indicacion hecha y sacar alguna otra de interés para nuestro estudio:

Nadie diga: bien estoy;
Porque yo he solido estar
En casa de balconaje
Y ahora vivo en un solar.

El primer verso indica la intuicion de la ley: instabilidad de las cosas humanas. Los tres versos restantes indican el cómo se ha encontrado la ley general, induciendo con increible rapidez desde el hecho individual y el estado presente del que canta.

Este mismo pensamiento, cayendo bajo el influjo de la inteligencia, se ha hecho refran,

Nadie diga de este agua no beberé,

que se conserva integro en otro cantar:

Nadie diga en este mundo
De este agua no beberé;
Por muy turbia que la vea
Puede apretarle la sed,

ganando en fijeza lo que pierde en extension y universalidad, pues refiere á una cosa dada lo que en la vista racional es aplicable á todo.

Este mismo pensamiento se ofrece en forma deductiva en la seguidilla, composicion

de suyo más artificiosa y ménos artística que la copla:

Por cosas de este mundo
Nadie se apure,
Que no hay mal que no acabe
Ni bien que dure.

Es decir, en vista de la ley, *todo pasa,* consuélate: procedimiento contrario al anterior.

Este pensamiento, como cualquiera otro, al càer bajo el pleno dominio de la fantasía, se hace individualísimo, se convierte en copla y se manifiesta en rica é inagotable variedad: v. gr.:

En algun tiempo era yo
La piedra de tu cimiento,
Y ahora soy un esconchao...
Mira lo que 'hace el tiempo.

—

Cuando pasé por tu puerta,
Castillo, te ví caido,
Y ahora que vuelvo á verte
Te encuentro fortalecido.

—

Si porque te ves querida
Me niegas la voluntad,
Mira que una casa grande
La derriba un temporal.

—

Algun dia era yo un rey
Y ahora soy un mal vasallo;
Estaba hecho á gobernar
Y ahora me están gobernando.

—

Algun dia eran tus ojos
Alegría para mí;
Y ahora son las alcayatas
Donde cuelgo yo el candil.

Y la magnífica que dice:

En la puerta de un molino
Me puse á considerar
Las vueltas que ha dado el mundo
Y las que tiene que dar.

Ahora vamos á limitarnos á presentar ejemplos numerosos de coplas, cuyo contenido sea un refran, dejando para otro dia ampliar estos breves y mal perjeñados apuntes:

Del árbol caido todos hacen leña.

Mis amigos me desprecian
Porque me ven abatido:
Todo el mundo corta leña
Del árbol que está caido.

Y éste:

No hay quien levante á un caido
Ni quien la mano le dé;
Como lo ven abatido
Todos le dán con el pié.

Vemos la paja en el ojo ageno y no vemos la viga en el nuestro.

La vecina de enfrente
Mira mi casa;
Pero no ve la suya
Que se le abrasa.

Y —

En una alforja al hombro
Llevo los vicios;
Delante los agenos,
Detrás los mios.

Nadie se alabe hasta que acabe.

Ninguno cante victoria
Aunque en el estribo esté,
Que muchos en el estribo
Se suelen quedar á pié.

Por la boca muere el pez.

Nadie descubra su pecho
Por dar alivio á su pena,
Que el que su pecho descubre
Por su boca se condena.

Pleitos tengas aunque los ganes.

Los pleitos y las sangrías
Lo mismo vienen á ser;
Evítalos cuanto puedas
Si no quieres padecer.

Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te basta.

Fortuna te dé Dios, hijo,
Que el saber poco te basta.
¿De qué te sirve el saber
Si la fortuna te falta?

Quien con lobos anda á aullar se enseña.

Las malas compañías
Son una peste,

Que sólo con el trato
 Se pega siempre.
 Huye pues de ellas,
Que es el único medio
 De precaverlas.

—

 Con los de malas costumbres
Nunca trato has de tener;
Que un hombre malo y vicioso
Á ciento suele perder.

Obras son amores y no buenas razones.

Más bien en las acciones
 Que en las palabras
Se descubre lo oculto
 Que hay en el alma.
 Y así no fies
De ofertas, que con obras
 No se confirmen.

La suerte de la fea la bonita la desea.

 Logra el tonto por influjo
Lo que al sábio no le dán,
Que el premio y las buenas mozas
Siempre se destinan mal.

Quien mal anda mal acaba.

 En este mundo redondo
Quien mal anda mal acaba;
En casa del jabonero
Aquel que no cae resbala.

Amor ni dinero pueden estar encubiertos.

 Los amores y el dinero
No pueden estar cubiertos;
El dinero porque suena,
Los amores por inquietos.

De fuera vendrá quien de casa nos echará.

 Á mi amigo lo llevé
Á casa de la que amaba,
Y luego á los pocos dias
Mi amigo á mí me llevaba.

—

 Á casa de mi dama
Llevé á mi amigo;
Él se quedó por amo,
 Yo despedido.
 Esto sucede
Por llevar los amigos
 Donde hay mujeres.

El amigo que no presta y el cuchillo que no corta, que se pierdan poco importa.

 Pedernal que no echa lumbre
Y cuchillo que no corta
Y el amor que no es constante
Que se pierdan poco importa.

Más vale pájaro en mano que ciento volando.

 Yo conocí al que tenía
Un pajarito en la mano,
Y por ir á coger otro
Se le han escapado ámbos.

Tambien es aplicable á este cantar, el refran *La codicia rompe el saco.*

Hasta los gatos tienen tós.

 Escuche usted, mozo bueno,
No gaste usted fantásia,
Que el carro de la basura
Tambien gasta campanilla.

En boca cerrada no entran moscas.

 El secreto de tu pecho
No se lo digas á nadie;
Mejor te lo guardará
Aquel que no te lo sabe.

Cuando te den la vaquita acude con la soguita.

Cuando ofertas te hagan
 Acude luego,
Porque muchos ofrecen
 De cumplimiento.
 Y un desengaño
Importa, si lo adviertes,
 Más que un regalo.

A buen hambre no hay pan duro y no hay mejor salsa que la hambre.

Los pobres más hambrientos
 Son los más ricos,
Porque todo lo comen
 Con apetito.
 No así los grandes,
Que aunque todo les sobra
 Les falta el hambre.

Quien no es agradecido no es bien nacido.

Vicios hay en el mundo
 De gran tamaño,
Pero el peor de todos

Es ser ingrato.
Que hasta las fieras
Reconocen la mano
Que las sustenta.
Quien más mira ménos ve.
Anduvistes escojiendo
Como higos en banasta,
Y al fin vinistes á dar
Con uno de mala casta.
Quien bien siembra bien coje.
El que siembra alcachofas
Espinos coje;
El que cria colmenas
La miel se come.
Todo se sabe, hasta lo de la callejuela.
Con el secreto mayor
Planté en mi huerto un aromo,
Y luego por el olor
Se supo sin saber cómo.
Al pobre el sol se lo come.
—Hombre pobre, ¿quién te ha muerto?
—La propia necesidad.
Que es capaz un hombre pobre
De apestar una ciudad.
Cria cuervos y te sacarán los ojos.
Yo crié un cuervo chiquito
Con intencion que volára,
Pero luego me sacó
Los ojillos de la cara.

ANTONIO MACHADO Y ÁLVAREZ.

LA EXPULSION DE LOS MORISCOS.

Siendo el Sr. Velilla y Rodriguez redactor de este periódico, y ligándonos á él lazos de amistad y compañerismo, parecerian á algunos exagerados los elogios que le tributásemos con motivo de la representacion del drama *La expulsion de los moriscos,* de que es autor. Esta consideracion nos obliga, á nuestro pesar, á reproducir el juicio emitido por la prensa de Madrid, omitiendo comentarios de toda clase.

El Gobierno, en su número correspondiente al dia 10, dice así:

El teatro del Circo, que ha oido en lo que vá de temporada dramas de primer órden de los eminentes autores García Gutierrez y Nuñez de Arce, y comedias de Rodriguez Rubí y Marco, conocidos tan ventajosamente en la república de las letras, ha puesto anoche en escena una obra de un autor, desconocido en Madrid, si bien era yá muy apreciado en otras partes; el drama histórico en tres actos y en verso *La expulsion de los moriscos,* original de D. José Velilla y Rodriguez.

El Sr. Velilla es un jóven, casi un niño, natural de Sevilla, cuna de tantos y tan distinguidos poetas. El Sr. Velilla empezó á darse á conocer entre las gentes de letras por el drama *Don Jaime el Desdichado,* al que siguió otro del mismo género titulado *Mira de Amezcua,* ámbos representados en el teatro de San Fernando de Sevilla, y que alcanzaron muy notable éxito. Después de estos primeros pasos en la espinosa carrera emprendida por el Sr. Velilla, escribió otro drama de notable mérito, que tambien fué puesto en escena en el coliseo de San Fernando, y que se titula *Witiza.* Esta obra acrecentó la reputacion que, como inspirado poeta, habíase conquistado su autor en las dos primeras, y la Academia de Buenas Letras de Sevilla eligió al Sr. Velilla académico de número en premio á sus notables trabajos. Gran número de composiciones diversas en toda clase de metros, entre las cuales recordamos una notable poesía á Cervántes, aseguraron al escritor sevillano el dictado de poeta castizo y correcto, que ayer confirmó el público de Madrid agregándole el de escritor dramático.

La expulsion de los moriscos, estrenada anoche en el teatro del Circo, no es una obra nueva. Su autor la escribió para los distinguidos actores señora Castro y Sr. Delgado, y fué representada por primera vez en Cádiz en 1871, alcanzando un brillante éxito, que se repitió en los teatros de Málaga y Valencia, donde tambien la pusieron en escena los mismos actores. Alentados con los triunfos obtenidos en los teatros de provincia, quisieron darla á conocer al inteligente y severo público madrileño, y al efecto, el celoso empresario Sr. Catalina dispuso la representacion, en su teatro, del drama del Sr. Velilla, seguro de que su éxito sería feliz. No se equivocó: en efecto, el drama del señor Velilla obtuvo un éxito sumamente lisonjero para su autor y para los actores que lo desempeñaron.

Los primeros literatos de la córte de España, reunidos anoche en el teatro del Circo, confesaban que el jóven escritor sevillano es un notable poeta y apreciable autor dramático. Verdad es que *La expulsion de los moriscos* tiene algunos ligeros

defectos, hijos de la inexperiencia de su autor en el conocimiento del teatro; pero estos pequeñísimos lunares, se ven compensados con creces por los brillantísimos pensamientos que encierra la obra, y sobre todo, por su lenguaje castizo y correcto, y por una versificacion galana y digna de nuestros más afamados poetas. Así es, que el drama fué escuchado con interés durante el primer acto, y aplaudidos con entusiasmo el segundo y tercero, al final del cual, fué llamado el autor á la escena, donde se presentó en union de los actores. El Sr. Velilla puede estar orgulloso de su legítimo triunfo.

Tambien deben estarlo los actores encargados del desempeño del drama, y especialmente la señora Castro y el Sr. Delgado, que contribuyeron eficazmente al buen éxito. La Sra. Castro tuvo arranques dramáticos de primer órden, que le valieron entusiastas aplausos, especialmente en la plegaria del segundo acto y en todo el tercero, el mejor en nuestro juicio de la obra. El Sr. Delgado tambien mereció ser aplaudido en diferentes escenas que ejecutó con gran talento. Los Sres. Casañer, Calvo y Romea estuvieron acertados en sus respectivos papeles.

El Debate del mismo dia se expresa en los siguientes términos:

Anoche se puso en escena, en el afortunado teatro del Circo, y por primera vez en Madrid, el drama en tres actos y en verso, titulado *La expulsion de los moriscos*, original del escritor andaluz D. José Velilla.

El éxito fué completo, y la ejecucion de la obra, encomendada principalmente á las Sras. Castro y Dansant, y á los Sres. Delgado, Casañer y Oltra, nada dejó que desear.

Es un drama *La expulsion de los moriscos* que proporcionará honra y provecho al autor y á la empresa del teatro del Circo.

El Imparcial dice lo que sigue:

Por primera vez en Madrid púsose anoche en escena en el teatro del Circo el drama en tres actos y en verso, original del escritor andaluz don José Velilla, titulado *La expulsion de los moriscos*. Esta obra se estrenó hace algun tiempo, segun nos aseguran, en uno de los teatros de Sevilla, obteniendo un éxito completo.

El que consiguió anoche en el coliseo de la plaza del Rey debió satisfacer todas las esperanzas del jóven autor, quien fué llamado á la escena á la conclusion del acto segundo y tres ó cuatro veces al finalizar el drama.

Éste, basado en el hecho histórico que le sirve de título, ofrece un buen conjunto, tiene várias situaciones altamente dramáticas, que mantienen el interés en el espectador, y abunda en bellos conceptos y elevados pensamientos, que revelan una inteligencia clara y vigorosa y condiciones nada comunes en el autor para cultivar con fruto la literatura dramática.

La ejecucion de la obra estaba encargada, principalmente, á la Sra. Castro y al Sr. Delgado. La primera, que es una actriz inteligente y estudiosa, esquivó con habilidad las difíciles situaciones en que la colocaba su importante papel, sacando notable partido de aquellas que se adaptaban á sus facultades y mereciendo ser calurosamente aplaudida en la plegaria del acto segundo y en la escena que en el tercero sostiene con el Sr. Delgado.

Éste tuvo tambien momentos verdaderamente inspirados, que le valieron, como á la Sra. Castro, repetidos y generales aplausos.

La Sra. Dansant y los Sres. Casañer, Oltra y Calvo, encargados de papeles más secundarios, los interpretaron acertadamente, contribuyendo mucho al buen éxito de la obra.—*V.*

De la *Correspondencia de España* tomamos el siguiente suelto:

Un triunfo merecido alcanzó anoche en el teatro del Circo el jóven poeta sevillano D. José Velilla, con la representacion de su drama *La expulsion de los moriscos*. Desde las primeras escenas el público empezó á demostrar su aprobacion, llamando al autor á la conclusion del segundo acto; pero donde más se destacaron las buenas condiciones que adornan al Sr. Velilla como autor dramático, fué en el tercer acto, donde el público, no sabiendo qué aplaudir más, si las situaciones altamente dramáticas, los elevados pensamientos ó la versificacion galana de que está adornado todo el libro, prorumpió en bravos y atronadores aplausos, haciendo salir al final por tres veces al palco escénico al autor y á los actores que tomaron parte en el desempeño de la obra.

TINIEBLAS.

NOCTURNO.

¡Huye, sol! Esa clámide dorada
Inútil ahora es,
Tu luz es un sarcasmo para el triste
Y me puede vender.
No me deslumbran los matices rojos
De tu ardiente fanal,
Porque tengo esparcida en mis ensueños
Perpétua oscuridad.

La luna nace.... ¡gracias, noche amiga,
Tú sabes mi dolor!
No han de bañarse en mi copioso llanto
Las ráfagas del sol.
¡El mundo, que reposa ó se encenaga,
No puede ver mis lágrimas bullir....
¡Si las viera correr como ahora corren
Se burlaría de mí!

BENITO MAS Y PRAT.

A LA MUERTE.

Vén y cierra mis ojos, triste muerte,
Porque mi alma desolada llora
Por el fiero rigor de adversa suerte,
Sin oir una voz consoladora.

Apagas con dulzura en la agonía
De la vida la luz que débil arde;
Como muere el fulgor del claro día
Al crepúsculo triste de la tarde.

El que goza de plácida ventura,
De la vida en el áspero camino,
Te ve llegar con pena y amargura,
Porque apagas el sol de su destino.

Pero el que cruza el valle de la vida
Sin que le halague un porvenir risueño,
No teme nunca tu mortal herida,
Goza contigo de tranquilo sueño.

La vida es, para el que gime tanto,
Un erïal de abrojos punzadores,
Que reverdecen con el triste llanto,
Do nunca brotan ni silvestres flores.

Por no gozar de plácida ventura,
No pienses que te llamo, triste muerte;
Es que en este desierto de amargura
Lágrimas de dolor el alma vierte.

Al posar en mi sien tu mano fria,
Terminarás benigna mis dolores;
Eres alba feliz de eterno dia,
Aunque adornada de amarillas flores.

Tambien la madre tierna y amorosa,
Cuyo seno al descanso nos convida,
Y la verde palmera rumorosa
Que dá sombra en el yermo de la vida.

De fúnebre aparato despojada,
El pánico terror del alma ahuyentas,
Y ella mira de gozo enagenada
Que el fin de sus pesares le presentas.

De la vida en el mar embravecido,
Te espera mi alma yá con ánsia loca,
El bajel en que voga, yá perdido,
Pronto se estrellará contra una roca.

Porque el aliento fétido del mundo,
Que siempre de desdichas es presagio,
La arrastra hácia ese piélago iracundo,
Donde será seguro su naufragio.

La desesperacion no es, muerte triste,
Lo que atormenta sin cesar mi alma;
Es que me causa tédio cuando existe,
Y en nada encuentro tu ofrecida calma.

Si dá el Sumo Hacedor desde su asiento
Á los astros que pueblan el vacío
Y á la tierra contínuo movimiento
¿Por qué fijo ha de estar el dolor mio?

Sólo ese arcano penetrar pudiera,
Si al recibir tu deseada herida
Volára el alma por la azul esfera
Al refulgente Alcázar de la vida.

MANUEL DE LOS PALACIOS Y FAGUNDES.

POESÍAS LÍRICAS DE SCHILLER.

(Continuacion.)

Al lado de estas composiciones epigramáticas que ostentaban el sello de los ímpetus generosos de la juventud, la *Antologia* ofrecia al lector una série de odas tiernas, graciosas, ideales: la oda á *La Amistad, El triunfo del amor,* y los himnos á Laura, himnos estáticos unidos á la vida real por un fugitivo movimiento de sensualidad, y palpitan en los inmensos dominios de la fantasía. Laura, la imágen que encendia el pensamiento del poeta, era viuda de un capitan de *Mannheim,* en cuya casa vivia Schiller; una mujer de baja estatura y cierta gracia en el andar, pero que no brillaba por su belleza ni por sus sentimientos, y el retrato ó descripcion de ella, que nos ha dejado uno de los amigos del poeta, contrasta en verdad con lás entusiastas composiciones de su jóven adorador. Mas cuando el alma del poeta se siente estremecida por el soplo de la inspiracion, no necesita más que una mirada, una imágen, mejor dicho, un pretexto, para idealizarlas. El poeta embellece esta mirada, diviniza esta imágen, reviste con los colores del íris este pretexto vulgar, y la facultad de apoderarse como un dominador del humilde asunto que ha elegido y de enriquecerlo con los tesoros de su pensamiento, es sin duda

uno de los más nobles atributos, de las más dulces alegrías de la facultad poética.

Hállanse en esta *Antología*, donde brillan los más vivos resplandores de su génio, y cuyos ejemplares escasean, algunas sentencias filosóficas, algunas elegías de carácter puramente objetivo; *La muerte de un jóven, El infanticida*, un cuadro guerrero titulado *La batalla*, una balada, la primera *El Conde* Eberhard, y últimamente un himno religioso que no ha vuelto á imprimirse, y que merece ser citado como la última expresion del sentimiento religioso que Schiller experimentára en los primeros años de su juventud. Este himno se titula *Á lo infinito*.

Schiller ofrecia en esta coleccion una especie de reunion de los diversos géneros de poesía que debian ocupar su cabeza y su corazon todo el resto de su vida, y las páginas de la *Antología* se unieron como una guirnalda de delicadas flores á la firme corona que acababa de conquistar con su primer drama. Puso sólo, al fin de estas composiciones líricas, una de las últimas letras del alfabeto, una Y; pero todo el mundo supo bien pronto, que bajo este signo pseudónimo se ocultaba el nombre del yá célebre autor de *Los brigantes*.

Vários años pasaron, sin embargo, sin que el poeta volviera á pulsar la dorada lira, de la que en un principio habia obtenido, como un fabuloso *Stromkarl* de Suecia, tan fuertes y tiernas melodías. Por una parte sus pensamientos, su ambicion se inclinaban, ya por un primer impulso, ya por naturaleza, más á los grandes efectos teatrales, que á las tiernas y dulces expresiones de la oda y de la elegía; por la otra, su vida errante, su precaria fortuna, las dolorosas luchas que tuvo que sostener, el presente que le era tan trabajoso, el porvenir que debia parecerle tan sombrío, el triste pero de una situacion tan inmerecida y á veces tan miserable apagaron, por decirlo así, las vivas expansiones de su juventud. Hay hombres que se forman poetas en la adversidad, que en la tempestad de su corazon hallan un sonido armonioso; pero tambien hay algunos en los que el rigor de la fortuna sólo produce un trastorno fiero, en vez de exhalar su dolor en gemidos poéticos; Schiller era un hombre superior; las tristezas que recogia no las repartió durante algun tiempo en el seno de la poesía lírica, de la poesía íntima; se desbordaron, por el contrario, en impetuosas olas en los carácteres, en las peripecias de sus dramas.

Luego que obtuvo una posicion, aunque humilde, más estable y tranquila que la que hasta entónces habia disfrutado; luego que unió á sus funciones de profesor la redaccion del periódico mensual conocido con el nombre de *Las horas* (Die Horen), se sintió inclinado al canto lírico é hizo imprimir várias composiciones en él y en un almanaque que publicó en 1794 con la colaboracion de Gœthe, Herder, A. Schlegel y Hœlderlin. De esta fecha son algunas de sus mejores poesías: *El paseo*, la oda que tiene por título *Honrad á la mujer* y *El ideal*, que los críticos consideran en general como la produccion que caracteriza mejor la naturaleza particular de su génio.

Humboldt, Dalberg y Herder aplaudian sinceramente estas nuevas poesías de Schiller; Gœthe le escribia: «Vuestros versos tienen cualidades particulares y hoy realizan la esperanza que me habíais hecho concebir. Ese conjunto singular de percepciones reales y abstracciones que está en vuestra naturaleza, se me ofrece hoy en un perfecto equilibrio, y todas las demás cualidades poéticas con él se enlazan.» Pero Schiller experimentaba, al tratar de corregir este defecto, pesadísimos trabajos. Por un lado su salud, yá vacilante y por completo alterada, le hacía insoportable toda asiduidad al trabajo; por otro, él estaba descontento de sus producciones; en medio de todas las preocupaciones de la vida material, buscaba para sus obras de arte una elevacion de idéas y una perfeccion de formas que á veces desespe-

raba de encontrar. Su corazon sufria con esta lucha activa y desconsoladora, cuyas violentas agitaciones han experimentado más ó ménos en el trascurso de su vida todos los hombres entregados á trabajos intelectuales.

Siéntese despertar, en un instante de emocion, en una feliz hora, una dulce ó grande idéa, que cae en los abismos del alma como un gérmen fecundo. Querríase expresar esta idéa tal como se ha concebido, con toda la pureza y elevacion que constituyen su encanto; pero el instrumento que se le aplica es incompleto, el lenguaje de que tenemos que servirnos languidece y cambia la inspiracion. De esto nace una especie de decepcion, un descontento profundo de los esfuerzos que se han hecho y del resultado que se ha obtenido. «Dios hecho hombre, ha dicho Nodier, es el Verbo.» El pensamiento pierde cuanto encierra de divino, cuando está preso en el cañon de una pluma, y ahogado en un escritorio.

Schiller tenía además ese carácter móvil é impresionable que, segun los fisiologistas, es patrimonio de los artistas y los poetas, y este defecto, inherente á su naturaleza, se aumentaba más todavía por efecto de su situacion física y social.

C. M.

VARIEDADES.

Entre las obras dramáticas estrenadas últimamente en los teatros de Madrid, merece especial mencion la comedia del Sr. Herranz *Honrar padre y madre,* representada en el teatro Español.

*
* *

Anúnciase el estreno de una obra dramática del eminente poeta Campoamor, en el teatro del Circo, Madrid.

*
* *

Á beneficio del barítono Sr. Fernandez, se estrenará en el teatro de San Fernando una zarzuela en un acto, música del maestro Monfort y letra de un distinguido escritor sevillano, titulada *Guerra al extranjero.*

Hemos leido un libro titulado *Cuentos fantásticos,* debido á la pluma del Sr. Forreto; como indica el título, la obra contiene gran número de cuentos y además várias poesías líricas escritas con alguna correccion y bastante originales.



Otro libro de poesías ha aparecido últimamente en Madrid, original de D. Álvaro Luceño y Becerra, que no debe cifrar muchas esperanzas en su obra; los asuntos son triviales, la forma bastante incorrecta, y no es ciertamente la elevacion y novedad de los pensamientos lo que más resalta en sus inspiraciones.

*
* *

Ciego desde que te ví,
Me pregunto suspirando
Por qué no me quedé ciego
Ántes de haberte mirado.

—

Desde que te conocí
Llevo la muerte en el alma;
Más me valiera mil veces
Que la muerte me llevára.

—

Si oyes de tu nombre el eco
No te llame la atencion,
Que el eco el viento lo dice
Y el nombre lo digo yo.

*
* *

LIBROS DE VENTA.

Hojas secas, poesías de D. Benito Mas y Prat.
Ensayos poéticos de D. José Sanchez Arjona.
Olga, cuento fantástico por D. Manuel Cano y Cueto.
Se hallan de venta en las principales librerías.

REVISTA SEVILLANA.
PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

Publícase los dias 5, 15 y 25 de cada mes.

Precios de suscricion.—Cuatro reales al mes en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la capital.

Direccion.—Sta. Ana, 46.

SEVILLA, 1873.
Imp. de Gironés y Orduña, Lagar 3.

AÑO I.—NÚM. 12. 25 DE ENERO DE 1873. (SEGUNDA ÉPOCA.)

REVISTA SEVILLANA.

PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

PRECIO DE LA SUSCRICION.
Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Santa Ana 46.

PRECIO DE LA SUSCRICION.
Cuatro reales al mes, en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la Capital.

SUMARIO.

LA REVISTA SEVILLANA tiene el disgusto de participar á sus favorecedores que suspende por ahora su publicacion: en tanto vuelva al estadío de la prensa, nuestro ilustrado colega EL GRAN MUNDO se encarga de servir sus suscriciones.

ANALOGIA.

I.

¿Dormia? ¿Velaba?

¿Quién puede decir al rayar el alba si es de noche ó es de dia?

Mis párpados, pesadamente caidos, apénas dejaban penetrar á través de mis pestañas hilos delgados de dorada luz que, juntándose en pequeños haces, que se entrecruzaban en todas direcciones, se confundian en una claridad indistinta, semejante á las aureolas con que los pintores cristianos acostumbran á circular sus santos.

Un vago rumor, parecido al que producen las agostadas mieses mecidas por las pesadas brisas del verano, era lo único que heria mi oido.

Un placer indefinible, mezcla indistinta del severo goce del deber cumpliéndose y de la dulce languidez que precede al sueño, llenaba todo mi sér.

No sabía donde estaba.

Y sin embargo, habia visto acercarse á mí de puntillas la venerable imágen de mi madre; la habia visto suspender el beso que iba á depositar en mi frente y retirarse con lentitud, murmurando: «Está dormido.»

Sentí pesar sobre mí la cariñosa mirada de mi esposa y leí en su sonrisa alegre y resignada: «Dejémosle descansar; ¡cuánto habrá trabajado por nosotros esta noche!»

Luégo puso rápidamente su pequeño dedo sobre sus lábios; un grito de alegria se ahogó en los aires; mi hijo mayor quedó suspendido como un querubin, con los brazos abiertos para abrazarme. Lo sentí después caer pesadamente, percibí el ruido mal apagado de sus pisadas, que en vano queria disimular; le oí gritar en mi puerta á otros que se acercaban penosamente: «No hagais ruido, que papá duerme.»

Estaba despierto.

Mas nó; estas imágenes no tenian contornos, no tenian grueso, nadaban en mares de púrpura; eran las figuras que veia pasar en mis meditaciones de quince años.

Sí, porque yo sentí á mi padre que me abrazaba; á mi padre, que olvidaba un momento sus dolores para sonreir á mis pequeños triunfos de niño; á mi padre, que escuchaba la primera confesion de mis amores; á mi padre, que me bendecia, que amaba á mi amada, que escuchaba ántes que yo sus secretos, que la enseñaba á esperar y á confiar á mí.

Y entónces, todo se desvaneció; yo vivia á la par en diversos lugares y en diversos tiempos; mi razon veia con una perfecta cla-

ridad resueltos los problemas más difíciles; mi fantasía me presentaba atropelladamente, ricos de belleza y originalidad, libros, cuadros, tocatas y poemas. Yo sabía que conservando uno solo de ellos me hubiera hecho inmortal. Yo sabía tambien que me era imposible conseguirlo.

Y recordaba lo que pensaba cuando dormia y recordaba el orígen de este pensamiento en el pensamiento de la vela.

Y las imágenes del sueño se hacian más reales, y el ruido crecia en derredor mio, y se hacía cada vez más distinto.

Y hubo un momento inconmensurable en que yo tuve conciencia plena del sueño y de la vela.

Y abrí los ojos, y las imágenes huyeron y se disiparon. Estaba despierto.

¿Qué es este momento, decidme, entre el sueño y la vela, en que el espíritu tiene conciencia de los dos mundos?

II.

Leia.

Mis ojos aún no se negaban á mirar; mis brazos sostenian perfectamente el libro.

Pero más allá de mis ojos se confundian las letras, veia cosas sin forma y sin color.

De pronto se destacaban en medio de la realidad objetos que no existian, objetos que yo no evoqué.

Y estos objetos se agrandaban y giraban y amenazaban cubrirlo todo.

Y sentia un dulce sopor.

Pero la realidad triunfaba y el objeto desaparecia.

Mis pensamientos se sucedian con vertiginosa rapidez.

Y eran juntamente lo leido, el recuerdo, lo pensado, algo que me era completamente extraño y que en vano me esforzaba por adivinar.

Pero todo esto vivo, animado, formando un panorama que luchaba con el panorama exterior.

Se me figuraba dormir y despertar á cada instante.

Oia distintamente voces que á nada respondian, que yo ni nadie pronunciaba.

Languidecian mis miembros; el libro se cayó.

Veia la realidad, pero cada vez más indiscernible.

Los dos panoramas se confundian en uno.

Pero el exterior se habia ido haciendo cada vez más ténue, más lejano, al paso que los fantasmas se multiplicaban y engrandecian.

Conocia que no podria sustraerme á su influjo.

Todos mis amores, todos mis pensamientos se encontraban en uno.

Veia cielos azules con estrellas de plata.

Creia vivir al mismo tiempo en dos universos.

¿Velaba? ¿Dormia?

Cuando los más oscuros colores de luz solar se juntan con las primeras sombras ¿quién puede contestar á la pregunta: es de dia ó es de noche?

Mas decidme ¿qué es este momento supremo entre la vela y el sueño, en que el espíritu tiene conciencia de los dos mundos?

III.

¿Qué es lo que ve el hombre cuando nace?

¿Qué es lo que ve el hombre cuando muere?

¿Tiene entónces conciencia tambien de las dos vidas?

Federico de Castro.

LA FELICIDAD.

I.

Me figuro, querido lector, que estarémos acordes en definir la felicidad, «una série no interrumpida de placeres, sin mezcla alguna de dolor,» y acordes tambien en que no existe en el mundo.

En efecto; nos rodea un círculo de hierro, más allá del cual se encuentra la felicidad, el infinito y todas las demás idéas verdaderamente abstractas. No quiere esto decir que la humanidad no progresa: demostrado está lo contrario hasta la evidencia, y el gran libro de la historia nos lo dice en cada una de sus páginas. De la civilizacion india á la civilizacion persa, de la persa á la griega, de la griega á la romana, de la romana, en fin, á la moderna, se notan grandes adelantos, agigantados pasos en la vía de la humanidad y la moral, en que consiste verdaderamente el progreso.

Es bien manifiesto que el espíritu de humanidad ha progresado. Hoy se ha extinguido casi por completo la esclavitud, aunque muchos digan que aún existe en el pauperismo; hoy no se presencian, sino en naciones muy atrasadas, los actos de ferocidad que tuvieron lugar en las antiguas civilizaciones y que se reprodujeron en las civilizaciones facticias, como la árabe. Por eso no he indicado estas últimas. La matanza, por ejemplo, de los Omniadas por los Abasidas, durante el califato de Damasco, es un hecho que recuerda las proscripciones romanas, así como los eunucos y las mujeres destinadas al harem nos indican un atraso en libertad, pues desde los primeros emperadores cristianos en Roma se habian ido, por decirlo así, oxidando las cadenas del esclavo: no estaban rotas, pero al primer golpe podian romperse. Este atraso consiste en que la humanidad marcha en espiral, verdad tan demostrada que es inútil insistir en ella.

No están todos tan conformes en que la moral haya adelantado. Hoy existen los mismos vicios y tan desenfrenados como en la antigüedad, pero no se manifiestan desembozadamente. Dicen algunos que esto es añadirles la hipocresía, pero yo más bien creo que es el pudor del vicio, si me es permitida esta frase. El vicio se viste, porque se avergüenza de verse en toda su asquerosa desnudez.

He pretendido demostrar que la humanidad siempre progresa, de lo cual estarias completamente convencido, para que no creyeras que al decir que un anillo de hierro la oprime, negaba la idéa de progreso. Procuraré explicar esta frase.

El progreso del hombre, si bien tiene algo de espiritual, tiene mucho más de material. El hombre, único sér inteligente de la creacion, se apodera de un gran número de idéas; y si éstas encuentran una realizacion externa, quedan consignadas como verdades evidentes. Pero si entramos en el campo de las abstracciones, es decir, de aquellas idéas que no pueden manifestarse al exterior, nos hallamos siempre con la duda, con la opinion, con la creencia, y nunca podemos darnos exacta cuenta de ellas y nunca podemos consignarlas en el número de las verdades universalmente reconocidas. ¿Quién duda hoy, por ejemplo, de la esfericidad de la tierra? ¿Y cuántas opiniones no hay acerca de Dios, de sus atributos, facultades, etc.? ¿Por qué? Porque la primera es una idéa concreta, la segunda una idéa abstracta. Ese es el círculo de hierro de que anteriormente hablaba.

Pero el hombre, fuerte con su superioridad, orgulloso con haber logrado hasta dominar al rayo, haciéndole fiel intérprete de su pensamiento, ha querido en vano romper ese círculo y áun sueña en romperlo. ¡Ojalá llegue el dia en que la fraternidad y la moralidad dominen al mundo! Evidentemente si hay algun medio de aproximarse á esas abstracciones, es el que he indicado. Pero el espíritu humano, imperfecto por naturaleza, no puede desprenderse de sus pasiones, lo cual sería necesario para la realizacion de la fraternidad y la moralidad humanas.

Si el hombre fuera feliz, fijándome en la abstraccion, objeto del presente artículo, era porque habia realizado todas sus aspiraciones, especialmente las de su inteligencia, es decir, porque habia logrado la sabiduría infinita, es decir, porque habia llegado á ser

igual á Dios. ¿Es esto posible? Luego el hombre no puede conseguir la felicidad absoluta. ¿Pero cómo logrará la mayor suma de placer posible?

II.

El hombre solo y aislado no podria luchar contra la naturaleza que tan contraria le es. Desde el principio tuvo necesidad de unirse con sus semejantes. La palabra, la inteligencia, todas sus facultades, hasta sus mismas pasiones, manifiestan esa necesidad; pero ¿halla el hombre en el trato de sus semejantes grandes placeres? ¿Quién no ha tenido envidia? ¿Quién no ha sido envidiado? ¿Quién no ha sentido herido el amor propio? ¿Á quién no han faltado una mujer ó un amigo?.... Larga sería la enumeracion de los dolores que al hombre proporciona la sociabilidad.

Otra vez tengo que recurrir á la historia: crímenes, liviandades, guerras, intrigas, todo género de maldades se encuentran allí; y si el ánimo halla algun respiro, es tan corto y tan de tarde en tarde, como el que encuentra en un oasis el viajero del desierto. La historia verdaderamente nos enseña á conocer á los hombres, pero nos enseña tambien á odiarlos. Crímenes, liviandades, intrigas; esos son los productos de la asociacion. Muy feliz sería por cierto el hombre, si pudiera satisfacer por sí solo las necesidades de su espíritu y de su materia.

III.

¿Darán lo bello y lo sublime orígen á un placer profundo?

Sin duda creerás que ya he dado con la piedra filosofal, pero te engañas si tal piensas.

Al leer una de las sublimes concepciones de Homero, al contemplar un cuadro de Rafael, al observar una escultura griega, al extasiarte ante una de esas magníficas catedrales hijas del entusiasmo religioso, al escuchar una ópera de Rossini, al estudiar las leyes de la atraccion universal de Newton ¿no has sentido otra cosa que admiracion y entusiasmo?

Ciertamente la contemplacion de la belleza, donde quiera que la encontremos, será un placer para nosotros; pero un placer poco duradero y no completo, porque irá mezclado con el sentimiento de emulacion inherente á nuestro espíritu. Si de la belleza intelectual descendemos á la material, ¿quién no ha codiciado la mujer del prójimo si se halla dotada de hermosura?

Si nos fijamos en la belleza moral, todos al oir narrar una de esas acciones que honran, hemos sentido salir de nuestros lábios instintiva é involuntariamente estas palabras: «¡Quién hubiera hecho eso!»

IV.

Para analizar la suma de placer ó dolor que puede proporcionarnos el sublime, contemplemos la esfera celeste, que es á mi parecer la más sublime de las contemplaciones. Nuestros ojos se fatigan ante esa multitud de astros que tachonan el abovedado azul. Tomamos el telescopio y descubrimos con su auxilio nuevos astros que á la simple vista se escapaban. Hasta aquí nuestros sentidos; pero luégo entra la accion de nuestra inteligencia.

¿Qué es lo que existe entre unos y otros cuerpos, nos preguntamos? El vacío, contesta la Ciencia. ¿Y qué es el vacío? Primera duda.

Puesto que con el telescopio, añadimos, hemos logrado ver cuerpos que ántes no veíamos, ¿no existirán otros que se nos escapan áun con la ayuda de ese instrumento? Nuestra respuesta es afirmativa. ¿Y dónde tienen fin ese espacio y esos cuerpos? Ó en el infinito ó en la nada. ¿Y qué es el infinito? ¿Qué es la nada? Palabras que nos hacen dudar, pues las idéas que expresan son de aquéllas que nuestra escasa inteligencia no puede alcanzar. El hombre, acostumbrado á levantar siempre la frente, no puede bajarla sin una

grave herida en su amor propio. De aquí que el hombre pretenda darse razon de todo; y si de alguna cosa no puede dársela completa y satisfactoria, duda ó niega. Todo el que con su inteligencia ha pretendido traspasar el umbral de la muerte y penetrar en el antro inmenso de la eternidad, ha caido en el escepticismo.

La mayor parte de los grandes filósofos han seguido en su vida práctica muy distinto camino del que consignaban en sus escritos. Hombres venales y corrompidos, predicaban en sus obras la moral más pura, las más sanas doctrinas. Baste decir que ellos fueron los primeros en escribir sobre la unidad de Dios y sobre la fraternidad de la gran familia humana. Se ha creido que la contradiccion entre la vida espiritual y la vida práctica de estos grandes hombres, no hay que negárselo, provenia de que si defendian estas ó las otras doctrinas, no era por conviccion sino por espíritu de escuela. Yo creo más bien que tenía su orígen en la duda, ese gran martirio de todas las almas pensadoras. Dudaban y se reian de sus propias convicciones, y hasta llegaban, con Séneca, á celebrar la clemencia de un Neron.

No es esto declararnos enemigos de la meditacion. Siempre en ella encontramos un placer: el de nuestro orgullo satisfecho. Además, la meditacion ennoblece al hombre, pero ¿no debe tener un límite esa meditacion?

No creas, querido lector, que me aparto de mi propósito, puesto que siempre nos hace meditar la contemplacion de lo bello y lo sublime. Hallado, pues, el límite á la meditacion, se lo habrémos tambien hallado á la contemplacion de lo bello y lo sublime.

V.

¿La meditacion debe ser sostenida?

Tú habrás sin duda tenido una de esas largas noches de insomnio en que mil idéas cruzan nuestra imaginacion. Idéas sublimes pero extrañas, imposibles de transcribir al papel. ¿Y qué has sacado de esa larga meditacion? Cansancio en el cuerpo, hastío en el alma, duda en el corazon. Debemos de deducir, por tanto, que la sostenida meditacion es perniciosa; debemos tambien deducir que es muy perjudicial una absoluta carencia de trabajo y una gran suma de necesidades materiales satisfechas, porque á una gran inercia del cuerpo siempre acompaña una gran actividad del espíritu. Para el hombre entregado completamente al descanso, sería toda la vida una noche de insomnio.

Por otra parte; un trabajo rudo y continuado tiene que producirnos un dolor moral asimismo grande, atendida la íntima union del alma y el cuerpo. Tampoco es el trabajo material la mision del hombre, puesto que éste, sér espiritual por excelencia, no puede vivir sin pensar. En muchas naciones se ha impuesto como castigo á los grandes criminales el trabajo de minas, el más rudo que se conoce.

Reasumiendo: ni debemos dar mucha fatiga al entendimiento ni tampoco al cuerpo. En esto, como en muchas cosas, prevalece la teoría del término medio, tan combatida hoy.

VI.

Tratemos ahora del goce material por excelencia, de ese placer que llaman vicio los que más á él se entregan. Su desarrollo fué la causa de la decadencia de Roma, de ese pueblo tan digno de estudio y tan impugnado por unos como defendido por otros. ¿Cómo habia de vivir por más tiempo un pueblo que permitia que en su sólio imperial se sentáran una Cesania y una Faustina, donde las damas concurrian desnudas á las fiestas de Flora y lo restante del año usaban telas bastante finas para dejar lucir sus encantos, y donde, en fin, tenian los espectadores derecho á exigir que las actrices se despojasen de sus vestidos en la escena? ¡Desgraciado el pueblo en que todos los vínculos del pudor se rompen!

Sin embargo, me dirás con razon que más ó ménos desembozadamente, con más ó ménos excepciones, ha existido siempre en la humanidad porque es innato en nuestro corazon. Pero siempre nos deja algun disgusto, por lo mismo que es goce puramente material.

VII.

Hasta ahora en vano te fatigarás por hallar en mis desaliñados renglones solucion al problema objeto de ellos. He analizado sucesivamente la asociacion, la belleza, la sublimidad, la meditacion, la tranquilidad de cuerpo, el trabajo y el goce material, y uno tras otro han sido desechados. ¿Dónde hallarémos un breve resquicio siquiera donde encontremos el mayor placer posible? Si fuéramos Bentham, diriamos que todo el placer depende de la utilidad; pero el sistema utilitario es egoista y con miras exclusivamente individuales no se puede ser feliz. Busquemos entónces ese placer tan deseado en la caridad, en dar consuelo con todos los medios materiales ó espirituales de que podamos disponer al que moral ó materialmente lo necesite. ¡Ay, que los beneficios vienen generalmente seguidos de la negra ingratitud!

Al principio dejé indicado que no era posible la felicidad absoluta; pero entre todas esas fuentes indudablemente de placer, ¿no habrá alguna superior á las otras? Es todo lo que podemos apetecer para conseguir la felicidad relativa, ya que es imposible de todo punto para nosotros llegar á la absoluta.

VIII.

Al hablar de sociabilidad únicamente me fijé en la que es objeto de la historia, es decir, en la asociacion universal. Pero ¡cuántas existencias no se habrán deslizado en el seno de la familia, desprovistas de ambicion y desapercibidas para la generalidad? Esas personas, de las que no se ocupa la historia, el libro de las grandes miserias, habrán vivido quizás, si no desprovistas de dolor, rodeadas al ménos del mayor placer posible. El que encuentre en el matrimonio la fidelidad, hallará toda la felicidad apetecida. Para que tal suceda es indispensable el amor, esa atraccion magnética de dos corazones que se buscan como el iman y el acero, como el girasol y el astro del dia. No es suficiente, sin embargo, porque ántes que empiecen á cubrirse de nieve los cabellos, empieza el corazon á helarse y el amor desaparece. No nos unamos, pues, con una mujer sin honor, aunque verdaderamente nos ame, porque cuando el amor muera, la impureza renacerá. Si alguna que ha tenido de soltera una vida disoluta la vemos después modelo de esporas, es por el cariño maternal. Los hijos son la mayor garantía para la mútua fidelidad de los esposos. Si la historia de los divorcios se registrase, hallaríamos que la mayor parte tienen por causa la carencia de hijos.

Mas ¿quién nos garantiza que la pasion no nos ciegue? ¡Otra vez la torcedora duda! ¡Feliz el amante que ciega! Esa ceguedad trae consigo la fé en el objeto amado.

Si puedes, inclina la frente, ama y cree. Es la única manera de ser feliz.

LANZAROTE DEL LAGO (1).

LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

ODA.

¿Lo veis? Astro gigante,
En desbordada lumbre se derrama....
Nace, y vertiendo resplandor fecundo,
Los ámbitos del mundo
Al puro fuego de su rayo inflama.
¡Divina libertad! Trémulo el lábio,
Amante el corazon, mi voz te nombra....
¡Águila soy que ardiente y altanera
Tiende su vuelo en ignorada esfera

(1) Con el pseudónimo de Lanzarote del Lago escribió nuestro malogrado amigo Rafael Álvarez S. Surga vários artículos en el periódico semanal titulado *Esplandian*, de donde tomamos este que publicamos hoy.

Y ante la azul inmensidad se asombra!

Acaso envilecido,
Del viejo Nilo en el primer imperio,
En triste servidumbre sumergido
Pudo el hombre infeliz, yerta la mente,
En bajo polvo sepultar su frente.
De uno al otro hemisferio
La humanidad entera, yá vencida,
Lloró en silencio su infamante yugo:
De libertad el templo sacrosanto
Vaciló con violenta sacudida,
Y cual muro que se abre y se desploma,
Del orbe ante el espanto
Hundióse luégo con fragor en Roma.
Mas todo sucumbió; Grecia, altanera,
Dictó sus leyes; agitado el hombre
Se alzó de nuevo, pronunciando un nombre
Que tiene escrito la creacion entera.
De libertad el grito
Oyó el tirano con mortal desmayo....
¿Quién puede en la region de lo infinito
Ahogar el trueno y contener el rayo?
En las hondas cavernas de los mares
Sonó el grito de gloria con estruendo;
El eco fiel lo repitió en la sierra
Y en la extension inmensa de la tierra
Resonó á las naciones conmoviendo.
. . . .
De los siglos la planta voladora
Dejaba el nombre en su profunda huella,
Y otra raza después más pensadora
Un designio de Dios encontró en ella.
Miro á Colon, cual génio soberano,
Lanzarse audaz tras la vision de un mundo
Enmedio del atónito Oceáno.
Contemplo á Guttemberg, con ánsia loca
Grabar en caractéres escondidos
Los fugaces sonidos
Que arrebataba el viento de la boca:
Franklin rompiendo de la nube el seno,
Disputándole el rayo poderoso
Que arrastra en pos al irritado trueno;
Y entre sombras después pasar y hundirse
Del arte el resplandor que al mundo guía,
Y el lejano fulgor de incierto día
En turbulentos mares sumergirse;
Y pasar y morir generaciones
En infecunda y desigual pelea,
¡Y entre el ronco fragor de los cañones
Morir el hombre y renacer la idéa!

Sí, tú tambien, España, pátria mía,
Hija feliz del génio y de la gloria,
Tú tambien escribiste en negro día
Páginas de dolor, borron eterno,
Del gigantesco libro de tu historia.
Pendiente de tus armas la victoria,
Te vieron las naciones
Sostener con vigor sobre tus hombros
La honda lucha de cien generaciones,
¡Y desbordarte cual veloz torrente
Y el mundo dominar de zona á zona,
Y ceñir á tu sien resplandeciente
El cielo entre dos mundos por corona!
Y enfrente de tu gloria, el despotismo.
Coloso infame, que con faz severa
Traidoramente el corazon te hería,
¡Arrojaba tus hijos á la hoguera
Y en holocausto á Dios los ofrecía!

Funesta herencia, al espirar los siglos,
Nos legaste á través del Oceáno,
Para mengua y baldon de las edades
Y deshonra del suelo castellano.
Una raza infeliz, que de la noche
La imágen fiel en su semblante lleva,
Aún gime esclava; ¡esclava, cuando el mundo
Culto sagrado al pensamiento eleva!
Raza que un tiempo relegó al olvido
Que tiene un alma para amar creada
Y un corazon para sentir nacido.
Raza que nunca, nunca cambiaría
Por el poder de tronos soberanos
Mirar aparecer tan sólo un día
El sol de los desiertos africanos.

¡Alzad, esclavos! La esperada hora
Señala el tiempo, y con sonido fuerte
En el espacio vibrarán ahora
Palabras misteriosas, traspasando
El dintel ignorado de la muerte.
¡Yo las oigo sonar! ¡Miro afanoso
Desparecer la odiosa servidumbre,
Las guerras, los horrores!...
¡Más puro nuestro globo y más glorioso,
Lanzando deslumbrantes resplandores,
Rodára entónces por la excelsa cumbre!

¡Oh, sí! ¡Que llene mi agitado acento
Los ámbitos del cielo y de la tierra!
¡Que entre sus alas lo recoja el viento!
¡Que estalle el grito ¡libertad y gloria!
Grabándose del mundo en la memoria!
¡Que el orbe entero, sólo
Se incline en los altares de la idéa,
Y en cuanto alumbra el sol, de polo á polo
Que libre el hombre para siempre sea!

CÁRLOS PEÑARANDA.

VARIEDADES.

En extremo favorable es la opinion de la ilustrada prensa madrileña, que sigue dedicando contínuos aplausos á nuestro querido amigo y compañero D. José de Velilla, con motivo del estreno, en el teatro del Circo, de su drama *La expulsion de los moriscos.*

Así se expresa *La Tertulia:*

«JUSTA OVACION. Tal es la que recibió en el Circo el conocido poeta sevillano D. José Velilla, la noche del estreno de su drama *La expulsion de los moriscos,* en la que la Sra. Castro y el Sr. Delgado interpretaron fielmente y de un modo admirable los papeles principales de la obra.

Y si justa y merecida fué la ovacion en aquella noche, no lo es ménos la que viene recibiendo todas las demás en las que el público hace cumplida justicia al Sr. Velilla. En efecto, los magníficos pensamientos de que está llena la obra, encerrádos en sublimes versos que denotan el ingénio y talento poético del autor, y las situaciones dramáticas del segundo y tercer acto, en las que están expresados con bellísima delicadeza y gran propiedad los sufrimientos de Isabel, su intenso amor por el morisco *Alcocer,* todo en fin hace que el público aplauda y alabe al poeta, sin pararse á criticar alguno que otro defecto que pueda tener, hijo de la inexperiencia teatral.

En suma, la obra del Sr. Velilla es digna de su reputacion y ha aumentado su gloria poética.

Enviámosle nuestra enhorabuena tanto más lógica, cuanto que el éxito ha sido *cierto, expontáneo,* sin que pueda decirse otra cosa.

La ejecucion, notable. La Sra. Castro aplaudida frenéticamente todas las noches en su plegaria del segundo acto, lo mismo que el Sr. Delgado, que raya á grande altura, y comparte los aplausos con aquélla en el acto tercero.

Felicitamos á todos, y aconsejamos al Sr. Velilla que escriba otra obra, y de seguro confirmará las esperanzas que todos han fundado en su inspiracion y en su talento.»

La Época, dice lo siguiente:

«Con un éxito muy lisonjero se estrenó anoche en el teatro del Circo un drama original del señor D. José Velilla y Rodriguez, poeta sevillano, titulado *La expulsion de los moriscos.*

El autor fué llamado tres veces á la escena, y los actores estuvieron bastante acertados.»

«En el teatro del Circo, dice *El Eco popular,* estrenóse anoche el drama en tres actos y en verso, original del escritor andaluz D. José Velilla, titulado *La expulsion de los moriscos,* que obtuvo notable éxito, mereciendo el autor ser llamado á la escena.

La ejecucion de la obra estaba encargada, principalmente, á la Sra. Castro y al Sr. Delgado.

La primera, que es una actriz inteligente y estudiosa, esquivó con habilidad las difíciles situaciones en que la colocaba su importante papel, sacando notable partido de aquéllas que se adaptaban á sus facultades y mereciendo ser calurosamente aplaudida en la plegaria del acto segundo y en la escena que en el tercero sostiene con el Sr. Delgado.

Éste tuvo tambien momentos verdaderamente inspirados, que le valieron, como á la Sra. Castro, repetidos aplausos.

La Sra. Dansant y los Sres. Casañer, Oltra y Calvo, encargados de papeles más secundarios, los interpretaron acertadamente, contribuyendo mucho al buen éxito de la obra.»

Y, hé aquí, por último, las frases que le dedica *La Prensa:*

«Se ha estrenado anteanoche en el teatro del Circo un drama original del poeta sevillano señor Velilla y Rodriguez, cuyo título es *La expulsion de los moriscos.*

Prescindiendo del argumento, que éste parece algo fuerte, de esta produccion debemos consignar que se notan en ella las buenas dotes del poeta como autor dramático, pues la obra abunda en situaciones interesantes; tiene elevados pensamientos y una versificacion tan bella como galana.

El éxito ha sido altamente lisonjero para el autor y actores, los cuales fueron llamados repetidas veces al palco escénico, donde el público los colmó de justos y merecidos aplausos.

Sabido es que el Sr. Catalina no tolera la *claque* en su teatro, y por consiguiente, cualquier triunfo que en él se obtiene es debido al mérito y á justicia del inteligente público que á él concurre.

* * *

LIBROS DE VENTA.

REVISTA SEVILLANA.
PERIÓDICO DE ARTES Y LITERATURA.

Publícase los dias 5, 15 y 25 de cada mes.

Precios de suscricion.—Cuatro reales al mes en Sevilla; doce el trimestre, pago adelantado, fuera de la capital.

Direccion.—Sta. Ana, 46.

SEVILLA, 1873.
Imp. de Gironés y Orduña, Lagar 3.